

C A R O L A P E R A L T A

UNA
ESTRATEGIA
PARA
Conquistarte



UNA ESTRATEGIA
PARA CONQUISTARTE

Carola Peralta

Contenido

[UNA ESTRATEGIA](#)

[Sinopsis](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[PLAYLIST](#)

[Sobre la autora](#)

Sinopsis

Un viaje a Milán. Una campaña de publicidad. Un ascenso prometedor. ¿Qué podría salir mal?

Taissa es experta en Marketing y trabaja para una prestigiosa agencia de Chicago. Caótica, desordenada e impulsiva, se encuentra en el punto de mira de su jefa, la cual le propone desarrollar una estrategia de mercado para un importante cliente europeo.

Lo que Taissa desconoce es quién le espera al otro lado del océano. Francesco, su amigo de la infancia y con quien perdió el contacto tras regresar al viejo continente, pondrá a prueba sus indiscutibles habilidades para la mercadotecnia.

¿Es posible reconstruir una relación después de tanto tiempo? ¿Qué sucede cuando los negocios confrontan con los sentimientos? ¿Y qué hay de los secretos mejor guardados?

La vida a menudo nos presenta desafíos y participar en ellos puede ser la clave para alcanzar el éxito o, de lo contrario, enfrentarnos al inminente fracaso.

Derechos de autor © 2024 Carola Peralta

UNA ESTRATEGIA PARA CONQUISTARTE

Copyright © 2024, Carola Peralta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de Cubierta: Carola Peralta.

Primera Edición: Febrero 2024

A la los soñadores, porque el mundo es de ellos.

*“Amores tan extraños que te hacen cínica,
te hacen sonreír entre lágrimas.
¿Cuántas páginas hipotéticas, para no escribir las auténticas?”*

Laura Pausini.

PRÓLOGO

Un reflejo en el espejo puede ser simplemente la imagen que te devuelve el cristal de ti misma, o puede ser una premonición de lo que serás dentro de unos años.

Solo que no lo sabes.

Ahí radica la diferencia entre ser una niña de seis años que comienza su primer curso escolar o una adulta que se enfrenta al mundo con la ilusión de vivir emocionantes hazañas.

Taissa Rosenfield lo desconocía, pero aquel lunes lluvioso de septiembre en el que el cielo había decidido volverse gris y plomizo, tendría lugar un acontecimiento que cambiaría el rumbo de su vida para siempre.

Es curioso como simples hechos y decisiones hacen que nuestro destino se escriba de una manera u otra. Si estamos atentos a lo que nos rodea, puede que vislumbremos la esencia de los momentos importantes o que los dejemos pasar sin más.

Para su propia fortuna —o no—, Taissa era una niña que gozaba de una perspicacia impropia para su corta edad. No solía mirar hacia otro lado si alguien necesitaba una mano amiga, por lo que siempre estaba dispuesta a darla. Odiaba las injusticias y procuraba que todos se sintieran cómodos en su compañía. Detestaba verse envuelta en conflictos, porque consideraba que ningún problema era lo suficientemente crucial como para romper la armonía que se gesta entre dos personas.

Por eso mismo todos la querían y ella se había ganado un sitio en el grupo de niños que ese año integraban la clase de la señorita Bening.

—¿Quieres que te haga dos trenzas de esas que te gustan? —le preguntó Marla, agachada a su lado mientras Taissa se contemplaba en el espejo que colgaba de la puerta de su armario.

—Prefiero el pelo suelto.

—Vaaaleee...

Su madre ya estaba más que acostumbrada a su carácter decidido y tajante. Ser la del medio tenía sus ventajas y desventajas. Por un lado, su pequeña hacía valer su criterio por encima de todo y de todos. Nada la detenía. Si se le metía algo en la cabeza, era muy complicado hacerla cambiar de opinión, pero también pecaba de vulnerable y no siempre era capaz de resolver los inconvenientes por sí misma. Solía buscar ayuda si Candice, su hermana mayor, le daba órdenes sin ton ni son y no deseaba acatarlas, o si Eileen, la menor, se encaprichaba con alguna de sus muñecas, dejándola en un estado de ira contenida que la hacía enrabietarse de impotencia.

Pizpireta, se contempló por última vez sonriendo al comprobar que su sudadera rosa chicle estaba en su sitio y que sus Converse blancas impolutas destacaban entre las de sus hermanas, que ese año, no estrenaban calzado como ella. Llevaban las mismas del anterior. Y todo porque Taissa había preferido sacrificar sus ahorros para lucir sus zapatillas favoritas el primer día de clase.

Un pequeño detalle las hacía más originales que el resto: los cordones eran dispares. En la de la derecha los llevaba fucsias, y en la izquierda, naranjas.

—¡Daos prisa o llegaremos tarde! —chilló su padre desde la puerta. El coche aguardaba aparcado con el motor encendido, lo que a Taissa le provocó dolor de tripa.

Eran los nervios de la anticipación. De lo nuevo. Lo desconocido.

Sí, muchos de sus compañeros del *Kindergarten* continuarían en la misma escuela, pero otros se habían cambiado, y también era probable que vinieran algunos nuevos. Sonrió ante la posibilidad de hacer amigos. Era algo que le proporcionaba satisfacción.

Su segundo nombre bien podría haber sido *aventura*.

Cogió la mochila que descansaba en el vestíbulo y se apartó a un lado cuando sus dos hermanas cruzaron apresuradamente la entrada, compitiendo para ver quién llegaba primero. Era evidente que Candice se llevaría la victoria, tanto por su edad como por su astucia. Por otro lado, Eileen, con sus escasos cuatro años, extendió sus brazos para capturar la sonrisa cariñosa de su padre. Él la colocó rápidamente en la silla con *isofix* y, tras asegurarla, le dio un beso tierno en la frente.

Taissa caminó con toda la tranquilidad del mundo, como si las prisas no fuesen con ella.

—Para hoy, señorita —bromeó Graham cuando por fin llegó a la puerta trasera del Volvo. Candice puso los ojos en blanco desde el asiento delantero, haciendo alarde de sus diez años y de la preciosa etapa preadolescente que comenzaba a traerle dolores de cabeza a sus padres. El cinturón ya le cruzaba el torso.

Taissa la ignoró.

Se sentó y dejó que él la amarrara también a su silla, reclamando el beso de rigor.

—Estás muy guapa —le dijo, guiñándole un ojo.

Pocos lo sabían con seguridad, pero para Graham Rosenfield, la del medio era su debilidad. Tal vez porque al nacer hubo complicaciones en el parto que los llevaron a creer que la perderían para siempre, o porque la pequeña poseía un aura especial que hacía que todo a su alrededor brillara por sí solo. No lo comprendía muy bien.

Él quería a sus hijas con la misma intensidad, a pesar de que eran tan distintas entre sí, que parecía imposible que fueran hermanas. Candice era responsable y cautelosa, y Eileen era traviesa y despreocupada, pero Taissa... Esa niña sí que sabía cómo convertir el barro en oro, apañándose para robarle el corazón a cualquiera con solo esbozar una sonrisa o planteando una pregunta que dejara sin respuesta incluso al filósofo más experimentado.

Porque Taissa gozaba de una creatividad innata; era innegable. Y esa curiosidad que se despertaba en ella, haciéndola tan especial a ojos de los demás, era lo mismo que los encandilaba.

Viajaron los escasos kilómetros que los separaban del colegio mientras escuchaban la radio, una costumbre que Graham mantenía desde su adolescencia. Le fascinaba la música y cantar. Había sido una aspiración que dejó atrás cuando, a los veintisiete años, se encontró inesperadamente sosteniendo en sus brazos a su primera hija. Aunque no la esperaban en ese momento, su llegada impulsó a Graham y a Marla a replantear todos sus planes.

Cuando apagó el motor, las tres ya se desabrochaban los cinturones. Candice fue la primera en bajar, seguida de sus dos hermanas menores, que se aferraron con fuerza a las manos de su padre.

Taissa reparó en que el autobús escolar ya había aparcado en la entrada y que de él bajaban una gran cantidad de niños ataviados con sus mochilas, listos para dar comienzo al nuevo curso.

Una vez más, los nervios y la ansiedad la consumían por completo. Tenía ganas de entrar de una vez en el aula, elegir su sitio entre todos los pupitres vacíos y reencontrarse con sus amigos del *Kinder*, muchos de los cuales no había visto durante el verano.

Su padre se despidió de Candice, que desapareció de la mano de una de sus inseparables amigas. Taissa, en cambio, esperó paciente a que Graham la condujera hasta el aula que le

correspondía.

—¿Nerviosa? —quiso saber, cuando por fin llegaron. La pequeña negó con la cabeza y él le sonrió—. Seguro que haces nuevos amigos y que la señorita Bening se ocupa de que todos estéis a gusto. Ya lo verás.

—¿Vas a quedarte? —preguntó impaciente. Ya no estaba tan segura de sí misma cuando se acercaba la hora de entrar. Aun así, hizo gala de su desparpajo para blindarse contra los miedos que la acechaban.

—Solo un ratito. Debo llevar a Eileen con su profesora, no podemos retrasarnos.

—De acuerdo. —Sus ojitos brillaron de anticipación, y por un instante se sintió tan mayor, que decidió armarse de valor y darle tranquilidad al hombre que más quería en el mundo—. Estaré bien, papá, no tienes de qué preocuparte.

—¡Eres una campeona! —exclamó Graham chocando su mano enorme con la de su hija. Después, miró a Eileen—. ¿Le decimos adiós a Taissa?

—Adiós, Taissa —repitió la menor de los Rosenfield.

—Adiós, Eileen. Y no rompas muchos juguetes...

La peque le sacó la lengua en respuesta. Acto seguido, su padre se marchó con ella en brazos, riendo por lo bajo y meneando la cabeza.

Permaneció quietecita en su sitio hasta que las palmas al aire de la señorita Bening la sacaron de su trance.

—¡Atención, niños. Todos a sus lugares!

Taissa rápidamente ocupó uno de los pupitres situados en el centro, justo a la derecha del pasillo. A medida que los demás se sentaban, identificó varios rostros familiares. Le dedicó una sonrisa a una amiga del vecindario, con quien había compartido sus primeros años escolares, y se enderezó, colocando sus manos sobre la pulida superficie de madera que la recibía. Pasó su palma por encima como si quisiera eternizar ese momento en su memoria. El primer día de cole estaba siendo de lo más emocionante.

Hasta que algo... o alguien llamó su atención.

Un niño al que no conocía se quedó de pie frente a la mesa contigua. Lo miró extrañada y levantó una ceja.

—Hola —le saludó cordial—. Me llamo Taissa, ¿y tú?

El pequeño permaneció inmóvil y se recolocó las gafas, a la vez que se preocupaba de sostener su mochila sobre el hombro. Fijó sus ojos marrones en los de esa niña tan singular. Era menuda, parecía más pequeña que él, aunque probablemente, ya hubiera cumplido los seis si estaba en primer grado.

Lo primero que le miró fueron las mejillas sonrosadas.

Su piel era muy blanca, salpicada en la nariz por un sinfín de pecas diminutas; su pelo rubio le llegaba por debajo de los hombros y sus ojos traviesos lo estudiaban con curiosidad. Una diadema rosa muy fina y una faldita con vuelo completaban su particular atuendo.

Ante la falta de respuesta de su nuevo compañero, Taissa escudriñó a su alrededor en busca de alguna señal. Sin embargo, se dio cuenta de que comunicarse con él sería una tarea ardua y complicada. Detalle que salvaría más pronto que tarde, una vez que las habilidades de integración de la señorita Bening cumplieran su cometido.

—Puedes sentarte aquí si quieres —dijo por fin y él se sintió especial.

Que aquella niña de mirada audaz no lo discriminara por llevar gafas y desconocer su idioma, fue lo que le dio el valor necesario para levantar la comisura de sus labios y tenderle la mano de forma amistosa.

—*Mi chiamo Francesco.*¹ —Se presentó y ella abrió grandes los ojos. Inmediatamente, sintió las risas que provenían del grupete ubicado a sus espaldas.

«Cómo no».

Liam Cross y sus secuaces se burlaban abiertamente del niño extranjero y murmuraban entre ellos.

Taissa se giró, les lanzó una de sus miradas de hielo que podían llegar a congelar hasta a un pingüino, y señaló al impertinente con el dedo índice.

—¡Cállate, Liam!

Se hizo un silencio generalizado que solo fue interrumpido por la voz de la maestra, quien se disponía a darles la bienvenida.

Francesco se acomodó a su lado sin dejar de observarla por un segundo. Taissa le sonrió y le alentó a que sacara su estuche imitando cada uno de sus movimientos. Quizá no hablaran el mismo idioma, pero si se comunicaban con gestos, acabarían entendiéndose. Para ella no había obstáculos suficientemente complejos que le impidieran relacionarse.

O hacer sentir cómoda a la persona que tenía al lado.

El niño ordenó sus útiles escolares encima del pupitre y se dejó guiar por la maestría de su nueva compañera. Le caía muy bien. Fenomenal, de hecho. Él no conocía a nadie en aquella ciudad que había resultado ser tan diferente a la suya. Italia estaba muy lejos en el mapa, o al menos eso le había explicado su padre, cuando meses atrás se había sentado frente a él y sus dos hermanos menores, para comunicarles que por cuestiones laborales deberían abandonar Verona.

—Se trata de una oferta que no podemos rechazar. Mamá y yo lo hemos pensado mucho y creemos que será una buena oportunidad para que conozcáis una nueva cultura y aprendáis un nuevo idioma.

—Pero ¿volveremos a Italia? —preguntó Maurizio, el que le seguía en edad al mayor.

—Es probable, aunque si nos va bien allí, quizá no volvamos en unos cuantos años.

Aún guardaba en su memoria la expresión afligida de sus hermanos, pero no podía permitir que la tristeza de dejar el país que los vio nacer afectara a su padre. Tanto él como su madre irradiaban ilusión ante la idea de comenzar una nueva vida en América, y no permitirían que sus propios sentimientos frustraran esos planes.

—Estoy seguro de que nos encantará la nueva casa —afirmó con convicción.

—Y el nuevo colegio —añadió su padre.

En ese momento, cuando Taissa le entregó a Francesco su rotulador morado salpicado de estrellitas plateadas para que pudiera completar su primer dibujo de temática libre, él supo que esas palabras nunca habían sido más acertadas.

Capítulo 1

Seis años después

—¡No lo entiendo! —protestó Taissa con los ojos inundados en lágrimas—. ¿Por qué? ¿Es que acaso no te gusta mi país?

—Yo no quiero irme —confesó Francesco con un nudo en la garganta.

Si ya había sido difícil escuchar de boca de su padre que deberían abandonar Estados Unidos para regresar a Italia, confesárselo a su mejor amiga, lo estaba destrozando por dentro.

—¡Díselo! No puedes dejarme.

La voz de Taissa se quebró, y con ella su corazón que a duras penas resistía la feroz acometida de sus manos. Golpeaban su pecho con los puños como si él tuviese la culpa de verse en esa disyuntiva.

¡Él no era el responsable!

Todo había comenzado un par de días atrás, cuando Giuseppe los había reunido en el salón para comunicarles que la empresa para la cual trabajaba había decidido reubicarlo en Milán. No estaban pasando por un buen momento, la fusión con otra compañía había sido inevitable. No tenían muchas opciones: o aceptaba el traslado o enfrentaría el despido. Y con una familia numerosa dependiendo de él, quedarse sin empleo no era una opción viable.

A pesar de las circunstancias, su madre no veía con buenos ojos la decisión. Había hecho amistades y se sentía realmente cómoda allí. Además, había logrado adaptarse con facilidad al nuevo entorno y al idioma, que parecía brotar de sus labios como si lo hubiera hablado toda la vida. Sus hermanos también estaban contentos. Eran pequeños, no obstante, se habían integrado sin problemas y en el colegio les iba muy bien.

Y él...

Bueno, él se consideraba el mayor afortunado de todos. ¿Por qué? Pues porque había tenido la suerte de cruzarse en el camino con una de las personas más maravillosas que había conocido en su corta existencia. Taissa no solo era su mejor amiga, era su confidente, su apoyo emocional, el hombro en el que lloraba cuando echaba de menos al resto de su familia italiana y la niña que lo había librado en múltiples ocasiones de los abusos y sus burlas sin sentido.

Sin ella, se sentiría perdido.

—Por favor, no llores... —le suplicó cogiendo sus manitas delicadas y envolviéndolas con las suyas para frenar las incesantes embestidas. Pero ella no quería oír razones. Lo único que entendía era que su amistad se borraría del libro que ambos construían a diario, como esas notas escritas a lápiz que desaparecen al arrancar una página.

Porque Taissa sentía que le arrancaban la vida, el corazón y todo aquello que sentía por su amigo...

¿Cómo seguiría adelante sin él?

—No puedes irte. No me dejes... —repitió sollozando contra su pecho mientras la consolaba, pasándole la mano por la espalda y abrazándola con fuerza.

El callejón donde se encontraban estaba desierto, acababan de salir de clase y Francesco

siempre la acompañaba a casa, ya que vivían muy cerca el uno del otro y solían regresar juntos. Así como ella lo protegía emocionalmente, él lo hacía con su cuerpo si era necesario. Afortunadamente, nunca había tenido que recurrir a la fuerza; residían en una zona apacible de Chicago, próxima al Lincoln Park. En ese vecindario, los incidentes eran raros, pero si surgía alguno, él siempre estaba presente para resolverlo.

Francesco había ganado un cuerpo fibroso gracias al deporte. Le gustaba el *calcio* —como le decían al fútbol en su país— y practicaba también *taekwondo* y balonmano. Al llegar a Estados Unidos, su padre le había ofrecido apuntarlo a varias actividades físicas que le ayudaban a socializar, algo que siempre le había costado debido a su carácter apocado y retraído. Ser el mayor de tres hermanos lo había dotado de una responsabilidad autoimpuesta que muchas veces lo hacía parecer incluso antipático.

Aunque no lo era.

Su corazón era más blando que el algodón, pero no todos conseguían verlo. Solo Taissa había sido capaz gracias a su desenfado y osadía, y lo había demostrado desde el primer día de clases.

Otro factor que había conseguido echar abajo sus defensas eran los cambios que ambos habían experimentado con el transcurso del tiempo. El cuerpo de Taissa ya no era el mismo que cuando la había conocido. Sus pequeños pechos se habían transformado en dos protuberancias que a menudo se quedaba mirando como un bobo más de la cuenta, y a él había empezado a salirle pelo en zonas donde antes no lo había. Y mejor no hablar de la voz. A veces le parecía haberse tragado un gallo de pelea.

Los sollozos de su amiga le trajeron de vuelta a la realidad. Captar sus ojos empañados en lágrimas aumentó el tamaño de la bola que se le atoraba en la garganta.

—No te vayas... —murmuró agobiada por la pena y la impotencia. El calor de su cuerpo cerniéndose sobre ella y protegiéndola de todo mal era la sensación más placentera y acogedora del mundo.

Taissa era muy consciente de ello.

Francesco la miró con intensidad al separarse durante unos segundos, y a punto estuvo de lanzarse a sus labios. Algo que muchas otras veces había fantaseado con hacer si no fuese porque no quería arruinar la relación pura y desinteresada que los unía desde pequeños. Aún eran dos adolescentes, pero su sentido del deber le ordenaba cautela, y más ahora que deberían separarse para siempre. Pero claro, a esas edades las hormonas hacían de las suyas y no siempre estaban por la labor.

—No veo cómo podría quedarme aquí, Taissa. Estamos solos en este país, toda mi familia se encuentra en Italia...

—Ojalá tuviésemos dieciocho para poder escaparnos juntos.

Sonrió ante esa posibilidad. Soñar era gratis. Le enterneció la inocencia de su amiga, que pese a tener ya los doce años, nunca dejaría de ser una niña ante sus ojos.

—Seguiremos en contacto, te lo prometo.

—No tengo móvil —añadió con un puchero, evitando estallar en llanto otra vez.

—Podremos hacer videollamadas por Skype.

—Vale...

No estaba convencida, para nada. Su intuición femenina le decía que se perderían mucho el uno del otro. Sí, era verdad que podrían verse a través de la pantalla de un ordenador, pero había un motivo de peso por el cual cada uno seguiría con su vida. Probablemente, harían nuevos amigos, conocerían a otras personas, sus intereses cambiarían con el paso del tiempo...

Algo en el interior de Taissa se quebró de repente y el cambio fue tan brusco, que hasta él lo notó. Un muro enorme que antes no estaba allí se levantó entre ellos en cuestión de segundos. Era la desesperanza abriéndose paso y blindando el corazón de ambos para evitar que se les rompiera en mil pedazos.

Se miraron a los ojos como nunca, con un sentimiento abrumador que los instó a separarse como si el contacto con el otro les quemara.

—Te acompaño a casa.

—No. Voy sola —respondió ella, recogiendo la mochila del suelo y limpiándose las lágrimas con torpeza.

—Tais...

—Adiós, Francesco.

La voz se le quebró en el último instante y no se dio la vuelta. Si lo hubiese hecho, habría percibido el dolor que atravesaba el gesto de su amigo, que se quedó plantado allí sin saber qué hacer ni cómo retenerla, aunque fuera solo para disfrutar de los últimos treinta días que les quedaban juntos.

Al día siguiente, se vieron en el instituto como cada día. Él vestía una sudadera gris con letras rojas y vaqueros desgastados, y ella uno de sus vestidos veraniegos. Cuando la vio aparecer en la puerta del aula, su corazón se saltó un latido. Adoraba su pelo rubio, y cuando lo ataba en una coleta, algunos cabellos se le escapaban rebeldes por la nuca, dándole un aire inocente que Taissa no tenía.

Era pura dinamita.

Impulsiva y pasional. Enérgica y valiente. Jamás se dejaba amedrentar. Sería por eso que le costaba tanto asumir que se hallaba perdida en sus propias cavilaciones cuando la abordó para saludarla como cada mañana. Y su asombro se hizo aún mayor cuando ella le correspondió como si acabara de conocerle, levantando así un poco más la barrera que los separaba y evitando caer en la tentación de arrojarle a sus brazos. Siempre lo hacía. Le encantaba que la cargara como a un monito agarrado a su espalda cuando atravesaban el campo de fútbol; incluso los días de lluvia, cuando no llevaba sus botas y él procuraba que no se mojara el calzado.

Francesco y ella eran una máquina perfecta, cuyo engranaje funcionaba sin necesidad de ponerlo a punto. Ambos se complementaban de tal manera, que sabían lo que el otro quería expresar sin necesidad de palabras.

Taissa lo contempló con angustia y se giró para seguir hablando con una de sus amigas, lo que le obligó a buscar su pupitre y sentarse antes de sacar sus libros de la mochila.

Entendía su comportamiento distante. Dios sabe que sí.

Ella no lo culpaba por la inminente partida, pero se sentía traicionada. A él le sucedía lo mismo con su padre. No era su responsabilidad que tuvieran que regresar a Europa, pero de alguna manera, no podía dejar de odiarle por apartarlo de todo aquello que con tanto esfuerzo había construido a su alrededor. Francesco había obtenido excelentes calificaciones, sobre todo en Matemáticas. Las ciencias exactas se le daban de maravilla y era un experto en resolver problemas complejos. Por ese mismo motivo, aquella situación lo abrumaba. Siempre encontraba soluciones y ahora todo se escapaba de su control.

Pensó que quizá su amiga entraría en razones, que si esperaba unos días volvería a ser la de antes. Pero no sucedió. Ella comenzó a alejarse cada vez más, con comportamientos tan nimios que casi pasaban desapercibidos. Ya no le buscaba para ir juntos a merendar a la salida del instituto. Había dejado de escribirle esas notitas que le encantaban y que siempre dejaba en su escritorio. Ya no se colgaba de su espalda, no bromeaba con él. Tampoco le deseaba las buenas

noches usando el chat de Skype.

Si el retorno a Italia de por sí era duro, más lo sería sin su compañía. Empezó a sentirse solo y abandonado. Resentido con el mundo entero y con él mismo. Pero, ¿qué más podía hacer? Nada. En su mano no se hallaba la decisión de quedarse y, pese a la impotencia, se odiaba por no ser capaz de encontrarle salida a aquel lúgubre laberinto.

Llegó el día en que tocaba entregar la casa. Se despidió de los pocos amigos que todavía conservaba del club. Le organizaron una despedida junto con su entrenador y al menos eso lo salvó de caer en una profunda depresión.

Solo restaba una noche y todo llegaría a su fin. Partirían hacia el aeropuerto al amanecer, y habían optado por irse a dormir temprano. Llovía a cántaros, un escenario que reflejaba a la perfección el estado de ánimo que lo consumía en la absoluta desidia.

Estaba ensimismado en sus pensamientos, con las manos cruzadas tras la nuca mientras contemplaba el cielorraso de su habitación, cuando unos golpecitos en la ventana lo sacaron de contexto. Se asomó y vio a Taissa de pie en la acera, empapada, sin paraguas y apartándose el pelo que se le pegaba a la frente. Intentaba mantener los ojos abiertos, aunque sus pestañas aguantaran el peso de las gotas al caer con insistencia. Se apresuró a abrir de par en par el cristal, y una media sonrisa se dibujó en su rostro. Ella, en cambio, no era capaz ni de esbozarla. Otra grieta más grande resquebrajó su pobre corazón.

Bajó las escaleras a toda máquina, hasta dar con su madre que se encontraba todavía guardando algunas de sus pertenencias en el salón.

—Mamá, Tais ha venido a verme.

—¿Sola y con la que está cayendo? —preguntó alarmada, y él asintió corriendo hacia la puerta. No fue consciente hasta ese momento de lo kamikaze que era su mejor amiga.

Cuando la tuvo enfrente y pudo apreciar sus mejillas húmedas —y no precisamente por la lluvia—, toda la rabia contenida de aquel último mes se esfumó de un plumazo. La envolvió entre sus brazos como siempre, sintiendo su calidez y sus bracitos delgados, aferrándose a su torso y a la camiseta de manga corta.

—Te quiero... —le confesó Taissa, y no lo pudo evitar.

Lloró con ella. Por ella. Para ella.

Enterró la cara en su cuello, y aspirando el aroma de su crema corporal de coco, ese que hacía que sus ganas de ella arrasaran con fuerza, le confesó entre lágrimas:

—Yo también te quiero, tonta.

—Perdóname por ser tan capulla.

Francesco rio con pena y aumentó el ímpetu con el cual la sostenía contra su pecho. A esas alturas ya estaban los dos calados hasta los huesos.

—Encontraremos la forma de estar siempre cerca, te lo prometo.

Taissa asintió, quedándose por última vez con esos ojos marrones que la volvían completamente loca. Y como lo suyo era ser impulsiva y no pensarse demasiado las cosas, se puso de puntillas y le dio un suave e inocente pico de despedida.

No se quedó a esperar a que él reaccionara, porque tampoco lo hizo. Permaneció como un pasmarote, contemplando su figura menuda y preciosa, alejándose calle abajo mientras el agua se llevaba consigo su recuerdo.

Ni siquiera la voz le salía.

Lo último que sintió aquella noche fueron sus labios rozando su boca. Había sido su primer beso. Con la chica que cambió su mundo para siempre y a la que no volvería a ver nunca más.

Capítulo 2

Taissa

Oigo un fuerte pitido insistente y cansino taladrándome los tímpanos. Y el cerebro...

—Joder... —protesto tanteando la mesilla de noche, pero no encuentro el maldito despertador. O el móvil, ya puestos.

«Un momento. ¿Qué coño...?».

Abro un ojo con dificultad y palpo un cuerpo caliente a mi lado. Un culo de escándalo. Un torso desnudo y una...

«Ay, madre».

Mi compañero de cama se revuelve y su *cosa* me apunta como si me acusara de ser una niña irresponsable e inmadura. Bueno, no vamos muy desencaminados...

—Recuerda, Taissa. Rebobina —me obligo a mí misma mientras, alardeando de movimientos dignos de un ninja, consigo apartarme de la cama. Que no es la mía, claro—. ¿Dónde estoy?

—En mi casa —farfulla el adonis depilado que tengo enfrente.

¡Bendito sea Dios! ¿Es legal tener ese cuerpazo?

—Hola —saludo con fingida timidez. Que me mire como si me quisiera devorar no ayuda mucho que digamos, pese a que me encuentro tapada a duras penas con la sábana que ya le he quitado a él—. ¿Y tú eres...?

Levanta una ceja y aguanta sin éxito una carcajada. Acto seguido, menea la cabeza y se sienta en el borde del colchón.

«No mires abajo... No mires... Mierda».

—Adam. Encantado. —Me tiende la mano como si no hubiésemos hecho un sinfín de guarrerías. ¿Qué cómo lo sé? Solo hay que ver los tres sobres de preservativos, desparramados por el suelo.

—Igualmente, Adam.

¿Qué se dice en un momento como este? No suelo ser tímida y no es la primera vez que me encuentro en una situación semejante, pero es que mi cerebro todavía me juega en contra gracias a la resaca y la cabeza me va a explotar de un momento a otro.

Podría decirse que a mis veintiocho años todavía no he encontrado el rumbo de mi vida, que me comporto como una adolescente a la que todo le resbala y que el caos gobierna cada uno de los aspectos que a estas alturas debería tener más que controlados.

La pareja, el trabajo, la familia...

Un malestar en la boca del estómago me obliga a torcer el gesto.

—No vomites, por favor —me ruega la copia de Noah Centineo.

—No estoy tan mal... Descuida. ¿Tienes un cepillo de dientes que puedas dejarme?

—Primer cajón a la derecha —responde, señalando el aseo y colocándose los calzoncillos.

«Gracias al cielo», me digo a mí misma mientras enfilo rumbo al lavabo, esquivando los sobrecitos metálicos que se encargan de recordarme que tendré una larga charla con June en cuanto la pille desprevenida.

Esto no se hace.

¿A quién se le ocurre llevar a su amiga despechada a beber como un cosaco para olvidar sus penas y permitir que se vaya acompañada de un desconocido? Cuando la tenga enfrente, me va a oír.

Por fortuna no me cuesta encontrar el cepillo ni el dentífrico, así que apuro el trámite, lavándome a conciencia y evitando mirarme en el espejo. Parece que llevara un nido de pájaros en la cabeza. Sin huevos. Esos los tiene Adam y bien puestos, porque hacer como si nada hubiese pasado y prestarme su baño... Pobre chico. Pensará que soy una loca perdida, y con toda la razón del mundo. Sin contar con que le he robado la sábana y la he arrastrado por el parque.

De pronto, oigo el ruido del móvil sonando en alguna parte de la habitación. Adam aparece luciendo torso y una sonrisa de escándalo, y estirando la mano, me lo alcanza para que haga el favor de contestar la llamada. Cuando diviso el nombre de mi jefa en la pantalla, mi rostro pierde el color de golpe.

—Maldita sea... ¿Qué día es hoy?

—¿Número o...? Es lunes —se apresura a aclarar ante mi expresión de incredulidad.

No me dan las piernas para correr. Levanto todas y cada una de las prendas que han quedado desperdigadas tras lo que parece haber sido un arrebató de lujuria en toda regla, y me apresuro a vestirme como buenamente puedo.

Las bragas ya las llevo puestas, por lo que me coloco a toda prisa el sujetador de encaje, la falda y la blusa con transparencias. Poco me importa que Adam me vea las tetas. A estas alturas ya no le quedará nada más de mí por descubrir.

Cojo mi bolso y salgo escopetada hacia la puerta, no sin antes darle las gracias al chico por haber tenido la delicadeza de no incomodarme. Después de todo, me ha dejado dormir en su casa y yo ni siquiera recordaba su nombre.

—Ha sido un placer —le digo estrechando su mano y él sonríe canalla.

—Ya lo creo que sí. ¿Me das tu número?

—Mejor otro día. Llego tarde a trabajar y corro el riesgo de perder mi puesto.

—Tranquila, coge el metro. Tienes la parada en la esquina.

—Gracias por el dato.

Le sonrío culpable y le doy un beso tibio en la mejilla, alejándome a toda velocidad mientras termino de colocarme los tacones.

—¡Que tengas buen día! —lo oigo gritar, a la vez que bajo las escaleras de dos en dos.

Una vez en el portal, miro de un lado a otro hasta divisar la dichosa boca del metro. Mi móvil no para de sonar y el nombre de Julia titila en la pantalla una y otra vez de manera insistente.

—Joder... Me va a matar —baluceo sacando la tarjeta para pagar el pasaje.

Una vez sentada en el vagón, abro mi bolso y me hago con mi *kit* de supervivencia femenino. Cojo el pequeño espejo y el maquillaje y comienzo a obrar magia sobre mi careto resacoso. Perfiló mis ojos con un poco de delineador, peino mis largas pestañas con rímel, me

aplico el rubor y, por último, coloreo mis labios con el último *rouge* que me compré en las rebajas de invierno. Despego los labios sonriendo y, tras soltar ese sonido tan característico, me guiño un ojo a mí misma dándome la aprobación esperada.

Soy un caso para dar de comer aparte. ¡Lo sé! Pero ¿qué se le puede pedir a una publicista que acaba de pasar la noche con un prota de comedia romántica y que se olvidó de poner el despertador?

Nada.

Hoy, no. Por favor. Ya habrá tiempo para reproches.

Vuelve a sonar el teléfono y la señora que tengo al lado me mira mal. O atiendo o me sacan del metro a patadas.

—¿Diga? —pronuncio cerrando los ojos y atajando la retahíla de insultos que llegarán en tres, dos, uno...

—¡¿Dónde cojones estás?!

Cero.

—Hola, Julia.

—Taissa, tengo a toda la comitiva de la empresa en la sala de reuniones esperándote. ¿Se puede saber dónde te has metido? —resopla hastiada.

—¡Lo siento! —me excuso por lo bajini—. ¡Se me ha roto el coche!

—Tú no tienes coche.

«Mierda».

—Bueno, mi padre me dejó el suyo y estaba de camino... ¿No puedes entretenerlos? Llegaré en quince minutos.

—¡¿Qué quieres que les diga?! —Levanta más la voz y ahora sí, creo que la cabeza me va a estallar.

—Invéntate algo... Que tuve que auxiliar a una embarazada en la calle. ¡Lo que sea!

—Como no estés entrando por la puerta en un cuarto de hora... ¡Olvídate de formar parte de este proyecto! ¡¿Me has oído?!

«Como para no hacerlo», mascullo para mí misma, alejando el auricular de la oreja antes de padecer sordera permanente. La señora que sostiene entre sus manos un libro me estudia con preocupación.

—¿Qué lee? —le pregunto antes de que retome la página donde alcanzo a divisar una escena subida de tono que parece ser muy interesante.

—*Cincuenta Sombras de Grey*.

—¿Con quién coño hablas? —interroga mi jefa al otro lado.

—¡Disculpa, Julia! Pensé que habías colgado.

Y lo hace. Sin más.

Estoy maldita, o lo correcto sería decir «meada por un elefante». Porque si a mi fracaso amoroso le sumamos uno laboral... Apaga y vámonos. Sin contar con que tendré que oír otra vez las reprimendas de mi madre por ser una irresponsable, por no tomarme las cosas en serio y tantos otros fundamentos en mi contra, que, tristemente, son ciertos.

Últimamente, mi vida parece sacada del manual de autoayuda. Todo me sale mal y, aunque pongo voluntad por solucionar mis problemas, nada es como lo esperaba. Recuerdo que de pequeña me imaginaba a esta edad siendo una exitosa empresaria. Mis estudios en Marketing me ayudaron a forjarme un provenir, pero lo que nadie te dice cuando acabas la carrera es lo difícil que es encontrar un sitio en el que te valoren por tus altas capacidades creativas.

Nada más entregarme el diploma, lo primero que hice fue trabajar de dependienta en una

pastelería. Y ojo... ¡No lo desmerezco para nada! Aquel trabajo me permitió ahorrar, independizarme y darme mis caprichitos. Pero claro, yo quería ejercer de aquello para lo que tantos años me había quemado las pestañas estudiando.

Para mí la Publicidad es mi vida. Y cuando uno de los mejores amigos de la infancia de mi padre me ofreció el puesto en la empresa familiar, vi el cielo abrirse ante mis ojos.

¿Qué más podía pedirle a la vida? ¿Tener una jefa decente, tal vez?

Porque cuando me presentaron con Julia el primer día todo me pareció maravilloso. Las instalaciones estaban muy bien, no me quedaba lejos del apartamento que alquilo con June y el café que podías servirte en la cafetera exprés era más que aceptable. Ni hablar de los *donuts* glaseados y salpicados con chispitas de colores... No obstante, con el paso de los días me di cuenta de que la adorable Julia no era más que una déspota que no dejaba títere con cabeza, y quien sentía un agradable placer al dejarte en ridículo si la ocasión así lo requería.

¿Y por qué apostaba por mí? Según June, porque le sacaba las castañas del fuego en más de una ocasión. Según yo, porque era la hija de Graham Rosenfield.

Fin de la discusión.

Que aguantara mis salidas de tiesto y las llegadas tarde, además de las incesantes amonestaciones por derramar más de una vez el café encima del teclado del iMac, no quería decir que nos lleváramos bien. Ni mucho menos. Se podría decir que nos soportábamos en pro de la armonía laboral que la empresa intenta propiciar para sus empleados y que es tan necesaria en un entorno creativo como el nuestro. Desarrollar campañas de publicidad para las importantes cuentas que maneja la corporación es primordial, y es sabido que no se puede pensar con claridad en un ambiente hostil.

¡Hasta contamos con una sala de relajación! Una que a veces se ha utilizado con fines poco decorosos, pero eso ya os lo contaré más adelante. O no. Mejor no ahondar en detalles escabrosos.

—¡Buenos días, Taissa! —me saluda nuestra alegre recepcionista, en cuanto me ve entrar.

—Hola, Margot. Voy con retraso... —aclaro pasando rauda por su lado, sin detenerme ni un solo segundo. En condiciones normales le daría los buenos días como es debido y cotillearíamos sobre lo acontecido el fin de semana, pero no es el caso.

—Aquí tienes el resumen —me dice entregándome una carpeta, con gesto de salvadora número uno.

—¡Eres la mejor! Recuérdame traerte un regalo mañana.

—No hace falta. Sabes que lo hago con gusto.

Me guiña un ojo y la veo desaparecer tras cerrarse las puertas del ascensor. Pulso el botón del segundo piso y espero mordiéndome la uña a que vuelvan a abrirse.

Cuando piso la moqueta y aspiro el aroma a café tan característico, se me hace agua la boca. Parece que se me ha olvidado que tengo el estómago vacío y que no me ha dado ni tiempo a pasar por un Starbucks.

Y yo sin nada en el estómago, soy incapaz de pensar...

Fantástico.

Empujo el picaporte y unos quince pares de ojos se posan en mis... «Oh, oh». Olvidé que llevaba la blusa con transparencias y que no me he puesto encima ni una mísera chaqueta para camuflarlo. Mis pezones erguidos atravesando el encaje saludan a los presentes que me contemplan atónitos. Es lo que tiene entrar a la sala de juntas con aire acondicionado en pleno julio.

—Buenos días. —Fuerzo una sonrisa con el fin de disimular mi entrada triunfal. Chad, uno

de mis compañeros y fiel amigo, me observa de arriba abajo con una sonrisilla cómplice que hace que mis ganas de abofetearlo crezcan exponencialmente.

Será capullo...

—Tu sitio te espera, Taissa.

Julia me sigue con la mirada hasta que ocupo el asiento que han dejado reservado para mí. El aire podría cortarse con un cuchillo. Por fortuna me ubico justo al lado de mi tándem perfecto mientras se revuelve en su butaca. ¿Se ha excitado?

—Precioso sujetador —susurra cerca de mi oído y me tenso.

—Cállate, Chad.

Se muerde el labio inferior reprimiendo la sonrisa socarrona y le doy por debajo de la mesa con la punta del tacón.

—¡Auch! —exclama y todos giran sus cabezas hacia nosotros.

Las pupilas dilatadas de Julia me causan escalofríos. Se aclara la garganta y, a continuación, declara con solemnidad:

—Ahora que ya estamos todos, podemos comenzar. —Mi jefa rodea la enorme mesa de cristal y se posiciona justo al lado de la pizarra electrónica—. Bien, os hemos congregado a todos para hablar del nuevo proyecto que desarrollaremos a partir de ahora. Como sabéis, se trata de un cliente muy importante al que necesitamos impresionar. La Dirección ha decidido asignar esta tarea a nuestro personal más cualificado con el fin de conseguir el mejor resultado.

Todos nos medimos de un momento a otro, antes de que Julia continúe con su discurso. En el recinto no vuela una mosca.

—¿Taissa?

—¿Mmm? —pregunto un tanto distraída.

¿Ya os he dicho que cuando no desayuno no razono con claridad? Pues eso.

—Tú lo coordinarás.

—¿El qué?

La mirada asesina de Julia me da la respuesta.

—Si hubieras leído el informe que tienes en la mano, sabrías que hablo del proyecto en cuestión.

Chad enmascara una carcajada, con un carraspeo que suena a tos ahogada.

—¿Yo?

—¿Se te ocurre alguien mejor?

No me lo creo. De verdad, esto es demasiado.

Sabía que estaría en el equipo, porque mi jefa ya me lo había comentado *off the record*, pero jamás imaginé que lideraría semejante reto. Así es como me lo acabo de tomar, como un desafío personal. Es mi oportunidad para demostrar que merezco este puesto por mis cualidades y no por ser la hija del mejor amigo del dueño de la empresa.

—Haré un buen trabajo. No os arrepentiréis, Julia —sentencio con máxima seguridad y noto cómo Chad se gira a mi izquierda para esbozar una sonrisa sincera.

Siempre ha apreciado mi labor; cada día destaca mis habilidades, no solo en el ámbito de la mercadotecnia, sino también en la forma en que presento nuestro trabajo a los clientes que demandan los servicios de la empresa.

—Chad —interrumpe mi jefa.

—¿Sí? —responde el aludido volviéndose hacia ella.

—Tú acompañarás a Taissa. Hacéis un buen equipo y creo que le serás de mucha utilidad.

«Ni que fuese un perro guía», pienso para mis adentros poniendo los ojos en blanco. A

veces odio la frialdad de Julia para referirse a las personas. Nos trata como si fuésemos objetos.

—Estupendo —acota él relejendo el folio que tiene encima de la mesa y que ha sacado de una carpeta color azul, igualita a la mía—. ¿Cuándo partimos?

—¿Partimos? —repito, incrédula. Aquí hay algo que me he perdido...

—A Italia —aclara Chad como si fuese una obviedad.

—¿Qué?

—El cliente tiene su sede principal en Milán.

Boqueo como un pez fuera del agua, ante la mirada curiosa del resto de los presentes. Algunos son diseñadores gráficos, como mi amigo, por lo que no pueden ocultar su cara de desagrado al enterarse de que aquí, el elegido, ha salido beneficiado con un viaje a Europa y estadías pagadas en los mejores hoteles.

Exudan envidia por todos los poros.

Como no puedo rebatir absolutamente nada, ya que no he sido capaz de leerme el informe antes de la reunión y, por ende, no tengo derecho a opinar, no me queda más remedio que acatar las órdenes del ogro mayor. O sea, Julia.

—¿Alguna pregunta?

—Sabemos que se trata de un grupo inversionista, pero ¿tendremos con ellos alguna toma de contacto previa? —inquire mi compañero.

—No. La idea es que, una vez instalados allí, os presentéis en la sede para una reunión con los socios. Quieren explicaros en qué consiste la campaña de manera presencial.

—A la vieja usanza —acota uno de los publicistas que ha mantenido hasta ahora la boca cerrada.

—Son europeos, más clásicos. Les gusta hacerlo todo a su manera —interviene Julia—. Y tienen mucha pasta para invertir. Está de más decirlo que del éxito de este proyecto, depende el futuro de la compañía. Hablamos de un cheque de varios ceros...

Chad me lanza una mirada de reojo y me recolocho en mi asiento. Menuda responsabilidad. Sin embargo, como he dicho, es mi oportunidad para demostrarle a toda esta banda de cuervos hasta dónde soy capaz de llegar. Si hay algo que jamás me ha faltado, es confianza en mí misma.

—Pues bien —concluyo apoyando la carpeta en la mesa y dando un par de golpecitos—. A trabajar.

En el rostro de Julia se dibuja una sonrisa triunfal. Cómo no. Si todo sale bien, ella será quien se alce con los laureles, eso lo tengo más que claro. Chad y yo somos «su equipo», y por más que reniegue de nosotros a menudo, debe admitir que funcionamos a la perfección. Somos resolutivos, rápidos y eficaces. Algo que hoy en día se valora mucho en cualquier puesto de trabajo.

En cuanto salimos de la sala de juntas, agarro a mi amigo por el brazo.

—¿Se puede saber por qué no me dijiste nada?

—Supuestamente, debías leerte el dossier antes de la reunión, no andar por ahí de juerga un domingo por la noche.

—No me juzgues, Chad.

—¿Hasta cuándo llorarás por ese gilipollas?

—Samuel no es un gilipollas.

—Porque tú lo dices —bufa apurando el paso hacia nuestras oficinas.

—No me puso los cuernos, tampoco me hizo daño adrede. Solo... dejó de quererme. Ya está —explico y mis ojos se enturbian involuntariamente.

Me duele y me jode, mucho. Porque si al menos se hubiese comportado como un capullo

conmigo, podría despotricar contra él e idear la manera de meterle cianuro en la bebida. Pero no es el caso. Samuel es una buena persona y lo nuestro fue muy bonito mientras duró, pero no estábamos hechos el uno para el otro.

Quizá fui yo la que se entusiasmó demasiado, la que se hizo ilusiones, aun sabiendo que lo nuestro era imposible. Pertenecíamos a mundos distintos, era tres años menor que yo. ¡Si es que todavía estudiaba en la universidad! Y estaba muy bueno, y el sexo con él era alucinante... Pero nos hallábamos en diferente sintonía. Queríamos cosas distintas.

No es la primera vez que me castigo mentalmente por enamorarme tan rápido. Soy una soñadora... ¡Mea culpa! Pero es que no puedo evitarlo. Si alguien me gusta lo suficiente como para emocionarme hasta la médula por sus besos y sus caricias, ya me veo casada y rodeada de niños guapos poblando una bonita casa a las afueras de la ciudad.

Claro, para que eso ocurra, muchas cosas deben cambiar. En primer lugar, necesito comprender el verdadero significado de la palabra *responsabilidad*. Aún no la he internalizado, y temo que, si continúo en este camino, me llevará más tiempo del previsto incorporarla en mi vida.

Chad entrelaza su brazo con el mío y me anima a seguirlo hasta nuestros escritorios. Compartimos espacio de trabajo por una cuestión práctica. Yo le doy órdenes y él se encarga de dejar fluir su creatividad. Juntos somos la hostia.

¿Que si ha pasado algo entre nosotros? Nunca. Simplemente, no somos compatibles. Y él es un donjuán. Le encanta tener una distinta en cada puerto y no castigarse por ello bebiendo más de la cuenta o autoengañándose a sí mismo. Es muy sincero en ese sentido, y es una de las cosas que más valoro de su amistad. Creo que por eso encajamos tan bien.

—¿Te apetece hablar? —pregunta cuando ya nos hemos sentado en sendos escritorios.

—No, voy a leerme esto antes de que Julia me eche la décima bronca del día —indico haciendo ademán de abrir la carpeta.

—Y te aconsejaría cambiarte de ropa si no quieres tener a Theo empalmado toda la mañana. —Hace un gesto con la cabeza señalando a nuestro compañero que me contempla con cara de bobo detrás de la pantalla del iMac. En cuanto se percata de que me he dado cuenta, se recoloca en su sitio y se hace el distraído haciendo girar el ratón.

Ruedo los ojos y me pongo encima la americana que ha quedado colgada en el respaldo de mi butaca desde el día anterior. Son los beneficios de ser una desordenada; te vas dejando ropa por todos lados y luego las prendas aparecen cuando más las necesitas.

El primer folio con el que me encuentro detalla el nombre del proyecto: *Campaña Publicitaria Harley M&S Milano*.

«Bien. Motos. Me gustan», medito levantando la comisura de mis labios. Que el producto me resulte atractivo es crucial; esto es una ventaja al momento de diseñar la estrategia de marketing más adecuada. No es una tontería. Recuerdo que hace tiempo me pidieron coordinar la de una tienda que se dedicaba a la venta de artículos de caza. ¿A quién le puede entusiasmar la venta de un arma que acabará con la vida de algún indefenso animalito? Desde luego que, a mí, no. Una tiene sus principios. Me negué a llevar a cabo el boceto y Julia tuvo que encargárselo a otro de mis compañeros.

En cuanto a las motos... podríamos decir que no soy una experta en el tema, pero disfruto de la velocidad y las emociones fuertes.

Y los tíos con brazos manchados de grasa y...

«Taissa, céntrate», me obligo cuando mi mente comienza a desvariar. Carraspeo concentrándome en la tarea que me compete y Chad sonríe mirándome de soslayo.

Probablemente, cree que estoy rememorando la experiencia de anoche. Si tan solo supiera que no me acuerdo de la mitad de lo acontecido con el tal Adam... Si consigo recapitular lo suficiente, llego hasta el momento en que organizamos una guerra de chupitos de *vodka* en aquel endemoniado bar.

Paso al folio siguiente y me encuentro con la descripción de la empresa, las sucursales con las que cuenta en Europa —que son varias— y el presupuesto del proyecto.

Vaya... sí que había bastantes ceros a tener en cuenta.

Por último, una lista de conceptos que les interesa destacar en la campaña se despliegan ante mí. Bien, no es nada del otro mundo. Creo que podremos con esto y más. Me entusiasmo con la idea de este viaje. ¿Por qué no? Un mes fuera de Estados Unidos, conocer Italia y recorrer sitios nuevos acompañada de mi mejor amigo. ¡Un plan fantástico! Quizá no sea tan malo después de todo.

Dedico la mañana a estudiar el dossier y a adelantar trabajo pendiente de otros clientes con el fin de no dejar nada a medias. Puedo ser un desastre a nivel personal, pero en lo que respecta a lo laboral soy la número uno. No hay nada mejor que trabajar de lo que te gusta, porque deja de ser una obligación para transformarse en un disfrute sin precedentes.

Para cuando llega la hora de regresar a casa, Chad ya se ha marchado y soy una de las últimas en irse de la oficina. Apago mi ordenador, recojo mi bolso y la chaqueta para llevarla a la tintorería, y barro la estancia con la mirada antes de apagar las luces.

Extrañaré mi espacio de trabajo, pero creo que la aventura que nos aguarda vale la pena. Aviones, hoteles, desayunos continentales y paseos por las encantadoras calles de Milán.

Además...

¿Podría algo salir mal?

Capítulo 3

Taissa

June mastica chile, sentada como los indios en el sofá de nuestro apartamento, y estudiándome en absoluto silencio. Entonces, se levanta lentamente y, haciendo gala de su consabido aire misterioso, coge una fruta del cuenco que tenemos en la cocina. Es una manzana, la que frota contra su camiseta caída por un hombro y a la que le da un mordisco. Sin haber tirado el chicle...

—Entonces os vais con Chad.

—Así es —confirmo de brazos cruzados, apoyada contra la encimera.

—Solos.

—Exacto.

—En el mismo hotel...

—En distintas habitaciones, June. ¿En qué estás pensando?

—Me temo que el título de «amigos sin derecho a roce» que habéis ganado a fuerza de buena voluntad, se os irá por el retrete.

—¿Por qué una no puede tener un amigo varón? ¿Es que acaso es obligatorio el sexo en una relación?

—No... siempre que tu amigo no esté cañón.

—Chad no me atrae en absoluto.

—Eso lo dices porque acabas de follar hace menos de veinticuatro horas —deduce con picardía.

—Hablando del tema...

—¡No empieces! —refunfuña, ahora sí, tirando el chicle a la basura.

—¿Te parece bien dejar que me vaya con cualquiera en el estado en el que estaba?

—No ibas tan perdida... Además, el chico era muy mono.

—June... —bufo apretándome las sienes con dos dedos y dejándome caer a su lado en el sofá, donde ya se ha acomodado otra vez.

Así no hay manera de rescatarse. ¡De verdad! Si pretendes tomar las riendas de tu vida haciendo alarde de un buen sentido del deber, no es posible hacerlo con una amiga como ella dándote consejos.

—Taissa... ¿qué es lo que quieres? —pregunta envolviendo mis manos entre las suyas. Por la postura en la que está sentada, soy capaz de apreciar un pequeño detalle.

—¿Esas son mis bragas?

—Las mías están todas sucias.

Me levanto de un solo movimiento.

—¡Eres peor que Eileen! —protesto y ella se ríe. No me extraña que se lleve tan bien con mi hermana menor, son tal para cual.

—Por lo menos no tengo por costumbre dejármelas olvidadas en la casa de mis ligues de una noche, como otras... ¿Te las has puesto esta vez?

—Tenía que acudir a la oficina. Demasiado que iba vestida con transparencias. Si me hubiese presentado sin ellas, a Theo le daba un infarto.

—Otro que te tiene unas ganas...

—Suficiente —zanjo caminando hacia la nevera con la intención de prepararme un sándwich. Me muero de hambre y llevo un día para olvidar. Cuando estoy sacando la mayonesa y el queso, June vuelve a mi lado.

—Hay algo que me llama la atención y que no has mencionado todavía.

—¿El qué?

—Te vas a Italia.

—Sí.

—Allí vive Francesco.

—¿Y?

—¿No sientes curiosidad por saber de él?

Francesco.

Debería dedicarle un capítulo aparte. Decir que me resbala el hecho de que en breve esté recorriendo las calles de su querida ciudad, sería mentir como una bellaca. Lo que ocurre es que no tengo la menor idea si todavía vive allí, si aún me recuerda...

Han pasado muchos años, dieciséis para ser exactos, y demasiadas cosas han sucedido en medio como para pensar que cabe la posibilidad de retomar el contacto. De vez en cuando aparece en mis recuerdos como una diapositiva de un tiempo en el que fui feliz y donde todo lo que realmente me importaba en la vida tenía sentido.

Éramos dos niños, sí, pero ilusionados. Planeábamos conquistar el mundo juntos y la conexión que existía entre nosotros era, sin duda, inquebrantable. Mis padres le querían como a un hijo, y los suyos me apreciaban tanto, que ni se les pasaba por la cabeza cuestionar lo que hacíamos aquellas tardes en las que desaparecíamos con nuestras bicicletas para explorar las inmediaciones del vecindario.

Teníamos más amigos. Él se llevaba de maravilla con sus compañeros del equipo de *soccer*, y yo solía reunirme a menudo con el grupo del instituto. Pero cuando nos uníamos, cuando compartíamos esos momentos que eran solo nuestros, nada más importaba.

Y no podíamos ser más diferentes. La noche y el día. Él era tímido y retraído, más callado y cauteloso. En cambio, yo me llevaba el mundo por delante, y quizás eso era lo que tanto le atraía de mí. No me refiero solo a una atracción física, sino a esas cualidades complementarias que buscas en alguien más. Esa fortaleza que te permite hacer frente a las críticas y defender tus decisiones por encima de todo.

Recuerdo que cuando le conocí solo era un niño extranjero que no se enteraba de nada, al que le costaba comunicarse con el resto y que se escondía detrás de sus gafas graduadas, pretendiendo hacerse invisible. Con el tiempo eso fue cambiando, tanto como él. Su aspecto, esa seguridad que poco a poco fue ganando en sí mismo y que lo hizo madurar. Aun así, nunca dejó de buscar mi apoyo, de necesitarme como esa pata que lo sostenía si las cosas se torcían o cuando necesitaba confesar que, muy en el fondo, seguía siendo el chico indeciso que tan

perdido se encontraba a veces.

Despertó mi instinto de protección con tanta fuerza, que no pude alejarme de él. Yo le quería como... ¿un hermano? No sé si es el término adecuado. A medida que crecíamos, esa sensación fraternal se convirtió en algo más confuso. Tenía la esperanza de que siguiéramos siendo siempre nosotros. Sin reveses, sin complicaciones, sin celos ni resentimientos de por medio que amenazaran con acabar con nuestra perfecta relación. No obstante, nada impidió que le diera un beso de despedida aquel día en que nos vimos por última vez. ¿Por qué? Hasta ahora, esa pregunta sigue rondando mi mente. ¿Fue un impulso momentáneo o simplemente un intento desesperado de convencerme a mí misma de que nada había cambiado?

Qué equivocada estaba.

Aquel contacto no hizo más que acrecentar las ganas de que me envolviera entre sus brazos, prometiéndome que jamás nos separaríamos.

Como he dicho, éramos dos niños soñadores, convencidos de que la distancia no podría con nosotros y que más pronto que tarde encontraríamos la manera de volver a conectar. Pero la vida no siempre sigue el guion de una película. Las circunstancias hacen que nos alejemos de lo que un día fue, para acercarnos a lo que un día será. Cambiamos nuestra percepción del entorno; a menudo nos olvidamos de lo que queríamos con todo el corazón, para centrarnos en la nueva realidad que nos rodea. Los acontecimientos nos moldean, nos hacen ser más pragmáticos, nos recuerdan que hay facturas que pagar, responsabilidades a las que hacer frente y expectativas que cumplir.

Y nos olvidamos de soñar...

Y renunciamos a aquello que, siendo solo unos niños, nos enamoró irremediablemente.

Cuando enfoco la vista otra vez en June, soy consciente de mi expresión solo por su gesto risueño.

—No me interesa saber nada de su vida. Lo más seguro es que ya tenga una novia, quizá hasta esté casado y esperando su primer hijo.

—¿Con veintiocho años? ¿Tan pronto?

—Siempre fue el más maduro de los dos.

—¿Y eso qué tiene que ver? Quizá su objetivo en la vida no es formar una familia... No todos queremos tener hijos, Tais.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Qué pierdes con intentar encontrarle y tomarte un café con él? Por los viejos tiempos...

—No tengo ni la más mínima idea de dónde vive.

—¿Conservas su usuario de Skype?

—Sí, pero hace tiempo dejó de usarlo. Creo que hasta lo dio de baja —admito desilusionada.

«Y todavía me pregunto por qué», añadiría, si no fuese porque June no conoce la verdadera historia de principio a fin. Tan solo le he dado pinceladas de lo que ocurrió entre nosotros.

Me termino el sándwich en completo silencio. June no habla más del tema y lo agradezco, porque de pronto, todo el entusiasmo que sentía por hacer las maletas y largarme acompañada de Chad se ha esfumado como si hubiese cerrado de golpe el armario de los recuerdos, censurando todos aquellos sentimientos que buscan un recoveco por el cual escurrirse.

Un rato más tarde, al meterme bajo las sábanas, cojo mi teléfono y activo el chat con mi amigo para retomar nuestra conversación de esta mañana.

Taissa: *¿Estás despierto?*

Chad: *Más despierto que un vampiro la noche de Halloween.*

Me río de sus tonterías.

Taissa: *No puedo dormir. Son demasiadas cosas...*

Chad: *Deja de darle vueltas a todo. Además, no tienes alternativa. Julia confía en nosotros.*

Taissa: *Esa maldita bruja.*

Chad: *Si hacemos un buen trabajo, posiblemente te promuevan a directora de Medios.*

Taissa: *¿Y ocupar su puesto? Tú estás flipando.*

Chad: *Piensa que Julia aspira a meter su culo en uno de los despachos de Dirección. Al viejo Hillman le queda un telediario para jubilarse.*

Aparto el móvil por un breve instante y me quedo como una tonta contemplando el techo. «¿Será que Julia está pensando en ascenderme?». Intento recapitular en las conversaciones que hemos tenido este último tiempo. Cierto es que hace días hizo un comentario que me dejó un tanto pensativa, después de regañarme al llegar tarde por enésima vez. Mencionó que una ejecutiva de una gran empresa como Double Creative Network no podía permitirse el lujo de actuar como una universitaria despistada.

—Ya tienes una edad, joder. Esto no es juego...

—Lo siento, Julia.

—Deja de pedirme disculpas y compórtate como la mujer de negocios que eres, Taissa. No ocuparás el puesto de *planner* eternamente.

Aquella observación me dejó fría. Creí que planeaba despedirme o, por lo menos, que me tenía incluida en su lista negra, poniéndome sobre aviso de que, si no me rescataba de una vez, acabaría de patitas en la calle. Sin embargo, Chad le ha dado la vuelta a su alegato.

Taissa: *Entonces tenemos que hacerlo mejor que nunca.*

Chad: *Confío en tus capacidades. Eres increíble.*

Taissa: *¿Estás intentando ligar conmigo, Chad Allen?*

Chad: *Si no he conseguido que te abras de piernas para mí en los años que llevamos juntos, ya te considero un caso perdido.*

Taissa: *Capullo.*

Chad: *Y a mucha honra.*

Agrega el emoticono de la cara sacando la lengua y me provoca una carcajada.

Taissa: *Creo que ahora sí tengo sueño.*

Confieso bostezando y refregándome los ojos.

Chad: *Normal, anoche la pasaste de folleteo con el chico más guapo del bar.*

Taissa: *¿Cómo sabes que es guapo si no estabas allí?*

Chad: *Tú no sales con feos.*

Taissa: *Que te den.*

Chad: *Descansa, princesita Disney. Te veo en la ofi mañana.*

Le adjunto la cara lanzando un beso y él me responde con un corazón. Cualquiera que leyera las conversaciones que mantenemos a diario diría que somos dos amigos tonteando y jugando con fuego, pero nada más lejos de la realidad. Somos uña y carne, lo que una vez fui con Francesco y que se perdió a causa de su inminente partida al viejo continente. Siempre me he llevado muy bien con el género masculino, porque considero que un hombre puede ser un muy buen amigo, siempre que no pretenda saltar la barrera de la *friendzone*. ¿Por qué solo tener amigas mujeres si puedes contar con el apoyo de alguien que, conociendo las desventuras del sexo contrario, pueda aconsejarte en lo referente a los asuntos del corazón?

Además, nos une algo mucho más importante que la simple necesidad de conformar un

gabinete de crisis ante situaciones desesperadas: el trabajo. La creatividad es parte activa de nuestro día a día, tanto para él como para mí, y solo por eso, tiene ganado mi respeto. Y que funcionamos a la perfección cuando se trata de tomar decisiones y buscar juntos la solución a una estrategia de mercado.

Chad es diseñador gráfico, pero sus estudios en Publicidad le han dado la experiencia suficiente para entender a la perfección las necesidades de un potencial cliente. Suele ser bastante perspicaz y capta rápidamente lo que una empresa busca a la hora de promocionar sus productos y servicios. Tiene ese don. Empatiza y conecta de maravilla con la gente. Es desinhibido, abierto, lanzado y sabe escuchar, una cualidad más que destacable en un profesional que se precie de manejar hábilmente el lenguaje de la persuasión.

Vender un producto no es tarea sencilla. Es esencial conocerlo a fondo. No es coincidencia que a menudo utilicemos la imagen de dardos y una diana al hablar del público objetivo. Esa esencia es el secreto detrás del marketing. Como bien afirmó el renombrado Philip Kotler, «El Marketing no es el arte de vender lo que uno produce, sino de saber qué producir». Es aquí donde entramos los especialistas, analizando meticulosamente el mercado para satisfacer sus demandas y necesidades.

Me pregunto qué táctica utilizaremos para promocionar a nuestro nuevo cliente. Quieren expandirse al mercado internacional y será primordial planificar con exactitud cada paso a seguir. Esa es mi tarea: crear estrategias que nos permitan meternos en la mente del consumidor y aplastar a la competencia.

Todo un reto.

Un interesante desafío.

Dos días más tarde recibo la llamada de mi madre. Ya estaba tardando en contactar conmigo, teniendo en cuenta que le había enviado un mensaje a Eileen hablándole de mi próximo viaje a Europa.

—¿No pensabas decirme nada?

—Iba a contártelo, mamá.

—¿Cuándo? ¿Cinco minutos antes de subirte al avión?

Pongo los ojos en blanco y me sirvo el segundo café de la mañana mientras hago malabares para sostener el móvil entre el hombro y la oreja.

Chad entra en el *office* y me mira risueño.

—Mi madre —le aclaro en voz baja y la escucho despotricar contra todo lo que se menea.

—Dale mis recuerdos.

—Chad te envía recuerdos.

—¡Dile que todavía estoy esperando que venga a cenar a casa y que me traiga la tarta de fresas que me prometió! —chilla al otro lado.

Mi amigo me quita el terminal de la oreja y le tiro un beso al aire agradeciendo la intromisión; por fin podré beberme mi café caliente. Escucho que discuten sobre cuándo se dignará a aparecer y cuántos hijos tendremos si nos decidimos a dar el paso. He optado por no llevarle la contraria por el bien de mi salud mental. Que crea lo que quiera. Parece que no concibe la idea de que Chad y yo solo seamos amigos, algo que he intentado hacerle entender por activa y por pasiva, pero ella sigue empecinada en que hay una tensión sexual —inexistente— entre nosotros y que lo mejor es atenderla cuanto antes para evitar que acabemos arruinándonos

la vida.

Cada vez que mi padre es testigo de sus divagaciones, se ríe de ella sin poder evitarlo. Menos mal que lo tengo a él para defenderme. Mi eterno protector. Mi héroe sin capa ni espada. Reconozco que soy su debilidad, al igual que él es la mía, y es por ese mismo motivo que la relación con Candice no es la mejor. Siempre ha tenido celos de nuestra complicidad y me duele que así sea. Me resulta frustrante chocar tanto con ella siendo hermanas. ¿Hay algo más patético?

No hay reunión familiar en la que no saque a colación mi irresponsabilidad, la impuntualidad que me caracteriza o mi manera de vestirme. Si por ella fuera, llevaría aburridos conjuntos de pantalón y chaqueta, esos que no me hacen la menor ilusión y que no me compraría ni borracha. Pero ella es *doña perfecta* y, como no podía ser de otra manera, se llena la boca criticando mis faldas cortas, mis transparencias y mi poco acertado sentido de la estética.

Me la suda.

Soy como soy, y ya le he dicho hasta el hartazgo, que, si no le gusta, que mire hacia otro lado. No necesito su maldita aprobación.

—Me ha invitado a cenar a tu casa este viernes.

Chad interrumpe mis cavilaciones, aproximándose a la máquina de café y devolviéndome el teléfono.

—Genial. ¿Te ha dicho a qué hora nos espera?

—Sobre las ocho.

—Más te vale llevarle la dichosa tarta de fresa o te perseguirá hasta el día del juicio final.

Chad sonríe y se le dibujan esos hoyuelos que provocan que las bragas femeninas acaben húmedas.

—Me ha dicho también que irán tus hermanas.

—Contaba con ello —asumo con un gesto que hace que se acerque todavía más.

—¿Qué tal con Candice?

—No he hablado con ella desde nuestro último encontronazo.

—Es tu hermana, Taissa.

—Y no por ello tengo que aguantarle todos sus desplantes.

—A tus padres les disgusta veros distanciadas.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer? Es ella la que incita a la guerra con sus comentarios hirientes.

—No se lo tengas en cuenta, y problema resuelto.

—Como si fuese tan fácil...

—Créeme, cuando entiendes de que nada es lo suficientemente trascendental como para desencadenar una pelea, todo carece de importancia.

Chad habla con el corazón. Su hermana murió hace un par de años de manera inesperada, dejando además a un marido y dos hijos huérfanos de madre. Fue muy duro. Tanto, que temí perderlo a causa de la tremenda depresión de la que salió gracias a la ayuda de quienes lo queremos y apoyamos.

Lo abrazo, dejando previamente mi vaso de cartón encima de la pequeña mesa. Selena elige justo ese momento para abrir la puerta.

—Ya está la parejita dándose arrumacos.

La fulmino con la mirada por encima del hombro de mi amigo y él se gira para observarla.

—Ha llegado *The Blair Witch* —comenta Chad.

—Esta empresa es un aquelarre —sentencio pasando por su lado y dedicándole una mueca que ella responde levantando su dedo corazón.

Que a Selenia le gusta Chad es un secreto a voces, y que él la evita, también. Se llevan como el perro y el gato. Ambos trabajan para el mismo departamento y no consiguen llegar jamás a un acuerdo cuando les toca decidir qué gráfica es la mejor para tal o cual campaña.

Selenia es muy temperamental, y Chad lo lleva fatal. Además de que siente unos celos terribles cada vez que nos ve interactuar, elaborando sus propias conjeturas.

Salgo detrás de él y la oigo proferir un insulto por lo bajo. Sonrío para mis adentros al darme cuenta de que Chad ya ha huido en dirección a nuestro despacho. Cuando cierro la puerta y me siento frente a mi escritorio, le veo mover la pierna, nervioso.

—¿Me he perdido algo?

—¿La seña que te ha hecho, tal vez?

—Eso lo he visto, no estoy ciega —rebato, esperando ansiosa una respuesta. Se hace el duro, pero sé que esconde algo tras su actitud de perdonavidas.

—Ya no sé qué hacer con ella.

—Invítala a cenar.

Sus ojos se abren como el dos de oro.

—¿Qué te has fumado?

—Yo solo digo que esa tensión sexual no es buena, acabaremos explotando todos en mil pedazos como no lo solucionéis.

—No me gusta, Taissa. Somos totalmente incompatibles.

—Tengo una teoría al respecto.

—No sé si quiero oírla.

—Os odiáis tanto que terminaréis enredados en la cama más pronto que tarde.

—Doy gracias al cielo por este viaje, de verdad. Pensar que no tendré que verle la cara en un mes, me provoca un subidón de adrenalina difícil de describir —explica más para él mismo que para mí, ignorando mi comentario. Ya le vale.

—El tiempo me dará la razón —insisto.

—Tú estás mal, Taissa.

Decido no seguir atosigándolo o me comeré una buena bronca, y me dispongo a continuar con la planificación que debo entregarle a Julia esta misma tarde. Como sigamos con las distracciones, me darán las ocho de la noche.

Para cuando el reloj marca las seis y media, me dispongo a apagar mi ordenador y abandonar la oficina.

—¿Has acabado? —le pregunto a Chad y veo que se despereza estirándose como un gato en su silla.

—Sí, por hoy ha sido suficiente.

—¿Cenas en casa con nosotras? June debe estar llegando al apartamento.

—Mejor me voy a casa. Si me entretenéis hasta tarde, acabo bebiendo de más y luego me levanto con dolor de cabeza —observa con una sonrisa.

—Vale, te veo mañana entonces. Pórtate bien. —Le doy un beso en la mejilla y él me retiene por la muñeca—. ¿Ocurre algo?

—No mires hacia atrás, pero acabo de ver a Julia acompañada del viejo Hillman.

—¿A estas horas? —inquiero extrañada y haciéndole caso a mi compañero—. ¿Qué hace el director de la empresa un miércoles por aquí?

—No tengo la menor idea, pero algo traman.

—¿Nos quedamos?

—Cantaría mucho. Será mejor que nos marchemos, le preguntaré a Selenia mañana. Su

oficina está pegada a la suya y sus oídos son biónicos.

Una risa escapa de mis labios sin poder evitarlo. ¿Será que ha llegado el momento que os cuente para qué se usa la famosa sala de relajación?

Resulta que Julia no es una santa. Bueno, eso ya os lo he dicho. Pero me refiero a que detrás de esa fachada de jefa rígida y profesional, existe una mujer pasional y osada a la que le va la marcha. No hace mucho, Selena la pilló morreándose con el director Creativo. Ambos tienen el mismo rango y ninguno se encuentra en desventaja con respecto al otro, pero eso no justifica que puedan convertir el espacio destinado a descansar en nuestros ratos libres, en una sala de masajes con final feliz. Y con mayor razón, si tenemos en cuenta que el señor Devon McLaren está felizmente casado.

¿Recordáis que os mencioné que Julia no deja títere con cabeza? Pues todo este cotilleo fue una exclusiva proporcionada por nuestra compañera, que creyó conveniente soltarlo en el *office* mientras Chad y yo nos bebíamos nuestro café de rigor.

No me extraña que mi amigo se fie de ella para que ponga de manifiesto los jugosos trapos sucios de nuestra jefa. ¿Será que piensa algún día utilizar esa información en su contra? Me resultaría extraño viniendo de Chad, aunque uno nunca sabe cuándo puede necesitar un arma con la cual defenderse en caso de ser víctima de alguna encerrona.

Cuando llego a casa me encuentro a June comiendo helado, despelotada sobre el sofá y con el mando de la tele en la mano.

—¿Relajada? —le pregunto dejando las llaves en el recibidor y avanzando hacia ella con paso decidido. Me pierde el helado de manteca de cacahuete, y no sería la primera vez que le arrebató la tarrina para terminármelo sin remordimientos.

Como adivina mis intenciones, lo aparta hacia un lado.

—¡Vade retro, Satanás!

—No pensaba quitártelo —miento descaradamente.

—Eso no te lo crees ni tú —sentencia, lamiendo la cuchara para darme envidia. ¡Será cabrita!—. ¿Qué tal en la ofi?

—¿A que no adivinas quién ha visitado la empresa justo antes de que me fuera?

—Sorpréndeme.

—Hillman.

—¿A estas horas?

—Lo mismo le pregunté a Chad, pero me prohibió meter las narices donde no debo. Se encerró con Julia en el despacho —agrego, haciéndome con la tarrina de Häagen-Dazs.

—Tu media naranja es la voz de tu conciencia.

—Que somos amigos... ¡Pesada!

—Eso lo dices ahora, pero cuando te entre la urgencia por saciar tu apetito sexual, quiero ver a quién le haces el feo.

—Lo reemplazo con helado.

—Sí, claro —aduce apuntando la tele con el mando para continuar con su serie favorita de Netflix. *Stranger Things*. Está obsesionada con ella y no se pierde ni una temporada. Lo primero que veo en la pantalla son un montón de niños ensangrentados y tumbados en lo que parece ser un laboratorio.

Madre del amor hermoso...

—Por cierto... ¿Quieres venir a cenar este viernes a casa de mis padres? —le pregunto apartando la vista de semejante escena—. Mi madre ha invitado a Chad y estarán mis hermanas.

—¿Y perderme una de tus batallitas verbales con Candice? ¡Ni loca! ¿A qué hora es la cita?

Le doy con el codo de forma amistosa y se ríe de sus propias provocaciones mientras traga otra cucharada de helado.

—Vamos juntas si quieres. Llevamos el postre y nos quedamos a dormir allí para no tener que preocuparnos por la hora.

—¡Perfecto! Me apunto.

La abrazo de lado y le beso la mejilla. June será lo más parecido a un grano en el culo que te puedas encontrar, pero es una de las mejores amigas que he tenido jamás.

Capítulo 4

Taissa

La noche del viernes en casa resultó ser más relajada de lo que esperaba. Al parecer, mi hermana había tenido una semana positiva en el trabajo, ya que no venía dispuesta a pelear. Entró por la puerta ondeando la bandera blanca de la paz, cosa que agradecí, porque bastante tenía ya con la noticia del viaje a Italia como para tener que aguantar sus idas de olla.

Conversamos en un ambiente ameno, y como siempre, Chad y mi padre comenzaron a discutir sobre béisbol y las jugadas destacadas de la temporada. Me encanta ver lo bien que se llevan. Siempre he pensado que, si alguna vez tengo la fortuna de que alguien me quiera tanto como él, me gustaría que esa persona tuviera una relación tan estrecha con mi padre como la que tiene mi mejor amigo.

Aunque no lo parezca, para mí es muy importante conservar la armonía familiar, cosa que no siempre consigo con Candice. Desearía arreglar nuestras diferencias y no mantenernos en este tira y afloja constante que me saca de quicio, pero lamentablemente, no todo depende de mí. Solo tengo el cincuenta por ciento del poder de cambiar nuestra caótica relación.

Ahora mismo me entretengo mirando cómo le pintan las uñas a June en el salón de belleza. ¿Que cómo hemos acabado aquí? Anoche se quedó a dormir en casa de mis padres y hoy nos hemos dedicado el día para nosotras. Ya que es domingo, hemos aprovechado para citarnos con la peluquera, y después he pasado por la fastidiosa depilación láser muy a mi pesar. Llevo casi todas las sesiones del famoso *integral*, gracias a la insistencia de mi querida amiga, que no se detuvo hasta convencerme de que el lema «sin un solo pelo en el cuerpo» es muy necesario hoy en día. No puedo decir que me desagrade, aunque yo hubiese optado por una simple brasileña.

—Mira qué color más bonito —me dice luciendo la gama cromática de rojo intenso que ha elegido para sus uñas.

—Me encanta.

—¿Vas a cortarte el pelo?

—Sabes que me gusta llevarlo por encima de los hombros. Por comodidad y por estilo.

—Te pega. Siendo tan delgada y con ese cuello que tienes, no podría ser de otra manera.

Sonrí, y la chica que acaba de terminar con la manicura de June me invita a sentarme.

—Voy a echar de menos estas salidas —confieso por la boca pequeña cuando la esteticista empieza a limar mis uñas.

—Y yo... Pero piensa que solo son treinta días. Luego volverás a la rutina y extrañarás pasearte por las fantásticas calles de Milán comprando en esas tiendas prohibitivas.

—Por eso mismo son prohibitivas, porque no compraré nada.

June estalla en carcajadas.

—Eso lo veremos.

—Soy una mujer previsora. Sabes que me doy mis caprichos, pero algunos están fuera de mi alcance. Ergo, un bolsito minúsculo de Gucci que excede los dos mil dólares.

—Uno se acostumbra rápido a lo bueno.

June le da un sorbo a su copa de champán. Nos gusta venir a este sitio, porque nos miman como si fuésemos dos marquesas. Todo un descubrimiento que hizo mi hermana Eileen y que pronto compartió con nosotras debido al grado de satisfacción que le produjo.

Pese a que muchas empresas no lo reconocen, la interacción con el cliente es crucial para destacarse frente a la competencia y a menudo determina por qué te seleccionan en lugar de otros. El objetivo debe ser siempre alcanzar la excelencia.

—¿Y bien? ¿Ya tienes lista la maleta?

Pensar que solo nos quedan dos días antes de subirme a ese bendito avión, me revuelve las tripas.

—Compraré un par de prendas antes de irme, pero podría decirse que sí.

—¿Y te sientes preparada para afrontar estos próximos treinta días en Europa?

—No voy a negarte que estoy nerviosa por saber con qué nos encontraremos. Espero que no sean demasiado exigentes, aunque confío en que nos los meteremos en el bolsillo. ¡Chad y yo somos imbatibles!

—¡Esa es mi amiga!

Un par de horas más tarde ya estamos de compras por las tiendas de la avenida Michigan, conocida mundialmente por su oferta comercial. Mi cabello ha quedado espectacular después de pasar por las hábiles manos de Rachel, la peluquera, y las ondas que me ha marcado para resaltar mis mechas rubias naturales flamean desordenadas gracias a la brisa estival.

Me hago con unas cuantas faldas, una prenda indispensable para mí. Estampados de cuadros, con tablas o una bonita hilera de botones en la parte trasera, son los elementos que decoran mi *outfit* preferido. June no se va de viaje a ningún sitio, pero aprovecha la salida como excusa perfecta para renovar su guardarropa.

Tras un día ajetreado, regresamos a casa, satisfechas de haber completado la misión. June se tumba en el sofá un rato, y yo aprovecho para guardarlo todo en la maleta que descansa abierta en el suelo de mi habitación.

Lo observo todo a mi alrededor y me embarga una sensación extraña. No entiendo por qué tengo ganas de llorar si en un mes estaré de regreso. Es ilógico, pero no puedo evitar experimentar este malestar que se me instala en la boca del estómago.

Soy un poco fatalista. Lo admito. Empiezo a pensar que mi cuerpo me avisa de que algo malo está por suceder, que el avión va a estrellarse o que llegaremos tarde a la cita con el cliente...

Sacudo la cabeza para quitarme esos malos pensamientos de en medio. Soy única cuando se trata de exagerar y creo que va siendo hora de poner los pies sobre la tierra. Tengo que madurar. Tomar las riendas de mi vida y no temerle a lo desconocido.

Milán nos espera, y la oportunidad de demostrar de lo que soy capaz, la tengo aquí mismo, en la palma de mi mano.

El día tan esperado llega. Miércoles 10 de julio y mis pies aterrizan sobre el Aeropuerto Internacional de O'Hare a las doce del mediodía. Chad me espera junto a su maleta en la cola de facturación y June me ayuda a cargar con la mía. No he podido evitarlo. Llevo demasiados bártulos, pero no quería dejarme nada que pudiese llegar a necesitar durante mi estadía en Italia.

—¡Ahí estás! —exclama al verme llegar—. ¿Qué hay, June?

—¡Hola, Chad!

Ambos se saludan con un afectuoso abrazo y sonrío al darme cuenta de que están frente a mí dos de las personas más importantes de mi vida.

—Gracias por acompañarme —confieso y mis ojos se encharcan. Sé que ha pedido el día en la joyería donde trabaja para poder estar hoy aquí—. No sé qué me sucede últimamente.

—Estás sensible por el viaje —justifica mi amiga—. Ya se te pasará. Piensa en lo mucho que vais a disfrutarlo y en los italianos guaperas vestidos de Armani que conocerás en el proceso.

Chad se ríe meneando la cabeza y ella lo observa con los ojos como rendijas.

—Y tú ten cuidado con las italianas...

—¿Cuidado? No voy a desperdiciar la oportunidad si se presenta —sentencia más que convencido.

—¡Madre mía! ¡Qué peligro vosotros dos, juntos y revueltos por Europa!

—Revueltos, pero cada uno por su lado —aclaro mi amigo—. Cuidaré de ella, no te preocupes, y te la traeré sana y salva.

Le doy con el codo y Chad me sonrío socarrón. A continuación, avanzamos en la cola hasta llegar a la ventanilla y, tras recoger nuestros billetes y despachar el equipaje, me despido de mi amiga con pena.

—Te echaré de menos, loca.

—Y yo a ti —murmura secando mis lágrimas—. Pásatelo bien y haz que sea inolvidable.

—Lo intentaré —respondo, dejándome conducir de la mano de Chad hasta el filtro.

Una hora más tarde ya estamos sentados en el avión. Antes de apagar el móvil, leo un par de mensajes que acaban de enviarme. Uno es de mis padres deseándome buen viaje, y otro es de Eileen. El de Candice brilla por su ausencia. En mi cara se dibuja una expresión desagradable, momento que aprovecha mi amigo para husmear en la pantalla.

—¿Todo bien?

—Sí... —suspiro, resignada y lo aparto para que no empiece a regañarme otra vez por no arreglar las cosas con ella—. ¡Vamos a pasarlo en grande!

—¡Así me gusta!

Me da un apretón en la mano y apoyo mi cabeza en su hombro buscando calor. Que no se incomode es parte de la estrecha relación de confianza que nos une, una que espero seguir teniendo con él por los siglos de los siglos, amén. A menudo me pregunto qué pasará el día que ambos o uno de los dos tenga pareja estable. ¿Entenderán nuestra amistad? ¿La respetarán? Espero de corazón que así sea, porque perder a Chad no está en mis planes ni a corto ni largo plazo. Valoro tanto que me entienda como nadie y que, además, compartamos nuestra pasión por el trabajo bien hecho...

Después de casi catorce horas de viaje y una escala en Atlanta, arribamos al Aeropuerto Internacional de Malpensa en Milán. Son las nueve de la mañana y mi estómago ruge, ya que solo he sido capaz de tomarme el café del desayuno. Los nervios me tienen a mal traer.

Camino a retirar nuestras maletas, respiro el aire moderno y a la vez sofisticado que desprende todo lo que me rodea. Grandes carteles de marcas famosas como Gucci, Prada y Louis Vuitton decoran las escaleras mecánicas, y las mujeres y hombres vestidos con un estilo

inconfundible me dejan con la boca abierta.

—Bienvenida a la ciudad de la moda —murmura Chad sin quitarle la vista de encima a una rubia despampanante que se ha detenido a nuestro lado, ataviada con unas impresionantes gafas de sol de marca y unos tacones de infarto. Es modelo. No caben dudas. Retira su maleta de la cinta y se aleja caminando como si esos tacones, de por lo menos diez centímetros, no le destrozaran los pies.

Chad me mira y eleva las cejas repetidas veces, haciéndome reír. Le doy un manotazo en la tripa.

—Espabila, marmota. Que debemos llegar al apartamento en menos de una hora.

—Eh... ¡Relájate! ¿Desde cuándo eres tan estricta con los horarios?

—Desde que pretendo dar una buena impresión a nuestros clientes.

—Menuda estás hecha —afirma y nos conduce hasta la salida. Arrastro como puedo mi maleta que pesa más que un muerto, aguantando sus burlas por no haberme controlado a la hora de seleccionar lo que me traía.

—Venga, déjame que lo haga por ti —me dice arrebatándomela de las manos antes de encontrar un taxi que nos lleve a destino.

—Por eso te quiero tanto... —lo camelo batiendo mis pestañas y él pone los ojos en blanco —. Eres mi héroe.

Por fortuna, el idioma no es un impedimento para comunicarnos. Aunque el conductor del vehículo no habla inglés con fluidez, comprende claramente las indicaciones cuando le mostramos las coordenadas en Google Maps.

Al llegar a la zona del Duomo, levanto la vista hacia la fachada que se despliega ante mis ojos. Se trata de un magnífico edificio antiguo remodelado, que cuenta con varios apartamentos que mi empresa ha tenido el tino de reservar para nosotros. Ya que estaremos unos cuantos días y que necesitamos espacio suficiente para trabajar a gusto, lo consideraron una mejor opción que el hotel. Y nosotros encantados; así podremos disfrutar de nuestra cocina, un saloncito acogedor y la comodidad de disponer del metro en la zona cero de una de las ciudades más pintorescas y bonitas del mundo.

¡Porque vaya si lo es! Sofisticación, el punto clásico mezclado con el moderno y sus terrazas interminables donde sentarte a degustar de una buena *pizza* o un plato de pasta al mejor estilo italiano.

Subimos al último piso, y después de teclear la clave pertinente con la cual abrimos la puerta, nos encontramos con un salón decorado en tonos verde menta, un sofá a conjunto, una alfombra de pelo en color blanco roto y un *puff* de cuero gris. La estancia se completa con un bonito comedor compuesto por una pequeña mesa y cuatro sillas de diseño, y una cocina con barra americana que me deja enamorada.

—¿Has visto la terraza? —me indica Chad, quien ya se ha aproximado al ventanal que deja pasar la cálida luz del sol, y que nos permite vislumbrar una hamaca de mimbre suspendida en el aire y una zona *chill out* espectacular con vistas a la Catedral.

—¡Esto es increíble! —exclamo descorriendo la cortina que hace juego con el sofá.

—Nos lo merecemos —dictamina ante mi cara de estupefacción y le doy la razón. Hemos trabajado muy duro para estar hoy aquí, y gracias a nuestro esfuerzo hemos conseguido que nos asignaran este proyecto.

Chocamos nuestras manos y nos disponemos a elegir cada uno su habitación. Como Chad es muy bondadoso y se apiada de mí, me cede la que tiene el armario más grande.

Cuelgo mis vestidos en las perchas, coloco mis enseres en el baño y compruebo que las

vistas no son menos impresionantes que las que se aprecian desde la sala.

Me dejo caer sobre el colchón, disfrutando del tacto suave de la tela del edredón contra mi cuerpo. En ese momento, recuerdo que todavía tengo el móvil en modo avión y que debo avisar a mis padres de mi llegada.

—¡No te imaginas lo bonito que es el piso, mamá! —le chivo mientras me descalzo para estar más cómoda, sintiendo el parquet bajo mis pies desnudos.

—¿Qué tal está Chad?

—Guardando sus cosas en la habitación. ¿Quieres que entre a preguntarle y que lo pille en calzoncillos o a punto de meterse a la ducha?

—No os vendría mal para empezar el viaje bien motivados...

—¡Esto no es una maldita luna de miel! Hemos venido a trabajar.

—Lo que tú digas —rebate y suspiro cansada—. No te enfades. Quiero lo mejor para ti —se excusa en un tono menos bromista.

—Lo sé... Pero entiende que ya estoy un poco harta de que quieras emparejarnos. —Su silencio hace que me arrepienta de no tenerle tanta paciencia como me gustaría—. Te quiero.

—Y yo a ti, Tais. Disfruta y a por todas. ¡Ya me contarás qué tal os va con el nuevo cliente!

—Dale besos a papá de mi parte.

—Cuenta con ello.

Una vez que corto la llamada, coloco el móvil en la mesilla de noche y me apoyo contra el cabecero de tela, permitiendo que el cansancio gane la batalla. Casi ni me entero de que caigo rendida ante un sueño reparador, hasta que unas tres horas después, me despierto confusa y perdida. Sonríe al darme cuenta de que Chad se ha preocupado por taparme, y me levanto con el fin de darme una ducha, cambiarme y espabilarme un poco.

Una vez en la sala, me lo encuentro muy concentrado, revisando el dossier con la información de nuestro cliente. Bostezo y me aproximo para darle un abrazo por detrás.

—Gracias por cubrirme con la manta.

—Estabas agotada. Has babeado la almohada y todo —admite, aguantando una carcajada.

—Tonto... —le reprocho dándole una colleja—. ¿Has encontrado algún dato interesante?

—Aquí dice que son dos socios, que tienen actualmente el monopolio de la venta de motos Harley-Davidson en Milán y varias sucursales en las principales ciudades italianas, pero que buscan expandirse al mercado europeo.

—Eso explica en parte que nos hayan traído —deduzco sentándome a su lado y robándole un trago de café de su taza.

—Tal vez necesitan nuevas ideas.

—Y se las daremos —afirmo convencida.

—Tenemos la reunión con ellos mañana por la mañana.

—He visto que está pactada a las ocho y media —le indico señalando el folio donde pone la dirección de las oficinas—. No es muy lejos de aquí, podríamos ir andando.

—¿Te apetece salir a recorrer la ciudad? Todavía es pronto y tengo hambre.

—¡Excelente idea! Voy a por mi bolso.

Pasamos la tarde paseando y conociendo las inmediaciones del edificio. La ubicación es privilegiada, ya que nos hallamos en pleno centro de Milán y no necesitamos coger un taxi para acercarnos a los principales puntos de interés.

Nuestra primera parada es el Duomo. Conocido por su impresionante arquitectura gótica y la altura interminable de sus torres, nos deja absortos al contemplar su majestuosidad. Al enterarme de que vendríamos a Milán, me interesé por leer un poco sobre esta Catedral tan

famosa. Supe que es una de las iglesias de culto católico más grandes del mundo. Con sus casi ciento sesenta metros de largo, es capaz de albergar hasta cuarenta mil personas en su interior. Una verdadera pasada. Su construcción se inició en 1386, pero no finalizó hasta casi seis siglos después.

Tras tomarnos la foto obligada en la plaza, nos dirigimos a la emblemática Galería Vittorio Emanuele. Nos reciben tiendas de lujo de las marcas más exclusivas del mundo. La espectacular cúpula de cristal refleja los rayos de sol sobre el suelo de mármol mientras avanzamos, por lo que no puedo evitar enviarle una foto a June, posando delante del escaparate de Dior.

«Para que te mueras de la envidia», le escribo y me contesta haciéndome una peineta con emoticonos. Después, me acusa de insensata y varias sandeces más, que me provocan carcajadas y que Chad celebra invitándome a un Aperol en una de las terrazas cercanas.

Al escuchar a los camareros hablar en ese idioma que siempre me fascinó, inevitablemente me transporto a mi infancia. Ese distintivo acento me conmueve profundamente, trayéndome a la memoria los últimos doce años, período en el que perdí contacto con Francesco. Incluso June evitaba sugerirme ver alguna joya del cine italiano los viernes por la noche para no entristecerme. El día que agregaron al catálogo de películas *Perdona si te llamo amor*, de Federico Moccia, me hinché a comer helado de chocolate con el fin de ahogar mis penas.

Dispuesta a no caer en esa nube tóxica de remordimientos, dejo que la bebida fresquita se filtre por mi garganta paladeando su inconfundible sabor, disfrutando de los treinta y cinco grados de temperatura y la brisa veraniega que atrae miles de turistas a las calles milanesas.

Y aquí me encuentro ahora, amodorrada después de haber cenado un plato de lasaña que, no miento, es lo más delicioso que he probado en mis veintiocho años, y riéndonos con Chad mientras recordamos varias de nuestras aventuras.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que nos toca viajar fuera de Estados Unidos?

—Y juntos —añado dejando la copa de vino sobre la mesa—. Me apetecía este viaje, aunque he de confesar que todavía estoy inquieta. Hasta que superemos la reunión de mañana y sepamos bien qué es lo que quieren, no podré relajarme.

—Eres la mejor, Taissa. Por algo te han confiado este trabajo.

—Y a ti —afirmo sonriente. Chad imita mi gesto y choca su copa con la mía.

—Por nuestro proyecto —determina solemne.

Nunca podría imaginar lo que me espera horas más tarde. Sin duda, una de las mayores sorpresas de mi vida.

Capítulo 5

Taissa

Emprendemos rumbo a las oficinas de Harley M&S Milano a las ocho en punto. Como no queda lejos del apartamento, caminamos a paso tranquilo, aunque mi calma es simplemente un escudo protector contra los nervios que no dejan de atenazarme desde muy temprano por la mañana.

Apenas he podido probar bocado, y eso que el desayuno que nos han servido en el restaurante que se halla justo debajo de nuestro apartamento estaba delicioso. Chad ha dado buena cuenta por los dos, embuchándose unos *croissants* rellenos de crema de avellanas que tenían una pinta de muerte, y unas cuantas *delicatessen* más, que habría degustado de no ser porque tengo un nudo estrangulándome las tripas.

—¿Solo vas a tomar el café? —preguntó extrañado, a sabiendas de que, por más de que gozo de un metabolismo privilegiado, como más que un náufrago al ser rescatado de una isla desierta.

—Si no quieres que me vaya por el váter, no insistas —le recomendé y no pudo evitar reírse de mi cara de susto.

—Tranquila, todo irá genial.

Quise convencerme de que así sería, así que opté por no mirar cada cinco minutos la hora para no llegar tarde. ¿Increíble? Sí. No estoy dispuesta a cagarla. Esta vez no.

Atravesamos las puertas giratorias de un moderno edificio ubicado en la zona de la Piazza Gae Aulenti, famosa por sus impresionantes rascacielos de aspecto futurista emplazados en pleno centro empresarial de la ciudad. Me deja deslumbrada la construcción del edificio de UniCredit y tomo nota mental de proponerle a Chad que nos pasemos por aquí de noche, para ser testigos de los efectos de las luces que decoran, tanto las aguas danzantes que fluyen traviesas desde el suelo, como los interminables pisos que parecen traspasar las nubes.

Tampoco me pasan desapercibidos los atuendos que lucen las personas que van y vienen. Conjuntos y trajes elegantes, zapatos que bien podrían costar mi sueldo y perfumes que te atraen como un puñetero imán, sobre todo cuando el portador de dicha fragancia es un portento italiano en toda regla.

«*Mamma Mía!*», pronuncio para mí misma, entrando al ascensor. Chad me observa de reojo y le lanzo una mirada que bien podría significar que el hombre que tengo a mi lado será, a partir de ahora, el protagonista de innumerables fantasías eróticas.

Cuando llegamos al décimo piso, las puertas se abren y el trajeado saluda con un educado

arrivederchi al que correspondo con una sonrisa de perfecta imbécil.

—Ya estás más relajada... ¿Verdad? —pregunta mi amigo mordiéndose el labio.

—¿Has visto eso? Dios... ¿De dónde ha salido ese hombre? Olía a gloria bendita.

—Si no fuera porque, pese a que tu falda es demasiado corta, oculta bien tus bragas, diría que ya te las ha desintegrado.

Me abanico con la mano y río imaginándome sin ellas. Teniendo en cuenta que acostumbro a salir medio en pelotas después de una noche loca con el ligue de turno, digamos que estoy habituada a la sensación de llevar mis partes al aire. Chad estalla en carcajadas. Es como el protagonista de un *thriller* paranormal. Tiene la capacidad de colonizar mi mente para saber exactamente lo que estoy pensando a cada momento.

Llegamos finalmente a la recepción y allí nos recibe una chica no menos elegante.

—*Buongiorno*.²

—Disculpa, no hablamos italiano, solo inglés —le explico pronunciando con lentitud cada palabra—. Nos están esperando. Somos Taissa Rosenfield y Chad Allen, venimos desde Chicago.

—¡Claro! Perdona —se apresura a corregir la frase—. Sois de Double Creative Network, ¿verdad?

—Así es.

—Pasad por aquí, por favor —nos indica señalando una pequeña sala de espera plagada de imágenes increíbles de motocicletas Harley-Davidson enmarcadas en soportes metálicos. A nuestra izquierda, divisamos un modelo de colección expuesto sobre una tarima iluminada con una tenue luz azulada.

—Qué pasada... —balbucea Chad atónito.

Si tenemos en cuenta el lujo que rezuman las estancias que pisamos, podríamos decir que esta pieza representa un mínimo porcentaje de los miles de euros que sin duda se han usado para darles forma.

—Enseguida os atenderán los socios. El señor Spaggiari avisó que venía con retraso, aunque ya me han informado que está aparcando en su plaza.

—Estupendo —respondo con una sonrisa. Para una vez que llego a horario, me alegra saber que la puntualidad europea no se hace de rogar.

Tras esperar apenas unos cinco minutos, la recepcionista coge unas carpetas del mostrador y nos invita a acompañarla recorriendo juntos un pasillo enmoquetado rodeado de oficinas. Un aroma agradable baña cada rincón y la música tenue nos hace sentir cómodos desde el principio.

Siento que mis nervios comienzan a evaporarse a medida que avanzamos, hasta llegar a una impresionante sala de juntas acristalada que me deja perpleja. La altura en la que nos encontramos y la orientación del edificio hace que las vistas a la ciudad sean imponentes.

En cuanto entramos, me sorprende encontrarme con una mujer de nuestra edad, guapísima y estilosa, a la que mi compañero le echa el ojo no más posarlo sobre su agraciada anatomía. Morena, de pelo largo y unos deslumbrantes iris color miel, sonrío al vernos ocupar nuestros sitios.

—*Buongiorno* —saluda con educación y ambos le contestamos con un movimiento de cabeza. Observo a Chad, que se ha quedado prendado de la mismísima Sophia Loren versión 2.0 y le hago señas de que se seque la baba que ahora mismo le cae por la barbilla.

Cierra la boca y me lanza una mirada glacial.

Agunto la risa y me acomodo en mi butaca, comodísima, por cierto, hasta que el murmullo de una conversación a mis espaldas llama mi atención. No me giro, para no ser maleducada;

espero pacientemente hasta tener delante a los socios de M&S.

—Buenos días —saluda uno de ellos en un perfecto inglés, y antes de que pueda darme la vuelta, la sangre se me cristaliza en las venas.

«¿Qué demonios...?»

Cuando nuestras miradas chocan, mi mundo se disocia en dos partes. Una, que está aquí presente saludando al mismísimo Francesco Moretti en persona. Otra, que se remonta al día en que lo conocí cuando juntos empezábamos primer grado, de la mano de la señorita Bening. Se me representa aquel niño tímido de gafas que cargaba su enorme mochila a la espalda, su vulnerabilidad, el temor en sus ojos marrones que escudriñaban cada recoveco del aula con inseguridad.

Pero nada tiene que ver con el pedazo de hombre que se yergue ante mí en todo su esplendor. Este es soberbio, seguro de sí mismo, arrebatador gracias a ese traje que parece hecho a medida y que se pega a sus brazos fuertes y su torso trabajado tras evidentes horas de ejercicio.

«La madre que me parió...».

Se me seca la boca, me humedezco el labio inferior en un acto reflejo, y sus ojos van a posarse justo ahí, provocándome un estremecimiento que empieza en la punta de mis pezones y acaba en mi bajo vientre.

Su socio, el tal Lorenzo Spaggiari, según alcanzo a escuchar en estéreo, sumida en mi nube de estupidez suprema, comparece extendiéndome la mano.

Yo soy incapaz de pronunciar palabra.

—Tais... —oigo a Chad, que me da un pequeño pellizco en el costado, obligándome a volver al mundo real.

Francesco, que permanece inmóvil como si alguien le hubiese anclado los pies al suelo, todavía no da crédito.

¡Bienvenido al club!

Fuerzo una sonrisa tratando de recomponerme de semejante impacto visual y soy perfectamente consciente de que mi amigo está a punto de llamar una ambulancia para hacer que deje de comportarme como la testigo de un brutal asesinato. Porque decir que estoy en estado de *shock*, es quedarme corta.

«¿Francesco es el dueño del cincuenta por ciento de todo esto?», medito en silencio, saludando como un autómatas a su socio que esboza una sonrisa, mitad incrédula, mitad guasona.

—*Benvenuto in Italia*³ —añade para romper el hielo ante la incapacidad de reacción de su *partner*, que parece haber sido absorbido por una fuerza desconocida hacia una dimensión paralela—. Os esperábamos ansiosos.

Lorenzo no habla tan bien inglés, se hace entender como puede, haciendo alarde de un acentazo italiano que podría derretir a más de una que yo conozco.

—Hola, Taissa —saluda por fin mi examigo, o amigo. Todavía no sé bien qué somos después de todo lo que ha sucedido entre nosotros. Siento que el aire se ha agotado y que los pulmones me queman. La incomodidad en su actitud es abrumadora—. Qué agradable sorpresa.

—¿Agradable?

Después de que lo suelto, me doy cuenta de lo que acaba de salir por mi boca. La mirada que me lanza Francesco podría incendiar Milán, Catedral incluida.

—Creo que es mejor que nos sentemos —interrumpe Chad agarrándome por el brazo y dejando en evidencia la tensión que lo domina. ¿En qué momento se ha presentado él? Ni siquiera me he enterado. Me encuentro inmersa en una burbuja suspendida encima de esta enorme mesa de roble sobre la cual me desmayaría si pudiese.

Bajo lentamente hasta sentir el culo apoyado en mi silla, sin despegar los ojos del hombre que me ha dejado alelada. No es posible...

¡No es posible, joder!

¿De todos los varones que habitan la península, justo este tenía que ser nuestro cliente? ¡Me cago en mi puta suerte! ¿Y qué se supone que ha hecho durante todos estos años? ¿De dónde ha sacado esa masa de músculos? ¿Y ese rostro tan perfecto? La mandíbula afilada, la nariz recta, ese pelo peinado con productos que deben de costar un riñón, sus cejas anchas y esos labios... ¡Por Dios, esos labios! Me los imagino recorriendo mi vientre hacia el sur y humedezco mis bragas en el acto.

Quiero gritar, pero la voz se me queda atorada en la garganta, ¡y menos mal! Menudo espectáculo el que daría si les hiciese caso a mis instintos suicidas. Me imagino echando a correr hacia aquel inmenso ventanal que rodea la sala y atravesándolo cual superhéroe de Marvel con tal de escapar.

—¿Te encuentras bien? —susurra Chad pegado a mi oreja y las de Francesco se echan atrás como las de los lobos cuando oyen algo que les desagrada.

Ocupa su sitio junto a su socio, presidiendo ambos la mesa, y el movimiento de sus brazos flexionados al apoyarlos sobre la lustrosa madera me recuerdan a la de los protagonistas de esas novelas eróticas que tanto le gustan a June.

¿Sería demasiado pedirle que sonría? Su extrema seriedad me deja perpleja.

—Primero que nada, quiero agradeceros que hayáis acudido a la reunión. Espero que estéis a gusto en el apartamento que os hemos reservado y que la ubicación sea de vuestro agrado —interviene Lorenzo.

Dirijo la vista a mi compañero que se encoge de hombros sin entender nada. ¿Acaso no lo paga nuestra empresa?

—Muchas gracias por todo —contesta Chad por los dos—. Estamos muy cómodos y la zona es inmejorable.

—Bien, por otro lado, me gustaría presentaros a Giorgia Venturini, es la responsable del área de Marketing de la Agenzia Digitale Milano. Ella será la encargada de llevar a cabo la campaña por su empresa y de competir con vuestra propuesta —señala a la morena que sonríe con malicia.

Me quedo literalmente de piedra.

—¿Perdón?

—¿Julia no os lo comentó? —inquire, asombrado, Lorenzo.

—¿Comentarnos qué?

—Que elegiremos entre dos propuestas, la que consideremos conveniente.

¡Por fin se ha dignado a hablar el rey de Roma! O de Milán... Igual me da. Lo que acaba de decir ha terminado por romper todos y cada uno de mis esquemas. En vez de responderle que se ha vuelto completamente loco, levanto una ceja, gesto que noto lo pone cardíaco, más aún cuando me incorporo alzando la barbilla y dejándole apreciar mi atuendo al completo. Falda corta ceñida a mis caderas, camiseta ajustada marcando mis bubis y sandalias que se amarran a mis tobillos con una fina cinta de charol. Percibo cómo me come con los ojos sin ningún tipo de disimulo y se recoloca en su asiento, cruzándose de piernas y ocultando la erección que le he provocado con total seguridad.

—Nadie nos informó de esto —decreto en un tono de voz firme y acusador. Creo que hasta huelo el miedo que contamina el ambiente.

Siento la mano de Chad intentando que tome asiento otra vez.

—Señorita Rosenfield, el contrato incluye una cláusula que deberéis cumplir a rajatabla — aclara Lorenzo con toda la calma del mundo—. Cada agencia preparará una propuesta de mercado, estudiando previamente a nuestro público objetivo y desarrollando una campaña idónea que nos permita competir a nivel internacional. Tendréis treinta días para conseguirlo si queréis ganar el proyecto.

—Alucino en colores —bufo mirando fijamente a Francesco que ha cambiado la postura a una mucho más combativa y que me estudia esperando a que le salte a la yugular.

—Bueno... si creéis que no podéis contra nosotros... —murmura la bruja italiana, que hasta ahora se había mantenido en absoluto silencio. Claro, estaba esperando el momento ideal para atacar.

La observo desde mi altura, reduciéndola a cenizas.

—¿Acaso quieres ver de lo que somos capaces?

Lorenzo carraspea ocultando una sonrisa y Chad abre los ojos como si no fuese yo la que emite el discurso. Francesco permanece impassible. ¿Le habrán metido un palo por el culo?

—Muy bien, entonces no hay mucho más que decir. En vuestras manos tenéis la planificación completa, con sus plazos y condiciones. Os rogamos que firméis el consentimiento de confidencialidad que os hemos agregado al final, ya que queremos que todos los datos económicos sean tratados con discreción. Estamos hablando de una suma considerable a invertir en medios y recursos, por lo que es imperativo contar con vuestro compromiso por escrito.

Abro la carpeta, cabreada a más no poder, saco el folio en cuestión y estampo mi nombre de mala gana, pasándoselo a Chad para que haga lo mismo. Acto seguido se lo entrego a Lorenzo.

—Firmado. ¿Algo más?

Giorgia me observa dejando escapar una risita que me enerva, y Francesco parece estar disfrutando con esta situación. ¿Será posible? ¿Acaso se trata de un plan maquiavélico para doblegarme?

Chad traga saliva y aguarda ansioso la respuesta de Spaggiari.

—Nada más, señorita Rosenfield. Esa es la actitud que queremos. ¡Que gane el mejor!

«¿Se está quedando conmigo?», pienso y lo veo levantarse de su silla, acomodándose la chaqueta como todo un dandi.

—¿Me acompañas, Cesco? Tengo que hablar un minuto contigo.

El aludido asiente y se despide de nosotros con un escueto «hasta luego».

—Ha sido un placer —añade nuestra competidora, extendiéndonos la mano—. Puedes llamarme Gia —le aclara a mi compañero, que parece estar frente a una aparición divina. Sus gestos seductores me producen rechazo. ¡¿De qué coño va esta tía?!

Siento todo mi cuerpo envararse cuando le da la mano, retirándose detrás los socios de M&S.

—¿Me quieres explicar qué ha ocurrido aquí? —ordena Chad una vez que nos quedamos solos.

—Esto no puede estar pasando —farfullo, agarrándome la frente mientras camino de un lado a otro—. ¿No sabes quién es?

—¿El que te comía con los ojos? Me temo que es tu Francesco, ¿verdad?

—Mi Francesco, no. ¡Francesco a secas!

—Pues es quien pagará por nuestros servicios.

—Es imposible... ¿Cómo puedo estar frente a él después de tantos años, Chad? —lo sujeto por los hombros y lo zarandeo a conciencia— ¡¿Cómo?!

—Las coincidencias existen, Taissa. Y tú has sido víctima de una de las más crueles. ¿Cómo

le has reconocido?

Le miro denotando culpabilidad. Me cuesta horrores admitir que alguna vez busqué su nombre en las redes sociales, chocando con la triste realidad. Todos sus perfiles eran privados y la única fotografía que me arrojó el ordenador era la de un chico que había cambiado su aspecto, pero que en esencia seguía siendo el mismo de siempre. Resuelvo no desvelarle esa información a mi compañero y, en cambio, pregunto con aire fatalista:

—¿Qué significa todo esto? ¿Y qué hay de esta pseudo competencia que se han montado? ¿Por qué Julia no lo mencionó?

—Cálmate o te dará un ictus —resuelve en tono neutro—. Si lo ocultó, por algo será, ¿no crees? Quizá sabía que, si nos lo decía, nos negaríamos a participar en este sinsentido.

Me dejo caer otra vez en la butaca, y apoyando los codos sobre la mesa, me sujeto la cabeza. Necesito pensar con claridad, tranquilizarme y de ser posible ingerir una copa de algo fuerte que me relaje o acabaré estallando en medio de esta flamante e impoluta oficina.

Chad me pasa la mano por la espalda y, de alguna manera, consigue aplacar mi ira.

—Tais...

—Estoy condenada. Encima le he declarado la guerra a la tal Gia.

Se ríe por lo bajo.

—Eres muy sádica cuando te lo propones.

Suelto los mechones de pelo que sujetaba con fuerza y me giro para mirarle.

—No sé qué haría sin ti.

—¿Te tirarías por ese espectacular ventanal?

—Lo he valorado.

Mi amigo estalla en carcajadas.

—Te propongo algo.

—Soy toda oídos.

—Salimos de este endiablado edificio, nos damos un atracón de *pizza* en uno de esos restaurantes que hemos fichado ayer y nos bebemos un Aperol bien frío. Es viernes, podemos tomarnos el día libre y el lunes empezamos con fuerzas renovadas. —Chad me observa con sus ojitos de cordero degollado, esos que pone cuando intenta convencerme de algo usando todo el armamento pesado—. ¿Te apuntas al plan?

—Eres lo puto mejor de este mundo. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Me besa en la mejilla, y enganchando su brazo con el mío, me obliga a escapar de la sala de juntas.

Malditas coincidencias y benditas *Pizzas Margherita* que hacen flaquear hasta la más férrea voluntad.

Capítulo 6



Cuando Loren me saca casi a rastras de la sala de reuniones, tengo que tomarme unos minutos para apoyarme contra la pared y respirar de manera pausada.

Esto es demasiado.

No ha sido el sutil aroma que desprendía su cuerpo como si fuese una jodida flor abriéndose en plena primavera, o quedarme hipnotizado con su falda corta y ese descaro con el que se ha envarado frente a mí. Lo que me ha dejado sin habla es que me tratara como si no me conociera en absoluto. Eso ha sido lo que más me ha mortificado, lo que me ha dolido en lo más profundo del alma. Una actitud que me trajo amargos recuerdos del pasado, cuando actuó de la misma manera al enterarse de que mi familia y yo nos íbamos de Estados Unidos, en vez de enfrentar el problema como una verdadera guerrera.

Que lo es.

Taissa siempre ha tenido un carácter fuerte, decidido, extrovertido. A la evidencia de su reacción dentro de esa misma sala me remito. Que saltara como un resorte al enterarse de que su empresa deberá competir con otra por obtener los beneficios de la campaña, no me resulta inaudito. ¿Me lo esperaba? Quizá sí.

No me ha parecido una buena elección por parte de Lorenzo plantear esta especie de competencia, pero no me ha quedado otra opción. Tuve que aceptarlo muy a mi pesar.

Todavía siento sus ojos acusadores sobre los míos, su rabia contenida, esa determinación y sus ganas de ahorcarme en público sin cortarse un pelo. Tampoco pasaré por alto la enorme sorpresa que se llevó al verme allí plantado, como si no pudiese creerse el hecho de estar juntos en la misma habitación después de tanto tiempo.

Me frotó las sienes y mi socio apoya su mano sobre mi hombro con un gesto condescendiente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Me he mareado un poco, eso es todo.

Oculto mi rostro porque siempre me ha dado reparo dejar que otros conozcan a fondo mis sentimientos. Cuando Loren ha visto mi cara de desconcierto, debe de haber pensado lo peor. Que todo esto se iría al traste, evidentemente. Pero Taissa y su compañero —ese tal Chad que se le acerca demasiado cada vez que le habla— deberán cumplir el contrato para el cual han venido hasta aquí.

Ellos lo desconocen, pero nuestra empresa se ha hecho cargo de todos los gastos para que

no puedan echarse atrás. Tanto los billetes de avión como la estadía, incluyendo las dietas en comida y transporte, corren por nuestra cuenta. ¿Y por qué nos hemos tomado tantas molestias? Porque sabemos con total seguridad que Double Creative Network acertará con la estrategia de marketing que estamos buscando. Son excelentes en lo que hacen, tienen un currículum impecable y han desarrollado de manera exitosa las campañas de publicidad de innumerables empresas en Estados Unidos con resultados más que satisfactorios. Si tenemos en cuenta que la marca de motocicletas que vendemos comparte su origen, está todo dicho.

No obstante, del otro lado del cuadrilátero tenemos a la Agenzia Digitale Milano. Otra corporación en auge que se ha hecho un nombre en la región de Lombardía gracias a su notable reputación, aunque no conocen al cien por cien el mercado internacional, que es al que apuntamos con este ambicioso proyecto. Nuestra idea es ampliar la red de concesionarios de los que disponemos actualmente, a unas cinco ciudades más de Europa.

¿Y por qué los hemos incluido en este descabellado plan? Pues porque Lorenzo necesita sumar puntos con el padre de Gia. No hay más. Que mi socio pretende llegar a ser el yerno de Matteo Venturini no es ninguna novedad, y cuando nos planteamos invertir en publicidad, surgió la necesidad de contratar al personal idóneo. Todavía recuerdo la conversación que tuvimos en aquella reunión donde se decidió el futuro de este proyecto.

—Como Gia se entere de que no hemos contado con ellos para desarrollar esta campaña, me corta los huevos —aseveró Lorenzo, preocupado.

—Créeme que te entiendo, pero tenemos que pensar en el negocio. Si la mejor opción está fuera, es inviable dejar que lo personal se mezcle con lo laboral.

—Pero no puedo hacerles esto. ¿Te imaginas la catástrofe que se desencadenaría? —expuso casi con desesperación—. No conozco a nadie que tenga el ego más grande que Matteo. Lo tomará como una traición.

—Ni que fuese un capo de la mafia.

—Poco le falta para serlo.

—Loren...

De pronto sus ojos se abrieron y una idea atravesó su mente.

—¿Y si contratamos a las dos agencias?

—¿Cómo?

—*Certo!*⁴ —exclamó como si acabase de descubrir la pólvora—. Les pedimos a ambas que propongan una estrategia y elegimos la que más nos convenza. De esa manera no excluyo a Gia de la ecuación y tú tienes la oportunidad de contratar a los americanos.

—No lo veo muy claro —determiné intentando quitarle esa estúpida idea de la cabeza.

—¡Por supuesto que sí, Cesco! Además, piensa que, si les planteamos ese dilema, obtendremos mejores resultados. No hay como la necesidad de demostrar que somos los mejores, defendiendo nuestro honor con uñas y dientes. —Vacilé por un instante, aunque no me parecía tan desacertado su argumento, después de todo—. Eso sí, nadie puede saber de la relación que me une a Gia, o se irá todo al garete. En caso de que resulte ganadora, creerán que es por favoritismos y no aceptarán el trato.

—¿Y serás totalmente imparcial a la hora de decidirte por una de las dos opciones? —pregunté con la duda bailando ante mis ojos.

—Te doy mi palabra de que así será. Y tú estarás allí para inclinar la balanza en caso de que aún desconfíes de mi elección.

No me quedó otra alternativa, porque aparentemente Lorenzo ya había pensado en todo y lo tenía más que decidido, además de que había accedido a pagar todos los gastos de la agencia

extranjera sin chistar.

Se lo debía.

—De acuerdo —confirmé por fin y se dibujó una sonrisa triunfal en su rostro.

—¡Estupendo! Pongámonos manos a la obra —dijo frotándose las y levantándose de su silla para abandonar la sala de reuniones.

—Cesco... —oigo que me habla, agitando su mano frente a mi cara para hacerme volver de la estratosfera—. ¿Nos tomamos un café y me cuentas qué te ha pasado ahí dentro? Parecía que hubieses visto un fantasma.

—Lo siento, pero he quedado a comer con mis padres y no les puedo fallar.

—Vale, no te preocupes. Pero el lunes a primera hora nos sentamos y mantenemos una charla de hombre a hombre.

—O de socio a socio —corrijo con una sonrisa torcida y advierto alivio en su expresión. Después del numerito que montó Taissa en la sala de juntas y mis ganas de desaparecer, intuyo que vio sus planes peligrar como si fuesen frágiles adornos de cristal.

Desde luego que ha sido toda una proeza mantener el tipo después de semejante acontecimiento; en un momento pensé que me daría algo, sin embargo, soy bueno disimulando... o eso parece.

Me despido de Lorenzo frente a las puertas del edificio. Es temprano todavía, pero tengo algunos recados que hacer antes de acudir a casa de mis progenitores. Precisamente, comprar el regalo de cumpleaños para mi hermano Maurizio. Ser el dueño de tu propia empresa implica asumir innumerables responsabilidades, sin embargo, también te brinda la libertad de gestionar tu tiempo sin tener que rendir cuentas a nadie. Aun así, y pese a que llevamos un par de años con la empresa funcionando, todavía me cuesta tomarme un día libre o escaquearme un par de horas del trabajo.

Lo sé... soy demasiado estructurado. Una característica que se puede considerar esencial en un empresario de éxito, pero que también te juega en contra cuando se trata de llevar una vida relajada.

Paso primero por una de mis tiendas favoritas. Hermès. Ubicada en la Via Monte Napoleone en pleno centro de Milán, es el paraíso para los amantes del buen vestir, combinando el estilo clásico con el moderno y contando además con una atención exquisita. En cuanto atravieso sus puertas de cristal me encuentro con Martina y suspiro de alivio, ella siempre acierta y me evita tener que recorrer la tienda entera en busca del regalo perfecto.

—*Buongiorno, Cesco!* —Se me acerca para darme un beso en la mejilla y me dedica una de sus deslumbrantes sonrisas.

Martina es guapa, simpática y siempre está dispuesta a ayudar. No me extraña que lleve tanto tiempo trabajando para la firma como encargada de esta sucursal. Es organizada y discreta, aptitudes que valoro mucho en las personas y que me brindan seguridad.

—*Ciao, bella.*⁵ —Respondo a su saludo y ella me pregunta qué me trae por aquí—. Voy a comer en casa de mis padres para celebrar el cumpleaños de Maurizio. Necesito algo que le guste y con lo cual quedar bien.

—¿Has pensado en algo en particular? ¿Ropa? ¿Un accesorio?

—Ropa, mejor.

—Acompáñame, la colección de verano está causando furor y hay un par de prendas que seguro le gustarán.

Martina me enseña lo que para ella es el conjunto perfecto, un pantalón de vestir y una camisa acorde al inconfundible estilo de mi hermano. Él es más desenfadado, no es tan clásico

como yo, por lo tanto, la tela blanca estampada con dibujos abstractos en tonos de azul imperial le dan un toque informal que sé que le encantará.

—Adjudicado —sentencio cuando lo tengo decidido.

—¿Qué tal está?

—¿Maurizio? —Martina asiente con un movimiento de cabeza y sonrío al corroborar una vez más mis sospechas. Le gusta. Mi hermano le hace tilín desde hace tiempo, aunque no quiere admitirlo—. Muy bien, está por graduarse en Ingeniería y ya le quedan unas pocas materias.

—¿Y Paolo? —Menciona al menor de los Moretti para desviar la atención y que piense que solo ha preguntado por Maurizio como una mera formalidad.

—Ese es un caso perdido... Ya sabes, siempre le costó estudiar, aunque le pone empeño. Aprueba con lo justo, pero más no se le puede pedir.

Ella sonrío y termina de envolver las prendas en sus respectivas cajas antes de meterlas en la elegante bolsa naranja. Acto seguido, me cobra la friolera de tres mil euros, una cifra que jamás compensará el cariño que siento por mi hermano del medio.

Cojo el paquete con determinación.

—Disfruta la comida con tus padres, que lo paséis muy bien.

—Le daré tus recuerdos a Maurizio. —Sus mejillas se tiñen de un rojo intenso—. Gracias por ayudarme a escoger lo mejor para él.

Le guiño un ojo y me despido de ella hasta la próxima. No tardaré en regresar. Mi guardarropa es muy caprichoso y suelo visitar esta tienda más de lo habitual. Por eso nos conocemos tan bien con Martina y ella sabe tanto de mi vida y mi familia. He venido solo, acompañado de alguna novia y también con mis hermanos.

Cuando llego a casa de mis padres sobre las doce, me recibe mi madre con una sonrisa y un abrazo que me deja sin aire.

—¡Hijo, tanto tiempo sin verte!

—*Mamma...* que estuve aquí la semana pasada —le recuerdo tras darle un achuchón que la reconforta.

—Tu hermano come con nosotros todos los días.

—Te recuerdo que Paolo estudia en la universidad que está aquí al lado, normal que lo tengas bajo tus faldas a diario.

—No seas duro con él.

Rio sin poder evitarlo y veo a mi padre asomar desde el salón. Trae puesto un mandil y las manos manchadas de harina, lo que me hace menear la cabeza.

—*Figlio!*⁶

—Hola, papá. ¿Otra vez cocinando?

—Tu madre me ha embaucado. Iba a ocuparse ella del menú, pero ya ves...

—Eres un blando —le acuso, palmeándole la espalda con cariño y entrando con él en la cocina—. ¿Dónde están los chicos?

—Maurizio le está enseñando a Paolo su nueva adquisición —acota mi madre.

—¿El coche?

—Sí, parece un niño con juguete nuevo.

Y no me extraña. El Mini Cabrio que se ha agenciado es una verdadera pasada; yo mismo le acompañé a elegirlo y a negociar el precio con el comercial que gestionó la venta. Gracias a mi empresa, me relaciono a diario con los dueños de los concesionarios de las marcas más conocidas y eso me permite conocer ampliamente el mercado en el que me muevo.

Muchos lo ignoran, pero Milán es un punto estratégico en el mapa de Italia. No solo se

caracteriza por ser la cuna de la moda a nivel mundial. Su cercanía con las regiones donde se hallan las mejores fábricas de coches del país, como Ferrari o Lamborghini, le permite ser líder en distribución y ventas.

—Iré con ellos —determino y dejo a mis padres ocupándose de la comida.

Cuando bajo al garaje me los encuentro a los dos metidos en el Mini como si estuvieran frente a la octava maravilla del mundo. El menor acaricia el volante como si fuesen las caderas de una chica. Hay cosas que nunca cambiarán.

—¡Cesco! —exclama Paolo al verme, dando un salto para salir del coche y abrazarme. Maurizio se ríe de su espontaneidad y le imita, pero abriendo la puerta como corresponde.

—*Auguri, fratello.*⁷

Le extiendo la bolsa de Hermès, pero mi hermano le resta importancia dejándola a un lado. Prioriza estrecharme entre sus brazos de oso y levantarme como si fuese Hulk. Es curioso, pero, aunque le llevo año y medio, él es el más grande de los dos en tamaño. Me gana casi diez centímetros en altura y su espalda es una fortaleza amurallada.

—Mira a ver si te gusta, Martina me ha ayudado a elegirlo —acoto con picardía, esperando su reacción mientras le señalo la bolsa que ha quedado en el suelo.

—No tenías que comprarme nada —responde eludiendo la indirecta como un campeón.

—Sí, claro que tenía. No se cumplen años todos los días.

—Suficiente con la rebaja que me has conseguido en el concesionario.

—Bah... eso no es nada.

—Para ti no será nada, a mí me ha sido de gran ayuda. Ahorrar para comprar mi primera *macchina* no ha sido fácil.

—Me consta —añado y él sonríe. Sé que ha puesto mucho de su parte para no gastarse el dinero en viajes y salidas los fines de semana, por eso he querido colaborar con la causa.

—El coche es una pasada —asegura Paolo, que ya se ha sentado encima del capó con su habitual postura chulesca. Brazos cruzados y piernas estiradas unidas en los tobillos.

—¿Y tú qué?

—Aquí voy. Estudiando un poco y dando por saco, como de costumbre.

—Ya... me lo puedo imaginar. —Maurizio aguanta la carcajada porque sabe que a veces mi paciencia con mi hermano menor es limitada. Solo se dedica a ligar con chicas y a chupar del bote de mis padres.

Maurizio dice que ya le llegará su hora, que todavía es joven y le falta madurar. No se lo discuto, pero a veces pienso que debería empezar por encaminar su vida. Considero que hay un tiempo para la fiesta y la diversión, pero también para los estudios y el trabajo.

Nuestros padres nos llaman a poner la mesa, así que los tres acudimos al comedor. Una vez dispuesto todo y sentados, mi padre se ocupa de servir los espaguetis caseros con salsa boloñesa que ha preparado con todo su cariño para agasajar al cumpleaños.

—¿Qué tal va todo en la empresa? —pregunta al pasarme el plato que viene hasta arriba de pasta.

—Bien —contesto escueto y frunce el ceño.

—¿Solo bien?

—Bueno... Contratamos a una agencia americana para desarrollar la campaña de publicidad y hemos tenido hoy la reunión con ellos.

—¿Qué tal ha ido? —Clavo los ojos en mi plato y revuelvo la salsa sin mucho interés—. Cesco...

—Estuve con Taissa.

Silencio absoluto. Cuando alzo la vista, me encuentro con la cara de estupefacción de mi madre, la de asombro de mi padre, a Paolo con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca, y a Maurizio con la suya abierta.

—¿Taissa Rosenfield? —pregunta este último incrédulo.

—Sí. Trabaja como publicista y es parte del *staff*.

—No me lo puedo creer —interviene mi madre, estudiándome con cautela—. ¿Y qué ha dicho cuando te ha visto?

—Se ha cabreado en cuanto se enteró de que deberá competir con Gia para obtener la cuenta.

Paolo ríe entre dientes y mi enfado llega a niveles astronómicos.

—¿Se puede saber qué te causa tanta gracia?

—Siempre ha tenido carácter, acabará volviéndote loco.

Maurizio se muerde el labio y mi padre lo imita.

—¿Qué?

—Nada, simplemente me parece una obra maestra del destino haberos vuelto a unir... ¿No crees? —aduce mi padre con astucia.

—¿Y qué es eso de competir con Gia? —inquieta mi madre rápidamente.

—Lorenzo ha tenido la brillante idea de proponer una especie de batalla entre ambas empresas. Si tenemos en cuenta que nuestro producto es americano, consideré necesario contratar los servicios de Double Creative Network. Aun así, Loren tiene un compromiso con Matteo Venturini, lo que nos obliga a contar con la Agenzia Digitale.

—Le obliga a él —puntualiza mi padre—. Te das cuenta de que lo hace por puro interés, ¿verdad?

—Por supuesto que me doy cuenta, papá. Pero es mi socio, todo lo hacemos a medias y esta vez me toca ceder si quiero lograr mi propósito.

—Si tú lo dices... —murmura concentrándose en enrollar los espaguetis en su tenedor.

—Pues deberías invitarla un día a cenar —concluye mi madre y los nervios se apoderan de mí. ¿Está loca?

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? —cuestiona extrañada de mi actitud esquiva—. ¡Si habéis sido mejores amigos!

—Tú lo has dicho, mamá. «Fuimos». Ya no... ¿Y podemos dejar de hablar del trabajo? Que yo sepa, celebramos el cumpleaños de Maurizio.

Mi manera abrupta de cambiar de tema no les pasa desapercibido. No obstante, mi madre decide dejarlo aparcado en vistas de que mi humor ha mutado a uno más sombrío y sin olvidar el motivo por el cual hoy estamos aquí reunidos.

Seguimos conversando de todo un poco, de los estudios de mis hermanos, de los regalos que ha recibido Maurizio y del viaje que planea hacer el próximo fin de semana con sus amigos para estrenar su coche. Al parecer han decidido ir a Liguria y disfrutar de sus impresionantes playas.

Un rato más tarde, nos estamos tomando el café de sobremesa y mis padres se retiran al salón. Me quedo con Maurizio en el comedor y el muy listillo aprovecha la oportunidad para sacar el tema de Taissa.

—Ya sabes que me gusta ser sincero contigo, Cesco. Te veo un poco tocado. ¿Serás capaz de compartir con ella estos días después de todo lo que habéis pasado juntos?

—Debo hacerlo por el bien de la empresa, Maurizio. No me queda otra opción.

—Pero, ¿por qué tenía que ser justo la agencia donde ella trabaja?

—Son los mejores y nos jugamos mucho en esta campaña. De ella depende que abramos sucursales en Atenas y en Sofía.

—Grecia y Bulgaria... Grandes mercados, sí.

—Y muy prometedores, pero necesitamos una buena estrategia y posicionarnos antes de que lo haga la competencia.

—¿Cuándo la verás de nuevo?

—Supongo que el lunes. Hablaré con Loren para reunirnos antes de hacerlo con ellos, hoy el ambiente se volvió un poco tenso.

—¿Nunca se lo vas a perdonar, Cescó? Ha pasado demasiado tiempo...

—Hay heridas que ni los años consiguen sanar, Maurizio —apunto con tristeza.

Mi hermano opta por cerrar la boca y embuchar una de las pastas que ha comprado mi madre. Si es un poco listo, evitará escarbar hasta dar con algo que le indique que aún cabe la posibilidad de recuperar la buena relación con Taissa.

Hace bien...

No estoy dispuesto a admitir frente a él, que ella no me resulta en absoluto indiferente. Eso sería prácticamente imposible.

Capítulo 7

Taissa

He tardado un día entero en centrarme y darme cuenta dónde estoy en realidad. Desde que llegamos a Malpensa, todo ha sucedido tan rápido que no me ha dado tiempo a reaccionar. Primero, he tenido que ser consciente de que estoy pisando suelo europeo, todavía no supero el *jet lag*, y lo que he probado hasta ahora a nivel gastronómico me hace sospechar que acabaré aumentando una talla de pantalón.

En segundo lugar, he tenido que asumir que los próximos veintiocho días me veré casi a diario con el chico que cambió mi mundo entero hace veintidós años y que después desapareció de mi vida sin darme opción a elegir.

Todo parecía ir bien, aun en la lejanía manteníamos nuestra amistad, aunque es verdad que el tiempo adquiriría otro significado con tantos kilómetros de por medio. Conectarnos por Skype como lo habíamos planificado no había sido tan sencillo por una razón de peso: la diferencia horaria. Algo con lo que no habíamos contado y que terminó por poner más distancia de la que ya había entre nosotros. Si Francesco regresaba a casa después del instituto, yo recién me estaba levantando por las mañanas. El único momento en el que podíamos mantener una conversación era al caer la tarde, y solo un rato, ya que a mis padres no les gustaba que trasnochara.

Francesco me contaba lo que hacía en su nueva ciudad. Se habían mudado a Pavía, a treinta kilómetros de Milán, donde la empresa de su padre tenía su sede. Me hablaba de que era una ciudad tranquila, pintoresca y familiar. A medida que fue pasando el tiempo, también me confesó que había hecho nuevos amigos y que sus padres lo habían apuntado a *calcio* y que se le daba muy bien; también le gustaba quedar con sus compañeros los fines de semana y organizar salidas en grupo.

Me gustaba hacerlo partícipe de mis logros, que supiera que me iba bien en los estudios y que, aunque todavía no tenía idea qué carrera seguir, me preocupaba por mantener mi promedio.

Le dije tantas veces que lo echaba de menos... No me lo callé porque nunca fui de ocultar mis sentimientos. Solo cuando me enteré de que regresaban a Italia tuve un lapsus de tontería que me obligó a alejarme de él. Después entendí que no era su culpa, y que, si tenía que padecer dolor por su partida, peor me sentiría si no me despedía en condiciones.

Los meses pasaron, y los años. Cambiamos, maduramos, nos hicimos mayores. Ya no éramos los mismos y, a la vez, manteníamos el espíritu de esos dos pequeños que soñaban con comerse el mundo.

Un día me contó que una chica le había invitado a salir, y eso me destrozó. Teníamos ya los

dieciséis y las hormonas revolucionadas. Era obvio que el momento llegaría, que cada uno querría explorar su sexualidad, saciar su curiosidad. Sentí que la impotencia me carcomía por dentro. ¿Sería posible teletransportarme si cerraba los ojos como en las películas y aparecer allí mismo para darle un abrazo y rogarle que no lo hiciera?

No. No era tan fácil y mi corazón latía por él y sobrevivía gracias a nuestras conversaciones diarias y mi esperanza de vernos algún día otra vez.

—¿Qué se hace en una cita? —me preguntó con su habitual inocencia. Todavía usaba gafas y ese *look* de empollón inocente que tanto me derretía, con sus pelos alborotados y su mirada tierna, derribó todas mis defensas. Ya le habían salido unos cuantos pelillos en el mentón que, a veces, desaparecían gracias a la cuchilla de afeitar.

Tragué saliva disimuladamente, la calidad de la imagen era buena a través de la *webcam* y no quería que notara mi decepción.

—Supongo que pasarlo bien... ¿Te ha dicho a dónde quiere ir?

—Al cine. ¿Debería invitarle yo la entrada?

—Bueno... es tradición que el chico corra con todos los gastos, pero hoy en día hay más libertad en ese sentido.

—Y tú... ¿Has tenido alguna cita? —se aventuró y las ganas de llorar me sobrevinieron como un aluvión de emociones que a duras penas era capaz de frenar.

Yo me había reservado para él como una tonta. Todavía soñaba con que un día no muy lejano, abriría la puerta de mi casa y me encontraría con su careto al otro lado dándome una sorpresa. «¡He vuelto, Taissa!». Era un sueño recurrente que no dejaba de invadir mis pensamientos y que a veces hasta lo vivía despierta. Me recreaba en su cuerpo envolviendo el mío, sus brazos estrechándome con esas ganas que siempre le ponía a todo lo que emprendía.

Entonces, antes de contestar a su pregunta, tuve una revelación. Mantener el contacto me hacía tan bien como mal. Hería mis sentimientos y me lastimaba, porque verle otra vez no era una posibilidad inmediata y no podía seguir alimentando esa ilusión que poco a poco despedazaba mis sentimientos.

—Sí —respondí sin más—. He salido con alguien —mentí y percibí, pese a los más de siete mil kilómetros que nos separaban, que su corazón se resquebrajó en mil pedazos.

¿Qué era aquello?

Y como si necesitara una tabla a la cual agarrarme con fuerza en medio del océano, añadí:

—Y me gusta.

—¿Quién es?

—No voy a decírtelo, Francesco. —Me hice la misteriosa porque no tenía a nadie en mente. Podría haberme inventado que era alguien a quien no conocía, pero en ese momento solo era capaz de pensar en el daño que nos estábamos haciendo.

Cambiamos rápidamente de tema, él se recompuso como pudo, yo también, y quedamos en que hablaríamos al día siguiente a la misma hora como de costumbre. Sin embargo, eso no sucedió. Él argumentó que tenía que estudiar para un examen y que estaba hasta arriba de deberes. Ya nos había pasado alguna que otra vez; teníamos que aparcar la comunicación por las obligaciones, pero siempre la retomábamos.

Siempre. Nuestra cita era obligada, hasta que dejó de serlo.

El fin de semana que él salía con aquella chica, sentí que me moría. Necesitaba hacer algo para no hundirme en la pena, y le pedí a Merce, una de mis compañeras del instituto y fiel amiga, que nos buscáramos una excusa para divertirnos a lo grande.

Necesitaba olvidar, sanar por dentro, lamerme las heridas. Ese sábado acudimos a una

fiesta. Los padres del dueño de casa habían viajado y el anfitrión decidió celebrarlo por todo lo alto. El problema es que se le fue de las manos y aparecieron algunos chicos de esos que tienen por deporte favorito buscarse problemas día sí, día también. El alcohol rulaba por todas las estancias de la enorme mansión y caímos varios en la oscura tentación.

Esa noche bebí más de la cuenta e hice cosas de las que me arrepiento. No es que lo justifique, pero mi despecho actuó por mí y me vi inmersa en una vorágine depresiva que me llevó a olvidarme hasta de quién era. Podría decirse que fue mi primer acto de rebeldía adolescente. Acabé castigada por un mes sin poder salir de casa y alejada del móvil y el ordenador, con un cabreo monumental por parte de mis padres y un sentimiento de culpabilidad que tardé meses en limpiar de mi conciencia.

Cuando quise retomar el contacto con Francesco, me dio largas. Después de treinta días sin hablar, lo nuestro se había enfriado y pensé que quizá era hora de cortar por lo sano. Seguramente lo suyo con aquella chica iba viento en popa; es sabido que en los inicios de una relación tendemos a alejarnos de nuestros amigos para centrarnos en nuestra pareja. Quizá la chica incluso sabía de mi existencia y le había parado los pies al enterarse de que hablaba con otra a la que le confiaba sus secretos más íntimos.

Entendí que había llegado el momento de soltar, como cuando superas un duelo al que todavía permaneces agarrado siendo la sogá que te salva del incendio, pero que sabes que tarde o temprano acabará quemándose también.

Y así fue como sucedió. Francesco y yo no volvimos a hablar nunca más. Solo recibí una escueta felicitación por mensaje el día que cumplí los diecisiete, una que me supo amarga y que apenas leí entre tantas otras que llenaron mi WhatsApp. Le respondí con un «gracias» tan desabrido, que hasta a mí misma me desilusionó, y mi vida continuó como si él no hubiese existido jamás.

Como si nunca hubiera sido importante para mí.

Como si tantos años compartidos no hubiesen significado nada.

Al principio fue duro, no voy a negarlo. Su ausencia se manifestaba como un agujero negro capaz de engullirlo todo a su paso. Mi alegría, mis ganas de vivir... Mi madre notó que estaba mal y me lo hizo saber, pero creo que no se imaginaba hasta dónde llegaba mi desidia. Tampoco supo muy bien por qué ya no me conectaba con mi amigo por las noches y por qué actuaba de manera tan desinteresada.

Con el paso del tiempo mi corazón se cerró poco a poco, no quería abrírselo a nadie. Temía salir lastimada y no saber gestionarlo; mi alma no soportaría otro desengaño. Tenía citas con chicos con asiduidad, siempre gocé de esa libertad en el terreno sexual, pero los sentimientos jamás interferían en mis relaciones.

Sin embargo, tiempo después llegó Samuel, quien colaboró en la tarea de romper esa capa de hielo que había ido envolviéndome como una protección a prueba de balas. Consiguió que me ilusionara, que volviera a creer en el amor y que dejara de lado el rencor.

Todos no eran Francesco y yo ya no era la misma Taissa de antes.

Pero no prosperó, y hasta el día de hoy soy consciente de que tengo un problema. Uno grande que me persigue como el nubarrón negro de tormenta que asola a los personajes de dibujos animados.

Todavía no lo he superado.

No he podido olvidar a mi mejor amigo y todo aquello que significó para mí, y su presencia hoy aquí, ha logrado sacudirme como un despiadado terremoto. Cuando tus cimientos no están lo suficientemente firmes como para aguantar el ciclón, el temporal arrasa con todo.

Dirijo la vista hacia Chad que me estudia con atención, perdida en mis pensamientos mientras giro la copa que tengo en la mano. Es sábado y estamos sentados en una de las terrazas que ya hemos bautizado como el mejor sitio para meditar. Sirven una comida que creo que ni los dioses del Olimpo eran dignos de degustar, y unos tragos que te hacen olvidar hasta el más grande de los problemas.

—Cambia esa cara, *principessa*. —Le sonrío y él me guiña un ojo, para después levantar la mano y pedirle la cuenta al camarero. Menos mal que lo hace él, porque yo no tengo fuerzas ni para alzar un dedo—. ¿Quieres que vayamos a visitar el Arco della Pace y nos damos un paseo en tranvía?

Por eso es mi persona favorita del mundo.

Deslizo mis gafas de sol por el puente de la nariz y muevo las cejas en señal aprobatoria. A continuación, me levanto como si algo me impulsara hacia adelante y me pongo a cantar como una loca en medio de las mesas, haciendo ondear mi falda de media campana.

*Yo quiero un mundo lleno de aventura
Y un gran amor quiero encontrar
Que feliz a mí vendrá, que comparta este ideal
Quiero mucho más que un simple plan...*

Chad estalla en carcajadas y aplaude como si hubiese pagado la entrada a un musical de Broadway, y la gente que se encuentra alrededor me halaga con su ovación. Cuando voy a por mi bolso y les agradezco el cumplido, Chad paga la cuenta, me toma del brazo y me anima a caminar a su lado.

—¿Me acompaña, *mademoiselle*?

—Oh... ¡Sí, mi apuesto príncipe!

—¿Te he dicho alguna vez que estás como un cencerro?

—Y te encanta.

—Me encanta —admite muerto de la risa.

Para cuando llegamos a coger el tranvía ya son las tres de la tarde. Partimos desde la Stazione Centrale, Chad ha sido previsor y ya tenía los tickets en la *app* de su móvil.

Durante el trayecto disfrutamos de las vistas a la ciudad que, con el paso de los días, me parece cada vez más bonita. Construcciones antiguas, parques repletos de árboles y arbustos, y sus tiendas con escaparates estupendamente decorados componen un espectáculo digno de ver.

Atravesamos la Piazza Della Repubblica, el Teatro La Scala, considerado uno de los más prestigiosos del mundo y donde han actuado grandes personalidades de la ópera y la música clásica. Algo que me llama poderosamente la atención de esta ciudad es la cantidad de motocicletas que circulan por sus calles adoquinadas.

En un momento dado, me detengo a contemplar los detalles del tranvía en el que viajamos. La antigüedad de sus materiales, las placas doradas encima de las puertas señalando fechas tan lejanas como el 1916, hacen que te sientas en una película de época, transportándote cual máquina del tiempo.

Europa es historia en estado puro y eso me encandila. Me hace sentir parte de algo grande, de un escenario que ha sido pisado por generaciones y en el que se han desarrollado innumerables acontecimientos. ¿Cuántas manos habrán tocado estos asientos? ¿Cuántas historias de amor habrán empezado en estos vagones? Miradas furtivas, sonrisas cómplices. Me atrae la idea de imaginarlos y recrearme en lo que un día fue, como si el espíritu de cada anécdota

quedara impregnado en sus cristales.

Dejamos atrás la Piazza Cordusio y nos adentramos en el Foro Buonaparte, inscrito dentro del proyecto urbano diseñado por el arquitecto Giovanni Antolini a finales del 1800 y compuesto por dos semicírculos concéntricos que rodean la Piazza del Castello Sforzesco. En el centro del foro se encuentra la estatua del famoso Giuseppe Garibaldi.

Finalmente, y tras una media hora de recorrido, llegamos al Arco della Pace. Majestuoso por su construcción supervisada por Luigi Cagnola, este arco del triunfo se convirtió en símbolo de Milán cuando Napoleón III y Vittorio Emanuele II lo cruzaron para celebrar la victoria de Magenta, liberando así a la ciudad del dominio austriaco.

—¡Qué maravilla! —exclamo al bajar del tranvía y poner un pie en sus inmediaciones.

Chad permanece observándolo atónito mientras nos acercamos para admirarlo de cerca. Es impresionante. Sin perder más tiempo, mi amigo saca su móvil del bolsillo y me pide posar para hacer unas cuantas fotos que después le envío a June. El día hoy acompaña, hace un sol deslumbrante y nos hemos librado del calor sofocante.

Como buenos turistas, nos hemos traído el pícnic. Me hago con unos *brioche*s y unas latas de refresco que guardaba en mi bolso, y nos sentamos frente al monumento con el fin de devorarlos mientras nos deleitamos con su majestuosidad.

—Napoleón fue un gran estratega —comento mientras le hincó el diente a mi bollito y me tapo el sol con la mano para evitar que me deslumbre.

—¡Ya te digo! Era un hombre muy inteligente, aunque siempre generó controversia. Puedes no estar de acuerdo con su manera de actuar, pero no puedes negar que puso todo su empeño en lograr sus objetivos.

—¿Intentas decirme que el fin justifica los medios?

—Bueno, depende... —medita mi compañero observándome con una mueca ladina—. ¿Tienes en mente cómo afrontaremos la campaña?

—Me preocupa que fallemos, Chad. Nos jugamos mucho, y esta encerrona que nos hicieron... Vamos, que mañana a primera hora llamaré a Julia para que me dé explicaciones.

—¿Y qué ganas con eso? ¿Cabrearla? Si ya estamos aquí, no nos queda más remedio que enfrentarnos a lo que nos toca.

En ese preciso momento, mientras me disponía a decirle a mi amigo que no me quedaré en silencio ni bajaré la cabeza, mi teléfono vibra. Extraigo el dispositivo de mi bolso, esperando que sea June respondiendo al mensaje que le envié con la foto frente al arco. Sin embargo, me quedo boquiabierto al descubrir quién ha decidido dar la cara.

Número desconocido: *Hola, Taissa. Soy Francesco, Julia me ha dado tu número. Quería confirmar contigo la reunión del lunes a las 9.00 en las oficinas de M&S.*

—¿Quién es? —pregunta Chad al ver mi cara de desconcierto.

—Adivina, adivinador.

—¿Francesco?

—Bingo —contesto, intentando aparentar que no me afecta en absoluto haber recibido su mensaje—. Quieren vernos el lunes por la mañana.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Ya sé por dónde vienen los tiros, Chad. No intentes suavizarlo.

—Creo que hay algo no resuelto entre vosotros.

—Todo quedó resuelto cuando decidió pasar de mí.

—¿Nunca te preguntaste por qué?

—Muchas veces, pero ya no le doy más vueltas. Él hizo su vida, yo la mía... Fin de la

historia. —Mi amigo no despegas sus ojos de los míos—. ¿Qué?

—¿No vas a responderle?

Cojo el móvil con rabia y escribo:

Taissa: *Ok.*

—¿Contento? —Se lo enseño y los labios de Chad se unen en una línea fina.

—Cuando te lo propones, eres una antipática.

—No tengo por qué tener un trato cordial con él. Para mí, es como si fuese un completo desconocido.

Doy por zanjada la conversación, no sin antes apuntar el número de mi examigo. ¿Le pongo Francesco? No, «El Innombrable».

Chad mira de reojo la pantalla mientras tecleo a toda velocidad, y procura reprimir esa carcajada que sé que escaparía de sus labios si no fuese porque sabe que recibiría una buena colleja de mi parte.

El resto del día lo pasamos recorriendo la ciudad hasta que cae el sol y nos obligamos a regresar al apartamento, pasando antes por un pequeño supermercado que se encuentra a escasos metros. Hoy no nos apetece cenar fuera, demasiado hemos caminado.

Compramos *mozzarella*, jamón york, harina y tomate para preparar una *pizza* casera que, dicho sea de paso, nos queda de muerte. Bueno, a Chad. Yo no soy una experta cocinera. Solo me limito a ayudarlo. Me río cuando le veo estirar el mejunje con ganas hasta conseguir la forma que busca, antes de colocar los ingredientes y meterla en el horno.

Hemos comprado un buen vino para celebrar nuestra llegada a Italia, así que me ocupo de servirlo en dos copas para ir poniéndonos a tono.

—Somos unos aburridos. Te apuesto que cualquier chico de nuestra edad estaría ahora mismo preparándose para ir a alguna discoteca.

—¿Y qué nos lo impide? Podemos salir después de cenar. ¡Es pronto todavía!

—Pensé que estabas cansada.

—¿Para mover el cuerpo y conocer italianos guapos? —Chad me sonrío con los ojos brillantes—. ¡Por supuesto que no!

Chocamos nuestras manos, como lo hacen los amigos que no necesitan discutir las elecciones del otro. Le doy un trago al vino, y en cuanto se percata de que la *pizza* está lista, la devoramos como dos lobos hambrientos.

Un rato más tarde ya estamos preparándonos para salir. Elijo uno de los modelitos que traje para estas ocasiones. Se trata de un vestido fucsia con florecitas negras, de falda corta y con un escote pronunciado. Mis pechos son más bien pequeños, y mi cuerpo podría pasar por el de una niña. Entre que no soy muy alta y que tampoco tengo curvas, necesito tirar de prendas que resalten mis atributos.

Me marco unas ondas suaves en el pelo y me pinto los labios en tonos de rosa con un poco de brillo. Algo de rímel para destacar mis pestañas y un toque de perfume, y estoy lista.

Al aparecer en el salón me encuentro con Chad, que viste unos vaqueros azules desgastados y una camisa abierta en los primeros botones. El muy cabroncete se ha puesto uno de esos perfumes que hace que las mujeres nos demos la vuelta automáticamente al olerlos. El pelo lo lleva peinado de manera desenfadada y su postura es la de un chico que sabe perfectamente lo que busca.

Ligar.

Me río al verlo con las manos en los bolsillos y las mejillas encendidas por la botella de vino que nos hemos bebido entre los dos.

—Madre mía, ¡estás preciosa! —asegura agarrándome la mano y haciéndome girar para admirar mi atuendo.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —respondo con una sonrisa.

—¿Nos vamos?

—¿Andando?

—¡Claro! He encontrado en Google un par de sitios que pueden estar muy bien para tomarnos una copa.

—¡Genial!

Salimos rumbo a Volt, una de las discotecas ubicadas en pleno centro de Milán. De estética industrial y con sus luces de neón de todos los colores, nos recibe con música *techno* y *house*, y un mar de gente joven que se mueve de un lado a otro.

De milagro consigo eludir a los guardias que custodian la puerta y que argumentan que soy menor de edad.

—¡Pero si tengo veintiocho años!

—Su documento de identidad, por favor —persevera el trajeado.

—¡De acuerdo! —me resigno y le entrego mi carnet, muerta de vergüenza—. Qué pesadilla, por favor...

Finalmente, me autorizan a pasar ante la mirada curiosa del resto de las personas que aguardan en la fila y las risas de Chad que me acompañan hasta la saciedad.

En cuanto entramos, escuchamos que anuncian un espectáculo que está por empezar. Un DJ italiano que parece ser muy famoso, toca en vivo justo hoy. La barra también está hasta arriba, aun así, logramos hacernos sitio entre la gente hasta llegar al camarero.

—¡Este sitio me encanta! —le grito a Chad antes de dar el primer trago. Él asiente, sonriéndome y levantando su copa para que brindemos juntos.

Comienzo a mover las caderas de un lado a otro, cerrando los ojos y dejando que los acordes me envuelvan. Necesito relajarme y olvidar lo que me espera el lunes a primera hora. No quiero pensar en Francesco, mi propósito es aparcar todos y cada uno de los sentimientos encontrados que me despierta. Cuando lo tuve enfrente en esa enorme sala de reuniones, me hizo parecer vulnerable y perdida. Odio sentirme así.

Si él ha podido pasar página, ¿por qué yo no?

Tan inmersa estoy en mis pensamientos que no me percato de que Chad se me acerca al oído para hablarme en confidencia.

—No abras los ojos —me dice poniéndome tensa. Su mano se ajusta a mi talle y me atrae hacia él como si quisiera protegerme de algo.

—¿Qué pasa?

—A tus tres en punto, hay un grupo de chicos y entre ellos está...

—No me jodas.

Desobedeciendo las palabras de mi amigo, mis párpados se despegan con ímpetu y lo veo.

«Maldita sea...»

Es tarde para escapar. Él ya me ha visto, y el que supongo que es Maurizio, me señala con la mano que sostiene su copa. Evidentemente, no puedo oírle, pero sus gestos hablan por sí solos. Intenta averiguar si la mujer que los observa a la distancia soy yo.

«¿Pretendías olvidar a Francesco?», me pregunto a mí misma con ironía.

«Pues acabas de fracasar estrepitosamente, querida Taissa».

Capítulo 8



Hemos llegado a Volt hace apenas media hora. Maurizio organizó una fiesta de cumpleaños y nos invitó a Paolo y a mí para que nos uniésemos a sus amigos. Prácticamente, todos son compañeros de la universidad, aunque también hay alguno de la academia donde trabaja mi hermano.

Cuando me ha dicho de venir, me pareció una excelente idea. Hacía mucho que no salíamos los tres juntos y me apetecía desconectar. Llevo dos días de cara larga y anoche tampoco he podido dormir bien. Me desperté varias veces durante la noche. No dejaba de darle vueltas al hecho de que vería a Taissa el lunes y eso me tenía mal. Nervioso. Ansioso. Solo que no contaba con que me la encontraría justo esta noche, acompañada de su inseparable compañero de trabajo que, a decir verdad, parece algo más, y con un vestido con el que se ha propuesto joderme la existencia.

Voy a ser sincero, porque llegados a este punto hay cosas que no me puedo ocultar ni a mí mismo.

Taissa es guapa.

Mucho.

Tiene una personalidad que es capaz de atraparte sin proponérselo. Su pelo rubio brilla incluso dentro de esta discoteca bajo el efecto de las luces artificiales, que rebotan contra sus reflejos dorados, otorgándole un aura mágica. Sus piernas finas y largas, sus brazos delgados, su espalda nívea...

Su escote que me hace salivar como un perro en celo.

«¿Qué cojones me pasa?»

No es la primera vez que me encuentro con una chica que me atrae... Pero es que ella no es cualquier chica. Es Taissa. La que no me resulta en absoluto indiferente y me recuerda que hay personas a las que jamás podemos borrar de nuestra mente por más que lo intentemos, ya que su mera presencia pone nuestro mundo del revés.

Cuando su acompañante la acerca a su cuerpo, siento una lluvia de agujones ametrallar mi orgullo herido. ¿Celos tal vez? ¿Por qué? Llevamos años sin vernos, supuse infinidad de veces que tendría pareja, novio, ligues o incluso marido, si hubiese sido muy precoz. La conozco tan bien, que sé perfectamente cuáles son sus anhelos más profundos.

Así como la veis, desenfadada y pasional, Taissa es el tipo de chica que sueña con la boda ideal, el vestido blanco, el marido que la mime como se merece y los niños corriendo por el

jardín. Y tal vez es precisamente por eso que no puedo apartar la vista de ella.

Mi hermano Maurizio me da con el codo y la señala sin disimulo.

—¿Esa no es Taissa Rosenfield?

—Efectivamente —respondo todavía sin poder creérmelo.

—¿No vas a saludarla?

Giro la cara para mirarlo, aguardando a que él mismo lo decida por mí. Yo soy incapaz. ¿Qué se supone que debo hacer?

Pero Maurizio no espera a que reaccione, se pone en marcha a paso veloz para ir a su encuentro. Yo me quedo clavado en mi sitio, rogando por un milagro que me saque rápidamente de aquí. Últimamente, huir de los sitios se está convirtiendo en mi pasatiempo favorito.

Cuando los veo hablar y abrazarse con nostalgia, no lo puedo evitar. Mis pies se mueven solos hacia ellos, sorteando a la muchedumbre que baila y salta al ritmo de la estridente música.

—Cesco... ¿No es alucinante? ¡La misma Taissa en persona aquí junto a nosotros!

—Hola —murmuro y se limita a sonreír levemente.

Ella me observa con... ¿Pena? ¿Acaso es eso lo que le provoco? Sus ojos marrones parecen decir lo que no es capaz de pronunciar: que se siente profundamente decepcionada.

«Haz fila, preciosa. El primero en la cola soy yo».

—Hola, Francesco. —Chad me tiende la mano amablemente y le correspondo el saludo con mi mejor cara de circunstancias.

El tío tiene estilo, es más alto que ella, viste bien, es simpático y debo admitir, muy a mi pesar, que hacen excelente pareja. Mi ánimo se ve notablemente afectado cuando vuelve a colocarse a su lado, como un perro guardián listo para atacar en caso de que sea necesario.

—¿Cómo es posible que estés aquí? —le pregunta mi hermano, ignorando mi incomodidad.

—Ya ves... He venido por trabajo y ¡mira con quién me encuentro! —afirma ella camuflando su malestar.

—El mundo es un pañuelo.

—Nunca mejor dicho.

—Me alegro de verte, de verdad —insiste Maurizio con su habitual locuacidad—. Han pasado muchos años...

—Toda una vida.

—Estás estupenda. ¿Qué tal el trabajo?

—Muy bien. Me gradué en Marketing y Publicidad, y trabajo para una conocida agencia de Chicago. Supongo que tu hermano ya te ha puesto al tanto.

—Bueno, algo me ha comentado. Ya sabes que no es muy hablador —bromea y Chad se ríe.

—Te recuerdo que estoy a tu lado, Maurizio. No he desaparecido todavía.

—Vamos, Cesco. ¡Relájate!

—¿Y vosotros estáis aquí por...? —Taissa alza las manos cediéndole la palabra.

—¡Es mi cumpleaños!

—¡Muchas felicidades! Qué cabeza la mía, lo había olvidado —se disculpa, y en ese momento aparece mi hermano menor.

—¡Taissa Rosenfield!

—¡Hola, Paolo!

Ambos se abrazan con fuerza y ella parece emocionarse. Al ver sus ojos brillantes, mi corazón se salta un latido. De pronto, me invade el recuerdo de aquella noche en que apareció de la nada frente a mi ventana para despedirse. Siento en cada centímetro de mi piel sus brazos delgados abrazando mi torso mojado por la lluvia que no dejaba de caer.

Taissa me observa como si fuera capaz de leerme la mente y yo le sostengo la mirada con la esperanza de transmitirle mi confusión. ¿Por qué no puedo ser inmune a ella? ¿Qué tiene su actitud que me doblega y me hace sentir culpable?

«Ella fue la única que te aceptó desde un principio, quien te abrió su corazón cuando los demás se burlaban de ti», me grita mi conciencia y la mando a callar, antes de que en un arranque de debilidad mande todo a la mierda y la obligue a estampar sus labios contra los míos.

«Puede ser, pero todavía no olvido lo que me hizo».

La conversación conmigo mismo acaba en el instante en que retorno a la discoteca, dándome cuenta de que abandonamos la zona de la barra. Al parecer, Maurizio ha propuesto ir al reservado en el que ya esperan el resto de sus amigos.

Taissa y Chad emprenden la marcha, lo que me permite observarla por detrás y fijarme en cómo su vestido se bambolea con cada paso que da.

Paolo se acerca a mi oído para que pueda escucharle.

—Disimula un poco.

—¿De qué hablas?

—Vamos, Cesco. Deja de mirarla así, estás siendo muy evidente.

—¿Acaso no ves que tiene pareja?

—¿Su acompañante? No parece que lo sean, no se han dado ni un beso en la boca.

—Pero la retiene a su lado como si necesitara reafirmarlo.

—Quizá solo la protege de depredadores como tú.

Le lanzo una mirada de hielo y mi hermano se troncha en mis narices. Bien, hoy ambos se han propuesto dejarme en ridículo. Ojalá estuviera Loren aquí para defenderme.

Nos sentamos en los pequeños sofás negros de piel protegidos por paredes acolchadas. Maurizio pide una ronda para todos y nos acomodamos alrededor. Taissa y su compañero quedan frente a mí y noto como varios de los amigos del cumpleaños se la comen con los ojos. Normal, es la única chica entre tanto hombre, aunque no tardan en llegar más invitadas. Para las dos de la madrugada, ya formamos un grupo bastante numeroso.

Siendo sincero, este tipo de local no es de los que suelo frecuentar, pero ¿quién le niega a mi hermano su presencia? Por ellos, lo que sea.

Después de hablar un rato con Paolo, Taissa acribilla a preguntas a Maurizio. Río para mis adentros, porque su elocuencia jamás dejará de ser un rasgo destacable en ella. Con la pajita en la boca, y después de darle un trago a su Cóctel Negroni, inquiere con curiosidad:

—¿Y a qué te dedicas exactamente?

—Pues estudio la carrera de Ingeniería en la Universidad de Pavía y trabajo un par de días a la semana como instructor de paracaidismo.

Los ojos de Taissa se abren bien grandes.

—¿De verdad?

—¡Sí! ¿Lo has hecho alguna vez?

—¿Tirarme en paracaídas? ¡Jamás, pero me encantaría! —Y animada por el alcohol que ya corre por sus venas y que ha conseguido disolver solo un poco su postura esquiva conmigo, pregunta—: ¿Y tú, Cesco?

—No me agrada la idea de lanzarme al vacío. Amo los deportes, pero los de riesgo no son precisamente para mí.

—Lo dice un tío que comercializa motos Harley-Davidson —comenta Maurizio con guasa.

—Eso no tiene nada que ver —me defiendo—. Si conduces a la velocidad permitida, las motos no tienen por qué ser un peligro.

Mi hermano del medio termina dándome la razón con un movimiento de cabeza.

—Deberías pasarte algún día por la escuela. Puedo darte unas lecciones gratis, y si te animas, conseguirte un hueco para que lo pruebes —insiste mi hermano y levanto una ceja. No hay que esperar la respuesta de Taissa para darse cuenta de lo que va a decir. La idea le entusiasma tanto como a mí ir a trabajar cada día.

—¡Me apunto! —chilla, emocionada.

¿Lo veis?

—Estáis chalados —determino y ellos se miran con complicidad.

Ítalo Disco de *The Kolors* comienza a sonar y la gente enloquece. El grupo se dispersa hacia la pista y mi hermano agarra a Taissa de la mano.

—Déjalo, es un viejo amargado. ¡Vamos a bailar!

Ella se pone de pie en un instante y lo sigue sin chistar. Los veo alejarse, sin quitarle la vista de encima a la chica que me trae de cabeza. Cuando mis ojos retornan al reservado, chocan con los de Chad que me estudia con diversión.

Me hago el sueco, aprovechando que una de las camareras viene a recoger los vasos vacíos y a tomarnos nuevamente el pedido.

—Un Shakerato, por favor.

—Enseguida te lo traigo —garantiza, haciendo alarde de un descarado aleteo de pestañas. Le sonrío y se aleja con presteza.

—¿Te vienes a la pista? —propone el diseñador y niego con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí.

Acepta mi negativa con diplomacia y se levanta para acudir al lado de su protegida. Desde mi posición puedo observarles a gusto y ser testigo del buen rollo que ambos derrochan. Bailan, se ríen con ganas, sus cuerpos se acercan demasiado...

Otra vez el pinchazo en medio del pecho, recordándome que Taissa y yo una vez compartimos esa misma complicidad. Trago con fuerza y me obligo a desviar mis pensamientos antes de que acaben por enviarme directamente a la ruina.

Una parte de mí, la más esencial y primigenia, intenta acercarse a ella, tocarla, retomar esa relación que un día perdimos. La otra, la más rencorosa y venenosa procura alejarse de su embrujo. Sé de lo que esa chica es capaz con solo una mirada, con el roce de sus labios que una vez probaron los míos tímidamente...

Aprieto los puños que descansan a mi lado y me centro en la camarera que viene a traerme la comanda. Le entrega a uno de los chicos su bebida y después se dirige a mí.

—Aquí tienes, guapo. ¿Qué haces más tarde? —cuestiona con un tono de voz seductora que me da la pista de lo que pretende.

—No tengo planes —respondo con seguridad.

Frente a mí se desarrolla una escena muy sugerente. Alessandro, uno de los amigos de Maurizio, y su novia, están dando un espectáculo digno de ser recordado. Básicamente, le está metiendo la lengua hasta la garganta, a la vez que su mano trepa por sus muslos desnudos hasta sus...

Joder, ¿le está haciendo un dedo? ¿Aquí en medio de tanta gente?

Me levanto como si algo me quemara y decido que es momento de abandonar el barco. Esto se está poniendo demasiado explícito. Agarro a la camarera de la mano y la aparto un momento. Ella saca un trozo de papel que lleva escondido entre sus pechos, y me lo entrega sujetándolo con dos dedos.

—Salgo en media hora —me avisa con un guiño de ojos y me besa en la mejilla antes de

alejarse con un contoneo de caderas. Su pelo rojo como el fuego sigue el movimiento de sus largas y torneadas piernas.

Mis ojos viajan intuitivamente hacia la pista. Ahora suena *Che T'o Dico A Fa'* de Angelina Mango, y Taissa se mueve como si se la supiera de memoria. La letra me enciende como ninguna otra y su lenguaje corporal expresa todo aquello que no quiero escuchar.

¿Que la miraría constantemente? Por supuesto.

¿Que soy humano? Indudablemente.

¿Que me quedaría a su lado para siempre? No lo niego, pero hago un esfuerzo titánico para apartarme de ella, por lo que me bebo la copa que acabo de pedir y espero pacientemente a que la chica que me ha dado su teléfono acabe su turno.

Esto es muy impropio de mí. Jamás había ligado con una camarera ni me había dejado llevar de esta manera, pero necesito escapar de Taissa a como dé lugar. Por todo esto y mucho más, desaparezco del reservado y me escabullo hacia la salida buscando a la pelirroja cerca del callejón que, supongo, es la salida del personal.

Dos minutos después, su mirada lobuna me asalta de repente y su mano se aferra a la mía para conducirme hasta una zona más privada. Las luces de las farolas aquí no alumbran y el murmullo de la multitud parece alejarse a medida que avanzamos hacia la oscuridad.

En cuanto encuentro un hueco retirado de las miradas indiscretas, la arrinconó contra la pared con alevosía y asalto su boca como si fuese el único sitio donde refugiarme. ¿De qué? ¿Los remordimientos? ¿Lo que siento cada vez que tengo a Taissa cerca?

La chica gime agarrándose a mis hombros y pidiendo más con sus incesantes jadeos.

Joder... ¿Qué coño me pasa?

La sujeto fuerte por el culo y la aplasto sin dejarla respirar. Le robo el aire que necesito, el que me hace falta para no ahogarme en la pena. La beso con ansia, desesperación y unas ganas locas de follármela pensando en...

Un momento.

Me separo de repente, confuso y arrepentido.

—Perdona —me disculpo, pasándome la mano por el pelo. No me atrevo ni a mirarla a la cara.

—¿No lo estabas disfrutando? —pregunta, turbada.

—Sí, y eres muy guapa... Es solo que... —suspiro agotado—. Lo siento mucho.

Antes de oírla protestar, salgo escopetado hacia la parada de taxi más cercana. Agradezco no haber venido en la moto porque no estoy en condiciones de conducir. He bebido demasiado y la sensación de malestar que acusa mi estómago no me dejaría concentrarme lo suficiente.

Subo al primer vehículo que encuentro libre y aprovecho para enviarle un mensaje a Maurizio, avisándole que regreso a casa porque no me encuentro bien. Y es verdad, ya que apenas entro a mi departamento, corro directo al baño para lanzar todo lo que he comido horas antes.

Maldigo cuando intento levantarme sin éxito. Me abrazo al inodoro otra vez y vuelvo a vomitar.

—Mañana tendré una resaca monumental —mascullo para mí mismo, arrastrando las palabras. A continuación, me apoyo contra la pared y cierro los ojos para que todo deje de girar a mi alrededor.

Aunque a regañadientes, decido que es más sensato quedarme aquí hasta que la borrachera disminuya, evitando así tropezar y romperme la crisma con cualquier mueble que se cruce en mi camino.

—¿Cesco? —Una voz de ultratumba se filtra en mi cabeza, taladrándola sin piedad—. Cesco... *Cazzo!*⁸ ¿Estás bien?

Abro los ojos lentamente para que el reflejo de los focos no dañe mi retina.

«Dios... ¡Cómo duele!»

—¿Me quieres decir cómo has llegado al apartamento?

—En taxi —le respondo a Paolo, incorporándome como puedo.

—¿Tanto has bebido?

—No lo sé, no llevaba la cuenta. Y hacía mucho que no me pasaba de copas, suelo ser más cuidadoso.

—Es que anoche estabas muy raro.

Consigo sentarme en el suelo del baño y me sostengo la cabeza con ambas manos, evidenciando un profundo agotamiento. Ya no recordaba cómo eran las resacas. Va a ser que Maurizio tenía razón: me estoy volviendo un viejo aburrido.

—Creo que algo me sentó mal.

—Ver a Taissa con Chad, ¿me equivoco?

Resoplo, odiando el hecho de que mi hermano me conozca tan bien. A veces desearía no ser tan transparente.

No lo admito, pero tampoco lo desmiento, por lo que Paolo decide levantarme del brazo para llevarme al sofá. La distancia no es corta. He tenido la suerte o, mejor dicho, el tino de invertir muy bien el dinero que he ganado con la empresa, comprando este precioso dúplex ubicado a las afueras de Milán. La zona es buena, exclusiva, y me permite llegar rápido a las oficinas sorteando los tediosos atascos que se montan en la carretera a primera hora de la mañana.

También ayuda el hecho de que conduzca una moto y no un coche. Como podréis imaginar, las Harley son mi debilidad y, al tener que elegir entre un vehículo de dos o cuatro ruedas, me decidí por el primero, pese a las protestas de mi madre. No obstante, como soy un hábil conductor y jamás excedo la velocidad permitida, nunca le he dado un susto ni está en mis planes hacerlo.

—¿Te preparo un café? —Mi hermano se dirige raudo a la cocina y le sigo con la mirada—. ¿Tienes cápsulas?

—Justo al lado de la máquina.

—Vale.

Permanezco con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el cuadro que tengo a mi derecha. Es una réplica del *Guernica* de Pablo Picasso. No se corresponde a su tamaño real, por supuesto, ya que mi salón debería tener las dimensiones de un museo para albergarlo. Aun así, es bastante amplio.

—Ten, esto ayudará con la resaca.

—Dijo la voz de la experiencia. —Paolo ríe y bebo el primer sorbo de café bien cargado, que me sabe a gloria—. Gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Podría estar mejor.

—¿Vas a contármelo?

—¿El qué?

—Nunca me confesaste por qué rompiste con Taissa.

—No éramos pareja.

—Se puede romper una amistad, no solo un noviazgo.

La persona que habla es un joven de veintitrés años, y se podría decir que es considerablemente más maduro que yo en varios aspectos de la vida, especialmente en lo relacionado con los asuntos del corazón.

—¿Sería mucho pedir que no tocáramos el tema ahora mismo? Se me parte la cabeza y lo que menos quiero es acabar vomitando otra vez.

—¿Tanto te afecta?

Si él supiera...

—Es una espina que tengo clavada justo aquí. —Me señalo el pecho—. Y aquí... —Pongo el dedo índice en mi frente.

Mi hermano me mira con pena, y acto seguido, desaparece rumbo al baño.

—¿Qué haces?

—¡Dúchate, Cesco! Hueles a rayos —lo oigo a la distancia.

«A eso le llamo yo, *sinceridad*».

Arrastro los pies hacia el lavabo, donde él ya se encuentra abriendo el grifo para dejar caer el agua caliente. Todavía me siento algo débil y mareado.

—Iremos a comer a casa con papá y mamá. Es domingo y les gustará tener a la familia al completo.

—Gracias, Paolo.

—No me las des. Hoy por ti, mañana por mí. Tú has tenido que cargar conmigo varias veces después de una noche loca.

Lo abrazo y él me corresponde, hasta que caigo en un pequeño detalle...

—¿Y Maurizio?

—No terminó tan perjudicado como tú, y lo pasó muy bien con Taissa y con Chad. Pero como no quieres hablar de ella...

—¿Viste si se besaron? —irrumpo a la desesperada.

—¿Quiénes? —pregunta haciéndose el tonto, para finalmente chasquear la lengua y responder con misterio—: No soy un detective privado, además, yo estaba ocupado en otros menesteres. Ya sabes... metiendo la lengua en la boca de una chica guapa que se me insinuó en la discoteca.

—Cuidado con lo que metes y dónde lo metes, no vaya a ser que nos vengas con alguna sorpresita un día de estos.

—Tranquilo, *fratello*. Lo tengo todo controlado.

Le revuelvo el pelo cariñosamente y palmeo su hombro antes de meterme en la ducha. Una vez tras la mampara, coloco las manos contra el azulejo y mantengo la cabeza quieta bajo el chorro que, con mucha presión, me va aclarando las ideas.

¿A qué ha venido esa pregunta? ¿Me importa lo que haga Taissa con su vida privada? Por supuesto que sí. ¿A quién quiero engañar? A mi hermano, desde luego que no. Es más listo que el hambre y disfruta viéndome sufrir.

Si no fuera porque le debo obediencia a Paolo debido a su sensatez, me pasaría el día tumbado en el sofá, con el mando de la tele en la mano y haciendo zapeo en búsqueda de alguna película aburrida que me ayude a olvidar mis problemas.

Si es que soy de lo que no hay...

¿Quién me manda meterme en este berenjenal?

Capítulo 9

Taissa

El ascensor se abre y atravesamos otra vez las puertas acristaladas de las oficinas de M&S. Chad camina a mi lado sin decir una sola palabra, ya que el humor que cargo esta mañana es sombrío y podría matar a alguien con tan solo dirigirle la mirada.

Hemos desayunado en el apartamento para no tener que levantarnos tan pronto, aun así, no he sido previsora con la hora y ya vamos con retraso.

Me la suda.

Después de haber sido víctima de la indiferencia de Francesco el sábado y haberlo visto flirtear descaradamente con la camarera de la discoteca —la que muy probablemente se haya llevado a la cama para acabar la noche—, ha perdido todo mi respeto.

Una vez frente a la recepcionista, esta nos acompaña a la sala de juntas. El primero en ponerse de pie es el susodicho, quien me atraviesa con su mirada acusadora mientras golpetea con el dedo en su reloj de pulsera.

—Llegáis tarde.

—Buenos días —me limito a saludar como si nada y su cara de estupor es mayúscula.

—*Buongiorno* —responde Lorenzo Spaggiari sin entender el porqué de esta tensión entre ambos.

—Taissa. —Francesco apoya las manos sobre la misma mesa donde me lo montaría con él si no fuera el chico que me rompió el corazón. El muy truhan se ha puesto un traje escandalosamente caro, se ha peinado los mechones hacia arriba y se ha perfumado a conciencia.

¡Maldito sea!

—¿Sí?

—Llegas tarde —repite y mi sonrisa sarcástica le hace saber que no estoy para regaños. Como me provoque, me lanzo encima de él y no respondo de mí.

Algo debe advertir en mi manera de enfrentarlo, que lo obliga a enderezarse y sentarse, cogiendo unas carpetas que se limita a repartir a cada uno de nosotros.

Chad y Lorenzo se comportan como meros espectadores de una escena que bien podría ser sacada de una película de suspense. Resulta cómico cómo dos personas, tan diametralmente opuestas como ellos, pueden encajar tan bien compartiendo espacio.

Abro el fichero en la primera página, evitando por todos los medios mirar a Francesco, y me encuentro con un resumen de las campañas de publicidad que la firma ha desarrollado años anteriores.

—Sabemos que habéis leído el dossier que os hicimos llegar por medio de Julia, sin embargo, hemos creído conveniente entregaros este documento —interviene Lorenzo—. Aquí encontraréis datos importantes que os servirán a la hora de desarrollar la planificación de medios, entre otros aspectos.

—Tengo una pregunta —levanto la mano como si estuviésemos en el colegio y Lorenzo se ríe.

—Adelante, te escucho.

—Harley-Davidson se ha caracterizado siempre por dar una imagen muy clara a su público objetivo. El concepto de «libertad» está muy unido a la marca.

—Exacto —constata Spaggiari.

—No obstante —continúo revisando los folios—, por lo que hemos podido apreciar, esta vez buscáis algo rompedor.

—Así es —afirma Francesco—. Como habréis leído en el dossier, la empresa toma muy en serio las sugerencias del HOG. Esta especie de «sociedad» creada por y para los consumidores que intercambian sus impresiones sobre el producto, nos ha permitido conocer mejor sus gustos y aficiones. La imagen de marca está cambiando con el paso de los años, ya no es un tipo de motocicleta dirigida solo al pueblo americano, y el uso de tecnología de punta en los procesos de fabricación ha favorecido el avance hacia el futuro.

«Futuro», repito para mis adentros. Ahí está la clave. Es evidente que su objetivo es desprenderse de la imagen del motero fanático del rock, vestido de cuero y con una apariencia cuestionable, para dirigirse a un público mucho más amplio. Ya han logrado esto en campañas anteriores, donde conectaban a un padre y su hijo a través de la marca, o en ese anuncio que llevaba el lema *Live your Legend*, donde el modelo de aventura y vivir según tus propias reglas estaba presente.

Tuve la oportunidad de investigar estrategias anteriores en internet en cuanto supe que íbamos a trabajar con ellos. Me gusta informarme con anticipación para conocerlos en profundidad y así tener una comprensión clara del terreno que estoy pisando. Lástima que no se me dio por investigar el nombre de los socios de M&S. Quizá habría tenido tiempo de declinar la oferta de Julia.

Aún considero que no sería mala idea hablar con ella, especialmente porque nos reuniremos pronto por cuestiones de organización. Además, planeo abordar el tema de por qué no nos informó sobre la intervención de la Agenzia Digitale en el proyecto.

—Bien, con esto aclarado nos pondremos ya mismo en marcha. Si tenemos alguna duda os lo haremos saber, pero en principio nos limitaremos a hacer un *brainstorming* inicial para ir sacando ideas más concretas —determino con seguridad.

—Tenéis a vuestra disposición nuestras oficinas para trabajar con comodidad, en las que encontraréis todo tipo de ordenadores, tabletas, pizarras digitales, tableros... —añade Lorenzo.

—Chad, además de ser diseñador gráfico, es un excelente ilustrador —interrumpo orgullosa de mi compañero y él asiente—. Sabe plasmar mis ideas como ningún otro. Cuando tengamos la planificación encaminada, os incluiremos un *storybook* que os dejará con la boca abierta.

Lorenzo expresa una amplia sonrisa. Francesco se abstiene.

—Gracias por todo —estrecho la mano de ambos con profesionalidad.

Hemos empezado con el pie izquierdo, y a pesar de mi arrebató de esta mañana, he tomado la decisión de no permitir que mi vida personal interfiera en la profesional. Por lo tanto, me propongo mantener la compostura y demostrar mis habilidades con el objetivo de ganar esta contienda.

Unos minutos después, recogemos las carpetas y nos apresuramos a abandonar la sala, notando que alguien se acerca por detrás. Lorenzo ya ha salido por la puerta.

—¿Taissa? —La voz de Francesco hace que mi piel se erice inevitablemente.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar en privado un momento?

Miro a Chad y este asiente con seriedad.

—Te espero en la recepción —me avisa señalando con el pulgar y sin darme opción a réplica. Me doy la vuelta y me encuentro con la mirada suplicante de mi antiguo amigo, sus ojos de cordero degollado implorando compasión.

Sabe que la ha cagado. Mucho. Lo conozco demasiado.

—Tú dirás —espeto de brazos cruzados.

Francesco suspira y se pasa la mano por el pelo, agobiado.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar a solas desde que habéis llegado y creo que nos debemos una charla.

—¿Es sobre trabajo? —Su silencio me da la respuesta—. Entonces no me interesa. Te pediría que si vuelves a dirigirte a mí sea solo para tratar temas relacionados con la campaña. De lo contrario...

—Tais...

Que me llame así provoca que una bola de angustia se instale en mi garganta. No me gusta. Es demasiado íntimo y me hace sentir vulnerable, tanto que mis ojos se nublan debido a la tristeza que me embarga de repente.

—Prefiero que me llames Taissa.

Su semblante se suaviza y sus facciones vuelven a ser las del niño de doce años que abandonó Estados Unidos para regresar a Italia. Sí, el paso de los años ha endurecido su mandíbula, pero ese hoyuelo que siempre se le dibuja en el mentón sigue existiendo debajo de la incipiente barba que se esmera en afeitarse cada mañana.

—De acuerdo —admite pesaroso.

—¿Algo más, Francesco?

—Solo quería darte esto. Ayer comí con mis padres y les conté que hoy te vería. Mi madre ha insistido.

Cuando me entrega el sobre que contiene lo que parecen ser dos entradas para algún tipo de espectáculo, me quedo sin habla.

—Son para un concierto —aclara—. Se hará un tributo a la obra de Ennio Morricone con una orquesta en vivo en el teatro La Scala. Mi madre dice que si no vives aquí no te enteras de estas cosas y que sería una pena que te lo perdieras. Puedes ir con Chad.

Conozco la obra del maestro Morricone. Es maravillosa y como buena amante del cine, siempre he querido asistir a un concierto en el cual poder disfrutar de su música.

—Esto es... —murmuro emocionada—. ¿Me das su número? Me gustaría agradecerérselo.

—Claro, te lo adjunto ahora como contacto en tu wasap.

Su enorme sonrisa esperanzada no me pasa desapercibida. De pronto, todo aquello que nos distanciaba comienza a resquebrajarse como un bloque de hielo derritiéndose al sol. Incluso soy capaz de experimentar la calidez que invade cada una de mis células hasta ahora adormecidas y que van asomando a la vida como si hubiesen sido víctimas de un largo estadio de hibernación.

—Gracias, Francesco.

—Puedes llamarme Cesc. Aquí lo hacen todos.

Una tímida sonrisa comienza a asomar por mis labios y él se la guarda como si fuese el

mayor tesoro que haya tenido entre las manos.

—Debo ir a trabajar... Nos vemos.

—*Buona giornata*.⁹

Me hace una seña con galantería que significa «después de ti» y me dispongo a regresar con Chad. No miro atrás. No me atrevo. Una sensación extraña coloniza todo mi organismo, dejándome expuesta y confundida. Apuro el paso, y cuando me topo con él en la recepción, lo sorprendo despidiéndose de Gia. Mi amigo me mira esperando que lo ponga al tanto del cotilleo jugoso, omitiendo el trato cercano que ha tenido con la bruja.

—¿Qué tal ha ido?

—Me ha regalado dos entradas para un concierto —le digo cogiéndolo del brazo mientras nos arrimamos al ascensor.

—¿Perdona?

—En realidad me las ha enviado su madre. Fiorella y Giuseppe siempre han sido maravillosos.

Chad tuerce el gesto.

—Deberías quedar con ellos, Taissa. Habéis tenido una relación muy estrecha. Sería de mala educación que te fueras de Milán sin saludarles.

—Lo sé. Créeme que lo he pensado miles de veces, pero hay líneas que no quiero traspasar.

—Te entiendo.

No hablamos más del tema durante todo el trayecto a casa. Hemos optado por regresar al apartamento; por ahora, no necesitamos mucho de la tecnología y ambos disponemos de nuestros ordenadores portátiles. El primer paso será exponer ideas y poner nuestras mentes a trabajar. Además, tenemos menos de un mes, así que debemos empezar cuanto antes.

Pasamos toda la tarde inmersos en un arduo trabajo de investigación. Comparto con Chad toda aquella información que recabé antes de viajar. Dedicamos horas a estudiar las campañas anteriores y a desmenuzar todos y cada uno de sus conceptos.

—En las últimas han dado protagonismo a la gama eléctrica. El modelo Livewire es un buen ejemplo —señala Chad, apuntando todo en su cuaderno—. Buscan crear conciencia a través de una nueva colección de aspecto futurista, fusionándola con las tradicionales motocicletas con motor de combustión.

—Me encanta su diseño —acoto dándole un trago a mi *café latte*.

—Es más aerodinámico.

—Resulta curioso que no hayan rodado anuncios para promocionarla. Por lo visto solo hay entrevistas en programas de televisión, redes sociales y alguna que otra intervención en revistas especializadas.

—A pesar de que tiene mucho potencial.

—Si el objetivo de M&S es enfocar la campaña al mercado europeo, que según los datos proporcionados por ellos mismos ha disparado las ventas en vehículos eléctricos durante los últimos dos años, deberíamos darle más importancia, ¿no crees? Se ha superado el umbral de ventas en un 20% con respecto a otros períodos y no es un dato menor.

—Coincido, aunque ya sabes que el alma de Harley siguen siendo los modelos clásicos.

—¿Y por qué no crear algo que englobe ambos conceptos?

—¿A qué te refieres?

—Pasado y futuro juntos.

—No es mala idea...

—Toma nota, Chad:

Motocicletas clásicas.
Motocicletas eléctricas.
Libertad.
Aventura.
Lazos creados.
Vive bajo tus propias reglas.
Pasado.
Futuro.

—Si grabamos un *spot*, no puede faltar un prota menor de treinta años. Es importante, teniendo en cuenta que es el público objetivo al cual dirigimos la campaña.

—Debemos idear muy bien la estrategia de medios. Incluiremos las redes sociales como herramientas fundamentales de difusión, a través de *reels* que aparezcan a ciertas horas del día mediante una cuidada segmentación de mercado.

—El lema tiene que estar relacionado con el concepto de *expansión*.

—¿Por qué será que tú y yo trabajamos tan bien juntos?

Chad se ríe y le da un mordisco a su *muffin* relleno de Nutella. Dado que el contenido es bastante líquido y, además, los hemos comprado recién hechos en la pastelería, un poco se le escapa por la comisura de los labios. Acerco mis dedos limpiándosela y llevándomelos a la boca.

—Madre mía, has sido más listo que yo a la hora de elegir.

—¿Quieres? —me ofrece acercándome el bollito.

—Deja, deja. Que a este paso vuelvo con diez kilos más a Chicago.

Ambos estallamos en carcajadas y seguimos trabajando sin descanso. Al final de la tarde, ya hemos acumulado una buena cantidad de anotaciones que van dando forma a nuestra propuesta.

Más tarde cenamos, y un rato después decidimos salir a dar un paseo para mover un poco el cuerpo. Tantas horas frente al ordenador me han destrozado la espalda.

—¿Crees que los de la Agenzia Digitale abordarán la campaña de la misma manera? —pregunta mi amigo mientras caminamos apaciblemente por la acera.

—No lo sé, pero si son astutos, se centrarán en resaltar los nuevos atributos de la empresa. Por cierto... ¿De qué hablabas con Gia esta mañana?

—Se acercó a saludar. La habían citado después que a nosotros.

—¿Y por qué no organizar una sola reunión?

—Le pregunté lo mismo, pero me dijo que como el ambiente había sido bastante tenso el día en que nos presentaron, Francesco y Lorenzo prefirieron no juntarnos a todos.

Permanezco impasible, denotando cierta culpabilidad.

—Nos pilló por sorpresa la situación. ¿Acaso pensaban que nos quedaríamos callados?

—Tú, desde luego, no lo harías.

A mi mente viene el rostro de Gia y la actitud sobrada con la que nos enfrentó.

—No me gusta esa mujer, tiene algo...

—Taissa, no seas paranoica. No te agrada porque es competencia, y lo estás tomando como algo personal.

Puede ser, pero hay algo en su forma de comportarse que no termina de cerrarme del todo. Llamadme loca, pero suelo dejarme guiar por mi intuición.

—Y bien... ¿Cuándo es el dichoso concierto?

—Este viernes —respondo con gesto sombrío. Casi se me había olvidado agradecerle a

Fiorella el detalle.

—Tengo que comprarme algo de ropa para estar a la altura.

—Con que te pongas un traje es suficiente, tampoco es necesario un esmoquin —le aclaro y él me frena en medio de la acera, tomándome por el brazo.

—¿Seguro que quieres ir conmigo?

—¿Con quién más si no?

—Bueno, ya que te las ha regalado la madre de Francesco...

—Ni se te ocurra mencionarlo. No —asevero tajante—. Iremos juntos. Fin de la discusión.

—Valeeee...

Chad opta por no seguir insistiendo; decisión inteligente si las hay. No estoy yo para citas, ni conversaciones comprometidas con nadie. Seguimos andando un buen rato, y cuando consideramos que es la hora de regresar, desandamos el camino rumbo al apartamento.

Una vez dentro, dejo a mi amigo mirando la tele y me doy una ducha antes de ponerme el pijama. He traído uno de mis preferidos. Camiseta de tirantes y short de seda con pequeños dibujos de cerezas.

Chad se ríe cuando me ve aparecer con el pelo todavía húmedo y el móvil en la mano.

—Pareces una colegiala.

Le saco la lengua.

—El baño es todo tuyo. Voy a escribirle a Fiorella antes de que se haga más tarde.

—¿Qué planes hay para mañana?

—Iremos a visitar el concesionario de M&S. Quiero empaparme un poco del producto y su historia —puntualizo sentándome cómodamente en el sofá.

—¡Me agrada la idea!

Desaparece rumbo a las habitaciones y busco el chat con Francesco. Me río al descubrir el hilo de la conversación. *El Innombrable*. Soy de lo peor.

Anoto el número de su madre en mi teléfono y reflexiono sobre si enviarle un mensaje es demasiado impersonal, considerando el gesto que ha tenido al regalarme las entradas. Nos une un pasado, y lo que haya ocurrido entre su hijo y yo no tiene por qué interferir en nuestra relación. Ojalá lo hubiese entendido antes...

El día del cumpleaños de Maurizio la pasé tan bien conversando con él, que fue inevitable sentir cierta desazón al darme cuenta de cuánto me había perdido todos estos años. Son una familia magnífica y hemos compartido momentos inolvidables. Celebraciones de cumpleaños, cenas de Navidad... ¿Por qué romperlo todo por algo a lo que ni siquiera le encuentro explicación?

Tras dos o tres tonos, Fiorella contesta.

—*Pronto?* —Su voz suave, dotada de ese inconfundible acento que tanto me gusta, me encoge el pecho.

—Hola, Fiorella. Soy Taissa.

—¡Taissa! *Bella ragazza!*¹⁰ ¿Cómo estás?

—Muy bien, contenta de escucharte después de tanto tiempo.

Se hace un silencio un tanto incómodo y ella retoma la conversación con naturalidad.

—No sabes la sorpresa que me llevé cuando Cesc me contó que estabas en Milán. ¡Y que además trabajas para su empresa!

—Sí, ha sido una enorme coincidencia —admito sin saber qué más decir.

—Espero que disfrutes del concierto, me han dicho que es increíble.

—No lo dudo. Quería darte las gracias por el regalo, no tenías por qué hacerlo.

—¡Claro que sí! Me apetecía darte la bienvenida de alguna manera, y ya que no puedo invitarte a comer a casa... —Su comentario me deja un poco cortada. ¿Acaso Francesco no quiere que vea a su familia? Al notar mi mutismo, se apresura a aclarar—: Entiendo que las cosas entre Cesco y tú no están del todo bien y no quiero ser yo quien se meta en vuestros asuntos.

—Siento mucho haber perdido el contacto con vosotros.

—Nunca supe qué pasó exactamente, Taissa. Pero sé que sufrió mucho.

Me gustaría decirle que yo también. Que fue su hijo el que dejó de hablarme de la noche a la mañana, sin darme explicaciones, y que nunca entendí su actitud. Pero de nada sirve revolver la mierda del pasado. A veces es mejor dejar que el agua corra y pasar página. Por mi propio bien, no estoy dispuesta a permitir que me rompan el corazón otra vez, y mucho menos la misma persona. Eso sería un acto suicida.

—Gracias por las entradas, Fiorella —concluyo antes de que las lágrimas empapen mis mejillas. Aunque me cuesta admitirlo, hablar con ella ha traído muchos recuerdos y la nostalgia se ha apoderado de cada uno de mis pensamientos—. Estamos en contacto y... te prometo que nos veremos antes de mi regreso.

—Un *bacio*¹¹ muy fuerte, cariño. Cuídate mucho.

Corto la llamada y me seco la cara con torpeza. En ese preciso instante, Chad regresa al salón.

—¿Qué ocurre? —pregunta, afligido, sentándose a mi lado. Viste un pantalón de chándal y una camiseta básica blanca manga corta. Lleva el pelo húmedo y todo su cuerpo huele a jabón.

—Nada.

—Tais...

—He llamado a Fiorella y ha sido... raro.

—Ven aquí...

Mi amigo me abraza por la cintura, acercándose a él en actitud protectora. Subo las piernas al sofá, haciéndome una bola y acurrucándome junto a su pecho. Cuando apoyo la cabeza en su hombro, Chad me acaricia el brazo.

—Si me dejas darte un consejo, te diría que intentes hablar con él.

—¿Para qué? —pregunto levantando la cara y dejándole ver mis ojos llorosos.

—Arréglalo, Taissa. El rencor es un gusano que se enquistaba en las tripas y que hace mucho daño. No dejes que sus garras te impidan seguir adelante. Es evidente que hay un conflicto no resuelto entre vosotros, y si no lo solucionáis, llegará el día que te toque volver a Chicago y te arrepentirás de haber desperdiciado la oportunidad. —Y secando la última lágrima que serpentea por mi mejilla, añade—: Hazme caso, cabezota.

—Me lo pensaré.

Beso su mejilla y le susurro un «gracias por todo» antes de levantarme y emprender rumbo a la habitación. Me acomodo en la cama y pongo el despertador, teniendo en cuenta que mañana debemos coger un taxi para llegar al concesionario. El día ha sido largo e intenso. Espero que lo siguiente en la agenda me ayude a distraerme y así quitarme a Francesco de la cabeza.

Cuando miro el techo, blanco e impoluto, mi mente divaga recordando lo vivido. La conversación con su madre, nuestra charla de esta mañana en las oficinas... Todo indica que hay algo que me oculta. Trato de hacer memoria, de pensar qué pudo haberlo alejado de mí, pero por más que lo intento, no encuentro la razón de su distanciamiento. No es la primera vez que me lo planteo, he pasado noches enteras en vela debatiendo conmigo misma.

Agotada de no encontrar las respuestas que busco, doy vueltas de un lado a otro. Oigo a

Chad cerrar la puerta de su cuarto, y como soy una tocapelotas de mucho cuidado, me levanto encaminándome hacia allí. Doy un par de golpecitos y él contesta animándome a pasar.

—No puedo dormir —admito con un puchero de lo más lastimero y mi amigo sonrío. Abre la sábana y se hace a un lado, invitándome a meterme con él en la cama.

Sin dudarlo ni por un minuto, me encaramo a su costado y me abrazo a su torso, dejando caer un eterno bostezo.

—Eres como una niña pequeña, ¿te lo he dicho ya?

—Sí.

—No me roces mucho si no quieres que ocurra un accidente.

—¡Déjate de tonterías!

Le pellizco fuerte el brazo y Chad estalla en una sonora carcajada.

—Descansa, Tais. —Besa mi frente con ternura y apaga la luz de la lámpara que tiene a su lado en la mesilla.

—Gracias por cuidarme.

Inmediatamente después, caigo en un sueño profundo y reparador.

Capítulo 10



Hoy hemos quedado en la central de M&S.

Taissa me ha pedido que le dejara visitar las instalaciones para conocer el producto, y debo admitir que no me ha sorprendido. Siempre se ha caracterizado por ser muy curiosa y estoy seguro de que esa sed de conocimiento será la que la lleve al éxito de esta campaña. Desconozco cuáles son sus planes, qué estará urdiendo esa cabecita, a pesar de que con las pinceladas que dio en la última reunión, demostró estar muy convencida de que nos quiere sorprender.

Y no lo dudo.

Antes de que presente su propuesta, sé que será la ganadora. Gia todavía no ha dado señales de avanzar en el proyecto y espero por el bien de Lorenzo que esté a la altura. Me juego mucho aquí y no deseo estropearlo.

La media sonrisa que me dedicó todavía la tengo grabada en los huesos, esperando a que se digne a regalarme otra más. Así voy por la vida, recogiendo las migajas que Taissa va esparciendo a su paso.

Put a vida.

Aunque darle esas entradas a Taissa me sirvió de excusa para hablar con ella a solas, decirle que podía ir con Chad a disfrutar del espectáculo fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer desde que la vi por primera vez en la sala de reuniones hace menos de una semana.

Dios. Solo han pasado cuatro días y ya me estoy cuestionando cómo haré para soportar este suplicio veintiséis días más.

A la hora señalada la veo entrar por la puerta junto a Chad. Vienen charlando, no sé de qué, y riendo de alguna broma que seguramente habrán hecho.

—¡Hola! —me saluda al descubrirme detrás del mostrador principal, acompañado de uno de mis vendedores.

—Enseguida vuelvo, Leandro —le digo al salir a su encuentro—. ¿Qué tal?

—¡Madre mía, qué motos más chulas tenéis aquí! —expresa abarcando la inmensidad del salón de exposición.

Ahora entiendo su entusiasmo... No está feliz de verme a mí, sino a las máquinas que la han deslumbrado por completo.

—Hola, Chad. —Extiendo mi mano para estrechar la suya y él me corresponde con educación.

—¿Hace mucho que habéis montado este concesionario?

—Unos cinco años. En realidad, lo inauguró el padre de Lorenzo, pero poco después enfermó y decidió cedérselo. Como no tenía mucha experiencia en el tema, me ofreció asociarnos.

—A ti siempre te gustaron las motos —acota Taissa con un tono de voz cargado de añoranza.

—Sí. La verdad es que no dudé mucho en aceptar la oferta. En ese momento estudiaba Administración de Empresas y hasta me vino muy bien para las prácticas.

—Pues se nota que has aprendido muy bien el oficio.

—Lorenzo siempre dice que el verdadero CEO de la empresa soy yo, él se limita a dar la cara.

—¿Y es verdad? —quiere saber Taissa.

—Digamos que suelo ocuparme de los temas que a nadie le gustan. Se me da bien negociar.

¿Acaso percibo orgullo en su expresión? Taissa clava sus ojos marrones en los míos y esboza una tímida sonrisa.

—Bueno... ¿Quién nos hará el *tour* por el salón de ventas? —interviene Chad.

—Leandro os lo enseñará. Es un guía experto en el tema.

—Gracias por organizarlo todo para que pudiésemos venir. —Por primera vez no siento ningún atisbo de rencor en su voz. Taissa parece más tranquila y hasta feliz de participar en la campaña.

Su semblante apaciguado me relaja automáticamente. Estar a la defensiva con ella, sabiendo que en cualquier momento podía sacar las garras para atacar, me estaba poniendo histérico.

Pienso que tal vez vamos acercando posiciones, que poco a poco empieza a sentirse a gusto aquí y que es mi oportunidad para conseguir su indulto. Quizá también deba atenuar mi carácter controlador y estricto si pretendo ganarme otra vez su confianza.

¿Y por qué este cambio de actitud? Pues porque lo he meditado mucho y creo que he sido demasiado duro con ella. O lo correcto sería decir «injusto». Si hay algo que detesto es que me vean como un resentido o una persona poco accesible. Ya he pasado por esta situación antes, la de sentirme avasallado y sobrepasado y, por tanto, cerrarme en mí mismo.

Mi madre, quien se jacta de ser una mujer muy sabia y comprensiva, me lo dejó muy claro ayer cuando tuvimos esa charla que tanto necesitábamos.

«Cesco, si alguno de los dos no cede, las cosas no cambiarán entre vosotros. Taissa puede ser orgullosa, pero es la persona más dulce y de corazón más grande que he conocido. No confrontes con ella, haz que se sienta cómoda».

Todavía recuerdo sus palabras y han retumbado en mi cabeza sin cesar. Sobre todo, cuando al salir de casa de mis padres rumbo a mi apartamento, acudí al gimnasio ubicado en la terraza de mi edificio y descargué tensiones con una buena rutina de ejercicios. Podría haber salido a correr, pero el sol todavía brillaba en lo alto y los treinta y cinco grados me habrían dejado seguramente planchado.

Necesitaba pensar, masticar los argumentos de mi madre y darlos por válidos.

Después de una breve pausa, Leandro comienza a mostrarles las instalaciones, destacando las características de cada modelo y compartiendo anécdotas interesantes sobre el negocio. Chad se muestra especialmente interesado.

—¿Tienes algún catálogo que puedas dejarme? Me servirá mucho a la hora de ilustrar el *storyboard* —le pide a mi comercial.

—¡Claro! Sin problemas, antes de que os vayáis te dejo uno.

Mi móvil suena y debo atender la llamada, ya que es urgente. Mientras los dejo con el

dependiente me aparto para hablar con tranquilidad, sin dejar de observar lo que ocurre a escasos metros.

La emoción se apodera de mí cuando veo a Taissa subida a una Electra Glide Highway King de color magenta, una de mis favoritas. Percibo incluso a la distancia el brillo de sus ojos nublados por la adrenalina al coger el manillar de uno de los modelos más demandados por nuestros clientes.

Leandro la enciende y el rugir del motor parece animarla aún más. Tengo que hacer el esfuerzo por centrarme en la conversación, porque es tan espectacular la imagen que se imprime en mi retina, que a duras penas presto atención a lo que me dicen.

Taissa hoy ha venido vestida para desbaratar todos mis planes a futuro. Su falda corta en color azul y su camisa a rayas me tienen totalmente embelesado. No tardo en hacerle saber con la mirada que me encanta lo que veo. Ella me dedica otra de sus sonrisas seductoras que hacen que mi cuerpo se encienda como una hoguera. Sus muslos se adaptan a la perfección a la carrocería del vehículo y no puedo evitar imaginarla en esa misma postura, pero en otra situación completamente distinta. Básicamente, cabalgándome a lo bestia.

Experimento un fuerte tirón en la entrepierna, hasta que la voz del señor Giordano al teléfono me obliga a reaccionar.

—Sí... le llamaré en cuanto tengamos preparado el presupuesto. Estaremos en contacto.

Cuelgo. No suelo hacerme cargo de estas gestiones, ya que es tarea del equipo de ventas, pero se trata de un cliente VIP al que no puedo desatender. Más me vale mantener la compostura o cabaré loco perdido.

Al finalizar el recorrido, nos encontramos de nuevo en el área de recepción. Leandro se despide cordialmente, dejándonos a Taissa, Chad y a mí en la entrada del concesionario.

—Ha sido muy interesante conocer el funcionamiento del negocio. ¡Tenéis una gama impresionante de motos! Me ha encantado aquella —comenta ella señalando la Electra Glide.

—Me he dado cuenta —puntualizo reprimiendo la risa con poco éxito. Después, carraspeo volviendo a adoptar la imagen de empresario comprometido con su negocio—. Hemos trabajado duro para ofrecer a nuestros clientes la mejor selección. Si en algún momento necesitáis más información o tenéis alguna pregunta, no dudéis en contactarme —respondo, esforzándome por mantener un tono amigable con ella.

—Bueno, creo que ya tenemos material suficiente para continuar trabajando. No te quitamos más tiempo.

—Para mí no es molestia —me apresuro a aclarar.

Su amplia sonrisa derretiría los polos.

—Gracias por todo, Francesco. —Chad me tiende la mano.

—Ha sido un placer.

Observo cómo se alejan, sumidos en su propia conversación, y me pregunto si mi madre tenía razón al sugerirme un cambio de actitud hacia la chica que tanto echo de menos. Porque es así, extraño sus risas y sus comentarios desvergonzados. Su espontaneidad y la naturalidad con la que se enfrenta a la vida, sin temerle a lo desconocido. Siempre admiré su capacidad de hacerme sentir único y necesito que vuelva a hacerlo, porque llevo mucho tiempo perdido, dedicándole horas y horas a una empresa que me gusta, pero que no lo es todo para mí.

Últimamente, me siento vacío, solo. Y sé que ella es la pieza clave que falta y que puede darle un giro inesperado a mi vida.

Al regresar a las oficinas, me sumerjo en la rutina diaria. Las horas transcurren rápidamente, pero mi mente sigue divagando, por lo que me decido a dar el primer paso. Cojo el móvil y le escribo un mensaje:

Cesco: *¿Tienes tiempo para un aperitivo esta tarde? Creo que hay algunos detalles de la campaña que podríamos discutir más a fondo.*

Espero casi diez minutos. Comienzo a desesperar al darme cuenta de que no da señales de vida y de que es probable que pase de mí como de la lluvia. Me levanto de la butaca, busco un vaso de agua en el dispensador, merodeo por el despacho intentando distraerme con algo, hasta que, de repente, mi teléfono suena.

Taissa: *¿A qué le llamas tarde?*

Rio sin poder evitarlo y contesto a toda velocidad:

Cesco: *A las siete.*

Taissa: *Recuerdo que cuando éramos pequeños y llegaba esa hora, tú decías: «Buona serata».*

Un pellizco de satisfacción se instala en lo más profundo de mi corazón.

Cesco: *Certo.*

Taissa: *Tengo tiempo. ¿Te espero en mi piso?*

Cesco: *Paso a buscarte a esa hora.*

El resto de la jornada se me hace mucho más amena. Es increíble cómo un cambio de actitud puede mejorar notablemente tu ánimo cuando lo ves todo negro. Preparo la reunión que tenemos en un par de semanas con los búlgaros y reviso algunos documentos importantes que Lorenzo había pasado por alto.

A eso de las seis y media me despido de todos en la oficina, recojo la moto en el *parking* y me dirijo al apartamento que comparten Taissa y Chad.

Aparco en un hueco que encuentro de milagro a escasos metros del edificio y me quito el casco con premura. Debo admitir que estoy nervioso e intranquilo. ¿Qué me espera en unos minutos? ¿Cómo la encontraré? Puede que lo de esta mañana haya sido un impasse en nuestra tormentosa relación, y que Taissa haya sido amable solo por el hecho de haber estado acompañada de Chad. ¿Y si ahora vuelve a ser la chica distante y arisca de siempre?

Cuando la veo aparecer con un bonito vestido tipo cóctel, negro, de falda corta con tablas y escote palabra de honor, decorado con breteles que simulan ser un par de lápices, mi sonrisa se ensancha y todos mis temores se evaporan.

—Hola —saludo con la voz tomada.

—Bonito bolido —apunta señalando mi Harley.

—¿Te gusta?

—Es espectacular.

Su mano acaricia el asiento de cuero y ese solo gesto hace que mi piel se erice al instante. ¿Por qué será que me la imagino haciendo lo mismo sobre mi entrepierna? ¿Será porque hasta hace escasos minutos ha estado apoyada en ese mismo sitio?

Joder...

—Es un modelo de edición limitada.

—Pues es una verdadera pasada.

Está en lo cierto. El día que llegó al concesionario y la vi, me enamoré de ella como un adolescente. Cuenta con el asiento y los puños calefactados, lujosas superficies en Alcántara con detalles de costuras en contraste doradas y rojas, además de una potencia y estilo únicos. El águila voladora adornando cada lado del depósito, símbolo icónico de la marca, termina por darle

un toque muy Art Decó que a Taissa parece tenerla alucinada.

—Mira esta placa dorada —le indico señalando el inserto de la consola—. Este modelo se creó para conmemorar el 120 aniversario de la firma, por lo que cada moto lleva grabado un número de serie.

—Ideal para un coleccionista —comenta y se detiene a mirar el asiento del acompañante—. Vaya... ¡Tiene respaldo y todo!

—Es muy cómoda para viajar.

Taissa me observa por unos instantes, midiéndome con descaro.

—Te habrá costado una pasta.

—Me va muy bien con el negocio, no me puedo quejar. Estuve a punto de comprar un BMW, pero me entusiasmaba más invertir el dinero en esta preciosidad.

—Te lo mereces.

—El trabajo duro tiene su recompensa.

—Me pone muy feliz por ti, Cesco.

Es la primera vez que la oigo pronunciar mi apodo, y ese simple hecho hace que una sensación cálida y acogedora se apodere de todo mi cuerpo. Creo que ella no es consciente de lo que me provoca y de que haber bajado esa barrera que nos distanciaba, ha cambiado por completo mi perspectiva.

—¿Lista para dar una vuelta? —propongo un poco más recompuesto.

—¿A dónde vas a llevarme?

—Iremos a tomar un aperitivo. ¿Te gusta el Aperol?

—Mucho.

—Pues te llevaré a un sitio donde lo sirven y que te va a encantar.

Sonríe y me ocupo de ponerle el casco que saco del maletero bajo su atenta mirada. Tiro apenas de la correa para sujetárselo al mentón y me permito admirar por unos minutos sus curiosos iris marrones que me escrutan con impaciencia.

—¿Está bien así?

—Creo que sí —responde con timidez.

—¿Te ayudo a subir?

—Puedo sola, tu máquina no me intimida tanto.

Suelto una carcajada y espero a que se acomode antes de acoplarme delante de ella y encender el motor. Su sonido hace que se agarre con fuerza a mi cintura, e inmediatamente siento su mejilla apoyada por detrás.

—¿Lista?

—¡Lista! —chilla por encima del estruendoso ruido.

Salimos a la carretera en pocos minutos. A esta hora el tráfico es bastante denso y tardamos algo más de lo estipulado en llegar a destino. Durante el trayecto me deleito con el simple hecho de sentirla pegada a mi espalda; de vez en cuando desvío la mirada hacia sus manos que se unen trenzándose sobre mi abdomen. Su calor, sus risas cuando presiono el acelerador en algunas curvas para darle más emoción al momento, la intensidad de su agarre... Todo me recuerda a esa complicidad que un día tuvimos y que tanto añoro.

En cuanto Taissa advierte que bordeamos el río y que estacionamos en la orilla, se ajusta más fuerte a mi talla. Sonríe para mis adentros y apago el motor, antes de girarme hacia ella.

—¿Dónde estamos?

—En Pavía.

—¿Aquí viven tus padres?

—La casa está en otra zona, más a las afueras. Nos hallamos en pleno centro de la ciudad.

Me quito el casco y hago lo propio con ella. Cuando aprecio sus ojos brillantes de emoción, esa calidez que sentí al buscarla en su apartamento regresa con fuerza renovada.

—¿Te gusta?

—Las vistas son alucinantes.

No voy a contradecirla. Siempre he dicho que ver el atardecer desde el Ponte Coperto es uno de los espectáculos más bonitos que puedes experimentar en tu vida. Los colores anaranjados y violetas, mezclados con los rayos de sol patinando sobre el agua, le confieren al paisaje un brillo especial.

—Ven, vamos a ese sitio tan especial que te he prometido.

Tras guardar los cascos en el maletero, la animo a seguirme hasta el famoso Imbarcadero, atracado a la orilla del río Tesino. A medida que nos acercamos, se pueden apreciar las mesitas y la gente sentada a su alrededor, degustando diversos tragos y conversando animadamente.

—Una mesa para dos, por favor —le pido al camarero que nos atiende con amabilidad.

—Claro, acompáñeme por aquí.

Nos situamos en uno de los rincones que se encuentra frente a las múltiples casitas de colores que decoran la ribera contraria. Cuando me giro hacia Taissa, la veo con los ojos cerrados, inspirando profundamente para empaparse del aroma y la humedad típica de la zona.

—Es maravilloso.

—¿Te gusta Italia? Bueno... lo que has conocido hasta ahora.

—Me encanta —asevera con una sonrisa y sus mejillas se colorean al instante. Me contagio de esa sensación de paz que irradian sus ojos, de la tranquilidad que expresa con su postura relajada. Me da a entender que esto de bajar la guardia y mostrarme más accesible con ella, ha sido una excelente idea.

«Gracias, *Mamma*».

—Cuéntame qué tal vais con la campaña —insto para romper el hielo y dejar de mirarla como un bobo.

—Ya tenemos un par de ideas en mente, pero no voy a decirte nada, todavía —resume con gesto pícaro. Justo en ese instante, el camarero regresa a tomarnos el pedido.

—*Due Aperol con due Foccacce al Formaggio e Patate Fritte con la Buccia, per favore.*¹²

—*Prego.*¹³

Cierro la carta y se la entrego al camarero, bajo la atenta mirada de Taissa que me estudia con una expresión indescifrable.

—¿Qué?

—Hacía mucho que no te escuchaba una frase tan larga en italiano. —Sonrío y me paso la mano por el pelo, nervioso—. He hablado con tu madre. —Mi gesto se descompone—. Tranquilo... Solo la he llamado para agradecerle las entradas. Fiorella es un amor.

—Lo sé.

—¿Cómo están? No he podido explayarme mucho, ha sido un poco raro mantener una conversación con ella después de tantos años.

Percibo un cierto deje de reproche en su voz, lo cual me hace sentir terriblemente culpable.

—Muy bien. Desde que mi padre se jubiló, disfrutaban de la vida y de sus tres hijos.

—¿Tan pronto? Giuseppe es joven todavía.

—Sí, pero arregló con su empresa un retiro anticipado. Después de tantos viajes, idas y venidas, tenía ganas de establecerse en un sitio de una vez por todas.

—¿Nunca pensasteis en regresar a Verona?

—Mi familia paterna vive allí todavía, pero mi padre se enamoró de este lugar en cuanto puso un pie aquí.

—Ya veo por qué —asegura echando un vistazo a la imponente puesta de sol.

—Supongo que cuando encuentras tu lugar en el mundo, echas raíces por fin.

De repente se hace un silencio que solo es interrumpido por el camarero que nos trae la comanda. En cuanto los labios de Taissa se posan sobre la copa y toman contacto con la bebida fresquita, emite un gemidito de placer que me estremece hasta la médula.

Verla distendida, aquí disfrutando de este atardecer en mi compañía, es más de lo que puedo pedir. Como en los viejos tiempos. Solo nosotros. Taissa y Cesco, deleitándose con las cosas simples de la vida. Resulta increíble lo que hemos cambiado y, sin embargo, muy en el fondo seguimos siendo los mismos. Ella, la chica segura de sí misma y alocada que se llevaba el mundo por delante. Yo, el chico reservado que necesitaba de un empujón para abrirse a los demás.

Le acerco el plato con la *focaccia* y ella se roba un trocito, encantada.

—Mmm... ¡Deliciosa!

—Tu familia, ¿qué tal está?

—Mis hermanas bien. Con Eileen tengo mejor relación que con Candice... Dejémoslo ahí.

—Suspira largamente y frunzo el ceño ante su aclaración—. Mis padres de maravilla, ambos siguen trabajando, todavía no se han jubilado.

—¿Vives con ellos?

—Alquilo un apartamento con June, una de mis mejores amigas —responde recuperando el buen talante.

—¿Tienes más?

—¿Mejores amigas? No, pero sí mejor amigo. Chad.

Mi semblante se ensombrece de pronto y siento cómo cada una de mis extremidades comienzan a agarrotarse. Taissa analiza mi reacción y se apresura a seguir con el relato.

—Nos conocimos trabajando en la agencia, hacemos muy buen equipo. Con el tiempo descubrimos que tenemos mucho más en común de lo que creíamos y nos hicimos inseparables.

—Entonces... ¿No sois pareja?

He intentado sonar apático, pero creo que el tiro me ha salido por la culata y que ella lo ha captado al vuelo.

—¿Tanto te interesa saberlo?

—No —me atajo con un movimiento de manos—. Es simple curiosidad.

Enseguida le doy un trago a mi bebida tratando de aparentar una calma que no poseo. ¿A quién pretendo engañar? Me muero por saber si están juntos.

—Solo somos amigos.

—¿Con derechos?

—Anoche dormí en su cama. —A punto estoy de escupir la bebida, esparciendo su contenido de manera aparatosa. Me atraganto y carraspeo para reponerme. Ella reprime una carcajada—. Si tener derecho a abrazarle para no sentirme sola es llamarlo así...

Pese a su tono bromista, experimento una punzada llena de remordimientos que arde en el centro de mi pecho. ¿Por qué? Pues porque recuerdo que cuando no podía dormir, Taissa solía encaramarse a mi cuerpo en busca de calor para calmar su ansiedad. Eso ocurría durante las noches en las que reposábamos uno muy cerca del otro, siendo tan solo unos niños. Cada uno de nosotros tenía un cuarto con dos camas por si invitábamos a alguien a quedarse. Mis hermanos traían amigos, chicos. Pero yo siempre la invitaba a ella.

—Es bueno tener a alguien en quien confiar —puntualizo, evitando su triste mirada y

posando mis ojos sobre los últimos rayos tenues de sol que bañan las aguas del Tesino.

—La confianza es un valor que se cotiza mucho en estos días. No es algo que se gane de un día para el otro.

—Coincido contigo.

Otro silencio que parece distanciarnos se instala entre nosotros. Un nudo en la garganta que no me deja respirar. Taissa se acomoda en su silla y mira su reloj pulsera. Da la impresión de que quisiera decir algo más, pero prefiere quedarse callada.

—Creo que es hora de regresar. Mañana madrugo y tenemos mucho trabajo que hacer.

Asiento cabizbajo y hago señas al camarero para que nos traiga la cuenta. Cuando Taissa hace amago de sacar la cartera de su pequeño bolso, niego con la cabeza.

—La próxima invitas tú.

—¿Habrá una próxima?

—Si te apetece...

No responde, pero tampoco expresa una negativa, por lo que expulso lentamente el aire que retenía a duras penas antes de ponernos de pie.

«*Piano, piano, Francesco*»¹⁴, me digo a mí mismo, dejando unos cuantos euros sobre la mesa y acompañándola a la salida.

Tardamos menos en regresar a Milán, ya que el tráfico es más fluido. Son cerca de las nueve y media, y al ser lunes, la gente ya se ha guardado en casa para acostarse temprano.

Una vez que aparcamos, ella se baja sola. Se quita rápidamente el casco y me lo entrega con delicadeza.

—Gracias por la invitación.

—No es nada, Tais. Gracias a ti por venir.

—Al final hemos hablado de todo, menos de la campaña.

—Habrá más oportunidades, no te preocupes.

¿Cómo decirle que esta invitación era una simple excusa para acercarme más a ella? A esta altura del partido la campaña deja de ser prioritaria para mí. No malinterpretéis mis palabras, no es que me importe poco que todo salga bien, hay mucho dinero en juego y no solo mío. Somos una sociedad y Lorenzo espera sacar un buen margen de ganancia gracias a las nuevas aperturas. No obstante... parece que lo único a lo que le presto atención estos últimos días es a la chica que ahora mismo me observa esperando algo de mí.

¿Una disculpa tal vez? Puede... solo que yo también la necesito para seguir adelante.

—Buenas noches —me dice y se da la media vuelta hacia el portal.

No voy a negar que el ambiente que se respira entre los dos sigue siendo algo tenso. Sería un tonto si afirmara lo contrario. Por ese mismo motivo, creo que un simple contacto físico podría echar por tierra esa rigidez que no hemos conseguido hacer desaparecer.

Estiro rápidamente el brazo y la agarro con suavidad por la muñeca. Cuando se da la vuelta y sus ojos tristes me atraviesan, instintivamente la retiro.

—Lo siento.

—¿Por sujetarme la muñeca o por haber estropeado años de amistad?

Aquello me deja tieso, sin habla. Sí, señores. La Taissa directa y sagaz ha regresado.

—¿Pensaste que por invitarme una copa y hablar conmigo un rato a solas cambiaría algo entre nosotros? —La miro con intensidad y ella traga saliva—. Lamento decirte que para recuperar algo de lo que un día tuvimos, habrá que remar un poquito más, Cesco.

«Pero es que yo no quiero recuperar tu amistad, Taissa. Te quiero a ti, en todo sentido». No se lo digo, pero esa idea se enquistaba en mis entrañas, abarcándolo todo a su paso. Sin embargo,

como soy un cobarde y, muy a mi pesar, un maldito resentido, la dejo marchar.

—*Buona notte.*¹⁵

No espero respuesta. Me pongo el casco, arranco la moto, hecho un energúmeno, y salgo disparado sin volver la vista atrás. Aunque la sensación de sus ojos clavados en mi nuca me persigue casi hasta llegar a mi apartamento.

¿Estoy enfadado? Por supuesto que sí, un poco con ella, pero mucho más conmigo mismo.

Al llegar a mi piso, enciendo las luces. El amplio salón le da la bienvenida a mi propia soledad. A veces desearía llegar y que alguien me recibiese con una sonrisa y se alegrara de verme. Tanto lujo y comodidades... ¿Para qué? ¿Para después sentarme solo y amargado en este enorme sofá de cinco plazas?

Me quito la chaqueta y dejo las llaves de mala gana encima de la mesa del comedor, justo al lado del jarrón del centro. Apoyo las manos dejando caer mi cuerpo sobre el peso de mis brazos y la cabeza entre ellos.

—*Cazzo* —suspiro, abatido.

Mi siguiente movimiento es dirigirme al sofá y desplomarme entre los múltiples cojines que lo conforman. Mi madre me ayudó a decorar este piso, y debo admitir que ha sido muy hábil escogiendo los colores. Grises, verde oliva, tonos beige... una gama cromática que me ayuda a serenarme cuando necesito poner la mente en blanco.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, pasando revista a mi encuentro con Taissa y a todo aquello que he podido captar entre líneas. Sé que todavía me quiere, si no le importase en absoluto, no se la vería tan afectada con mis comentarios.

¿Podremos algún día dejar aparcada esa animadversión que nos separa?

Quiero creer que sí...

Ojalá...

Porque la necesito más que al aire que respiro.

Capítulo 11

Taissa

—¿Por qué no se lo has preguntado? ¡Era tu oportunidad!

El cuestionamiento de Chad me llega desde el otro lado de la mesa. Estamos sentados en el comedor de nuestro apartamento, ya hemos cenado y acabo de relatarle lo que ha ocurrido hoy con Francesco.

—Estuve a punto de hacerlo, solo que...

—Te echaste para atrás.

—Tengo miedo —admito y bajo la vista hacia mis manos que envuelven una taza de café caliente.

—¿De qué?

—De que no me guste escuchar lo que tenga que decirme.

—No te entiendo, Tais.

—Le he dado muchas vueltas a lo nuestro, tantas que he pensado en todas las posibilidades y solo he sido capaz de encontrar una explicación.

—¿Cuál?

—Que alguien le haya hablado de lo que pasó aquella noche.

—¿Emborracharse es motivo suficiente para que tu mejor amigo deje de hablarte?

—Si fuese solo eso...

—Vale, te enrollaste con un chico, ¿y qué? ¿Acaso él no estaba saliendo con una chica?

—Sí.

—¿Entonces?

—El chico con el que me acosté solía jugar al fútbol con él.

—¿Y?

—Puede que se haya sentido traicionado.

Es curioso. Me he pasado años tratando de llegar a una conclusión certera, sin embargo, esta tarde, después de compartir tiempo con Cesco y de conversar amigablemente, tuve una especie de revelación. Fue un *flashback* de aquella noche nefasta, que vino a mi mente como un fogonazo de repentina lucidez.

Cuando Francesco me preguntó por Chad y noté ese atisbo de celos trepando por sus facciones, empecé poco a poco a atar cabos. ¿Y si para aquel entonces él se sentía atraído por mí? ¿Sería que él tampoco me consideraba solo una amiga? ¿Y si alguien le había ido con el cuento? Teníamos muchos amigos en común. Los del instituto, vecinos, incluso sus compañeros

del equipo de *soccer*.

De ahí mi cambio repentino de actitud con él desde que habíamos llegado al embarcadero hasta el momento en que tocó despedirnos. Cuando me pidió perdón, sentí alivio, pero a la vez una especie de inquietud que me impidió ser amable con él.

Si el motivo fue ese... ¿Por qué nunca me lo dijo? ¿Tan poca confianza tenía en mí?

Sacudo la cabeza, aclarando las ideas y le sonrío a mi amigo, que me observa preocupado.

—Será mejor que me olvide de Francesco y que ponga la atención en la campaña. Es lo que importa ahora.

—Si tú lo dices...

Chasqueo la lengua y me levanto de mala gana, llevando conmigo ambas tazas al fregadero. Las enjuago, las pongo a secar, y cuando me giro, me encuentro con la mirada inquisitiva de Chad.

—Habla por esa boquita o te ahogará en remordimientos.

Resoplo y me cruzo de brazos, apoyando el culo sobre la encimera. Mis dedos tamborilean en mi brazo y mis neuronas efectúan sinapsis a la velocidad de la luz.

—Suponiendo que esté en lo cierto, ¿qué pasaría si se lo pregunto?

—¿Que te diría la verdad y saldrías de dudas de una vez por todas?

—O tal vez nos perjudique. Si se enfada conmigo y no llegamos a un entendimiento, corro el riesgo de fastidiarlo todo. Te recuerdo que en sus manos está el poder de decidir por una de las dos propuestas.

—Si se dejara guiar por los sentimientos, entonces no actuaría de manera muy profesional... ¿No crees?

—Puede que sí..., puede que no. Todo es posible.

Chad analiza la situación y decide por mí.

—Tienes razón, quizá es mejor esperar a presentar el proyecto para plantarle cara y exigir explicaciones.

—Y tendría un pie en el avión, lo cual me evitaría muchos dolores de cabeza.

—Exacto.

—Eres muy sabio, amigo mío.

—Por eso mismo soy tu mejor consejero —se mofa y corro a sentarme en su regazo. Acto seguido, envuelvo su cuello con mis brazos y beso su mejilla con ternura.

—Gracias.

—De nada, señorita. ¿Nos vamos a la cama?

—¿Es una propuesta indecente?

—¡No! Acuéstate en la tuya o acabaré otra vez con dolor de espaldas —determina moviendo las manos con energía.

Y es verdad. El pobre ha tenido que tomarse un ibuprofeno apenas levantarse porque, según él, me he pasado la noche dándole patadas voladoras y arrinconándolo contra un lado de la cama. ¿Con qué habré soñado? Tal vez que desquitaba mi furia con Francesco.

Menos mal que después hemos llegado a ese enorme concesionario y a Chad se le han olvidado todos sus males. Apenas contemplamos juntos esa gigantesca fachada de color negro con el logo de la compañía, una enorme emoción nos embargó. El mostrador de la recepción, decorado en tonos naranjas, y ese toque entre elegante e informal que tanto me gusta, me hizo sentir como si estuviera en un parque de atracciones.

¡Nos la hemos pasado como dos niños con juguete nuevo mientras Leandro nos enseñaba las motos! Había por lo menos unas cincuenta expuestas y cada modelo que íbamos

descubriendo era más espectacular que el anterior. Hicimos bien en ir, porque no hay mejor manera de vender un producto que conociéndolo a fondo.

Además de motocicletas, también tenían ropa, accesorios y un sinfín de *merchandising* de la icónica marca.

Ni qué decir que casi me caigo de espaldas al ver a Francesco hablando con el dependiente. Su traje negro a conjunto con la camisa blanca y esa corbata en color gris, casi me hacen salivar.

¿Quién tiene derecho a ir tan guapo por la vida? Con ese aire de perdonavidas y ese rostro tan perfecto...

Dios...

—¿Por qué te quedas agilipollada? —la voz de Chad me trae otra vez a la realidad.

—¿Perdona?

—¿Estás pensando otra vez en él?

—¡No! —exclamo y me levanto de inmediato.

—Ya... Seguro que no.

—Me voy a la cama. ¡Hasta mañana, Chad! —canturreo mientras huyo a la habitación y oigo sus risas de fondo.

«Petardo...»

Primero paso por el baño, y tras quitarme el maquillaje, el vestido y los botines, me contemplo en el espejo en ropa interior. Me cruzo de brazos, hago un par de muecas y reprendo a esa rubia testaruda por ser tan blanda.

—¡Compórtate, Taissa! Mantente en tus trece o todo se descontrolará —le digo señalándola con el índice y una férrea determinación.

Cuando finalmente me desnudo, abro el grifo hasta que el agua sale calentita y me meto en la ducha dejando que el vapor lo inunde todo. Paso un buen rato enjabonándome, lavándome el pelo y relajando los músculos.

Estoy exhausta.

Al terminar, me lavo los dientes, me seco el pelo y salgo envuelta en una toalla rumbo a mi habitación. Antes de buscar el pijama en los cajones de la cómoda, descorro apenas la cortina para admirar la ciudad al completo.

Menudas vistas.

Nunca pensé que Milán me gustaría tanto, y sé que todavía me queda mucho por recorrer. Lo que agradezco de este trabajo, es haberme dado la oportunidad de conocer sitios tan espectaculares y atrayentes.

Paseo la vista por las calles adoquinadas; el Duomo se ve iluminado y parece formar parte de la escena de una película romántica. La gente camina, los turistas hacen fotos con sus cámaras. Los lugareños salen de la *pizzería* que está frente al edificio, cargando con las cajas de cartón grasiento y una bolsa con lo que parece ser la bebida para acompañarlas.

«¿Qué estarás haciendo en este instante, Francesco Moretti? ¿Con quién compartirás la cama?», me pregunto antes de suspirar profundamente y dejar caer la toalla, que acaba arremolinada a mis pies.

Dado que los socios nos han ofrecido las instalaciones de la empresa para trabajar cómodamente, hemos optado por aceptar. Aunque inicialmente dudé sobre ir a la Piazza Gae Aulenti, Chad señaló esta mañana que sería beneficioso contar con un tablero y los materiales

para elaborar los primeros esbozos del *storyboard*.

Como sabe que no puedo negarle nada, he accedido a su petición.

—*Buongiorno, Nicoletta!* —saludo a la recepcionista y ella me corresponde con simpatía.

—¡Buenos días! ¿Qué os trae por aquí? ¿Buscáis al señor Moretti?

—En realidad hemos venido a abusar de su hospitalidad y a usar las oficinas para trabajar.

Ella se ríe y sale de inmediato del mostrador.

—¡Claro! Sin problemas, pasad por aquí y os indico dónde podréis instalaros. Hay una sala con ordenadores y una mesa grande que podréis aprovechar.

—Excelente —acota Chad.

Caminamos por el extenso corredor que ya conocemos muy bien, nos cruzamos con un par de empleados que nos saludan al pasar y, antes de llegar a destino, nos topamos con la prepotente Gia.

—*Buongiorno!* ¿Vosotros por aquí?

—Lo mismo me pregunto yo —contraataco sin piedad.

Chad permanece callado, repasando de arriba abajo a la atractiva italiana. Hoy lleva un vestido rojo que resalta sus curvas y con un escote que permite apreciar el canalillo de sus generosos pechos. Le doy un codazo a mi compañero y este carraspea. Ella le dedica una sonrisa de lo más sugerente.

—He venido a aclarar algunas dudas con Lorenzo. Estamos en medio del desarrollo del proyecto y me urgía hablar con él.

—¿Vais por la mitad? —pregunto, arqueando ambas cejas cerca de la línea del cabello.

—Hemos avanzado bastante. Ya teníamos una visión que hemos perfeccionado y creemos que vamos por buen camino.

—Interesante...

—¿Y vosotros? —indaga con genuino interés.

—Bueno... estamos investigando el mercado y el producto a fondo. Aunque Chad quiere empezar a trazar los primeros bocetos. Me parece un poco pronto, pero...

—Pero trabajo mejor así. —Mi amigo despliega todo su plumaje, cual pavo real en plena época de apareamiento. Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos—. Ya sabes... Un creativo no abandona su tarea ni siquiera durmiendo, y plasmar ideas en el papel se transforma casi en una necesidad.

Gia se muerde el labio y mi ceño se frunce en el acto. ¿Qué coño es esto? Miro a uno y al otro como si presenciara el comienzo de un tórrido romance, y me engancho automáticamente al brazo de mi compañero.

—Vámonos ya o llegaremos tarde.

—De acuerdo —responde él—. Adiós, Gia.

—*Chao, bello.*

En cuanto se aleja a paso decidido, freno a Chad y me planto frente a él.

—¿Adiós, guapo? ¿De verdad? ¿A qué ha venido ese flirteo?

Chad chasquea la lengua y deja escapar una risa antes de seguir andando. Nicoletta ya nos espera en la puerta de la oficina, mirándonos con perspicacia tras la escenita protagonizada por mi fiel amigo.

—Es aquí. Cualquier cosa que necesitéis, marcáis el 1 en el teclado del teléfono del escritorio y os atiendo en la recepción.

—Mil gracias por todo —le digo y ella nos guiña el ojo a los dos antes de desaparecer.

—¡Podría acostumbrarme a trabajar con estas vistas todos los días! —afirma Chad,

acomodándose en una de las sillas y contemplando el iMac frente a él. Y no solo eso, en el lado opuesto hay una mesa de dibujo con herramientas de diseño, además de una amplia variedad de bocetos de distintos modelos de motocicletas en blanco y negro adornando la pared.

—¿No se supone que este trabajo lo hacen en la central de Harley-Davidson?

—Mira, Tais... Están firmados por un tal Vincenzo Spaggiari.

—¿Será el padre de Lorenzo?

—Probablemente, porque los diseños datan de hace unos cuantos años.

—Exacto. —La voz del aludido nos sorprende a ambos. Su cuerpo se apoya sobre el quicio de la puerta y mantiene las piernas y los brazos cruzados en una pose totalmente relajada—. Permiso, ¿se puede?

—¡Hola, Lorenzo!

—Me alegra que hayáis aceptado la propuesta de trabajar aquí.

—Gracias a ti por la oferta —aclaro, mientras él se acerca hacia nosotros.

—¿Tu padre trabajaba para Harley? —quiere saber Chad.

—Así es, colaboró en el diseño de varios de los modelos que hoy se comercializan en todo el mundo.

—Qué pasada... —balucea repasando el borde de los dibujos enmarcados—. Pues son espectaculares.

—Conocía tan bien el producto y tan convencido estaba de sus bondades, que decidió abrir la primera sucursal en Italia.

—Una sabia decisión —acoto y él asiente.

—El problema fue que enfermó años después y no pudo continuar su legado. Cuando murió decidió dejármelo todo a mí.

—Lo siento mucho —expreso con pesar.

—Gracias, Taissa. En realidad, la oportunidad de liderar la empresa fue lo que me llevó a buscar una persona competente para el cargo, y así fue como conocí a Francesco. Estudiábamos en la misma universidad y él era brillante. Todavía no había acabado la carrera en Administración de Empresas, pero ya desde entonces mostraba muchas habilidades para los negocios.

—Y lo fichaste...

—Le presenté una propuesta que no pudo declinar y aceptó el puesto.

—Y tú, ¿qué estudiaste? —indago movida por la curiosidad.

—No soy muy aficionado a los números; yo me incliné por las Ciencias de la Comunicación.

—¿Periodismo? —interviene Chad.

—Sí, pero nunca acabé la carrera. La dejé cuando me quedaban muy pocas materias para terminar. Una pena, pero la empresa absorbió todo mi tiempo y le prometí a mi madre que no dejaría que el sueño de mi padre se fuera por el desagüe.

—A veces las responsabilidades nos condicionan —comento con tristeza. Entiendo los deseos del padre de Lorenzo, pero tampoco me parece justo que su hijo haya tenido que renunciar a la carrera que le gustaba por dedicarse cien por cien a su empresa.

—En fin... Os dejo tranquilos —dice, y con un gesto de manos, se despide—. Ya sabéis, estamos a pocos metros de distancia. Si necesitáis lo que sea, solo chiflad.

Ambos reímos y él se aleja con andares elegantes. Menudos ejemplares se gastan en M&S. ¿Todos compran los pantalones en la misma tienda? ¿Exigirán que les marque bien el culo?

—Y... Taissa... —se gira en el último momento.

—¿Sí?

—Tenle un poco de paciencia a Cesco, ya sabes lo estricto que es...

—Claro —respondo forzando una sonrisa.

Lorenzo desaparece por la puerta y me quedo prendada del gesto de Chad. Se ríe en mis propias narices, ¡el muy cretino!

—Muy bien —digo dando palmas en el aire—. ¡A trabajar!

Afortunadamente, el espacio en el que nos encontramos no tiene paredes acristaladas, lo cual nos da intimidad y nos mantiene alejados de miradas indiscretas. Anótese: Gia y sus secuaces. Que, dicho sea de paso, no conozco. Hasta ahora ella ha sido la cara visible de la Agenzia Digitale Milano.

Chad y yo nos ponemos en marcha. Él se posiciona frente al tablero y comienza con los primeros bocetos de una idea que gradualmente empieza a cobrar vida. Sin embargo, aún no tenemos una visión clara de cómo vamos a comunicar los conceptos que hemos establecido desde el inicio.

No puedo decir que me encuentro en un estancamiento creativo. ¡Dios me libre de caer en el síndrome del impostor! Pero toda esta situación que se ha generado alrededor de Francesco me ha tenido un poco descentrada y necesito tomar las riendas del proyecto como la excelente profesional que sé que soy.

Cerca de las once, tengo un hambre que me comería una pantera... si es rosa, mejor. Chad prefiere quedarse en la oficina, ya que está tan entusiasmado, que no puede dejar de dibujar. Me dirijo a paso rápido a la cafetería. No me sorprende sentirme intimidada por el lujo que emana de cada rincón de este impresionante edificio. ¿Cuántos millones de euros habrán destinado a su decoración? Todo es moderno, elaborado con materiales de primera calidad y se mantiene impecable. En ese momento, me cruzo con una de las mujeres que empuja un carrito repleto de artículos de limpieza.

—Disculpa...

Al notar que no comprende el inglés, rápidamente busco el traductor en mi teléfono móvil y, con una voz robótica pero clara y concisa, hago que exprese lo que quiero preguntar.

—*Puoi dirmi per favore dove si trova la caffetteria?*¹⁶

—*Certo! La trovi proprio girando alla fine del corridoio a destra.*¹⁷

Mi cara de desconcierto lo dice todo.

«*Destra* creo que significa *derecha*», repaso brevemente haciéndole una seña con la mano y ella asiente con una sonrisa.

—*Grazie mille!*

Eso sí que me lo sé. Ella me corresponde levantando los pulgares y me siento orgullosa de haberme comunicado en italiano.

¡Soy un hacha!

Sin embargo, mi alegría se desvanece rápidamente al llegar al bar y encontrarme con... él. Al verme entrar en la pequeña sala, Francesco se levanta.

—Hola —saluda con educación y dulzura.

—Hola, ¿qué tal?

Procuro aparentar normalidad, aunque por dentro estoy hecha una gelatina. ¿Por qué? No lo sé. Pero desde mi despedida triunfal de ayer y la charla posterior con Chad, me encuentro bastante alterada.

Un chico que ocupaba una de las mesitas que rodean la máquina de café se pone de pie y se despide amablemente.

Nos quedamos solos.

Mala idea.

Quiero huir.

—¿Te apetece un café?

—Por favor —acepto poco convencida, pero ya que estoy en el baile, me tocará bailar.

Cesco se dirige a la máquina y se gira con dos cápsulas en la mano.

—¿*Ristretto* o *Volluto*?

—El negro... Gracias —digo señalando la primera.

Tomo asiento en la banqueta, que está libre cerca de la pequeña barra y él se ocupa de prepararme la infusión. Desde esta perspectiva tengo una vista más que interesante de su retaguardia.

Menudo cuerpo.

El traje que lleva hoy es en azul antracita, tiene un corte bastante moderno y le sienta como un guante. Su espalda es ancha, su cintura estrecha, sus brazos fuertes, y ese par de gemelos que decoran el puño de su camisa están a punto de hacerme perder la razón...

—¿Tais?

—¿Mmm? —farfullo con el mentón apoyado en una mano y aires distraídos. Francesco esboza una mueca divertida.

—Te preguntaba si lo quieres con azúcar.

—¡Oh...! Sí, por favor. Amargo es demasiado fuerte.

Mis mejillas se colorean al instante, dejándome en evidencia. ¿Se habrá dado cuenta de que estaba mirándole el culo descaradamente? La respuesta es sí, porque él se gira otra vez y puedo atisbar su sonrisa socarrona, aunque no le vea la cara.

¡Cabrón!

Una vez que acaba de servirnos a los dos, se sienta en la banqueta que está a mi lado. Inconscientemente, me muevo un poco hacia el lado contrario para que no pueda siquiera rozarme con la pierna.

En ese nivel estamos.

—Me dijo Lorenzo que habías venido a trabajar aquí. Espero que estéis a gusto.

—Muy a gusto, las oficinas son muy cómodas.

—Me alegro.

Revuelve su taza con parsimonia sin dejar de mirarla. Algo en mi estómago se retuerce. ¿Será la culpa? Creo que fui demasiado borde con él. Después de todo, intentó acercarse a mí con profesionalidad y tacto y yo lo mandé a freír churros.

Suspiro y dejo escapar el aire con lentitud antes de hablar.

—Francesco...

—¿Sí?

—Perdóname por lo de ayer.

La comisura de sus labios se eleva solo un poco, pero sus ojos expresan... ¿Cansancio? Tal vez. «Lo has vuelto loco, Taissa», me reprendo a mí misma y él parece darse cuenta de mi arrepentimiento.

—Tranquila, no te preocupes.

—Creo que empezamos con mal pie.

—De eso no hay duda.

—¿Amigos? —le digo tendiéndole la mano en son de paz. Él la contempla con detenimiento unos segundos, hasta que finalmente la estrecha con la suya.

Un calambre de electricidad me recorre el cuerpo entero al sentir la calidez que desprende toda su piel. Mis ojos se clavan en los suyos y nos mantenemos la mirada por unos segundos que parecen horas.

Él traga saliva y yo retiro la mano con premura.

—Bébetelo el café, se te va a enfriar.

—Sí, sí... —Mi voz es ronca y apenas audible.

De pronto se levanta, tira el pequeño vaso de cartón a la basura, y antes de salir por la puerta, se despide:

—Que tengas buen día, Tais.

—Igualmente, Cesco.

Capítulo 12



—¿Amigos? —ha preguntado Taissa y casi se me licua el cerebro. No creo estar preparado para volver a ese punto.

Después, se ha quedado mirándome como si encontrarnos a solas fuese lo más increíble que le ha pasado en la vida. He sentido un rayo potente y veloz recorriéndome las venas en cuanto me ha tocado.

Joder... si hasta me he dado cuenta de cómo exploraba mi cuerpo con la mirada, la que he sentido clavada en la nuca minutos antes. La sensación de que me acariciaba con los dedos ha sido tan real...

Me encierro en los servicios tratando de tranquilizarme. El corazón me va a mil por hora y hasta presiento que, si no consigo calmarme, me va a explotar. Cojo el móvil y llamo urgente a mi hermano Maurizio.

—*Pronto?*

—Soy yo.

—Ya lo sé, te recuerdo que aparece tu careto en la pantalla cada vez que me llamas. —Una risa amarga escapa de mi boca y él cambia inmediatamente el tono—. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. ¿Podemos vernos hoy?

—Tengo para una hora más en la Uni. ¿Quedamos a comer donde siempre?

—De acuerdo.

—Te veo allí.

Cuelgo antes de estropearlo todo. No quiero interrumpir sus obligaciones, y menos traerle problemas. Demasiado con todo lo que tiene que estudiar y la carga horaria en la academia.

Regreso a mi despacho, no sin antes pasar cerca de la oficina donde Taissa y Chad se encuentran trabajando. El espacio que les hemos cedido es uno de los pocos que no tienen paredes acristaladas, así que me es imposible saber lo que hacen allí dentro. Ni siquiera sé para qué he venido hasta aquí. Ya se me ocurrirá alguna excusa.

A punto estoy de coger el picaporte, cuando me doy cuenta de que la puerta está entornada y de la conversación que ahora mismo mantienen.

—No lo sé Chad, de repente era como si el aire se hubiese evaporado. Me costaba respirar —asegura Taissa.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos sin dejar de prestar atención.

—Pero le has propuesto limar asperezas y él ha aceptado el trato... ¿No dices que te dio la

mano? —inquiére su compañero.

—Sí, pero no parecía muy convencido.

—Quizá no quiere ser solo tu amigo.

—¿Y qué pretende? ¿Qué otra cosa podemos ser? Te recuerdo que me odia y que me voy en menos de un mes. ¿Acaso le ves futuro a nuestra «no» relación?

Me giro sobre mí mismo y apoyo la espalda contra la pared. Tiene razón. Al menos ella es la más sensata de los dos. No sé en qué estaba pensando cuando he creído que sería posible avanzar, pese a todo lo que hemos retrocedido.

Me paso la mano por el pelo, y aprovechando que nadie me ha visto merodeando por aquí, regreso a mi despacho con el corazón encogido y una sensación de malestar que no me deja pensar con claridad.

Un poco después, cojo mi moto y me dirijo al restaurante donde he quedado con mi hermano. Está ubicado en Pavía, cerca de la universidad donde él estudia. Al verlo esperándome en una mesa y ocupado con su teléfono, respiro aliviado.

—*Ciao, Mauri.*

—¡Eh! ¿Qué hay, Cesco? —Aparto la silla y me siento frente a él con el semblante apagado y muchas ganas de desahogarme—. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Todo y nada.

—Explicate —me insta mientras se acomoda, dejando el móvil aparcado a un lado.

—Es Taissa. Hemos... hecho las paces.

—¿Y eso es malo? —pregunta arqueando una ceja.

—Depende de cómo se mire.

—¿Y cómo lo miras tú?

—Me ha propuesto que seamos amigos —confieso, resignado.

—¿No es lo que quieres?

—No exactamente.

Maurizio clava sus ojos verdes en los míos y me dedica una sonrisa ladeada de las suyas.

—A ver...

—Ya sé lo que vas a decirme. Que soy un iluso y que no debería ni siquiera planteármelo —lo atajo con las manos en alto.

—No iba a decir eso.

—Ah... ¿No?

—Ha venido por trabajo y solo estará aquí un mes, eso es cierto. Pero ambos sois adultos y tampoco os tenéis que comprometer a una relación a largo plazo si no os apetece. Si solo buscáis pasarlo bien estos días y recuperar el tiempo perdido... No veo por qué negarse a disfrutar.

Mi hermano siempre ha visto la vida y las relaciones con una lupa muy diferente a la mía. No es que se tome las cosas a la ligera, pero tiene bien claro dónde están los límites cuando entran en juego los sentimientos. Yo no puedo decir lo mismo, cuando salgo con alguien, lo hago con todas las consecuencias. No soy amigo de los rollos de una noche y no va a ser esta la primera vez.

—El tema es que no creo que ella esté dispuesta a divertirse conmigo —acoto apoyando los codos en la mesa.

—Eso es porque eres un estirado.

—¡Eh! —le atuso con la servilleta de tela y él se parte de la risa.

—¿Por qué no la invitas a tomar algo?

—Ya lo hice y me dio calabazas.

—¿La invitaste en plan «cita» o para hablar de trabajo?

—Para hablar de trabajo.

Maldito sabelotodo... me conoce mejor que nadie.

—Vale, estás encarando mal la situación. ¿Por qué no os venís juntos a la academia? Le dije a Taissa que le haría un hueco para unas clases y le entusiasmó la idea.

—¿Estás loco? ¿Y para qué querría yo ir a escuchar tus lecciones si no me interesa lanzarme de un avión en pleno vuelo?

Dios mío... De solo pensarlo, me entran náuseas.

—Puedes acompañarla y no dar el salto. Solo mirar. Tú decides. No estás obligado a nada.

En ese instante el camarero se acerca a tomarnos el pedido y la breve pausa me permite reflexionar sobre lo que mi hermano acaba de sugerirme.

—Lo pensaré.

Su sonrisa triunfal me hace soltar un improperio.

—Volviendo a lo de antes... Entiendo que la has perdonado.

—No lo sé, Mauri. Es todo muy confuso. Supongo que me he dado cuenta de que quizá exageré y que ese dolor que se me había incrustado como una estaca, ha ido desapareciendo desde que volví a verla.

—Cesco... ¿Te has parado a pensar alguna vez que tal vez ella no sabía lo que ese imbécil te hacía?

—Puede...

—No. «Puede», no. Estoy seguro de que no se habría enrollado con ese tío si hubiese sido consciente de lo que ocurrió entre vosotros.

—Fue muy fuerte ver ese vídeo.

—Lo sé, pero si me permites el beneficio de la duda... Creo que alguien quiso joderte a posta.

—¿Intuyes que el mismo Ronan me lo hizo llegar?

—¿Por qué no? Era un capullo de tres pares de narices. Si te hizo *bullying* durante tanto tiempo, sería capaz de pedirle a alguno de sus amigos que grabase ese puñetero vídeo y te lo enviara en forma anónima.

—¿Podría ser tan retorcido?

—¿Tú qué crees?

Permanezco callado durante unos minutos y mi cabeza empieza a hilar acontecimientos. El día que esa maldita grabación llegó a mi correo electrónico a través de una dirección de email desconocida, mi mundo se hizo pedazos.

Estaba estudiando, eran cerca de las seis de la tarde. Tenía la cama cubierta de libros y apuntes, y me disponía a buscar la explicación de una ecuación bastante compleja en YouTube, cuando me di cuenta de que tenía varios correos sin revisar. ¿Y si Taissa me había escrito y no le había respondido? Llevábamos unos días raros y sin hablar. Nosotros no éramos así.

Uno de los mensajes llamó mi atención porque no tenía asunto, pero sí un archivo adjunto. Se trataba de un vídeo en formato MP4. Al principio dudé en abrirlo; ya nos habían advertido en el instituto que tuviésemos cuidado con los virus que podían venir desde direcciones falsas, pero me pudo más la curiosidad.

Maldita la hora en que lo hice. Muchas veces me pregunto qué hubiera pasado si lo hubiese borrado sin más.

Lo primero que observé, fue un grupo de chicos en una fiesta. Era evidente que había transcurrido bastante tiempo desde su inicio, dado que el caos reinaba en cada rincón. Pronto

reconocí que era la casa de uno de los chicos que asistía al instituto con nosotros; ya había visitado ese lugar en otras ocasiones.

También me percaté de que algunos iban bastante pasados de alcohol, mientras que otros saltaban y bailaban al compás de la música estridente. Unas chicas sueltas de ropa se contoneaban subidas a la pequeña mesa del salón con vasos desechables en la mano, y algunas parejas se manoseaban en los sitios más insospechados.

Distinguí el rostro de Merce al pasar cerca de la cámara, pero no parecía darse cuenta de que la estaban grabando. Inmediatamente después, divisé a algunos de mis excompañeros de *soccer*.

Hasta que la vi.

Reconocí el pelo de Taissa entre la multitud como podría haber encontrado una aguja en un pajar. Era increíble la manera en la que conectábamos siempre, como si su presencia fuese algo necesario para mí, algo que no podía ignorar. Estábamos unidos de un modo inexplicable.

Cuando entendí por sus movimientos sensuales lo que estaba haciendo, mi corazón se paró de golpe. Sí, no exagero. Retuve el aire unos segundos y agarré el ratón con fuerza, convenciéndome a mí mismo de que aquello era real. Parpadeé un par de veces, incrédulo, hasta que la imagen de los dos dándose el lote al pie de la escalera, me llegó como un golpe seco al esternón.

Contuve el aliento otra vez mientras que todo mi cuerpo se hallaba en tensión. Mis brazos descansaban sobre el escritorio, y una de mis manos, la que no reposaba sobre el teclado, tironeaba de los mechones que caían sobre mi frente.

—Pero... ¿Qué coño...?

Ronan le comía la boca de un modo casi obsceno. Entonces, la persona que grababa hizo *zoom* para que se apreciara mejor el movimiento de sus lenguas, mostrando en un primerísimo plano a mi mejor amiga y al peor de mis enemigos, enrollándose de un modo demasiado explícito.

La enorme mano de él envolvía uno de sus glúteos. Como de costumbre, Taissa llevaba una falda corta, que dejaba a la vista todos sus atributos al ponerse de puntillas para tratar de tener mejor acceso a sus labios.

Apreté los puños, con tanta fuerza, que creo que hasta me crujieron las falanges. Los ojos me escocían y la necesidad de estar allí en ese instante para apartar sus sucias manos de mi chica, me acuciaron con violencia.

«¿Mi chica?», recuerdo haber pensado. Ella era mi amiga, en todo caso, y yo no era quién para cuestionar lo que hacía o dejaba de hacer. Pero el hecho de verla así, expuesta, y de percibir que él se aprovechaba de su vulnerabilidad, hizo que me pusiera de pie instintivamente, aunque sin despegar la vista de la escena que seguía desarrollándose frente a mis ojos.

Se separaron para tomar aire unos instantes. Ella lo miró con una expresión que no olvidaré en mi vida. Se notaba que había bebido por sus movimientos torpes, pero no lo suficiente como para no reconocer con quién se enrollaba...

¿Por qué? ¿Es que acaso no se daba cuenta de que el chico que estaba a punto de tirarse era la persona que me había provocado tanto sufrimiento?

Él le sonrió, le habló al oído en una clara invitación a seguirlo, y ella aceptó con un movimiento de cabeza. Acto seguido, le cogió la mano, y la condujo escaleras arriba, donde seguramente continuarían lo que ya habían empezado.

El vídeo se detuvo.

Ni siquiera fui consciente de que había durado unos siete minutos. Mi primera reacción fue borrarlo, pero quise guardarlo como prueba para increparla durante nuestra próxima

videollamada y expresarle todo aquello que me había hecho sentir: decepción, ira, odio, impotencia...

La bilis comenzó a subir por mi garganta y tuve que hacer un esfuerzo por no vomitar en mi cuarto, así que corrí al baño y expulsé de una vez toda la furia que había contenido hasta el momento. Mi cuerpo era una piedra. Me encontraba tan tieso, que podría haberme roto en mil pedazos si alguien me hubiese tocado con un dedo.

Mi hermano Maurizio estaba en su cuarto estudiando. Al sentir los ruidos acudió rápidamente y me encontró abrazado al váter, pálido y con lágrimas en los ojos que a duras penas lograba retener.

—Eh... eh... ¿Qué ocurre? —preguntó angustiado, pasándome la mano por la espalda cuando me sobrevino otra arcada.

—No me encuentro bien —contesté con la voz quebrada.

Se quedó allí a mi lado en silencio, hasta que conseguí volver en mí.

—¿Por qué estás así?

Mauri fue el único al que se lo conté, y sin enseñarle el vídeo, porque lo creí innecesario. Me avergonzaba que fuese testigo de cómo Taissa se dejaba manosear por ese hijo de puta. Casualmente, él sabía la verdad sobre lo que Ronan me hacía durante los entrenamientos. Un día en que fue a buscarme al acabar un partido, vio claramente cómo abusaba de su fuerza física para intimidarme.

Según Ronan yo era un «cuatro ojos». Al parecer le molestaba bastante que usara gafas y que fuese extranjero, por lo que aprovechaba la mínima oportunidad para burlarse de mí o empujarme contra la pared para fastidiarme. Incluso si se quedaba con las ganas de marcar un gol, descargaba su frustración como si yo fuese su maldito saco de boxeo. Una vez llegó a agredirme en los vestuarios frente a todos mis compañeros de equipo.

Mis padres estaban al tanto de la situación y ya habían hablado con el director del instituto, pero como suele suceder en estos casos, solo le pusieron una amonestación y poco más. Todo quedó en la nada.

Taissa nunca lo llegó a saber. ¿Por qué? Qué buena pregunta... Pues supongo que porque no pretendía que saliera una vez más en mi defensa como tantas otras. No quería que me viese siempre como el débil, porque no lo era. Yo quería ser su héroe. Su puto Superman de capa roja y poderes sobrenaturales. Por eso al verla con Ronan, no solo me rompió el corazón, sino también la ilusión de ser el chico que la rescatara de las garras del villano.

Mi hermano escuchó el relato sin interrumpirme, me ayudó a levantarme del suelo y me acompañó hasta la habitación donde permaneció conmigo el resto de la tarde. Lloré como un niño, y Mauri soportó la oleada de improperios que brotaban de mi boca, al mismo tiempo que lamentaba no haber sido honesto conmigo mismo y no haberle expresado a Taissa lo que realmente sentía por ella desde el principio.

Pero, ¿de qué habría servido? Estábamos tan lejos... Lo nuestro jamás podría funcionar, no así. Y teníamos una vida por delante, cada uno en un continente distinto, rodeados de gente que se iba convirtiendo en nuestro nuevo círculo de confianza.

Y conforme pasaban los meses y los años, ella y yo jugábamos en diferentes ligas, nos íbamos distanciando un poquito más del otro... Desgarrábamos el vínculo que en algún momento nos unió con tanta intensidad y que parecía inquebrantable, como si nadie jamás pudiera destruirlo.

Pasadas las tres de la tarde, regreso a trabajar, después de haber charlado largo y tendido con mi hermano. Como siempre que nos reunimos, consiguió que dejara a un lado las preocupaciones y que me centrara nuevamente en mis obligaciones.

Me alegró saber que quedó con Martina para cenar esta noche, ya que al parecer se encontraron de casualidad en la discoteca donde celebramos su cumpleaños y ella le dejó muy claro que estaba interesada en que se vieran. Forman una buena pareja. Ojalá que Mauri encuentre en ella a la chica que le haga sentir mariposas en el estómago.

Al llegar, localizo a nuestra recepcionista al teléfono. Espero pacientemente a que cuelgue, antes de preguntar:

—*Ciao, Nicoletta*. ¿Sabes si la señorita Rosenfield y su compañero continúan en la oficina?

—Se han ido a comer y no han regresado todavía.

—De acuerdo, gracias.

—*Prego*.

Suspiro mientras me dirijo hacia mi despacho, y en el pasillo veo a Lorenzo conversando con Gia. Se encuentran en una zona donde la luz es más tenue, brindándoles cierta intimidad. Murmuran al oído, como si no quisieran que nadie más sea testigo de su conversación, por lo que me acerco lentamente para no interrumpirles. Él le pide que le entregue algo que ella tiene en la mano. Cuando se percatan de mi presencia, automáticamente se separan.

—Eh... Hola, Gia. No te había visto antes por aquí —comento, aunque me imagino que al igual que Taissa y Chad, estará trabajando en el proyecto.

—Hola, Cesco. —Se acerca y me da dos besos—. En realidad, ya me iba. He quedado en mi empresa a las cinco, y como me pille el tráfico, no llego.

—Claro. ¿Qué tal tu padre?

—*Bene*, ya sabes que es imposible mantenerlo quieto. Ahora mismo viajando rumbo a Niza.

—Me alegro de que todo vaya bien. —Me giro hacia mi socio—. Loren, ¿te importa acompañarme al despacho? Necesito discutir algunos detalles de la reunión con los búlgaros.

—*Certo*, ahora mismo voy —responde con las manos en los bolsillos y actitud relajada—. Hablamos más tarde —le dice a su chica, y ambos se despiden con una sonrisa.

Gia desaparece por el pasillo y frunzo el ceño. Quizá ya ha dado con la clave de la campaña y le haya comentado algo a mi socio, lo cual no me preocupa. Son pareja y es normal que tengan sus secretos, aunque tratándose de cuestiones que nos atañen a ambos, espero que él lo comparta conmigo.

Entramos a mi despacho y me acomodo detrás del escritorio, alcanzándole a Lorenzo unos cuantos folios con información relevante sobre la apertura del nuevo local. Él se detiene a estudiarlo mientras que yo me permito desviar la mirada hacia el enorme ventanal. El sol brilla en lo alto y el ritmo habitual de la ciudad no se detiene. Mi mente divaga y se pierde intentando ordenar los acontecimientos de los últimos días, los gestos que Taissa ha tenido conmigo y ese «¿Amigos?», que me ha dejado frío.

—¿Cesco?

—¿Sí?

—Digo que podríamos programar el viaje para el martes. ¿Quieres que le diga a Nicoletta que organice la agenda?

—Que hable con ellos y nos lo confirme lo antes posible.

—Excelente.

Cuando Lorenzo sale por la puerta, me concentro en el móvil y no tardo en escribir un mensaje:

Cesco: *¿Te apetece ir mañana a tomar clases de paracaidismo?*

Aguardo pacientemente y, tras unos minutos, la respuesta llega clara y concisa.

Taissa: *¿Estás de broma? Dime hora y lugar y allí estaré.*

Una enorme sonrisa se dibuja en mi rostro. Dos segundos después, se borra de un plumazo.

Algo me dice que voy a arrepentirme de esta alocada proposición.

Capítulo 13

Taissa

Son las cinco de la tarde y aquí me encuentro, esperando pacientemente a que Francesco pase a buscarme para ir a la academia donde su hermano imparte clases de paracaidismo.

Después de recibir su mensaje con la invitación no tuve que pensármelo demasiado. Ya me atraía la idea, pero si además tengo el placer de ir acompañada... ¿Para qué negarlo? Mucho mejor.

Hoy hemos trabajado desde casa y no acudimos a la oficina, motivo por el cual no he tenido noticias tuyas, pero que también nos ha permitido a Chad y a mí acabar pronto.

Me mantengo pegada a la ventana del saloncito de nuestro piso. Mi amigo ha salido a por algo para merendar, aunque yo tengo el estómago tan cerrado por los nervios, que no podría ni siquiera pasar un vaso de agua. Y no se trata de la idea de lanzarme desde una avioneta, sino de verle a solas otra vez. El solo hecho de pensar en subirme a su fantástica moto y recorrer juntos la ciudad, hace que se me retuerzan las tripas.

De pronto, le veo aparcar y bajarse de su bólido con ese aire a estrella de Hollywood que tanto me pone...

¡Dios...! ¿Será que tantos días sin sexo ya comienzan a afectarme de manera deliberada? ¿Por qué no puedo dejar de mirarle como si fuese una maldita tarta de chocolate con nata que me muero por probar?

Cuando se gira para guardar el casco en el maletero, lo observo con detenimiento. Lleva ropa de deporte, unos pantalones de chándal de corte moderno que se ajustan a su perfecta anatomía como si los hubiesen diseñado para él, una sudadera gris, zapatillas Nike y los pelos indomables al mejor estilo «chico rebelde de musical de Broadway».

No tardo en oír el timbre, por lo que corro inmediatamente al telefonillo.

—¿Sí?

—¿Tais? Soy yo.

Cómo me gusta que me llame «Tais».

—Pasa.

Presiono el botón, y escasos minutos después, ya lo tengo en la puerta del apartamento.

—Hola —lo saludo con una sonrisa y él me imita.

—Estás preciosa.

Vaya... Vamos a saco. Empezamos bien.

—Bueno, hoy he prescindido de las faldas cortas. La ocasión lo amerita.

El gesto que me dedica hace que mi sexo palpita de ansiedad. ¿Por qué tiene que ser tan guapo?

—¿Nos vamos?

—Claro, le dejaré una nota a Chad. Dame un segundo. ¿Quieres pasar?

Me hago a un lado para que entre y él lo hace como si estuviese en su casa. Mira a su alrededor y estudia cada rincón desde su posición mientras cojo papel y lápiz para ponerme a escribir.

—Es más bonito de lo que se veía en las fotos.

Freno en seco automáticamente y levanto la vista para conectar con sus ojos que me miran con atención.

—¿Tú lo elegiste?

—Sí, pensé que quienes vinieran de Chicago estarían más cómodos en un piso. Trabajar desde un hotel suele ser tedioso, lo sé por experiencia. —Una sensación inusual calienta mi pecho, dejándolo blandito como una nube de algodón. Cesco carraspea y continúa moviéndose por el pequeño salón hasta llegar a la ventana, donde descorre la cortina—. Bonitas vistas.

Le pongo el capuchón al bolígrafo y permanezco de pie junto a la mesa del comedor.

—¿Qué? —pregunta cuando advierte mi desconcierto.

—Solo pensaba.

Antes de que pueda decir nada más, se oye el ruido de las llaves abriendo la puerta. Chad aparece ante nosotros y saluda con amabilidad.

—¡Eh! ¿Todavía no os habéis ido?

—Te estaba dejando una nota —le aclaro y él le estrecha la mano a Francesco.

—Ve tranquila. Aprovecharé para descansar y airearme un poco.

—No pongas la peli hasta que yo llegue —le advierto y Cesco nos mira a ambos con curiosidad—. Tenemos pendiente una que me gusta y me apetece verla juntos... —le aclaro y él esboza una leve sonrisa—. ¿Nos vamos?

—Claro. Adiós, Chad.

—Que lo paséis bien.

Una vez que abandonamos el piso, llegamos hasta su moto y él se dispone a sacar uno de los cascos del maletero. Mientras me lo coloca, percibo cierto malestar en su postura.

—¿Te pasa algo?

—Nada, ¿por?

—Te has quedado muy callado.

—Chad y tú estáis muy unidos, ¿verdad?

Aguanto la sonrisa que pugna por escapar de mis labios. Eso responde a todas mis preguntas.

—Sí, ya te he dicho que somos amigos.

—Amigos que duermen juntos.

—Contigo también lo hacía.

—Éramos unos críos, Taissa. Hay una gran diferencia.

—¿Crees que porque compartimos la cama también tenemos sexo?

Sus manos, que se encontraban abrochando la correa, de repente, se quedan inmóviles.

—Bueno...

—Tengo sexo, sí. Pero con chicos que apenas conozco.

Lo sé, eso no ha sonado nada bien. Pero, tristemente, es la realidad. Y no estoy preparada para desnudarle mi alma y confesarle la verdad de mi afirmación. Tampoco siento la necesidad

de mencionarle a Samuel. Creo que aún no hemos alcanzado ese nivel de confianza, y sinceramente, me es indiferente su opinión. Ya no somos unos niños, y él no tiene derecho a juzgarme, después de todo.

Sus ojos marrones permanecen anclados a los míos que se han enturbiado por un motivo muy claro. Me duele darme cuenta de que, salvo una relación seria que he tenido, el resto han sido encuentros de cama vacíos y sin sentimientos de por medio. Entonces, Francesco hace algo que me desconcierta. Con su pulgar, situado justo sobre mi mejilla, efectúa un suave movimiento. Se trata de una caricia tan leve que casi podría pasar desapercibida, pero no a mí. Nunca podría ignorar la forma en la que me toca, el calor de su piel o la ternura que sus gestos desprenden.

Trago saliva y sé que lo nota, porque la correa —que ya está amarrada a mi mentón— se mueve de arriba abajo.

—¿Vamos? —pregunto con un hilo de voz, rompiendo la magia del momento.

Como si regresara de un sitio muy lejano, Cescó se centra y asiente sin decir una sola palabra. Saca su casco, se lo coloca en menos de un minuto, y espera a que me suba a la moto para hacerlo él también.

Nos limitamos a callar; el ruido estruendoso del motor lo llena todo y su pie pisa el acelerador una vez que se asegura de que voy bien amarrada a su espalda. No solo eso, envuelve con su mano derecha las mías que se aferran a su estómago con necesidad. Otro gesto que me deja helada y que me obliga a aguantar las lágrimas que amenazan con derramarse por mis mejillas. Sería una tonta si negara que su lenguaje corporal no me afecta. Por supuesto que lo hace, me hace sentir expuesta, vulnerable y una niña pequeña. Como si el tiempo no hubiese pasado, como si tuviésemos otra vez doce años y nos encontrásemos en la acera de su casa en Chicago, abrazándonos bajo la intensa lluvia de verano.

Al parecer, el trayecto ayuda a que el momento se diluya y que ambos recobremos la compostura. Ha sido raro, pero por alguna razón que desconozco, no ha sido incómodo para ninguno de los dos. Al contrario, nos ha vuelto a acercar.

Cuando aparcamos en una nave que se encuentra cerca de una zona rural, mi sonrisa le da la tranquilidad que necesita.

—Pues bien... Hemos llegado.

—¡Joder! —exclamo al divisar a unos metros el hangar con pista de aterrizaje incluida y un par de avionetas aparcadas en su interior—. Así que aquí trabaja Maurizio.

—Vas a alucinar.

—¡Ya lo creo que sí!

Siguiente ademán que me deja perpleja: me toma de la mano, como si nada, para conducirme hasta la recepción. Allí nos recibe un chico muy mono que nos da la bienvenida, y antes de que Cescó le explique a qué venimos, su hermano acude a nuestro encuentro.

—*Ciao ragazzi!*

—¡Hola! —saludo, entusiasmada y no me pasa desapercibida su cara al notar la mano de Francesco envolviendo la mía.

—¿Calmando a la fiera? Tranquilo, hermanito... Esto es un visto y no visto —le aclara con una sonrisa ladina.

—No seas cruel —se queja y me suelta, dejándome huérfana de un momento a otro. No sé por qué, pero me gustaría que sus dedos no volvieran a separarse de los míos nunca más.

Maurizio me dirige una mirada que dice más que mil palabras, aunque se limita a acompañarnos en silencio. De pronto, me encuentro con un gigantesco tubo acristalado que

expulsa aire desde abajo y mantiene suspendidas a dos personas en su interior. Ambos llevan puestos monos rojos, cascos y gafas de metacrilato para protegerse del viento que deforma sus rostros, como si estuvieran volando a miles de kilómetros de distancia.

Mis ojos se abren como dos soles.

—¡Qué pasada...!

—Hoy vamos a aprender algunos conceptos básicos y a practicar para que vayáis cogiendo confianza.

Me giro hacia Francesco.

—¿Tú también lo harás?

—Meterme en ese tubo no me da miedo, podré soportarlo.

—Vale...

Aguanto una sonrisa de pura satisfacción y Maurizio nos anima a seguirlo hasta las aulas. Hay una pequeña salita a un lado del pasillo donde se puede apreciar una pizarra electrónica, un maniquí vestido con el atuendo característico de un paracaidista y unos cuantos pupitres organizados en filas de tres.

—Tomad asiento, en breve vendrán más alumnos y podremos dar comienzo a la clase.

Mauri desaparece por la puerta y observo a Francesco de reojo. Parece que le sudan las manos porque se las frota en el pantalón, aunque intenta disimular lo mal que lo está pasando.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... Muy bien.

—Oye... No tienes por qué hacer esto. Puedes quedarte tomando un café hasta que yo acabe.

—No es eso, Taissa... Yo...

Cojo sus manos con cariño y lo miro a los ojos.

—¿Recuerdas aquel día en que la señorita Bening te hizo pasar al frente para dar la lección oral de inglés?

—Joder, cómo olvidarlo. Era mi primer examen y me costaba horrores armar una simple oración.

—Te dije que imaginaras que estábamos solos tú y yo, y que sentir miedo no era malo.

—Tú siempre me calmabas, Tais.

—Pues ahora estoy aquí contigo, y si realmente quieres intentarlo, no voy a dejarte solo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repite y suspira aliviado.

—Bien.

Acaricio sus dedos de uñas cortas y prolijas. Él me observa con intensidad. Sus pupilas parecen haberse dilatado al máximo, y es tan íntimo el momento que vivimos ahora mismo, que hasta me olvido de dónde estamos y a lo que hemos venido.

Me resulta curioso tenerlo otra vez aquí y en este plan. La imagen del hombre de negocios, imponente e inalcanzable, se diluye lentamente ante mis ojos, haciéndole sitio a mi amigo Francesco. Ese con el que compartía tardes en el parque o estudiando juntos en la biblioteca.

El barullo de los alumnos que entran a la sala nos saca de nuestra burbuja. Cesco se endereza rápidamente y busco dónde sentarme, mientras el resto ocupa sus sitios.

Cuando Maurizio entra y se coloca al frente, Francesco parece relajarse por fin. Le dedico una sonrisa y un guiño de ojos y él afloja los hombros por inercia. Puede que este escenario y las sensaciones que experimentamos, tan similares a los años que hemos vivido durante nuestra infancia, propicie un ambiente más agradable para los dos. Aquí Francesco no es el CEO de

ninguna empresa, y yo no soy una experta en Marketing trabajando para él. Volvemos a ser esos niños inocentes que se dejaban llevar por la novedad, que disfrutaban aprendiendo, que soñaban con crecer juntos.

El hermano de Cesco hace alarde de todos sus conocimientos, dando una clase digna de un experto en el tema. Nos explica conceptos básicos de la aviación, de cómo se supone que debemos posicionarnos para hacer frente a la caída libre y lo hace con ejemplos claros.

A continuación, visualizamos algunos vídeos, aclaramos las dudas que surgen y, al concluir la lección, nos invitan al vestuario para ponernos los equipos.

—Antes de entrar en el tubo, haremos una demostración. —Maurizio nos señala una pequeña plataforma donde apoyarnos boca abajo en la postura correcta—. Iremos practicando, ya que esto requiere de mucha concentración. Como lo hemos dicho antes, lanzarse al vacío es un acto de fe. Hay que estar preparado física y mentalmente.

Estoy tan atenta a la explicación, que apenas noto cuando Cesco vuelve a tomar mi mano. Le miro y él mantiene la compostura, sin apartar la mirada del chico que acaba de subirse a la plataforma. Minutos después nos llega el turno, y soy la primera en intentarlo. Mauri me indica cómo debo mantener el tronco alineado, las piernas ligeramente separadas y los brazos poco flexionados hacia adelante. Francesco es incapaz de ocultar la satisfacción que le proporciona verme disfrutar como una niña.

Cuando todos hemos acabado la práctica, ahora sí nos colocamos las gafas y los cascos, y nos conducen hacia el tubo.

—¿Preparados? —pregunta Maurizio y ambos asentimos—. ¿Os apetece entrar juntos? Podemos hacerlo los tres.

Cesco inspira profundamente y me mira con decisión.

—¿Vamos? —inquire tendiéndome la mano.

—¡A por ello!

Lo que disfrutamos metidos ahí dentro, no tiene nombre. Todo atisbo de dudas, miedos o inseguridad se queda fuera, pasando a ser una simple anécdota.

Nuestras caras de regocijo, las risas, los movimientos al principio un poco torpes y los brazos entrelazados, hacen de este momento una de las experiencias más divertidas que he vivido en años. Ojalá pudiese hacerlo a diario. Ojalá fuese tan simple dejar atrás el dolor y la pena, aprovechando cada segundo de mi tiempo al lado de la persona que llena mis días de alegría. Volver a jugar con él como si fuésemos dos adolescentes, hace que me replantee qué rumbo quiero darle a mi vida.

¿Qué es lo que me hace verdaderamente feliz?

Realizamos piruetas, animados por Maurizio que, al notar nuestro entusiasmo, se arriesga a más. Giramos, bailamos encima del viento como pájaros que danzan sin miedo al ridículo. Somos dos almas libres dejándose llevar. Subimos y bajamos varias veces, desafiando las leyes de la gravedad.

Cuando damos por finalizada la clase, nos sabe a poco.

—¡Madre mía! Como esto sea el preludio, no quiero imaginar lo que nos espera —comento quitándome el casco y sacudiendo la cabeza para liberar mi pelo.

—Es alucinante. ¡Ya lo verás! —asevera Maurizio—. ¿Te animarás, Cesco?

—Os lo dejo a vosotros, chicos. Me lo he pasado genial, pero yo me bajo en esta estación. Su hermano ríe meneando la cabeza y yo lo observo con los ojos hechos dos rendijas.

—Déjame a mí, Mauri. Mi poder de persuasión no suele fallar.

—Eso lo veremos —acota Cesco cruzado de brazos.

—Bueno, tranquilos. No hay por qué decidirlo ahora. —Maurizio se gira hacia mí—. Taissa, que mi hermano te dé mi número y me llamas si te apetece reservar un salto tándem.

—Yesss!! — voceo dando palmas e intentando convencer a Cesco—. ¡Vamos! ¡Será divertido!

—«N» «O», NO.

Estallo en carcajadas al notar que se ha puesto pálido y que el solo hecho de imaginarse volando le provoca taquicardias.

Minutos después nos hallamos los dos, frente a frente, sentados en una banqueta del vestuario, quitándonos el mono y observándonos en silencio. Cesco esboza una tímida sonrisa.

—Deberías haberte visto la cara.

—¿Toda deformada? —Meto dos dedos en mi boca y la abro como si fuese Mike Wazowski de *Monsters, Inc.* Francesco llora de la risa—. No, si tú te crees que estabas guapísimo...

—Me encanta verte feliz.

Y su afirmación me llega como una flecha de cupido directo al corazón. Mi sonrisa se borra lentamente para dar paso a una mirada cálida y contagiosa de la que él se empapa hasta la médula. En cuanto rompemos el contacto visual, me pide el móvil.

—Voy a apuntarte el número de Mauri.

—Vale.

Se lo tiendo y él trastea hasta que accede a la agenda. No tarda ni dos segundos en arrugar el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿*El Innombrable*?

Mis mejillas se vuelven del color de la grana y hago todo lo posible por quitárselo, pero claro, él es más alto y fornido. No me resulta nada fácil.

—¡Dámelo, Cesco!

—Espera un momento... —dice aguantando la risa y entra en nuestro chat de WhatsApp. Me estudia de reojo, se muerde el labio y mis ojos se desvían hacia esa parte de su rostro que me tiene completamente cautivada. Son carnosos, apetecibles... Me doy cuenta de que estoy arrinconándolo contra una de las taquillas mientras él mantiene el teléfono en lo alto para evitar que se lo arrebatase.

—No tiene gracia —afirmo y mi expresión dista mucho del enfado. Estoy a punto de estallar en carcajadas.

—Eres de lo que no hay, ¿lo sabías?

—Suelen decírmelo.

—¿Tus ligues pasajeros? —La sonrisa se me borra de la cara.

«Capullo».

Finalmente, recupero el terminal de mala gana. Él cede, pero permanece serio. Estamos tan pegados, que es imposible que el aire se filtre entre nosotros. La camiseta deportiva de tirantes que llevo puesta evidencia el escote al apretar mis pechos contra su torso duro y marcado. No lo tiene al descubierto, pero no hace falta. Percibo el calor que emana su cuerpo y cada uno de sus músculos, así como los bíceps de su brazo aún levantado.

De sus ojos saltan chispas de... ¿Rabia? ¿Placer? ¿Deseo?

Me humedezco el labio inferior para provocarlo y sus pupilas se dilatan, la respiración se nos acelera a los dos y nuestras bocas comienzan a acercarse tanto por inercia que, si efectuásemos un leve movimiento hacia adelante, acabaríamos devorando al otro en una lucha interminable de lenguas.

El ruido de la puerta al abrirse nos hace reaccionar. Se trata de una de las chicas que estaba en la clase con nosotros y que pretende hacer uso del vestuario.

—Oh... *Scusa*...¹⁸ —se disculpa quedándose tiesa en su sitio.

Cesco se aparta rápidamente hacia atrás y yo aprovecho para correr, no sin antes coger mi bolso de la taquilla. Al salir, me encuentro con su hermano, conversando con otro de los instructores.

—Eh... ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —fuerzo una sonrisa, y cuando divisa a Cesco saliendo tras de mí, vuelve a mirarme—. Lo hemos pasado genial, te llamo la semana que viene. Gracias por todo, Maurizio.

—Gracias a vosotros por venir, Taissa. ¿Cómo vuelves a casa?

—Yo la llevo.

La voz de Francesco suena ronca y firme a mis espaldas. Mauri me observa esperando a que se lo confirme.

—Sí, me voy con él.

—Genial.

Ambos se despiden intercambiando unas palabras que no quiero escuchar, quizá porque presiento que hablan de mí. Me apresuro a salir a la calle para esperarlo al lado de la moto, hasta que él aparece.

—¿Te llevo al apartamento o prefieres que tomemos algo por ahí?

—Al apartamento —respondo tajante, evitando sus ojos arrepentidos. ¿Por qué me invitaría a salir si no es porque su comentario me ha afectado profundamente?

—Tais...

—Por favor, Francesco.

Asiente en absoluto silencio y, después de sacar los cascos del maletero y guardar mi bolso, nos ponemos en marcha de vuelta a la ciudad.

Capítulo 14



¿A qué ha venido esa estúpida pregunta?

Definitivamente, soy un capullo.

Lanzo las llaves de la moto sobre la cómoda y me dejo caer en el sofá, con las rodillas flexionadas y los codos apoyados en ellas. Mi cabeza se hunde entre mis manos mientras suelto un improperio que retumba entre las cuatro paredes de este enorme salón. La frustración me acompaña durante los siguientes minutos, en los que solo tengo espacio para reflexionar en mi comportamiento.

¿Ha sido porque me ha molestado que me grabara como *El Innombrable*? Parece que no conociera a Taissa, esas cosas son típicas de ella. ¿Será porque venía masticando eso de que se acuesta con cualquiera, lo que me ha traído amargos recuerdos del pasado? ¿Será que ese puto vídeo vino a mi mente como un fogonazo y la exasperación habló por mí?

Lo desconozco. Lo que puedo afirmar es que todo el buen rollo que existía entre ella y yo después de la clase con mi hermano se ha esfumado como por arte de magia. Además, para más detalles, le envié un mensaje pidiéndole disculpas después de dejarla en su apartamento, al cual aún no ha respondido.

Maldita sea.

Me dirijo al baño sin ganas de nada, solo de quitarme la ropa y meterme en la ducha, liberándome de este remordimiento que me abruma. Tengo que admitirlo, mis palabras han estado muy fuera de lugar. Si yo hubiese sido ella, me habría dado vuelta la cara de un bofetón.

Me lo merezco por imbécil.

Una vez que salgo limpio y con una toalla amarrada a la cintura, camino lentamente por el salón y vuelvo a sentarme. Respiro hondo e intento calmarme, pero empieza a dolerme la cabeza. Justo en ese momento, suena el timbre. Al abrir la puerta, tengo a mi hermano frente a mí, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable.

—¿Se puede saber qué haces?

—Necesito descansar, Maurizio. Ya he tenido suficiente por hoy y mañana me espera un día complicado en la oficina.

—¿Puedo pasar?

Me aparto y le hago un gesto para que entre. Le sigo hasta el sofá y él se acomoda, preparándose para lo que seguramente será una larga conversación.

—Habla —exige enfadado.

—¿Te preparo un café?

—No quiero beber nada, Cesco. Quiero que te desahogues de una puñetera vez. A veces eres tan hermético, que me dan ganas de abofetearte.

—Te veo muy cariñoso conmigo.

—¡Joder! —maldice, levantándose de golpe y caminando hacia mí—. ¿Así quieres arreglar las cosas con ella?

—¿Has venido a recordarme lo capullo que soy?

—¿Qué le has dicho para que saliera del vestuario como si huyera de su peor enemigo?

—Hice un comentario poco apropiado.

—Me lo puedo imaginar.

—Estoy hecho un lío, Mauri. No sé qué hacer... —Me paso la mano por el pelo húmedo y mis ojos se enturbian sin que pueda evitarlo.

—Tú nunca has sido así. —Alzo la vista y su expresión apenada me hace tener lástima de mí mismo—. No te reconozco, Cesco. Y perdóname la sinceridad, pero es que me duele verte tan abatido.

—¿Y qué hago?

—*Porca puttana!*¹⁹ ¡Sé sincero! Dile lo que sientes por ella.

—¡No puedo!

—¿Por qué?

Como si me poseyera un espíritu vengador, camino de un lado a otro, tratando de encontrar las palabras para lo que realmente quiero expresar.

—¡Porque no sé lo que siento! ¿Lo entiendes, Maurizio? —Bufo y me muevo delante de él, frotándome la cara con desesperación—. ¡Por un lado, necesito sentirla cerca, besarla de una puta vez y mandar a tomar por culo al mundo entero!

—Pero...

—No puedo quitarme de la cabeza la imagen que vi hace años y lo mucho que me dolió que se cagara en todo lo que tuvimos... No, joder. No es tan fácil, Mauri.

Me coloco a su lado otra vez y él pone su mano encima de mi hombro.

—*Ascoltami, fratello...*²⁰ Ella te quiere. Mucho. Se nota en la manera en la que te mira, en cómo está pendiente de ti. Siempre ha sido así, y por más que los años pasen, hay cosas que nunca cambian.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras sujeto mis manos con fuerza, evitando que busquen el móvil para llamarla de una bendita vez.

—Puede que haya cometido un error, pero debes pasar página. Ese corazón ha sufrido demasiado por amor...

—He tenido mis relaciones —me defiendo con firmeza.

—Y todas fallidas. Ninguna era suficiente para ti, siempre les buscabas un defecto. ¿Te digo lo que creo?

—Adelante.

—Has estado esperándola, porque sabes que no encontrarás en ninguna mujer lo que ella puede ofrecerte. Y si aquel vídeo te jodió tanto, fue, simplemente, porque verla con otro te hizo pedazos.

—No era cualquiera...

—Admítelo, Cesco. Daba igual quién fuera.

No hablo. Permanezco pensativo, con la cabeza en cualquier parte, menos en este salón, con un cabreo monumental y una confusión que me gustaría desterrar de mi corazón de una vez por

todas. Esta situación me tiene agotado, furioso y sin dormir. ¿Cuánto tiempo hay que dejar pasar para sanar una herida? ¿Hay una respuesta para eso?

Me siento una mierda, por no saber cómo actuar, por haberla enfadado y por mi crítica injusta hacia su persona, que ha conseguido alejarla un poco más de mí. ¿Quién soy yo para juzgar su sexualidad o para decirle cómo tiene que comportarse con un chico?

¡Ella es adulta, joder! Se supone que sabe lo que hace.

—Te dejo descansar. Tienes razón, el día ha sido largo y mañana madrugas.

Mi hermano se aparta sin decir nada más, dejándome con una presión en el pecho que me genera una angustia insoportable.

—Gracias por venir —puntualizo, a punto de llorar.

—Nos vemos pronto.

—¿Mauri?

—¿Sí?

—¿Tú qué harías en mi situación?

—¿Acaso mamá no le regaló unas entradas para el teatro?

—Sí, pero me dijo que iría con Chad.

—Pues yo buscaría la manera de acompañarla.

Y así, sin más, se larga de mi piso dejándome solo y perdido, pero con una idea en mente. Voy a por el móvil y le escribo un mensaje a la única persona que me puede ayudar.

El jueves llego a trabajar a primera hora, como siempre. Me recibe Nicoletta en la entrada, entregándome un informe y un café bien cargado. Es la mejor recepcionista que he tenido en mi vida.

—*Grazie mille, Nicoletta.*

—*Buongiorno Cesco.* Está organizado el viaje de la semana que viene a Bulgaria, ya están comprados los billetes y hechas las reservas de hotel. Os esperan el martes por la mañana.

—Estupendo. ¿Lorenzo ha llegado?

—Está en su despacho.

—Genial, gracias por todo.

Me sonrío y ocupa su sitio tras el mostrador, haciéndose cargo del teléfono que ya ha comenzado a sonar. El ritmo vertiginoso de un día de trabajo como cualquier otro comienza muy temprano, y yo tengo mil cosas que arreglar antes de quedar otra vez con las agencias para que nos cuenten el progreso de la campaña.

Ni siquiera me asomo a la sala que suelen usar Taissa y Chad. No es mi intención incomodarla, y sé que después de lo de ayer, lo que menos querrá es ver mi careto dando vueltas por aquí.

Paso directo al despacho de mi socio. Lo encuentro pegado al móvil y de espaldas en su butaca.

—¿Se puede? —pregunto golpeando suavemente con los nudillos.

Sin colgar, me indica que me siente y aprovecho para beberme el café a pequeños sorbos. Está delicioso y me sienta fenomenal, ya que anoche he dormido de puta pena, dando vueltas sobre la cama una y otra vez y haciéndome mil preguntas que me impedían conciliar el sueño. Cerca de las dos de la madrugada logré dormirme, aunque con mucha dificultad.

—Claro... Estupendo... Hablamos después, tengo que dejarte —le dice a su interlocutor

antes de colgar y darme los buenos días—. ¿Qué hay? *Tutto bene?*

—Sí, todo bien. ¿Te ha comentado Nicoletta lo de la reunión con los búlgaros?

—Sí, viajamos el martes a la madrugada. Ya me ha hecho llegar el informe.

—¿Te parece si citamos a ambas agencias para mañana a primera hora? Me interesa saber qué avances han hecho en la campaña.

—Perfecto, se lo diré a Gia.

—Yo me encargo de Taissa —aclaro, disimulando el hecho de que me duele hasta pronunciar su nombre.

—¿Cómo van las cosas con ella?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, os veo muy compenetrados últimamente...

Si él supiera...

—Nos limitamos a llevar una relación estrictamente laboral.

—Ya, claro —afirma reprimiendo una sonrisa.

—Por cierto, he visto a Gia muy interesada en Chad.

Su semblante permanece imperturbable. Es difícil saber lo que está pensando, porque en su expresión se intuye seriedad, pero, por otro lado, no se muestra sorprendido.

Conozco la clase de mujer que es Gia, y la relación que llevan no presume precisamente de exclusividad. Ambos son bastante abiertos en el terreno sexual, y sé que Lorenzo está con ella por puro interés. Hablando mal y pronto, le da un poco igual con quién se acueste o deje de hacerlo. Él también ha tenido sus aventuras, pero a ella tampoco parece importarle.

—¿Qué intentas decirme, Cesco?

Ahora sí, lo noto molesto.

—Nada, olvídalo. Ideas mías.

Me levanto rápidamente de la butaca y evito un conflicto que no me llevará a ninguna parte. Si se lo he comentado es porque, más allá de que no me interese lo que hagan con su vida privada, no quiero que Gia nos busque un problema con Double Creative Network.

—Estaré en mi despacho, si me necesitas.

—De acuerdo.

Lorenzo vuelve a lo que estaba haciendo y no se habla más del tema.

Una vez que me siento frente al ordenador, reviso el móvil y sonrío al leer el mensaje que me ha llegado esta misma mañana antes de salir de casa. Si todo sale según lo planeado, puede que mañana sea un gran día.

—A ver... Aclárame una cosa —me pide Martina sacando un par de prendas del perchero y poniéndolas frente a mis narices—. Dices que es para una ocasión especial y que quieres impresionar a alguien... ¿Ha tenido algo que ver tu hermano en todo esto?

Sonrío con cara de tonto y ella me imita.

—Puede.

—Ayer hablamos y me contó que fuisteis a la academia y que te vas a lanzar en paracaídas.

—¡Yo no he prometido nada! Es él quien se monta sus propias historias.

—¿Tan seguro estás? —pregunta con sagacidad.

—Me aterra subirme a un avión, nunca he sido muy dado a volar. ¿Me crees capaz de tirarme de un trasto de esos en movimiento?

—Si me apunto con vosotros, ¿te animas?

—Martina, no me coacciones.

—Si te soy sincera, a mí también me da un poco de miedo. Pero si tengo apoyo logístico, quizá me atreva...

—Me estás haciendo sudar, joder. ¿En qué estábamos? Ah... sí, eligiendo el traje que me quiero comprar. —Ella se ríe y yo contraataco para desviar el tema de conversación—. Por cierto... ¿Qué tal la cita con Mauri?

—Muy bien. —Su mano acaricia la solapa de la americana que acaba de colocar encima del mostrador—. Tu hermano es un caballero y me llevó a cenar a un sitio superespecial.

—Hacéis buena pareja —comento al paso y ella clava sus ojos del color de las almendras en los míos.

—¿Tú crees?

—Algo me dice que os llevaríais muy bien juntos.

—A mí también —afirma y su expresión se vuelve tierna a más no poder, pero inmediatamente, cambia de tema evitando entrar en terreno desconocido—. La noche de su cumpleaños me comentó que se había comprado un coche y que quería estrenarlo este fin de semana con sus amigos.

—Se irán a la playa. Son un grupo grande.

—¿Tú no vas?

—Yo tengo otros planes.

—Y por eso vamos a elegirte algo que dejará a tu chica con la boca abierta.

—No es mi chica... aún.

Martina vuelve a sonreír y me entrega una camisa blanca con rayas azules muy finas. Ha dado en el clavo, como siempre.

—Ten, pruébatela.

Hago lo que me indica y paso directo al probador. Minutos más tarde me estoy contemplando en el espejo con todo el atuendo completo. Martina se me acerca y nuestras miradas conectan a través del cristal.

—Si tu hermano se me aparece con estas pintas y pidiéndome una cita, te aseguro que lo último que haría sería negársela.

—Tú no conoces a Taissa.

—Bonito nombre.

—El más precioso de todos.

Salgo de Hermès con una bolsa y algunas cosas más que me he dado el gusto de comprar. No me he privado de nada, sobre todo, porque lo que tengo en mente requiere de una planificación cuidada al milímetro.

Voy a sorprenderla.

Atrás he dejado el veneno que contamina mis pensamientos y los transforma en palabras hirientes o en sentimientos nocivos. Si he decidido dar el paso, es porque creo que ambos nos lo merecemos.

Después de haber compartido estos días con ella y de entender un poco más su manera de actuar y lo que esconde detrás de su fachada de chica segura y despreocupada, mi cerebro ha hecho una especie de *clic* importante.

Pienso que si dejamos que nuestra conducta se rija por aquello que nos ha herido profundamente, es muy probable que acabemos debajo de los escombros y sin poder apreciar el haz de luz que nos guía hacia el verdadero camino. Tenemos dos opciones: seguir hundiéndonos cada vez más abajo, o intentar salir a la superficie.

Y tras meditarlo mucho, he decidido emerger y olvidarme del daño que me hizo para centrarme en lo que realmente me hace feliz. Y pienso arrastrar a Taissa conmigo.

Así de simple y a la vez complejo.

Termino de hacer las reservas pertinentes y salgo rumbo al gimnasio. Es una de mis actividades favoritas, e intento no posponerla por el bien de mi salud física y mental.

Me gusta cuidarme.

Adoro subirme a la cinta y correr como si nunca fuese suficiente, o levantar las mancuernas, sintiendo que su peso me ayuda a concentrar la fuerza en un punto determinado. También disfruto jugando al *calcio* de vez cuando con Lorenzo, aunque últimamente se escaquea a menudo y me obliga a buscar algún que otro entretenimiento.

De más está decir que soy fanático del Milan, y que cada vez que hay partido, quedamos con mis hermanos para verlo en mi casa o en la de ellos. Mi padre a veces se suma, aunque, si es por elegir, prefiere el rugby.

Cuando subo a la azotea, el gimnasio me lo encuentro casi vacío, así que aprovecho para usar todos los aparatos que me da la gana sin tener que esperar mi turno. Me paso cerca de una hora y media ejercitándome, hasta que decido acabar la rutina y visitar la sauna.

Recuerdo que cuando la agencia inmobiliaria me informó que el apartamento estaba situado en un edificio con sauna y piscina climatizada, no dudé ni un momento. Me resultaba irrelevante la disposición de las habitaciones o detalles como la iluminación y la orientación. El simple hecho de saber que tendría un espacio para relajarme en casa era suficiente.

Después de una ducha rápida y unos largos en la piscina, ya estoy listo para dormir como un bebé. Relajado descanso mejor, y aunque sé que los nervios por lo que vaya a ocurrir mañana puede que me obliguen a visitar la cocina en plena noche para beberme una tila, no descarto caer redondo en la cama en cuanto apoye la cabeza en la almohada.

Antes de apagar la luz de la mesilla de noche, reviso el móvil. Taissa no ha respondido a mi mensaje de ayer, y no lo hará. Sé por Nicoletta que hoy estuvo con Chad trabajando en la oficina, pero como yo he dedicado la tarde a otros menesteres, no nos hemos cruzado. Mejor así. Prefiero que la cosa se enfríe, porque ayudará a que los ánimos estén más calmados entre nosotros.

Cierro los ojos y pienso en ella, como lo hago todas las noches desde que la vi llegar con su faldita corta, la camiseta ajustada y su pelo corto de niña traviesa.

Me es imposible no sonreír.

Si supiera lo mucho que deseo tenerla entre mis brazos, no se esforzaría tanto por apartarse de mí. Volveríamos a ser los que un día fuimos.

Inseparables.

Indomables.

Indivisibles.

Pero, por encima de todo, *nosotros*.

Capítulo 15

Taissa

Todavía no salgo de mi asombro.

Me encuentro en el saloncito del apartamento, contemplando atónita un paquete que ha llegado a mi nombre y que no tengo ni la menor idea lo que puede contener. Chad me observa atentamente, aunque no ha pronunciado una sola palabra desde que el mensajero ha tocado el timbre.

Hemos llegado hace un rato de la oficina, tras una mañana bastante productiva. Son las tres y media de la tarde; comimos en una de nuestras terrazas favoritas y después hemos subido a nuestro piso para descansar, ya que esta noche tenemos pendiente una función en el teatro.

—¿No piensas abrirlo?

—Miedo me da lo que haya dentro.

—¿Un arma?

—¡Eres insufrible! —protesto resoplando y él se ríe—. Esto no tiene remitente.

—Tiene pinta de ser algo caro.

Me decido a quitar el envoltorio con cuidado y a no ocultar mi sorpresa cuando descubro una caja con el membrete de una de las tiendas más caras de Milán.

—¿Qué demonios es esto?

—¿Ropa? —Miro a Chad con una ceja arqueada y él se encoge de hombros—. Parece que alguien ha querido hacerte un regalo.

—No me interesa —determino apartando el bulto y dirigiéndome a la cocina.

—Vamos, Taissa. Bájate de la burra de una vez.

—¿Perdón?

—¿Tan orgullosa eres que no aceptas un obsequio? Además, no sabes de dónde viene.

—Por supuesto que lo sé, Chad. ¿Me has visto cara de gilipollas? ¿Qué persona de todas las que conoces puede darse el lujo de gastarse unos cuantos miles de euros en esta tienda? —Mi amigo permanece en silencio. Su gesto contrariado me da la respuesta—. Paso.

—¿Me dejas abrirlo?

—Todo tuyo.

Desaparezco rumbo a la cocina, evitando ver el contenido del paquete, aunque debo admitir que me muero de curiosidad. ¿Qué busca Francesco? ¿Impresionarme? Va listo si cree que con su dinero puede comprar su redención.

Estoy abriendo la nevera para sacar un refresco, cuando oigo a Chad silbar asombrado.

—Joder...

—Vale, tú ganas —protesto, resignada, poniendo los ojos en blanco y dándome la vuelta—. ¡Esto no se hace!

Cuando mis ojos alcanzan a ver una bellísima tela estampada de flores en tonos rosa, verde y violeta, me quedo con la boca abierta. Camino dando pasos lentos, como si no quisiera tocar ese vestido que debe de haber costado un pastizal y que tiene un diseño exquisito.

—Qué maravilla... —baluceo al quedarme frente a la caja abierta.

—Tais, no ponértelo esta noche, se consideraría un pecado.

Cojo la prenda con ambas manos para disfrutar del tacto sedoso y fino de su confección. Palabra de honor, de corte princesa y falda por encima de la rodilla...

Chad saca un sobre del envoltorio y me lo tiende. Cuando leo la tarjeta que viene dentro, estoy a punto de sufrir un infarto.

Te verás preciosa con él. No me cabe duda alguna.

—No puedo aceptarlo —sentencio y Chad chasquea la lengua con fastidio.

—Por supuesto que lo harás.

—Es demasiado.

—Y de mala educación rechazar esta obra de arte.

—¿Por qué tienes que ser tan convincente?

—Porque te gusta y te mueres de ganas de probártelo. ¿Me equivoco?

Tuerzo el gesto y vuelvo a posar los ojos sobre la exclusiva prenda de Hermès. Quizá no es tanto el hecho de llevar un vestido carísimo y reconocer que me encanta, lo que me provoca malestar. Es saber que ha sido Francesco quien se ha tomado la molestia de elegirlo, pagarlo y hacérmelo llegar, para que sea Chad quien me lo vea puesto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —respondo, deshaciendo el nudo que me oprime la garganta—. Voy a probármelo. Lo mismo no es mi talla y tengo que devolvérselo.

—Cómo no... —oigo murmurar a mi amigo a medida que me dirijo a la habitación.

Unos minutos después estoy frente al espejo, anonadada con la imagen que este me devuelve. Me veo increíblemente guapa y me fastidia aceptar que Cesco tuviera razón. Luzco preciosa con él.

Me trago mi orgullo, aunque estoy tentada de agarrar el móvil y mandarle un mensaje dándole las gracias, pero aclarándole con mucho tacto, que voy a ponerme el modesto vestido que traje de Chicago. Recuerdo entonces que tengo un mensaje que él mismo me envió el miércoles y al que no he contestado todavía.

Dos días de silencio. Dos días sin vernos ni saber nada del otro, pese a que hemos estado trabajando a escasos metros de distancia. Una verdadera putada. Una lástima picarnos así cuando hemos llegado a ser uña y carne en un pasado no muy lejano.

Mis ojos se humedecen y Chad aparece por detrás. Me ve ahí de pie, con la determinación flaqueando y el remordimiento haciendo acto de presencia.

—Te queda genial.

—Gracias.

—Voy a echarme un rato. Creo que la *piadina* del almuerzo me ha sentado regular.

—¿Quieres que te compre algo en la farmacia? —pregunto preocupada, dándome la vuelta.

—No, tranquila. Estaré bien.

Me da un beso tibio en la frente y enfila hacia su habitación, mientras que yo sigo dándole

vueltas al asunto sin saber qué hacer.

Unas horas más tarde, me ducho y arreglo mi cabello en un elegante moño alto. Este vestido merece que luzca el cuello descubierto y un perfume que esté a la altura. Me visto como si fuera para un evento de gala; una visita al Teatro de La Scala lo justifica. Aunque será mi primera vez en sus instalaciones, las fotos y vídeos que he visto me han proporcionado una visión del lujo que se siente en cada rincón.

Una vez lista, aparezco por el salón buscando a Chad. No lo encuentro por ningún lado, lo cual me resulta extraño. No he oído en ningún momento el sonido de la puerta de calle y tampoco me ha avisado que saliera a ninguna parte...

Cuando me arrimo a su cuarto lo veo recostado en la cama.

—¿Chad?

—Me encuentro fatal.

—¿Qué te pasa? —me apresuro a llegar a su lado, y sentándome encima del colchón, le quito el brazo que cruzaba encima de su cara.

—Creo que tengo fiebre.

Le toco la frente, pero la noto fresquita. Quizá se haya intoxicado con algo.

—Te ha caído mal la comida. Coge tus cosas que vamos al médico —determino, incorporándome rápidamente.

—¡No! —Me sujeta de la muñeca, deteniéndome antes de que pueda dar un paso más—. Irás al teatro como estaba planeado y yo me quedaré aquí a descansar.

—¿Estás loco? ¡Tienes que ir al hospital!

En ese mismo instante, suena el timbre y me quedo mirándole desconcertada.

—Ya te he conseguido acompañante.

Mis ojos se transforman en dos líneas finas.

¡Será de Dios!

—¿Qué has hecho, Chad?

—¿Pretendes que vaya así? ¿Y si le vomito encima a uno de los músicos de la orquesta? O peor, a una señora estirada que lleve puesto un vestido más caro que el tuyo —cuestiona, apoyándose en los codos y con los pelos desordenados.

—Vas a pagar por esto. ¡Tú estás perfectamente!

—Solo te he dado un empujoncito.

Se levanta y corre a abrir la puerta como si viniera el mismísimo presidente en persona.

—¡Hombre, Cesco! ¡Qué placer verte por aquí!

«¿Ahora le llama Cesco?», me pregunto a la vez que mi mente urde la manera de arrancarle la piel. Al llegar al salón me encuentro con...

La perfección hecha hombre.

«¿Por qué a mí, Señor?».

Si tuviera que describir la imagen que tengo enfrente ahora mismo, con una sola palabra, sería *arrebataador*.

Francesco luce un traje que parece estar diseñado para quitarle el aliento a cualquier mujer que ose admirarlo. La chaqueta negra, con solapas estrechas y de corte moderno, se ciñe a su torso como si fuese un puto maniquí. La camisa gris oscuro, abierta en los primeros botones, le da el toque informal junto con el estilo pitillo de los pantalones que lo hacen increíblemente atractivo. Lleva el cabello peinado hacia arriba, en su línea habitual, y emana un aroma que provoca que quiera arrancarle la ropa aquí y ahora, sin importarme en absoluto las consecuencias.

Nuestros ojos se encuentran a medio camino, entre la duda, la admiración y el cariño que sentimos el uno por el otro, pero que ninguno es capaz de admitir. Sus ojos marrones repasan mi cuerpo de arriba abajo, haciéndome sentir desnuda y expuesta, como si no se creyera que este vestido tan bonito pudiese lucir así sobre mi piel.

Cuando alza otra vez la mirada, su sonrisa lo dice todo.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

«Jo-der. ¿Esa frase ha salido de sus labios?».

Chad, que hasta ahora permanecía en un segundo plano siendo testigo de este momento tan inaudito, se limita a carraspear para llamar nuestra atención.

—Si no os dais prisa, llegaréis tarde.

Lo asesino con la mirada y no tardo en señalarlo con el índice.

—Tú y yo hablaremos muy seriamente a mi regreso.

—¡Que lo paséis genial! —canturrea enfilando otra vez a su guarida.

Me cruzo de brazos y tamborileo los dedos de una mano sobre el codo.

—¿Y bien?

—Chad me ha dicho que estaba malo y que necesitabas un acompañante.

—Y yo me llamo Caperucita Roja y estoy a punto de ir al bosque a recoger las manzanas que me ha pedido mi abuelita. —Cesco se muerde el labio, pero es en vano. Suelta una risotada que me calienta el alma y me hace sentir una niña otra vez—. No subestimes mi inteligencia, Francesco.

—Jamás lo haría, Taissa. ¿Nos vamos? Su carruaje la espera aparcado en doble fila, *principessa*.

Meneo la cabeza sin intenciones de huir a ninguna parte. ¿A quién quiero engañar? Me encanta la idea de salir juntos esta noche. En ocasiones odio ser tan blanda.

—Voy a por mi bolso.

Bajamos en el ascensor, sin mirar más que las puertas que segundos después se abren, dándonos paso al portal del edificio.

—Espera un momento... ¿Y tu moto? —le pregunto al ver que nos espera un coche de alta gama con chófer incluido.

—La ocasión merece un medio de transporte que nos permita llegar intactos a destino. No querrías arruinar tu precioso recogido con el casco, ¿verdad?

El mohín que le dedico le provoca otra enorme sonrisa.

—Las damas primero —indica mientras abre la puerta trasera y con un ademán me invita a sentarme.

Una vez dentro, veo cómo rodea el coche para sentarse a mi lado.

—*Andiamo al ristorante Seta, per favore Luigi.*²¹

El conductor asiente, mirándonos a través del espejo retrovisor con complicidad.

—¿Tienes un chófer privado?

—Este coche es de la empresa y solemos usarlo en contadas ocasiones. Yo prefiero la moto, pero a Lorenzo le gusta alardear de su posición.

—Ya veo...

—Creo que es un lujo del que podríamos prescindir, pero he decidido no llevarle la contraria.

—¿Sueles hacer lo que él dice?

—Hay cosas que no le niego, porque se supone que somos un equipo. Ya sabes, hoy por ti, mañana por mí.

—Entiendo... ¿A dónde vamos exactamente? —pregunto, cambiando de tema.

—Primero cenaremos en uno de los mejores restaurantes de Milán, y después disfrutaremos del espectáculo.

—¿Por qué has hecho esto, Cesco?

Sus ojos se vuelven oro líquido y su expresión se suaviza. Extendiendo su mano hacia la mía, la lleva delicadamente a sus labios, intentando así superar la barrera invisible que hasta el momento existía entre nosotros. Ese simple gesto me desarma, pero más lo hace el cálido beso que deposita sobre mis nudillos.

—Quería pedirte perdón.

Su mirada recorre mi rostro como si de una alucinación se tratase.

«¿En qué estará pensando?», es mi primera reflexión cuando el habitáculo se queda en completo silencio. Solo se percibe el discreto ronroneo del motor de este impresionante vehículo y los movimientos de la palanca de cambios que ejecuta el conductor.

—Disculpas aceptadas —decreto por fin—. No tenías por qué tomarte tantas molestias. El vestido, la cena... Esto es mucho hasta para mí.

—Nada es suficiente, Tais. Me he portado como un capullo. Lo que te dije el otro día...

—Olvídalo, ¿vale? Hagamos de cuenta que nunca pasó y que tú y yo hemos quedado, sin necesidad de pedirle a Chad que finja sufrir malestar estomacal. —Francesco se ríe sin poder evitarlo y se frota los ojos en señal de que lo he pillado con las manos en la masa—. ¿De verdad creíste que me lo tragaría?

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Pues mi compañero es muy mal actor, que lo sepas.

—Lo que cuenta es la intención.

—Voy a despellejarlo vivo por traidor.

Él sonríe y nuevamente besa mi mano. Si esto se convierte en una rutina, temo que me vuelva adicta al cálido contacto de sus labios sobre mi piel. Un estremecimiento me atraviesa de principio a fin, y para contrarrestar esa sensación tan agradable que me lleva a apretar los muslos, desvío la mirada hacia la ventanilla, evitando así al chico que me gusta.

Sí, ya lo he dicho.

Me gusta.

Me atrae.

Me vuelve loca.

Y no sé qué más calificativos le puedo destinar a estas cosquillas que no me dejan pensar con claridad. Porque por mucho que nos esforcemos en disfrazar la realidad, esto es una cita con todas las letras.

Unos minutos más tarde, bajamos del coche y caminamos hacia el restaurante. Se llama *Seta* y se ubica en pleno centro de Milán, muy cerca del teatro al que asistiremos en un par de horas y que tan intrigada me tiene. Nos recibe el *maître* en la entrada, y Francesco le indica que tiene una reserva para dos personas. Después de localizarla en el ordenador, nos pide amablemente que le sigamos hasta una especie de patio interior de estilo colonial, repleto de mesas separadas por una fila de árboles enanos. Muchas de ellas, ya están ocupadas.

Maravillada con la espectacularidad de su arquitectura, sonrío al encontrarme con la mirada de mi acompañante.

—¿Te gusta?

—Es increíble.

Los primeros rayos del atardecer ya se filtran por las ventanas que dan a estrechas galerías

que conducen a las habitaciones del hotel. Porque sí, esto es un hospedaje para todo aquel que tenga la cartera bien llena. Un lujo que pocas personas seguramente puedan permitirse en esta ciudad.

—Ha sido calificado con dos estrellas Michelin. He venido otras veces a cenar aquí y la oferta es muy variada.

El camarero nos saluda y nos entrega el menú antes de preguntarle a Francesco lo que vamos a beber.

—¿Vino blanco?

—Sí, gracias. —Una vez que se retira, continúo leyendo la carta—. Madre mía... Todo tiene una pinta estupenda. No soy capaz de decidirme.

—Déjame recomendarte las ostras con salsa de champán y el *risotto* de primero, y de segundo la langosta asada con *bagna cauda* y setas con esencia de vainilla.

—Me lo quedo.

Cesco asiente complacido y se lo hace saber al camarero en cuanto este se aproxima por segunda vez. Escucharlo hablar en italiano es una de las experiencias más bonitas de la noche. A pesar del ambiente lujoso y lo distinto que resulta de los lugares que suelo frecuentar, todo se siente cálido y familiar.

—¿Es fácil acostumbrarse a la vida de rico? —le pregunto tras darle un sorbo a la copa de vino.

—Aunque no lo creas, a veces echo de menos la simplicidad de un picnic en la campiña o las caminatas con mis hermanos cuando visitamos a mis abuelos en Verona.

—¿Hace mucho que no vas?

—Mi madre planea una escapada para el próximo fin de semana.

—Es una idea genial —comento y me aliso la falda del vestido, bajo el atento escrutinio de Francesco.

—¿Te gustaría venir?

—¿Cómo? —pregunto, conectando otra vez con sus ojos.

—A Verona, y así de paso ves a mis padres. Me han preguntado mucho por ti estos días.

—Yo... no sé...

—Mis abuelos tienen tierras por la zona y cultivan sus propios viñedos. Será una experiencia distinta. —Y como si necesitara quitarle hierro al asunto, aclara rápidamente—: Chad está invitado también.

—Se lo comentaré.

—Es una pena que hayáis hecho un viaje tan largo y que no conozcáis más sitios. Aquí las distancias son cortas y hay que aprovecharlo.

Y es verdad. En Norteamérica, si pretendes desplazarte de una ciudad a otra, debes contar con unas seis horas de viaje, por lo menos.

La charla se interrumpe cuando el camarero se acerca a nuestra mesa con los primeros platos. El aroma es delicioso y la presentación impecable. La elección de Francesco no podría haber sido mejor. Las ostras junto con el *risotto* y la langosta como plato principal resultan ser una combinación perfecta.

Hablamos de todo un poco, de nuestras vidas, el trabajo y lo que planeamos para el futuro, sin ahondar en temas demasiado comprometidos. Resulta extraño que seamos dos personas que dejaron de tener contacto hace años, pero que se saben de memoria los gustos y experiencias del otro. Que han crecido juntos compartiendo sus miedos, sus deseos y sus confidencias.

Llega el momento de abandonar el restaurante para ir al teatro. Francesco me promete que

más tarde visitaremos su *gelateria* favorita para tomarnos allí el postre. No pongo pegas; nunca cuando se trata de comer. Además, me lo estoy pasando tan bien en su compañía, que desearía que esta noche no se terminara jamás.

Caminamos rumbo a La Scala. No es preciso tomar el coche, pues estamos a escasos metros de distancia. Al llegar, me encuentro frente a una fachada que ya había contemplado desde el vagón de un tranvía histórico y que ansiaba conocer de cerca. Con un estilo neoclásico e imponente en cada detalle, este teatro es reconocido por haber acogido obras de renombre internacional. Su interior rezuma opulencia y grandiosidad.

—Dios mío... ¡Qué preciosidad! —exclamo alucinada al entrar a uno de los palcos, donde Fiorella ha tenido el tino de ubicarnos al comprar las entradas.

—Cuando escuches a la orquesta en vivo, te temblarán las piernas —asegura Cescio y me entrega el programa de la obra con el repertorio de canciones.

Me detengo a examinar cada una de las sillas de terciopelo rojo que se divisan desde las alturas, dispuestas en filas que llenan una sala de conciertos con forma de herradura, embellecida con una ornamentación exquisita.

Cuando finalmente las luces se apagan y el telón se abre dando paso a la orquesta sinfónica, los aplausos retumban gracias a la espectacular acústica del recinto. Las primeras cuerdas dan paso a una de mis piezas musicales favoritas de Ennio Morricone, el tema principal de la película *Cinema Paradiso*.

Inevitablemente, mis ojos se encuentran con los de Francesco, quien me espera como si hubiera presentido que buscaría su mirada. Las tenues luces que provienen del escenario a pocos metros se reflejan en nuestros rostros embargados de emoción. Cescio sonríe mientras las cuerdas del violín despliegan su encanto, creando una escena que deseo atesorar por siempre, igual a ese celuloide que Totó observa con asombro, reconociendo en él las escenas de numerosos besos apasionados.

Comparo mi vida con la de una de esas cintas en blanco y negro que el mismo niño recorta, uniéndolas en un solo recuerdo. Eso es lo que soy. Retazos de acontecimientos que me transformaron en esta chica que hoy se encuentra en un teatro italiano, soñando con ser una princesa de un cuento de hadas.

Una lágrima, que no es de tristeza, escapa de mis ojos claros. No me gusta llorar, pero hay momentos que merecen que las derramemos, revelando que estamos hechos de profundos sentimientos y que nuestro corazón no es de piedra.

Las corazas están sobrevaloradas; a veces ceden más rápido de lo que quisiéramos reconocer.

La mano de Francesco viaja hacia mi mejilla y la acuna antes de repasar con el pulgar el camino húmedo que la muy intrusa ha dejado a su paso. Y aunque espero que su siguiente acción sea besarme, no es lo que ocurre. Coloca un mechón de pelo que se ha escapado de mi perfecto moñito, y me contempla por unos segundos con una mirada que jamás me había dedicado.

Inhalo profundamente, como si hubiera pasado una eternidad conteniendo el aliento. Cuando el eco de los aplausos del público vuelve a sonar, perdemos el contacto visual y mis manos se posan en mi regazo buscando el calor que ahora me falta. De inmediato, Francesco extiende una de las suyas, y entrelazando sus dedos con los míos, se dedica a dibujar círculos sinuosos sobre mi piel.

Sonrío mirando al frente.

Él también lo hace.

Nos mantenemos unidos, envueltos en la música que nos rodea y atrapados en un embrujo

del cual ninguno desea escapar.

Capítulo 16



Mi corazón golpea mi pecho frenético y desbocado. Temo que la música se acabe de pronto y que Taissa pueda oírlo, porque entonces se daría cuenta de lo mucho que late por ella.

Mientras acaricio su mano pequeña y su piel tersa, los recuerdos de una época feliz acuden a mi mente, como un bombardeo de incontrolables emociones.

El viaje a Estados Unidos, los primeros días de colegio en su compañía, nuestras escapadas al parque, las travesuras, dormir abrazados las noches en que ninguno podía estar sin el otro. Veranos cálidos y los inviernos más fríos. Paseos en bicicleta. Los primeros dientes de leche que perdimos. Las meriendas en su casa o en la mía. Las películas que vimos. Los sueños que nos confesamos y los sentimientos que callamos.

Es curioso, pero no hay ni rastro de rencor. Aquello que nos separó se ha evaporado como si alguien hubiese apretado un simple botón y hubiera reiniciado mi cerebro.

Ahora mismo, lo único que experimento es una profunda felicidad.

Aprovecho este momento de debilidad para observarla desde mi posición privilegiada. Su pelo rubio recogido en lo alto de su cabeza y su cuello fino y delicado. Ese perfil que siempre me fascinó y que tantas veces recreé en mi mente cuando no la tenía a mi lado. Sus pómulos rosados y su sonrisa fácil. Toda ella y su poderosa manera de ser y volverme loco cada vez que se ríe por nimiedades.

Ojalá pudiese escuchar sus carcajadas siempre que tuviese la necesidad.

La banda sonora de la película *La Misión* aparece en escena y el coro entona las notas más altas. Me estremezco al percibir hasta en los huesos la intensidad de cada melodía, los brazos del maestro de orquesta danzando al ritmo de una de las composiciones más conmovedoras que ha sonado en la gran pantalla.

Una vez que el espectáculo acaba y las luces se encienden, me sorprende no haber soltado a Taissa ni por un instante. Nuestras manos aún permanecen unidas.

—¿Te ha gustado?

—Nunca pensé decir esto, pero... ¿Es posible escucharlo de nuevo?

Me río al notar sus ojitos húmedos por la emoción, dándome cuenta de que lo único que me apetece hacer ahora mismo es besarla hasta que el mundo se acabe. Sin embargo, mis planes van mucho más allá. No quiero estropear este momento, no pretendo arruinar lo que tenemos.

Tiempo al tiempo.

—Te compraré el CD del concierto para que lo conserves de recuerdo.

—No es necesario, con verlo juntos en YouTube otro día, me conformo.

—Hecho —confirmo, animándola a ponerse de pie.

Salimos del teatro, y tal como se lo he prometido, buscamos alargar un poco más esta noche maravillosa. Caminamos hasta llegar a Caffè Dante, uno de mis sitios preferidos si quieres degustar un buen *gelato* italiano elaborado con mucha originalidad. Taissa no sale de su asombro cuando observa al camarero hacer magia con los conos y la crema, formando un ramo de flores con ellos. Concluye su obra de arte colocándole una hoja de menta a cada uno.

Ella elige el de pistacho, y yo el de *stracciatella*.

Nos sentamos en la terraza, ya que la noche es cálida y el clima muy agradable. Pese a que son casi las doce, no hay rastro de frío ni de brisa que nos obligue a buscar un sitio donde guarecernos.

—Gracias, Cescó —murmura con la vista fija en la cuchara que hunde dentro del cucurucho.

—¿Por el helado?

—Por esta noche. Hacía mucho que no me divertía tanto.

—¿Recuerdas los veranos en que nos escapábamos para beber esos batidos que tanto te gustaban?

—Nuestras madres nos regañaban porque decían que tenían demasiado azúcar y que acabaríamos con las muelas picadas.

—Aun así, nos las apañábamos para ir a escondidas.

—Adoraba esas tardes.

—Yo también —reconozco suspirando y ella sonríe levemente. Cree que no la veo, porque he inclinado la cabeza hacia abajo, pero lo que no sabe es que lo hago de reojo, interesado en saber qué piensa de todo esto.

Es evidente que hemos resuelto algunos conflictos, pero... ¿Estaría dispuesta a algo más? Cuando sugerí la idea de ir a Verona, mi intención era crear un espacio para nuestra reconciliación, alejándonos temporalmente del bullicio de la ciudad y las preocupaciones laborales. Sin embargo, soy consciente de que su estancia es temporal, y tomar ciertas decisiones podría complicar las cosas.

Hay un dicho que reza que «el que no arriesga, no gana» y estoy aquí para lanzarme sin importar las consecuencias. Me he pasado años soñando despierto con este momento, y ahora, que he logrado tenerla aquí conmigo, no voy a dejar escapar la oportunidad.

Acabamos el postre y llamo a Luigi para que nos recoja en Via Dante. En diez minutos lo tenemos aparcando en la puerta.

—Me siento como La Cenicienta, regresando antes de que la carroza se convierta en la calabaza —confiesa entre risas mientras nos metemos dentro del coche.

—¿La Cenicienta también se manchaba comiendo helado?

—¿Cómo?

La observo con diversión y, de inmediato, deslizo suavemente mi dedo hacia la comisura de sus labios, limpiándolos con delicadeza. Ella, de manera inconsciente, pasa su lengua por la zona donde antes ha reposado mi pulgar y parpadea.

—Soy un poco desastrosa —admite en un hilo de voz. Entonces, hago algo que no había planeado, que me sale sin más. Acaricio su labio inferior, esparciendo los restos de crema gélida y provocándole un escalofrío.

Luigi va a lo suyo, lo que nos da algo de intimidad.

—Cescó...

Un frenazo repentino nos saca de la nube en la que estábamos inmersos. Se oye el claxon y los insultos del chófer, maldiciendo por lo bajo.

—*Scusa, Francesco.*

—Tranquilo, no te preocupes —respondo, recobrando la compostura, mientras Taissa sonríe con picardía y desvía la vista hacia la ventanilla.

—Conducen como locos... —balbucea y la miro frunciendo el ceño—. ¡Nada! No he dicho nada... —se disculpa con un movimiento de manos, aguantando una carcajada.

El aire se ha cargado de electricidad, aunque intento no incomodarla con comentarios insinuantes o movimientos que la descoloquen. Hacemos el recorrido en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que aparcamos frente a su portal.

—Te acompaño —determino antes de que pueda negarse y ella asiente agradecida.

Me bajo del coche, lo rodeo y le abro la puerta invitándola a salir. Antes de coger el picaporte, Taissa se gira.

—Ha sido una noche mágica.

—Me alegra que te haya gustado. ¿Nos vemos el lunes en la oficina?

—Claro.

Noto cierta decepción en su mirada. ¿Espera que la bese? Debo admitir que me muero de ganas, aunque todavía no me atrevo a dar el paso. No voy a cagarla. No obstante, ella me conoce tan bien, que acepta con diplomacia mi cobardía y me sonríe condescendiente.

—Buenas noches, Cesco. Que descanses.

Me despide con un cálido beso en la mejilla, dejando a su paso un halo de dulzura y comprensión.

—Buenas noches, Tais.

Ya no puede oírme, pero el brillo de su pelo rubio y su pequeña silueta es lo último que veo antes de regresar al coche, en mitad de una noche plagada de estrellas.

—¿Qué miras, *cuatro ojos*?

La temible voz de Ronan me sorprende por detrás. No es la primera vez que me agrede y sé que tampoco será la última. Al parecer, los vestuarios son su lugar predilecto para intimidarme.

No es tonto. Sabe que aquí me siento vulnerable y que es donde puede hacerme daño sin que nadie se lo impida. Sin ir más lejos, ahora mismo llevo solo los calzoncillos puestos y estoy a punto de meterme en la ducha después de una larga jornada deportiva.

Acabamos de concluir un partido, y nuestra interacción no podría haber sido más incómoda. Anoté un gol gracias a un pase que él dejó escapar, lo cual lo ha enfadado como de costumbre. ¿Es mi culpa? No, pero los chicos como él siempre buscan a alguien a quien cargar con sus desgracias.

El cuerpo fornido de Ronan se enfrenta al mío; ya solo nos separan unos pocos centímetros. Lo acompañan dos de sus amigos, son los mismos que aprueban sus abusos y le ríen las gracias cada vez que decide aprovecharse de los más débiles.

—¿Por qué me miras así? —repite enfurecido—. ¿Acaso te sientes atraído por mí?

—No —respondo, sintiendo los músculos agarrotados y el miedo invadiendo cada célula de mi cuerpo.

—Siempre te veo con la rubita. ¿No será que te gustan los chicos?

—No soy gay —aclaro con firmeza y una seguridad que en realidad no poseo—. Y si lo

fuera, no le veo el problema.

—¡Que no le ve el problema! —dice en voz alta y sus amigos estallan en carcajadas—. Yo sí... Aquí no hay sitio para los maricas.

Me da un empujón que provoca que mis gafas caigan al suelo. Ronan las aplasta y los cristales crujen bajo sus deportivas de marca. Acto seguido, se desprende de la ropa a toda velocidad y obliga a sus secuaces a hacer lo mismo.

Intento escapar, pero las piernas no me responden. También gritar, aunque la voz no me sale. Sé que es un sueño recurrente, que no es real, pero como cada vez que lo experimento, me es imposible huir del pasado. Los tres me empujan hacia uno de los habitáculos, que incluso parece ser más pequeño. La percepción se altera por el denso vapor que me dificulta la visión.

—No... No, espera... —imploro arañando los azulejos. Ellos ríen, y sus burlas se clavan como agujas afiladas que traspasan mi piel.

Nunca me he sentido tan vulnerable y desprotegido.

Me quitan los calzoncillos, dejándome íntegramente desnudo, denigrándome a tal punto de sentir la necesidad de llorar. En silencio. Nadie me escucha y sus insultos retumban entre estas cuatro paredes que comienzan a asfixiarme.

—Ahora sabrás lo que es bueno —concluye Ronan y, sujetándome con todas sus fuerzas, me obliga a colocarme bajo el chorro de agua caliente.

Mi piel se vuelve roja, mi corazón late acelerado. El miedo lo invade todo y la impotencia me araña el alma...

Me despierto dando un salto sobre el colchón, sudado y confuso, con la respiración entrecortada y palpando mi piel que se mantiene intacta. Gracias a las pomadas que me aplicó mi madre en aquella ocasión, no pasó a mayores. Si hubiese estado más tiempo en la ducha, si el entrenador no hubiese entrado a los vestuarios para detener aquella salvajada, probablemente habría acabado en urgencias.

Falté unos días al colegio, y cuando Taissa vino a casa, me inventé que había pillado el virus de la gripe. Jamás le conté la verdad y le pedí encarecidamente a mi madre que no se lo dijera. Quise mantenerla lejos de toda esa mierda y que no se viera expuesta, evitando así que la tomaran en su contra. Además... ¿Dónde quedaba mi orgullo? Que me viera siempre como el chico extranjero, desvalido y necesitado de protección, no era plato de buen gusto para mí.

Me levanto de la cama dejando la luz de la lámpara encendida y me dirijo rumbo a la cocina para prepararme un té. Suspiro cuando encuentro el móvil encima de la mesa con un mensaje de ella, uno que me había enviado incluso antes de recogerla en su apartamento. Tan inmerso estaba en planear nuestra noche especial, que ni siquiera le había prestado atención al teléfono.

Taissa: *Nunca me habían hecho un regalo tan bonito, y me apena que no puedas vérmelo puesto. Chad dice que sería un pecado no usarlo. Y... ¿sabes qué? Lo voy a aceptar, porque todo lo que viene de ti me hace feliz.*

Sonrío como un auténtico idiota. Si alguien pudiese observarme ahora mismo, me transformaría en la viva imagen de un hombre perdidamente enamorado. No soy capaz de despegar mis ojos de la pantalla y mis dedos van por libre cuando me dispongo a contestarle. Ya sé que son las tres de la madrugada y que seguramente esté durmiendo, pero no me puedo aguantar.

Cesco: *Si todo lo que viene de mí te hace feliz, debería confesarte que hoy he vuelto a ser el niño que un día quedó prendado de tu increíble manera de ser. El que casi no tenía amigos, pero que no necesitaba más que a la chica rubia que siempre estaba ahí para él.*

Para mi enorme sorpresa, el mensaje se muestra leído casi al instante y el móvil suena.

—¿Hola? —respondo con una mueca bobalicona atravesándome el rostro—. Perdona, te he despertado.

—Para nada, no podía dormir.

—¿Dónde estás ahora?

—En mi habitación, mirando el techo.

—Menudo planazo de viernes por la noche...

Río sin poder evitarlo y ella me imita. Después, suspira largamente antes de confesarme:

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti.

—¿Qué estamos haciendo, Cesco?

—Bueno, supongo que somos dos adultos con insomnio que buscan un pretexto para no irse a la cama.

—Ya...

—¿Y Chad? ¿Ya se encuentra mejor?

—Capullo...

Estallo en una sonora carcajada y Taissa resopla por lo bajo.

—¿Hoy no dormís juntos?

—¿Deberíamos?

Me encojo de hombros, tratando de mostrar una calma que claramente no poseo.

—¿Te pensarás lo de Verona? —insisto cambiando de tema rápidamente.

—Te lo prometo. Por lo pronto, mañana trabajaremos desde casa; aprovecharemos el fin de semana para avanzar un poco.

—Los fines de semana son para descansar.

—Lo dice el señor adicto al trabajo. Tu hermano me ha chivado que no desconectas de tus labores empresariales.

—¿Has hablado con Mauri?

—Sí, ya he reservado «El Gran Día».

Cuando le pasé su teléfono, lo hice con la esperanza de que se le quitara de la cabeza esa estúpida idea de cometer una locura. Cosa que no ha ocurrido, evidentemente...

—¿Lo harás? —pregunto, enderezándome en la silla con expectación.

—Por supuesto que sí. Quiero demostrarme a mí misma lo que soy capaz.

—Tú eres capaz de todo, Taissa. No te hace falta lanzarte de un avión para convencerte. —Un silencio lo llena todo y, al ver que no contesta, cierro los ojos apoyando los codos sobre la mesa—. Será mejor que te deje dormir, ya es tarde.

—Cesco...

—¿Sí?

Otra pausa que parece eterna y mis nervios a flor de piel, hasta que su voz vuelve a escucharse a través de la línea.

—Que descanses.

—Tú también, Tais.

Permanezco inmóvil, iluminado solo por la pantalla en la que aparece nuevamente su mensaje. Bloqueo el teléfono y, tras darle el último sorbo al té, me dirijo otra vez a la habitación, con el estómago encogido y el recuerdo de ese beso cálido que dejó en mi mejilla al despedirnos.

«Taissa... ¿Qué voy a hacer contigo?», me pregunto al meterme en la cama y cerrar los ojos, con la imagen de su sonrisa bailando en mi cabeza y volviéndome completamente adicto a ella.

Capítulo 17

Taissa

—Confiesa. —Insto a Chad a que diga la verdad antes de acabar nuestra amistad aquí y ahora—. Sabías que me compraría el vestido y que, además, me llevaría al teatro.

—Me lo pidió como un favor personal.

—Y tú accediste.

—¿Qué más podía hacer? —pregunta a la defensiva—. El tío parecía desesperado. —Alzo una ceja y él sonríe mordiéndose el labio—. Admítelo, Tais. Te gusta. Mucho.

—¡Es suficiente! Hay que trabajar o la fecha se nos echará encima y no tendremos nada decente para presentar.

—Huye, cobarde...

—¿Te doy una colleja? ¿Es eso lo que estás buscando?

—¡Cuánta agresividad! —se excusa, levantando las manos en señal de rendición—. Te sugiero que aproveches ese viaje a Verona el fin de semana y te aires un poco...

—Solo si vienes conmigo.

—No te lo tomes a mal, pero ya tengo planes.

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber con quién?

—Secreto de sumario.

Achino los ojos y lo estudio detenidamente. Su mueca juguetona me dice que ya ha hecho migas con alguien por ahí, pero como es un cabrón, no me lo va a contar. No me creo que anoche se haya quedado aquí encerrado haciéndose el enfermo. Me apuesto la cabeza a que cuando salí por la puerta, huyó rumbo a algún garito de la zona para pasárselo bomba a costa de mi ausencia. Y pese a que no se me dio por comprobar si estaba o no en su habitación al regresar, sus pintas de trasnochado de esta mañana me dieron la respuesta.

Lo dejo pasar. Él ya es grandecito y sabe lo que hace, y yo no he venido a ejercer de policía.

—Muy bien... Tenemos los conceptos —concluyo regresando al tema que nos interesa—. Ya hemos estudiado la competencia, el público objetivo, la localización de las nuevas sucursales, la imagen que pretendemos dar... Ahora nos falta la idea.

—Nada más ni nada menos —admite, cruzándose de brazos y echando el cuerpo hacia atrás.

—¿Tenemos definida la estrategia de medios?

Chad rebusca entre nuestras notas y me apunta con el bolígrafo.

—Aquí está: *Spot* que difundiremos en redes sociales y eventos exclusivos para clientes que se acerquen al concesionario. Añadiremos el patrocinio en carreras de motos.

—Perfecto.

Me muevo de un lado a otro, dando vueltas en el salón. De fondo suena la tele. No le prestamos atención, pero el silencio a veces hace que no me concentre. ¿Contradictorio? Puede ser. Hay personas que necesitan de la música, otras tienen que dar un paseo para inspirarse, y las más raras, como yo, buscamos el bullicio constante para conseguir una idea revolucionaria.

De repente, algo llama mi atención.

Son las tres de la tarde del sábado, y como en la mayoría de los canales del mundo, es la hora de las pelis de bajo presupuesto, o en su defecto, de los clásicos que repiten una y otra vez hasta el cansancio. Hoy le ha tocado a Marty McFly y al Dr. Emmet Brown.

Mis ojos se abren gigantes como dos monedas resplandecientes, clavándolos de inmediato en la pantalla. Chad se gira para comprobar qué es lo que me atrae tanto.

—¿Qué?

—Shhh... ¡Calla! —espeto cogiendo velozmente el mando y dándole al volumen. Se desarrolla la escena en que el famoso DeLorean se esfuma, dejando un rastro de fuego en la carretera—. ¡Eso es!

—¿*Back to the Future*? ¿Qué tiene de especial?

—¿No lo ves, Chad?

—Acláramelo, estoy muy perdido.

—¿Qué pasaría si unimos pasado y futuro en un mismo anuncio? El pasado, las generaciones que han consumido el producto desde su creación. El futuro, las motos de última tecnología que llegan para revolucionar la industria. Nuevas aperturas, nuevos clientes en busca de una experiencia diferente.

—Eres un maldito genio —sentencia levantándose, con tal ímpetu, que casi deja caer la silla a su paso.

—¿Qué haces?

—Buscar mi cuaderno y los rotuladores —vocea desde el pasillo dirigiéndose a su cuarto.

Cuando regresa, se acomoda otra vez y empieza a dibujar, no sé el qué.

—Te escucho. Lo primero que te venga a la cabeza —me anima sin despegar los ojos del block anotador.

—Ambientación: años ochenta. Un hombre joven vestido de vaqueros y chaleco rojo entra en un concesionario Harley buscando la moto perfecta.

—¿Debe tener cierto parecido con Michel J. Fox?

—Preferiblemente, aunque debe ser muy sutil.

—Continúa —indica Chad, alzando la vista unos segundos, antes de devolverla al papel.

—El vendedor le enseña varios modelos, hasta que encuentra el que es perfecto para él. ¿Sabes cuál? —Chad mueve la cabeza de un lado a otro, pensativo—. La clásica XLH-1000.

—Buena elección.

—Creo recordar un boceto en la oficina, uno de los prototipos que diseñó el padre de Lorenzo.

—¿Qué ocurre después?

—En la siguiente toma, el joven se sube a la moto y la pone en marcha. Imagino una carretera desierta con muchos kilómetros por delante. Sale disparada, dejando un halo de fuego sobre el pavimento hasta desaparecer.

Casi sin pretenderlo, desvío la vista hacia la tele otra vez y veo a Marty, encontrándose con su padre en la cafetería. Ambos tienen la misma edad. Están en el año 1955.

—La moto aparece en el futuro, ya no es el modelo clásico que compró. Se ha transformado

en una eléctrica.

—El DeLorean también lo era —apunta Chad señalándolo en la pantalla y le doy la razón con una sonrisa.

—¡Debemos utilizar el efecto *stop motion* para mostrar sus atributos y hacerla resplandecer! Acto seguido, entra con ella en uno de los nuevos concesionarios y le entrega las llaves al vendedor. Le guiña un ojo.

—¿El vendedor es él mismo con cuarenta años más?

—Joder... ¡¡Sí!! —Doy saltitos entusiasmada y dando palmas al aire.

—Para cerrar la toma, fundido a negro y el logo de la compañía junto al *slogan*: «El futuro ya está aquí».

Chad sonrío ampliamente y sus ojos brillan de emoción.

—Eres la puta ama de la publicidad.

—¡Lo hemos hecho otra vez! ¡Tú y yo, Chad!

Nuestro baile de la victoria consiste en hacer el idiota unos minutos, acompañados de la canción *Johnny B. Goode* que suena en la película y que nos anima a mover el cuerpo al mejor estilo *rock and roll* de los sesenta.

Nos pasamos la tarde dibujando y planificando el *storyboard* y la presentación de la campaña en los distintos medios. A Cesco y a Lorenzo les encantará, estoy segura. La idea plasma, no solo la temporalidad de la marca a través de diferentes generaciones, sino que le otorga continuidad. Establece lazos con los consumidores, pasando de padres a hijos, y de hijos a nietos. Abre las puertas a nuevos horizontes, donde la tecnología juega un papel importante en el día a día de las personas.

¡Es excelente!

Sin tardar, le envío un correo a Julia comentándole que tenemos la idea principal y que diseñaremos un pequeño dossier para exponérsela antes de presentarla a M&S. También le solicito que gestione los permisos pertinentes para poder utilizar la imagen de *Back to the Future* sin que nos metan una demanda por plagio.

Cuando llega la hora de cenar, Chad propone que salgamos a dar una vuelta por la ciudad.

—Vamos, me muero por un buen plato de espaguetis con pesto —confieso estirando los brazos y enderezándome en la silla—. Estoy agotada.

—Nos lo merecemos —constata mi compañero recogiendo el lío que hemos dejado encima de la mesa. Los lápices y rotuladores, junto a las decenas de bocetos, se acumulan por todo el salón.

Nos duchamos, nos ponemos guapos y salimos a darlo todo y a celebrar una victoria anticipada que, estamos convencidos, será nuestra.

Lunes por la mañana, ¡y menudo fin de semana hemos tenido!

Chad y yo no hemos parado. El domingo nos la hemos pasado maquetando el dossier para nuestra jefa, el cual le enviaremos esta misma tarde sin demorarlo más. Mi cabeza va a explotar. Son tantas las ideas que colapsan en mi mente con imágenes del *spot*, que creo que necesitaré una lobotomía una vez que haya finalizado el proyecto.

Tras saludar a Nicoletta en la entrada y confirmarnos que Francesco se encuentra en su despacho, paso directo a verle. No me aguanto un minuto más sin contarle lo que nos traemos entre manos, aunque no voy a desvelarle nada hasta el día de la presentación.

Toco la puerta con un par de golpecitos y nos invita a entrar. Me lo encuentro tan guapo como siempre, con uno de sus habituales trajes azules y su pelo perfectamente peinado.

Uff...

Chad me mira de reojo y oculta una sonrisa.

—Hola, buenos días —saludo y él se pone de pie de inmediato, rodeando el escritorio para reunirse con nosotros.

—Taissa... Chad... Buenos días, ¿qué os trae tan temprano por aquí?

—Quería comentarte que hemos trabajado mucho este fin de semana y que... ¡Ya tenemos la idea principal para la campaña!

Su sonrisa ilumina más que los rayos de sol que entran por los amplios ventanales.

—¿Tan pronto?

—Somos muy buenos —constato alzando una ceja y cruzándome de brazos.

—Ya lo creo que sí.

—No vamos a adelantarte nada. Solo queríamos que sepas que vamos bien de tiempo y que tendrás nuestra propuesta para el día acordado.

—Sabía que erais una apuesta segura.

—¿Y Gia? —pregunta Chad y me vuelvo clavando mis ojos en los suyos—. Me refiero a que... ¿Sabes si ya tienen algo?

—No han comentado nada todavía, aunque no tardarán. Sé que trabajan muy bien y cumplen los plazos.

Cesco me contempla en silencio durante unos segundos y su sonrisa me desarma por dentro.

—Bueno... creo que iré a por un café —comenta mi compañero, señalando la puerta—. Tais, te espero en el *office*.

—Voy enseguida.

—Adiós, Francesco.

—*Ci vediamo dopo, Chad*²² —responde él con un asentimiento de cabeza.

Cuando la puerta se cierra, Cesco da dos pasos, se detiene a escasos centímetros de mí y toma mis manos regalándome el calor de las suyas. Mis músculos se contraen inevitablemente y mis mejillas se sonrojan ante la espectacular visión que tengo enfrente. Los rayos de sol le dan de lleno en los mechones castaños que relucen gracias a la gomina que se ha aplicado esta mañana. Hay algo diferente en él. No es el mismo que me recibió al llegar hace casi quince días, y eso me gusta. Lo siento cercano, amable y relajado.

—Has hecho un trabajo excelente —declara con voz ronca, un tono que provoca que mis células dancen al ritmo de mis incontrolables emociones.

—Todavía no has visto la propuesta.

—No me hace falta para saber que es la mejor.

Lo tengo tan cerca que puedo oler su exquisito perfume masculino... Si es de Hugo Boss, ya me tiene totalmente a sus pies. Me pierdo en el mar de sus ojos que permanecen anclados a mis labios. Sus pulgares dibujan círculos en el dorso de mis manos.

—Mañana viajo a Bulgaria.

—¿Cuándo regresas?

—El miércoles a primera hora estoy de vuelta.

—¿Me acompañas el jueves a la academia?

Cesco se muerde el carrillo y arruga la frente.

—¿Estoy a tiempo de hacerte cambiar de opinión?

Niego levemente, dándole a entender que nada ni nadie me detiene cuando algo se me mete

en la cabeza. Su risa inunda la estancia haciéndome estremecer.

—Vale... Iré contigo, pero ni sueñes que me arrastrarás a cometer un suicidio.

—¡Eres un exagerado! Además, iré amarrada a Maurizio. No me pasará nada.

—¿Amarrada? —pregunta, confuso y algo inquieto.

—Claro... ¡No voy a lanzarme sola, carezco de la experiencia suficiente! Por eso mismo se le llama *salto tándem*. *Capisci?*²³

No responde, pero sé que su cerebro está funcionando a toda velocidad. ¿Qué es eso que percibo en su actitud? ¿Celos de su hermano, tal vez?

—Te dejo, debo ir a trabajar y tú tendrás muchas cosas que hacer —añado, dando un paso atrás y dirigiéndome a la puerta.

—Tais...

—¿Sí? —me vuelvo hacia él antes de abrirla.

—Te escribiré desde Sofía.

—Espero ansiosa tu mensaje.

Girándome otra vez, sonrío para mí misma.

«Quiero verte saltar, amigo mío».

Han pasado tres días desde que nos encontramos con Francesco en su despacho. Tres días de echarlo de menos como si ya no pudiese vivir sin él. Un cartel grande con luces de neón me recuerda que me quedan menos de quince jornadas de arduo trabajo antes de despedirme de este país y que puede que no vuelva a verle jamás. Algo que me entristece más de lo que estoy dispuesta a admitir y que me deja de cama cada vez que lo pienso.

Por fortuna, el trabajo nos tiene entretenidos. Hemos estado muy compenetrados trazando cada detalle sin dejar ni un cabo suelto. Julia ha respondido a nuestro correo, confirmando que ha gestionado los permisos pertinentes gracias al departamento legal y que tenemos vía libre para utilizar la idea sin riesgos de meternos en problemas. También nos ha dado una palmadita virtual en la espalda por el trabajo realizado y nos ha pedido que le enviemos el informe final.

Hoy la he llamado para darle las gracias por su apoyo. Después de todo, somos su apuesta, y más allá de nuestras diferencias, ha confiado plenamente en nuestras capacidades.

—Me he reunido con Hillman y lo he puesto al tanto de los avances —dijo orgullosa—. Si esto sale bien, Taissa, te asegurarás un ascenso. No la cagues y procura no meternos en líos.

Puse los ojos en blanco y le di la razón como a los locos. ¿Qué más podía hacer? Ya estoy más que acostumbrada a sus amenazas y su manera de encarar las relaciones laborales.

Centro la vista en el ordenador mientras muevo el ratón dándole los retoques a las ilustraciones de mi compañero. Durante la mañana nos hemos ocupado de buscar la música y los efectos de sonido adecuados para el *spot*. Trabajamos con el equipo de Chicago que, pese a la diferencia horaria, está disponible noche y día para colaborar con nosotros.

La puerta de la oficina se abre y Francesco se manifiesta como si fuese una aparición divina. Llevo días sin verle, aunque sus mensajes no han dejado de llegarme al móvil. Me ha escrito unos cincuenta desde que se marchó a Bulgaria el martes por la mañana, y en cada uno de ellos expresaba lo mucho que anhelaba mi compañía.

Cambié su nombre en mi agenda. De innombrable ya no tiene ni el apellido.

Cesco: *Ojalá estuvieses aquí conmigo.*

Ese fue el que más me enterneció y el que leí un millón de veces antes de irme a la cama

cada noche. Después me avisó que regresaría el miércoles tal como estaba previsto, pero que sería complicado vernos, porque tenía mucho trabajo pendiente. Al parecer, la reunión con los búlgaros fue un éxito y planean abrir la sucursal de Sofía antes de que acabe el año. Evidentemente, los progresos han influido en su estado de ánimo, porque lo noto contento y entusiasmado. Eso, o que vernos le produce una especie de regocijo similar al que experimento cada vez que lo tengo delante.

—¿Estás lista? —pregunta con una enorme sonrisa y compruebo la hora en mi reloj de muñeca.

—¿Ya son las cinco? Joder... Se me ha ido el santo al cielo.

—Maurizio nos espera en la academia.

—Sí, sí... perdona —me disculpo levantándome de la silla y recogiendo mis pertenencias —. Es que Chad se ha ido hace rato y me quedé revisando unos correos.

—¿Has traído tu ropa deportiva?

—Tengo el bolso en el armario —señalo la puerta que se halla justo a su derecha y él la abre para sacarlo.

—Venga, yo te lo llevo.

Al llegar a su lado, me detengo en seco.

—Hola.

—Hola, pequeña. Me gusta tu falda.

Se aproxima como si nuestra historia hubiese sido muy diferente a la que en realidad fue, y sin ningún tipo de objeción, deposita un beso fugaz en la punta de mi nariz.

Me quedo de piedra.

Noto mis mejillas arder y la mirada empañada por algo a lo que no sé ponerle nombre. De la suya, salen bolas de fuego.

—Y a mí me gustan tus besos.

«¿He dicho eso en voz alta?»

Sus pupilas se oscurecen, su semblante se vuelve, de repente, sombrío. Parece poseído por una extraña fuerza que lo arrastra a cometer una locura. Se acerca aún más y humedezco mis labios inconscientemente. Trato de huir, dando un paso atrás, pero entonces, sus manos envuelven mi rostro y...

Se oyen un par de golpes en la puerta y ambos nos sobresaltamos.

—¿Taissa? —La voz de Spaggiari rompe la magia y nos obliga a separarnos de inmediato. Carraspeo y me aliso la camiseta, pese a Cesco no me ha puesto un dedo encima.

Todavía.

—Sí, pasa Lorenzo.

Cuando entra y nos ve a los dos tan cerca uno del otro, disimula una mueca astuta.

—Solo quería informarte que mañana a primera hora haremos una *call* con el equipo de marketing de la Agenzia Digitale. ¿Te interesa participar?

—Cuenta con ello.

—Estupendo. Cesco...

Él asiente evitando conectar con la mirada de su socio y responde con firmeza:

—Estaré allí.

—Bien, os dejo. Me voy a casa ya. Que os cunda la tarde.

«Ya lo creo que sí».

Capítulo 18



Taissa y Martina conversan como si se conocieran de toda la vida.

¿Qué hacemos aquí? Pues estas locas de remate van a lanzarse desde una avioneta para probarse a sí mismas que son invencibles.

A mí me va a dar algo.

¿Por qué? Pues porque soy un puñetero imbécil y no he sabido decirle que no a Taissa. Jamás he podido hacerlo, de hecho. Tiene el poder de un superhéroe, de esos que son capaces de manejar tu mente hasta que asumas que estás completamente perdido. Ni siquiera he sido consciente del momento en que firmé ese maldito consentimiento.

Cazzo...

Mi hermano me ayuda a colocarme el... paracaídas.

Sí, ¡Dios! ¡Llevo un puto paracaídas amarrado a la espalda! ¿Quién en su sano juicio disfruta tirándose de un trasto volador a miles de kilómetros de altura? ¿Para qué coño he venido hasta aquí? ¿Y por qué la sola idea de que mi hermano tenga a Taissa pegada a su pecho durante un salto en caída libre me provoca más vértigo que lanzarme yo mismo al vacío?

Cosas que jamás comprenderé.

Mi vida es una farsa.

Voy a morir...

—¿Estás bien? —pregunta Maurizio, notando que me tiemblan las manos y que no controlo la ansiedad.

—No.

Estalla en carcajadas y me estabiliza sacudiéndome por los hombros.

—Escúchame bien. No tienes por qué hacerlo si no estás seguro.

—Lo haré.

—¡Ole tus cojones!

—Cállate de una puta vez, ¿quieres? —farfullo apretando la mandíbula—. Me estás poniendo más nervioso.

—Eso sería prácticamente imposible.

Ruedo los ojos y me libero de su agarre, a la vez que las chicas se acercan ya vestidas y listas para subirse a la máquina del infierno. Esa avioneta me da a mí muy mala espina... parece de cartón y me temo que, a la mínima ráfaga de viento, caeremos todos en picado.

Tengo ganas de vomitar.

—Estás muy pálido —sentencia Martina y Taissa me observa preocupada.

—No es necesario que subas con nosotras...

—Sí, es necesario —asevero advirtiéndoles que, como me lo recuerden, saldré corriendo de este hangar sin dar explicaciones a nadie. Es ahora o nunca—. Ven conmigo.

Arrastro a Taissa hacia una zona apartada del resto, aquí podemos hablar con tranquilidad. Y pese a que su insistencia en que me animara a cometer esta locura me ha llevado a dar el paso, también me ha revelado una verdad grande como una casa.

Inspiro y expiro un par de veces antes de hablar. Sus ojitos pícaros me contemplan con admiración; debo admitir que me encanta que me considere su héroe. Me hace sentir grande. Inmenso. Especial.

—Tais...

—¿Qué?

La cojo abruptamente de las caderas y me arrimo con desesperación a su menudo cuerpo enfundado en el mono rojo. Casi no le da tiempo a reaccionar cuando mis brazos la envuelven por completo. Nuestras respiraciones agitadas, su boca apenas abierta, dejándome apreciar esos dientes blancos y perfectos...

—Bésame.

Sus ojos se abren grandes como el dos de oro.

—¿Cómo?

—Bésame, porque si me muero, no quiero arrepentirme de nada.

—¡Chicos, tenemos que salir ya! —grita mi hermano y la avioneta enciende sus motores, haciendo girar la hélice a toda velocidad.

—No vamos a morir —aclara Taissa con una de sus preciosas sonrisas, acariciándome el alma. Sus latidos han vuelto al ritmo habitual y su conmiseración resquebraja la capa de hielo que durante tanto tiempo me he esforzado en mantener intacta. A continuación, me coge de la mano y me lleva hasta la aeronave donde ya se encuentra el piloto comprobando los controles.

—Sube —me insta mi hermano sin dejar de observar nuestras manos entrelazadas. Martina parece divertirse con la situación.

—Eres una traidora —mascullo sentándome a su lado y ella ríe a carcajadas.

—Te dije que no me lo perdería por nada del mundo.

—Y Taissa necesitaba apoyo logístico para convencerme.

—Bueno... las mujeres tenemos ese poder.

—Poneros las gafas —nos pide Maurizio y todos obedecemos a la vez. El aire cálido me llega desde la puerta a la que le quedan un par de segundos para cerrarse. A mi izquierda se coloca otro instructor. Mi hermano ha decidido lanzarnos a todos en tándem, menos yo... Me toca hacerlo solo. Según él, se encargará de abrir mi paracaídas cuando llegue el momento.

«No debes temer. Yo estaré ahí», me aseguró mientras me explicaba cómo llevaríamos a cabo el salto y casi me pongo a llorar como un niño. No de la emoción, que quede claro, sino de lo acojonado que estaba. Después, nos ha llevado a los vestuarios, nos ha presentado a su compañero y nos ha explicado el procedimiento como un verdadero profesional de la aviación.

Mauri se coloca el casco, que lleva instalada a su vez una GoPro para documentar cada segundo de esta alocada odisea. Los dedos de Taissa acarician mis nudillos brindándome sosiego. No voy a decirle que mi corazón está a punto de estallar y que quiero que esto pase rápido para volver cuanto antes a tierra firme.

Ya hemos despegado y el mareo que experimento es importante.

Ganamos altura con el paso de los minutos. Mi mente parece desconectar de la realidad,

como si viviera dentro de una película y yo fuese el protagonista. Veo ráfagas de mi existencia pasar ante mis ojos, incluso recuerdo escenas de mi infancia junto a la chica que tengo al lado y que no deja de infundirme calma con su carácter apaciguado.

En momentos como este te lo replanteas todo.

¿Qué es lo que verdaderamente importa? ¿Cuáles son las cosas que le dan sentido a tu vida? ¿Con quién quieres compartirla?

La miro con atención, parece un astronauta con esas gafas y ese ridículo casco, sin embargo, jamás la he visto más hermosa. Un nudo me oprime el pecho y sube hasta mi garganta. Le gritaría que la quiero, que la necesito porque ella es y será siempre la persona que ha hecho de mí el hombre con el que me topo en el espejo cada mañana. Que, gracias a su enorme corazón, audaz y entusiasta, vencí el miedo en muchas ocasiones y me atreví a ser yo mismo.

Porque su amistad vale todo el oro del mundo.

Porque no me imagino la vida sin ella.

—¡Muy bien! —grita Mauri por encima del atronador sonido de los motores—. Una vez que os dé la señal, iremos saltando de uno en uno. Cesco... —Taissa aprieta fuerte mi mano—. Yo te guiaré y tiraré de la cuerda cuando estés listo. Como te he explicado, notarás una fuerte sacudida que te elevará unos cuantos metros hacia arriba; después descenderás. No tienes que hacer nada más que disfrutar del viaje.

Levanto el pulgar y el terror invade cada porción de mis órganos, mis venas, arterias, mis huesos... Nunca había experimentado esta sensación tan desconcertante.

—Chicas... vosotras iréis con nosotros. No hay más.

Echo un vistazo al instructor que nos acompaña. Se llama Dante y, según palabras de mi hermano, es de fiar. Él será el encargado de llevar a Tais, por lo que en sus manos tiene a la persona que más me importa en este mundo.

—Ten cuidado, por favor... —le suplico como si la estuvieran llevando al cadalso. Taissa aguanta la risa y yo desearía morirme, aquí y ahora.

—Todo irá bien —me susurra ella al oído y sus ojos refulgen a través de los rayos de sol, que, pese a ser más de las seis de la tarde, parecen brillar más que nunca.

Una vez que llegamos a la altura máxima, nos dicen que ha llegado la hora. Mis manos tiemblan sin control y mi pulso se acelera como si estuviese corriendo una maratón. Dante amarra el arnés de Taissa al suyo y Mauri hace lo propio con Martina. La puerta se abre y el instructor me indica que permanezca a su lado para saltar los tres a la vez.

—¿Preparados?! —pregunta Dante con una enorme sonrisa.

—¡Nooo! Joder... No puedo.

—¡Vamos, Cesco! Será la mejor experiencia de tu vida —grita mi hermano a mis espaldas y siento su palmada en el hombro.

No me hace falta más para cerrar los ojos, inhalar por última vez, colocarme tal como me han enseñado y saltar al vacío.

A la nada.

A unas vistas que te hacen admirar la grandiosidad de la naturaleza.

El viento azota mi cara y enseguida las manos de Maurizio me sujetan de frente. Martina no para de chillar emocionada hasta que Dante y Taissa se nos unen formando una especie de corro entre los cinco.

Grito tan fuerte que siento mis pulmones quemarse, y entonces, aparco el miedo para empezar a disfrutar. Me siento liberado, soltando todo el lastre que he cargado sobre los hombros durante tanto tiempo.

Es un antes y un después.

Un nuevo comienzo.

Taissa ríe a carcajadas al notar mi exacerbación. ¡No puedo para de aullar como un lobo! Danzamos en el aire de la misma manera que lo hicimos en aquel tubo hace apenas una semana, dejándonos llevar por la sensación más placentera que he vivido en años. La fuerza del viento nos deforma la cara y jugamos a ser otras personas, unas más despreocupadas y atrevidas.

La vida se ve de otra forma muy distinta desde aquí arriba.

Una caída de seis segundos a doscientos kilómetros por hora en dirección a un paisaje que parece sacado de un cuadro. La ciudad se observa como una enorme maqueta repleta de casas pequeñas, montañas y campos verdes en los que abundan sembrados de maíz.

Mauri me indica que ha llegado la hora de abrir el paracaídas, tira de la cuerda y subo abruptamente unos metros hasta sentir que el viento mece mi cuerpo de un lado a otro. Tal como él me enseñó, cojo los amarres y guío las cuerdas para que la velocidad sea la adecuada. El resto lo hace igual, manteniéndonos unidos y descendiendo suavemente hasta localizar el mismo terreno del que hemos despegado.

Cuando mis pies tocan el césped y caemos sentados sobre tierra firme, mi mente vuelve a conectar con la realidad. O no...

Me siento diferente, suelto, redimido...

Por fin respiro aliviado.

Ha sido increíble.

El equipo en el hangar se encarga de retirarnos los arneses, y en poco tiempo veo a Taissa corriendo hacia mí, liberada del casco y las gafas. La espero con los brazos abiertos. Se aferra fuertemente a mi torso, envolviendo sus piernas a mis caderas mientras la hago girar en círculos. Cuando por fin me mira, mi mundo entero cambia.

—¡Me ha encantado! ¡Qué pasada!

Su voz se cuela tan profundo en mis entrañas, que una corriente eléctrica me insta a enterrar mi cara en su cuello. Me siento en casa. Ella es mi hogar.

Nos separamos un instante y nuestros ojos se encuentran a mitad de camino entre la nostalgia y la aceptación. Entendemos que nada pudo separarnos jamás, incluso sabiendo que estábamos a miles de kilómetros de distancia; que la decepción y el dolor fueron parte de crecer, y que eso tan fuerte que siempre nos unió sigue ahí, intacto, esperando a ser rescatado del baúl de los recuerdos.

Un inconmensurable sentimiento nos abraza. ¿Será amor? Ninguno de los dos lo sabemos con seguridad.

El cuerpo de Taissa se desliza hacia abajo hasta que sus pies vuelven a tocar el suelo y diviso el hangar a sus espaldas. Está muy cerca, el resto se ha dispersado y eso me da margen para huir en su dirección. Como lo harían dos niños pequeños, corremos tomados de la mano hasta escondernos entre risas y con la adrenalina fluyendo a través de nuestras venas sin control. Una vez dentro, agitados y sonrientes, vuelvo a mirarla como antaño, con esa necesidad de ella que me quema por dentro y que me hace desearla como a nada en esta vida.

La arrinconó contra la primera pared que encuentro, pero antes de poder sostener su rostro entre mis manos, me detiene, colocando una de las suyas sobre mi corazón desenfrenado.

Sus ojos brillantes de lujuria me imploran una tregua.

—Después de esto, no hay vuelta atrás —susurra contra mis labios, que ansían probarla de una bendita vez.

—Entonces no quiero volver nunca de donde quiera que estés ahora mismo.

Estampo mi boca contra la suya, y aspirando su gemido ansioso y desesperado, invado su integridad con mi lengua para llevármela muy lejos. Allí donde los dos encontramos nuestro lugar. Único. Sagrado. Un punto en común que nos arrastra hacia un sitio lejano y especial.

Me pierdo en su sabor adictivo, en su lengua que lucha con la mía por ganar posiciones. Rodeo sus dientes, su paladar. Su saliva se mezcla con la mía en un juego peligroso y despiadado, obligándome a pegarme más a ella. Nuestra vestimenta nos impide sentirnos más cerca, aun así, mi cuerpo arde a miles de grados Celsius.

Jadeo en su oído al apartarme solo un instante de su piel, aspirando el aroma de su champú floral entre sus mechones rubios y suaves. Es todavía más deliciosa de lo que imaginaba. La he abrazado millones de veces, hemos dormido juntos siendo tan solo unos niños, pero nada se compara con poseerla íntimamente. Todo lo que pueda decir, se queda corto. No hay términos que le pongan nombre a lo que invade cada poro de mi piel.

Su respiración agitada y sus iris nublados por el deseo me hablan a través de un lenguaje que solo ella y yo comprendemos.

Un código secreto.

El nuestro.

Hemos llegado muy lejos, hasta esa transición en la que nos toca decidir siendo los escritores de nuestra propia historia.

¿Qué dirección debemos tomar?

Abro la boca para plantear la pregunta que tanto he esperado y...

—¡Cesco! ¡Tais! —La voz de Martina nos trae de vuelta al hangar como un bofetón contundente—. ¡Os estábamos buscando! —reclama acudiendo a nuestro encuentro.

Vuelvo la vista y me encuentro con una Taissa dichosa y radiante, quizá tan aliviada como yo. Tal vez hemos hecho las paces sin saberlo, poniendo en su sitio cada sentimiento confuso que albergábamos en nuestro interior.

—Será mejor que regresemos.

—Sí —añado con una sonrisa gigantesca y el corazón henchido de felicidad.

Extiendo mi brazo y ella se aferra a mi mano con determinación.

—¿Os ha gustado la experiencia? —pregunta Mauri aproximándose a nosotros.

—¡Ha sido maravilloso! —asegura mi rubita—. ¿Podemos repetirlo?

Las carcajadas de todos le dan la respuesta y ella apoya su rostro relajado sobre mi hombro, mientras envuelvo su estrecha cintura.

—¿Qué os parece si nos duchamos, nos cambiamos y salimos por ahí a celebrar nuestro primer salto tándem en grupo? —propone mi hermano.

—Tengo el día libre, yo me sumo —acota Martina levantando la mano.

—Y yo —afirma Taissa.

—Estupendo —concluye Maurizio—. Cesco, ven conmigo. Chicas, ya conocéis el camino hacia los vestuarios femeninos.

Les guiña un ojo y me arrastra con él de regreso a la academia. Por poco y tiene que despegarme como un cromo para que lo siga.

—Estoy orgulloso de ti —comenta cuando nos hemos alejado lo suficiente y perdemos de vista a nuestras acompañantes.

—No puedo describir lo que he sentido allí arriba... —Mi exaltación le hace sonreír—. Ha sido estupendo, Mauri. Gracias por insistir.

—¿Y después?

Lo miro extrañado.

—¿Después?

—¿Qué ha ocurrido allí dentro? —señala el hangar con el pulgar, elevando las cejas a la altura del cuero cabelludo. Le dedico una mueca ladina y él estalla en carcajadas—. Ya era hora, *fratello*.

—Iré a por todas, esta es mi oportunidad.

—¡Así me gusta! —Sus brazos se elevan en señal de victoria.

—La he invitado a Verona.

—Mamá me lo ha chivado.

—¿Acaso esta familia conoce el significado de la palabra *discreción*?

—Yo creo que no...

—Joder, es que Fiorella no puede callarse nada —protesto y mi hermano meneaba la cabeza.

—La idea de tener a Taissa de nuera, le entusiasma más de lo que supones.

—¿Nuera? —Me detengo en seco—. Eh, eh... Para el carro, que acabamos de besarnos por primera vez.

—¿Y tú crees que será la última? —plantea Mauri con perspicacia, reanudando la marcha—. Prepárate, Francesco.

Su fuerte brazo me atrae hacia sí y me revuelve el pelo con cariño antes de asegurar:

—Esto acaba de empezar.

Capítulo 19

Taissa

Me contemplo en el espejo del vestuario femenino. Todavía no he entrado en la ducha y mis mejillas arreboladas delatan la intensidad de la pasión que fluye en cada parte de mi cuerpo.

Una amplia sonrisa ilumina mi rostro y mis ojos brillan con una intensidad que no mostraban desde hace tiempo. Toco mi piel erizada por sus besos, mis manos que han acariciado su nuca, los labios que han degustado el sabor de los suyos.

Dios...

Podría afirmar con bastante certeza que nuestro arretrato supera ampliamente la emoción experimentada durante el salto en paracaídas. Adrenalina pura y una pizca de erotismo lo han teñido todo por unos instantes en que mi cabeza desconectó del mundo para viajar a una dimensión desconocida. Para volar junto a él. A mi amigo. A mi compañero de aventuras y desventuras. A mi otra mitad. Al hombre del que he estado profundamente enamorada toda mi vida.

Envuelta únicamente en una toalla que dejo caer al suelo camino hacia el grifo, dejando que el agua limpie y aclare mis pensamientos. Unos muy lascivos, por cierto. De inocentes, no tienen nada.

Apoyo las manos contra el azulejo y cierro los ojos, recreando cada instante vivido hace apenas unos minutos, cuando su cuerpo apresó el mío con firmeza. Cuando su lengua entró en contacto con la mía. Cuando sus manos acariciaron mis mejillas y sus yemas exploraron cada porción de mi piel expuesta. Mi frente descansa sobre la pared y las risas inundan el habitáculo.

«¿Qué ha sido eso?», medito recordando sus urgentes acometidas, como si hubiesen sido parte de un sueño placentero. Porque su lengua entraba en mi boca haciéndome el amor contra aquel muro, escondidos y apartados del mundo que nos rodeaba.

Me enjabono con parsimonia, inmersa en un idilio del que no quiero despertar. Lavo mi cabello y, al terminar, me visto con la ropa limpia que he traído de repuesto. Cuando estoy lista, aún con el pelo húmedo formando ondas alrededor de mi rostro, salgo a su encuentro buscando tenerlo cerca más que nunca. Lo veo conversando con Maurizio, ambos se han aseado y se entretienen reviviendo la hazaña que acabamos de protagonizar.

—¿Y Martina? —pregunto al llegar a su lado. Cesco se gira para conectar conmigo y es uno de esos momentos en los que aguardas expectante la reacción del otro.

«¿Cómo debemos comportarnos?». Nos conocemos desde siempre, no obstante, ya no somos los mismos de antes.

—Se ha ido a casa —responde Maurizio—. La veremos en un rato cuando bajemos a la ciudad. ¿Qué tal? ¿Cómo te sientes?

—Como nueva —expreso con sinceridad y Francesco me contempla con algo parecido a la admiración. Su hermano nos observa y sonrío cómplice.

—*Andiamo?*

—Tais y yo hemos venido en la moto —anuncia Cesco y busca mi mano sin vergüenzas—. ¿Quedamos allí en media hora?

—Estupendo, ¡portaos bien! —advierte alejándose en dirección a la salida.

Un silencio cómodo y agradable nos circunda, y él suspira algo nervioso.

—¿De verdad quieres venir? No te sientas obligada si...

Acallo su discurso apoyando un dedo en sus labios esponjosos y dulces.

—Nada me gustaría más.

—Bien... De acuerdo. —Se pasa la mano por el pelo en un intento de encontrar las palabras adecuadas. Sin embargo, no las hay. Todo es superfluo cuando se trata de nosotros, de lo que fuimos y de cómo nos hemos transformado.

—Esto es muy raro.

—Sí... Es... sanador. Y agradable, y... —Su mano viaja a su pecho y lo frota con anhelo—. Taissa, no sé de qué forma ocurrió. Un día eras mi amiga y al otro necesitaba besarte con locura.

—Sufrí mucho cuando te fuiste.

—Yo también. —Sus yemas acarician mi mejilla sonrojada—. Mi mundo empezaba y acababa contigo, y cuando mi padre anunció que volveríamos a Italia, se detuvo para nunca más orbitar alrededor del sol. Todo se apagó y dejó de tener sentido para mí.

Cesco acaba de pronunciar la declaración de amor más bonita que me hayan hecho jamás. Lo miro extenuada, adivinando sus intenciones y conociendo un poco más al chico que me hizo tan feliz. Y el que me lastimó también. Porque Francesco es las dos caras de una misma moneda. El amor y la traición. Una contradicción constante que me abruma, pero que, paradójicamente, me llena de una satisfacción inmensa.

Sin que lo espere, pasa su mano por mi nuca y me atrae hacia él para devorar mis labios con fruición y cariño. No me permite dudar, no deja que la confusión se apodere de mis pensamientos. Simplemente, actúa y lo hace llevado por un deseo que hace crecer pterodáctilos en mi estómago. Mis manos se aferran a su espalda enfundada en una sudadera gris que le quitaría con mucho gusto con el fin de palpar su calor a través de la tela. Adoro su perfume, la manera en la que se apodera de mi boca como si llevara toda la vida soñando con lamerla, exprimirla, degustarla... Su bruta erección, marcándose en sus pantalones de chándal, me deja sin aliento.

Al separarnos lentamente, unimos nuestras frentes y todo queda reducido a un instante perdurable. Un eco de lo que podríamos llegar a ser juntos, si ambos nos lanzáramos a la aventura de querernos sin medida.

—¿Nos vamos?

—¿Mmm...? —pregunto con los ojos todavía cerrados y el éxtasis recorriendo mis huesos. Francesco ríe entre dientes y mordisquea mi labio inferior, luego se pierde en mi cuello y me susurra al oído con lascivia.

—Me muero por tenerte desnuda y jadeando mi nombre mientras te follo contra la primera superficie que encuentre.

«OMG».

Una llamarada de fuego incandescente se prende en mi interior y, en cuanto abro los ojos,

soy testigo del que emanan sus oscuros ojos marrones.

—¿Follar? ¿Desnudos? —cuestiono con fingido desconcierto y él se aprieta aún más, evidenciando su excitación.

—¿Tienes alguna objeción?

—Ninguna —constato imaginando una escena tórrida entre sus sábanas.

En respuesta a mi osada insinuación, deposita un último beso en mis labios que me sabe a poco, pero que mantiene la promesa implícita. Algo me dice que hacer realidad nuestras fantasías detonará un arsenal de fuegos artificiales a nuestro alrededor.

Solo espero estar preparada para enfrentar la explosión al intimar con el que un día fue mi mejor amigo.

—Y entonces Francesco le dijo a la profesora que su amiga Taissa no había estudiado, pero que él daría la lección por ella.

Maurizio y Martina estallan en carcajadas y él se frota la sien aguantando la risa. Su postura relajada, con el codo descansando en el reposabrazos y la otra mano acariciando el dorso de la mía, hace que me enamore un poco más de él, si eso es posible.

Nos hallamos sentados en la terraza de un bonito restaurante en pleno centro de Milán. Optamos por uno de estilo informal, ya que no hemos venido vestidos de etiqueta y deseamos disfrutar de unas hamburguesas al más puro estilo americano. La brisa veraniega hace que la noche sea perfecta para compartir un momento entre amigos, rememorando anécdotas de nuestra infancia en Estados Unidos.

—Siempre fui muy dado a sacarte las castañas del fuego —me recuerda Cesco con ironía.

—¡Madre mía! Es muy tarde, mañana debo abrir la tienda y estoy sola a primera hora —refunfuña Martina y todos comprobamos nuestros relojes.

—Es verdad, yo también me voy. —Mauri se levanta de la silla, despidiéndose con una sonrisa—. Tais, ¿te veo mañana?

Miro a Francesco dubitativa.

—Vamos, di que sí... —me ruega con ojos de corderito degollado.

—La única pega es que estará la familia al completo. Los Moretti solemos ser muy ruidosos, metomentodo y liantes. Por lo demás, te lo pasarás genial.

—A mí también me han invitado —sugiere Martina animándome a aceptar mientras se cuelga el bolso al hombro—. Verona tiene sitios espectaculares.

—Joder... ¡De acuerdo! —levanto las manos, resignada.

—¡Sí! —celebra Francesco y, arrimándose y cogiendo mi rostro entre sus manos, me estampa un beso poco discreto.

—Qué fin de semana más interesante nos espera —concluye Maurizio con guasa y las risas vuelven a sonar al unísono.

Unos minutos después, los chicos pagan la cuenta y salimos del restaurante rumbo a nuestros respectivos apartamentos. La moto de Francesco se encuentra aparcada muy cerca y no tardamos en dar con ella. Casi ni me entero cuando rodea mi cintura y me levanta sin ninguna dificultad, colocándose en el asiento trasero.

Muerdo la uña de mi dedo índice sonriendo y esperando con expectación el siguiente paso. ¿Ahora es el momento de decirle lo sexy que me resultan sus andares de niño pijo mezclados con ese aire macarra que solo una moto Harley-Davidson puede otorgarle?

Se acerca tan sigiloso como una pantera, mientras su mano busca en el maletero el casco destinado para mí. No puedo imaginarlo en la cabeza de nadie más que no sea la mía.

—¿Puedo preguntarte algo? —me aventuro cuando su pulgar acaricia mi labio inferior.

—Lo que quieras.

—¿Desde hace cuánto que no subes a una chica a esta moto?

—Mmm... —lo medita haciéndose el interesante y me descojono al notar que se lo tiene que pensar demasiado.

—Venga, sé sincero.

—Unos seis meses.

—Y duró...

—Casi tres años.

—Vaya —murmuro casi para mí misma—. Eso es... mucho tiempo.

—Tuvimos algo bonito.

—Pero...

—Supongo que como todo lo que se descuida, acaba convirtiéndose en costumbre y después en un lindo recuerdo.

—¿La echas de menos?

—A veces. Extraño despertarme acompañado y la agradable sensación de saberte querido y valorado por lo que eres y no por lo que tienes.

—Los mensajes en el móvil...

—Desayunar juntos...

—Las confidencias.

—Contarle lo bien que ha ido mi día en el trabajo o lo horrible que ha sido y refugiarme en sus brazos.

El leve movimiento de mi cabeza le hace saber que estoy de acuerdo con él. Lo más bonito de las relaciones es poder compartir con alguien especial, lo que con otros carece de emoción. Son las cosas simples, los momentos cotidianos, el sexo y el sentido de protección, la calidez de una caricia. No todo se puede medir con la vara de la conveniencia, porque cuando te convences de que la persona que has elegido te querrá más allá de tus millones de defectos, es cuando comprendes la verdadera dimensión del amor.

—¿Y qué hay de ti? —inquieta realmente interesado.

—Digamos que todavía intento superar una ruptura. Le quise, mucho, pero éramos muy diferentes. Samuel fue mi única relación seria y sincera.

Un silencio eterno nos abraza en medio de la noche estrellada. El sonido de los coches, de la gente que camina por las aceras y algún que otro instrumento que suena por la calle acompañan nuestros pensamientos. Todavía no estoy preparada para confesarle que, pese a los años y las diferencias que nos han distanciado, mi amor por él permanece intacto. Que me duele profundamente no saber qué lo alejó de mí y por qué decidió apartarse. Que necesito cerrar esa herida para abrirle mi corazón de una vez por todas.

—¿Me llevas a casa? Quiero preparar la maleta y dejarlo todo listo para el viaje.

—Claro que sí, *principessa* —accede pasando un mechón de mis alborotados cabellos por detrás de la oreja.

—¿Recuerdas esa peli?

—¿*La Vida es Bella*?

—Roberto Benigni creó una verdadera obra maestra.

—Supo plasmar a la perfección el valor de lo esencial.

Y sin decir más, besa la punta de mi nariz, me coloca el casco, amarra bien fuerte la correa y sube para que me sujete a su cintura como cada vez que nos encaramamos a su inseparable Harley.

Serpenteamos por las calles de Milán recorriendo sus rincones hasta llegar al apartamento, donde seguramente Chad aguarda expectante por las novedades. Hace un rato le envié un mensaje contándole brevemente nuestra alucinante experiencia en el aeródromo y dejándolo con ganas de más.

Me despido de Francesco en la puerta, ansiosa por lo que vaya a ocurrir este fin de semana y deseosa de verle otra vez mañana en la oficina. Tenemos pendiente una reunión, quizá la última, antes de presentarles el proyecto final y de conocer al ganador de la campaña.

El momento se acerca y no sé si quiero que llegue el día.

Eso significará el final de nuestra relación laboral y...

No quiero pensarlo. No ahora.

Porque a veces presiento que caminamos sobre una cuerda floja como los equilibristas y esa sensación de incertidumbre me incomoda, a tal punto, de querer huir en la dirección contraria.

Llevamos solo cinco minutos esperando en la sala, cuando Gia hace su entrada triunfal.

—*Buongiorno*.

—Hola —respondo sin mucho entusiasmo, mirando de reojo a Chad, que parece haberse quedado en *standby*. Llegados a este punto, todavía me pregunto qué demonios ha visto en esta tía que le causa tanta curiosidad. Le doy con el codo y él parece reaccionar.

—Hola, Gia —dice por fin, con un tono de voz ronco y sugerente que me hace sospechar lo peor.

Me giro abruptamente, lo encaro sin cortarme un pelo y, sinceramente, me da igual que la tipeja esta entienda o no mi pregunta.

—¿Os habéis liado?

—¿Qué dices? —Mi amigo me increpa abriendo los ojos con fingido asombro. Gia se muerde el labio y me dedica una sonrisa ladeada que me pone en alerta de inmediato.

—¿Estás loco?! ¡Te has aliado con el enemigo! —bufo poniéndome de pie, atrayendo la atención de los socios de M&S que entran por la puerta.

—*Buongiorno a tutti* ²⁴—saludan ambos con una sonrisa, aunque Francesco se detiene a observar mi atuendo más tiempo del necesario. Sus ojos barren mi cuerpo entero, desde los zapatos *stilletto*, pasando por la falda corta y acampanada que cubre mis caderas con descaro, hasta mi camiseta de algodón blanca que se adhiere a mi delantera realzando mis escuetos atributos.

Sí, me he vestido pensando en él e imaginando esa misma mirada libidinosa que revoluciona mis hormonas, haciendo bullir la sangre que corre por mis venas. Mis mejillas se colorean y mis labios se curvan hacia arriba. De repente, Chad y la bruja se han desvanecido de la faz de la tierra.

—Hola —le digo con un tono de voz mucho más sugerente que el que le he dedicado a Gia.

—Hola.

Lorenzo carraspea y ambos parpadeamos, dándonos cuenta de dónde estamos.

—Si os parece, podemos comenzar con la reunión.

—Sí, claro —acepta Cescó, adoptando inmediatamente su habitual seriedad empresarial. Yo

me veo obligada a sentarme en mi sitio, ocultando una astuta sonrisa.

—¿Ya os habéis revolcado? —cuchichea Chad a mi lado, inclinándose para no ser escuchado.

—Si hubieras estado anoche cuando llegué al apartamento, lo sabrías —contesto con inquina.

—Eres mala.

—Lo dice la reencarnación de Judas.

—Tais...

—¿En qué estás pensando? —le recrimino, ahora sí, volviéndome para clavar mis ojos acusadores en los suyos. Esa cara de niño bueno a mí no me engaña.

—No es lo que parece.

Me giro otra vez ofuscada hasta que Lorenzo da un par de golpes con la carpeta sobre la mesa, llamando la atención de los presentes.

—Muy bien, os hemos citado hoy para comentaros algunos puntos a tener en cuenta. En primer lugar...

Intento poner todo mi interés en lo que dice Spaggiari, pero no me resulta fácil seguirle el hilo, por dos razones de peso. Primero, me tiene inquieta el hecho de que mi compañero se haya liado con la competencia, ya que no me fio de ella ni un pelo. Segundo, porque Francesco sigue mirándome como si fuese un helado de chocolate que se quiere devorar.

Me recoloco en la silla y me cruzo de piernas, dejándole ver parte de mis nítidos muslos desnudos que claman ser tocados y venerados por... él. Debo confesar que anoche me he masturbado en su nombre, y es curioso, porque parece leerme la mente mientras sigue atentamente cada uno de mis estudiados movimientos.

¡Adiós a los búlgaros y todo lo que Lorenzo nos está contando! Esto es muy poco profesional, lo sé. Pero a ver quién es la guapa que se resiste a la tensión sexual que se respira en esta sala, teniendo a Francesco vestido con un traje azul de raya diplomática y los pelos revueltos con pintas de recién follado. Lo único que mi mente es capaz de reproducir, es una escena erótica que transcurre precisamente encima de la mesa que nos separa.

La temperatura de mi cuerpo sube cuando la imagen del atractivo ejecutivo que tengo delante, empujando entre mis piernas, domina mi mente sin darme opción a desviar la vista hacia otra parte.

—¿Alguna pregunta o duda que queráis aclarar? —inquire Lorenzo y me limito a negar con la cabeza.

Gia hace un par de apreciaciones, Chad la segunda, pero a mí me da igual, sinceramente. Ya le preguntaré más tarde, como cuando en el colegio me dispersaba pensando en pajaritos y después tenía que ponerme al día llamando por teléfono a alguno de mis compañeros.

Francesco repasa sus gruesos labios con la lengua en un gesto casi inconsciente y mi centro palpita ante la llamada del cacique. De pronto me siento tan acalorada, que me disculpo en cuanto Lorenzo da por finalizada la reunión, dirigiéndome rauda hacia los servicios.

Espero unos cuantos minutos antes de salir, prefiero no cruzarme con él o aquí ocurrirá una desgracia. Y no es plan que Gia se entere que entre uno de los socios y yo hay un escarceo, o sospechará de la legitimidad de nuestra participación en el proyecto.

Mojo mi nuca con agua fresquita, me ahueco el cabello colocando muy bien mis ondas rebeldes y me aseguro de que mi vestimenta esté en su sitio antes de salir al pasillo. Pero cuando me dispongo a buscar a Chad, una vibración en el móvil interrumpe mi andadura.

Cesco: *Vente a mi despacho.*

«La madre que me parió».

Dudo uno, dos, tres segundos y...

A la mierda todo.

Apuro el paso hasta llegar a su elegante oficina. Ni siquiera llamo a la puerta, la abro sin más, encontrándome con su metro ochenta de espaldas, sin chaqueta y la camisa remangada; con las manos en los bolsillos y las piernas ligeramente separadas, admirando las vistas frente al inmenso ventanal.

Se gira, sus ojos oscuros se entrelazan con los míos y una media sonrisa aparece en ese rostro que las últimas noches me ha visitado, protagonizando las más perversas fantasías.

—¿Me necesitas? —intuyo con picardía.

—*Ovviamente.*

De dos zancadas llega a mi lado, me levanta por las caderas enterrando sus dedos en mis nalgas y me carga hasta su escritorio dispuesto a hacerme perder el juicio.

Cuando mi trasero se apoya contra el frío cristal, me sobresalto en el acto.

—¿Esto aguantará?

—Me da igual.

Es lo último que sale de su boca antes de que su lengua invada la mía en busca del placer extremo. Percibo sus manos de dedos ágiles y decididos serpenteando por debajo de mi falda y el gruñido gutural que escapa de su garganta cuando se topa con mis braguitas de encaje.

La humedad de mi sexo hace que ese lado animal que todo hombre guarda en su interior salga disparado como un dardo directo a mi clítoris.

—No voy a follarte aquí.

—¿Por qué?! —protesto refunfuñando como una niña a la que le han negado su dulce favorito.

—Porque quiero que cuando lo hagamos sea especial. —Sonrío mordéndome el labio y él imita mi gesto. Mis brazos permanecen anclados a su cuello y mis piernas separadas para él—. Lo que no significa que no vaya a regalarte un orgasmo que te haga olvidar hasta de tu apellido.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amigo?

—Ahora lo sabrás.

Su siguiente movimiento me catapulta a la cúspide del placer. Sin alejarse ni un ápice de mis muslos y sin apartar la vista de mis ojos suplicantes, cuela un dedo esquivando el elástico que le impide colonizar mi entrada con libertad.

—Joder, estás a punto de caramelo —gime en mi cuello, deslizando su lengua por esa vena que late desbocada y que me obliga a echar la cabeza hacia atrás, dándole más acceso.

—Hazlo, por Dios. Tócame.

Haciendo alarde de su habilidad para enloquecer a cualquier mujer que se atreva a provocarlo, lo introduce con suavidad acariciando mis pliegues a un ritmo perturbador. Jadeo, aguantando el estremecimiento que viaja desde mis pezones hasta la punta de mis pies. Me quito los zapatos de un sacudón y lo espoleo con los talones a seguir masturbándome sin piedad, a la vez que conduzco mi mano hacia su enorme erección. Entonces, se la sobo por encima de los pantalones, alucinada con su tamaño.

«¿Siempre la tuvo tan grande?».

Abro los ojos y los mantengo anclados a los suyos, mientras que sus dedos siguen obrando magia en mi interior. Ya son dos entrando y saliendo con facilidad.

Me aferro a sus mechones indisciplinados y le exijo con la mirada que se desabroche la cremallera, consintiéndome el capricho. Cuando mi mano entra en contacto con la piel caliente y

tersa de su polla, siento que pierdo el control inevitablemente.

Francesco muerde mi labio inferior y emite un rugido que surge de lo más profundo de su ser.

—¿Qué haces, Taissa? —cuestiona con las pupilas negras por el éxtasis y los temblores controlando su respiración.

—¿Acaso no te gusta?

—Por supuesto que sí, pero harás que me corra en los calzoncillos como un puto adolescente.

—Ojo por ojo...

Empuja mi centro con el pulgar y un gemido lastimero escapa de mi boca. Lo rodea, lo acaricia, lo frota con avaricia y mis ojos ruedan hacia atrás.

—Pídemelo.

—Más... más...

Mis caderas corcovean buscándolo insistentemente; necesito aliviar esta necesidad que comienza a crecer en mi vientre, cual bola de fuego consumiéndolo todo a su paso. El ritmo de mis movimientos acompaña el vaivén de mi puño que baja y sube por el tronco de su pene, endureciéndolo aún más si es posible. Apenas alcanzo a envolverlo en su totalidad. Por favor... O mi mano es muy pequeña, o la máquina de este italiano posee proporciones extraordinarias.

—Voy a... Oh, Dios... —anuncio con la voz rota y un último suspiro que libero antes de experimentar un orgasmo demoledor.

Me dejo caer contra su pecho totalmente desmadejada, inspirando el perfume que impregna su camisa como si de una raya de cocaína se tratase.

Cuando me quiero dar cuenta, sigo aferrada a su miembro que palpita en mi mano, a punto de derramarse. Bombeo, concentrada en la tarea y él se deja hacer, hasta que el líquido cálido y pringoso sale despedido en dirección a mi vientre, manchando íntegramente mi camiseta.

—Maldita sea... —exhala dando fuertes sacudidas que lo obligan a apoyar las palmas sobre la mesa y su frente encima de mi hombro. Lo muerde con suavidad, aguantando un suspiro ronco que a duras penas consigue mitigar.

—Como alguien entre y nos vea en este plan, se nos acabó la fiesta.

Francesco esconde su cara en mi cuello, riendo por lo bajo, y lo huele antes de dejar un beso en la piel sensible de mi clavícula. Sus pelos enmarañados de cualquier manera y sus ojos somnolientos acusan la revolución que se ha gestado en sus entrañas.

—¿Qué hacemos con esto? —pregunto sin poder creer todavía lo que acaba de suceder.

—Llamaré a Nicoletta para que te traiga otra. No te preocupes por eso.

—¿Enviarás a tu secretaria a comprarme ropa?

—¿Cuál es el problema?

—Que sospecharé que la señorita Rosenfield anda haciendo de las suyas en el despacho de su jefe.

—Siempre puedo poner la excusa de que te has volcado el café por accidente.

—Muy astuto, señor Moretti.

—Lo siento, Tais... —Su expresión atribulada me entenece, a tal punto, de atrapar sus mejillas con mis manos y dejar un dulce beso en sus labios.

—Es solo tela —aseguro, restándole importancia—. Cosas peores me han sucedido.

—Creo que no quiero saberlo.

Suelto una carcajada y él se relaja al instante, de modo que llama a la recepcionista, quien coge el recado sin pedir explicaciones.

—Esa puerta conduce a un baño privado, puedes asearte tranquila hasta que Nicoletta regrese con tu camiseta nueva.

Apoyo nuevamente los pies en el suelo, me recoloco la falda y me dirijo al aseo contoneando las caderas antes de girarme y lanzarle una mirada sugerente por encima del hombro.

—Por cierto... —Sus ojos marrones me escrutan con diversión, mientras que de sus dedos cuelgan mis tacones de charol—. Ha sido increíble.

—Más que eso, Tais. Ha sido pura magia.

Capítulo 20



Recuerdo la revolución hormonal de mi adolescencia como si fuese ayer, y la tengo muy presente, porque Taissa era la protagonista de todos mis sueños húmedos. Cuando me tocaba explorando mi intimidad, a quien veía e imaginaba, era a ella.

Al principio me asusté, porque intuía que algo mal había en mí y que mi mente pervertida me jugaba malas pasadas, provocándome pensamientos lascivos. ¿Qué clase de enfermo se masturbaba imaginando los pechos de su mejor amiga? Hasta que entendí que era normal que me sintiera atraído hacia ella. ¿Quién no lo haría por una chica tan fascinante y única?

Atrás habían quedado los días en que se metía en mi cama buscando cobijo como una ratita friolera. Para ese entonces, todavía éramos dos niños inocentes que jugaban juntos y compartían las más variadas aventuras. Sin embargo, cuando mi cuerpo empezó a cambiar y mi interés por ella se hizo evidente, tuve que poner una excusa para que dejara de dormir conmigo. No lo entendió de primeras, pero Taissa siempre se caracterizó por poseer una inteligencia fuera de lo común. Sin pedirme explicaciones, dejó de hacerlo y sospecho que fue, no solo por mi temor a hacer algo indebido, sino porque ella comenzó a sentir lo mismo por mí.

¿Qué cómo lo sé? Porque hoy me lo ha dejado muy claro.

He tenido relaciones con muchas chicas, pero jamás sentí la entrega y la pasión que ella me ha demostrado. Lo que hemos vivido no ha sido solo sexo. He leído en sus ojos la necesidad de tenerme cerca, el deseo contenido que por fin explotaba por los aires después de tanto tiempo oculto. He notado su emoción, su vulnerabilidad y, a la vez, el poderío que sus gestos desprendían con cada roce de mi mano. Sus besos pedían a gritos deshacerse entre mis brazos, sus jadeos me impulsaron a seguir, porque, como ya lo he dicho en incontables ocasiones, a ella no puedo negarle absolutamente nada.

Soy un débil, lo admito. Sin embargo, tenerla enroscada a mi cuerpo y disfrutarla sin remordimientos, es un lujo que no debería desaprovechar.

Sonrío como un estúpido al recordar su expresión cuando salió por fin del baño con la camiseta puesta, la misma que Nicoletta trajo para ella y que dijo que no podía aceptar porque costaba una pasta.

Adoro que se fije en esos detalles que para mí son insignificantes, porque me demuestran que Taissa no ha cambiado. No ha dejado de ser esa niña de Chicago a la que jamás le importó el dinero y quien valora a las personas, no por lo material, sino por lo que esconden en su interior. Es por esa misma razón, que no busco impresionarla. Mis regalos son formas de agradecerle su

simpleza. A ella quiero desnudarle mi alma entera, concediéndole el privilegio de tocar la tecla exacta, que le permita tenerme a sus pies. Estoy en condiciones de asegurar que ya lo ha conseguido, aunque todavía hay algo que no sabe. Un secreto que guardo celosamente y que temo sacar a la luz por miedo a que todo se vaya al garete.

Suspiro pasándome la mano por el pelo y después por la cara, ordenando mis pensamientos e intentando no agobiarme por cosas que, desveladas a su debido tiempo, tendrán solución.

Compruebo la hora antes de coger mi chaqueta, la cartera y las llaves de la moto. Apago el ordenador y me dirijo rápidamente al despacho de mi socio para despedirme hasta el lunes. Cuando llego, me lo encuentro hablando por teléfono como de costumbre, aunque termina la llamada en cuanto me ve aparecer por la puerta.

—Pasa, estaba a punto de salir a comer —aclara apoyando el móvil encima del escritorio, bocabajo.

Últimamente, Lorenzo ha tenido comportamientos que me han hecho dudar en algunas ocasiones. Silencios eternos, excusas que no me trago o comentarios fuera de lugar. De hecho, antes de la reunión de esta mañana, mencionó que prefería dirigirse él mismo al equipo, argumentando que lo tomarían «más en serio».

¿Qué intentaba decirme? ¿Qué yo no estoy capacitado para llevar a cabo una conversación de negocios? Que mis ojos se hayan desviado inevitablemente hacia la chica que me tiene cautivado, no significa que haya perdido ni un ápice las aptitudes que exige mi puesto. Y su actitud comienza a tocarme las narices, a tal punto, que he valorado hablar seriamente con él.

—¿Ocurre algo? —inquiero dispuesto a echar la carne sobre el asador.

—¿A qué te refieres?

—Te he notado algo distante estos días.

—Mira, Cesco... Voy a ser sincero contigo porque no me gusta ocultarte las cosas. Sé lo que está ocurriendo entre Taissa y tú, y que sepas que no me gusta un pelo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Por qué? —repite alzando las manos—. Te recuerdo que forma parte de la plantilla que trabaja para nosotros.

—Tú te acuestas con la otra parte interesada —ataco a la defensiva.

—Yo tengo una relación consolidada con Gia, lo tuyo con esa chica es un calentón pasajero.

—¿Perdona?

—¿Y si la cagas y se marchan sin presentar la propuesta?

—Pensé que querías que Gia ganara esta absurda competencia.

—¿Acaso no te di mi palabra de que los intereses personales no intervendrían en mis decisiones?

—Permíteme dudar —sentencio con seriedad.

—¿En qué te basas para acusarme de esa manera? ¿Qué coño te pasa?

—Me pasa que estás muy raro y que no me gusta el rumbo que está tomando esta conversación.

—¿Sabes? Tienes razón. Creo que ambos estamos agotados, llevamos una semana de mucho estrés. Será mejor que lo dejemos aquí...

Lo sujeto firmemente del brazo en cuanto intenta huir del despacho.

—Cuidado con lo que haces, Lorenzo. He confiado en ti ciegamente y no voy a permitir que tu compromiso con los Venturini eche por la borda tantos años de duro trabajo y sacrificio.

Se sacude violentamente, liberándose de mi agarre y lanzándome una mirada retadora que me deja patidifuso.

—Nos vemos el lunes, Cesco —dice cogiendo sus pertenencias y dando un sonoro portazo. Permanezco en medio del despacho, con la mirada perdida y un presentimiento que, por el bien de todos, espero que no se haga realidad.

El reloj marca las tres de la tarde cuando aparco en la puerta del apartamento que Taissa comparte con Chad. Sabiendo que bajaría directamente, la espero con paciencia en el coche. Finalmente, el portal se abre y la veo aparecer luciendo uno de sus increíbles conjuntos veraniegos: pantalones vaqueros muy cortos, camiseta anudada a la cintura, dejando a la vista una porción de la piel tersa de su vientre plano, y ese ombliguito rebelde que llama a la tentación, junto a unas Converse azules que la hacen parecer una adolescente. En la mano lleva una pequeña maleta rosa que arrastra hasta detenerse en la acera.

Sonrío cuando sus ojos traviosos buscan la moto sin éxito.

Decido entonces que es hora de descubrirle mi coartada. Me bajo del vehículo, y metiendo la mano en los bolsillos, me apoyo sobre el capó aguardando su reacción.

—¿Un Fiat 600? —Taissa abre los ojos, emocionada como un niño en Disney World.

—Y de colección.

—¿Viajaremos en él hasta Verona?

—¿Te gusta la idea?

—¡Me encanta! —asume dando saltitos y aproximándose con su equipaje.

—Dame eso, lo pondremos detrás.

—¿Entra todo? —cuestiona estudiando el tamaño del minúsculo maletero.

—¿Tu pregunta esconde un doble sentido?

Sus mejillas se vuelven rojas y el puñetazo que me suelta en el hombro me hace reír.

—¡Déjame subir! Esto es una reliquia...

En cuanto se acomoda dentro, empieza a tocar lo que encuentra en el tablero: la radio clásica con sus botones de antaño, el volante forrado en cuero y cosido a mano, la palanca de cambios que se asemeja y reluce como una bola de billar, y la manivela que sube y baja el cristal de las ventanillas. Su cara de felicidad, lo dice todo.

Muevo la cabeza con incredulidad mientras acomodo las maletas y vuelvo a colocarme las gafas de sol estilo aviador, que colgaban del cuello de mi camiseta. Acto seguido, me ubico a su lado y la beso, sin reprimir las ganas que tenía de estrecharla otra vez entre mis brazos. Tais me corresponde con una dulzura que me roba hasta el aliento.

—Hola.

—Hola, estás muy guapo. Me gustan tus gafas.

—Y a mí tus pantaloncitos cortos.

Su mirada pícara me encandila y la velocidad con la que se acomoda en el asiento, también.

—¿Es tuyo? —Niego con la cabeza.

—Es de un amigo de Maurizio. De vez en cuando me lo presta, y aunque le he propuesto comprarlo, se niega rotundamente.

—Quizá algún día se decida y te lo venda. Es una preciosidad —sentencia con ojitos brillantes acariciando la piel de los asientos color beige.

—Bueno... ¿Preparada?

—¡Lista! —exclama golpeando sus muslos con las manos, como quien toca los timbales para dar comienzo a una pieza musical.

Si algo tengo claro, es que haré todo lo posible para que este fin de semana sea memorable para ambos. Nos lo merecemos y podría ser el último que compartamos fuera del entorno laboral. Pensar en ello me provoca un ligero pellizquito en el corazón, liberando por momentos un profundo temor a perderla nuevamente. No obstante, decidido a no dejarme llevar por mis emociones, enciendo finalmente el motor. El distintivo sonido de los coches de los sesenta retumba en el habitáculo, acompañando la canción que ya comienza a sonar en la radio y que me transporta a una época maravillosa de mi vida.

Cuando regresamos a Italia tras haber vivido seis años en Estados Unidos, acostumbrarnos al idioma y hacernos al lugar otra vez no fue fácil. Tanto mis padres como mis hermanos sentían que habían dejado una porción de su corazón en Chicago, y en mi caso, Taissa formaba parte importante de aquello que jamás olvidaría.

Fueron días difíciles, pero también repletos de esperanza. El reencuentro con la familia, las comidas multitudinarias, el clima y la gastronomía característica del Mediterráneo nos ayudaron a adaptarnos nuevamente, dejando atrás la nostalgia por lo que habíamos perdido. Este coche representa los viajes a Verona, la *famiglia unita*, la pasta, la *pizza*, y las costumbres del país que me vio nacer y al que he permanecido fielmente ligado, a pesar del tiempo y la distancia que nos separaron.

Dejamos Lombardía atrás y nos adentramos en la región de Véneto. Ambos entonamos canciones italianas, disfrutando de la brisa que acaricia nuestros rostros mientras recorremos la carretera bajo el brillante sol estival. Las pocas nubes que nos escoltan adornan las cumbres de las montañas que se distinguen en la lejanía, casi tocando el horizonte. A medida que avanzamos, nos maravillamos con los paisajes dominados por campos verdes donde prosperan cultivos de maíz, arroz y se extienden los tradicionales viñedos de la región.

Una hora y media después, llegamos a nuestro destino, exhaustos de tanto reír, cantar y hacer el ridículo, como dos niños que acaban de comenzar sus vacaciones y desean escapar de la rutina.

Nos adentramos en la villa de mis abuelos, una preciosa residencia de tres plantas erigida en ladrillo visto y piedra, que se remonta al siglo XVI. Dispone de cinco habitaciones, tres baños y unos jardines que merece la pena disfrutar tanto en verano como en otoño, cuando las hojas de colores ocres y amarillos tapizan el césped alrededor de los árboles.

—Madre mía... —balbucea Taissa, anonadada—. ¡Qué maravilla!

Apenas aparco el coche, mi madre sale a recibirnos con los brazos abiertos.

—¡Ven, Giuseppe! *I ragazzi sono arrivati!*²⁵ — exclama mientras baja las escaleras, esquivando las macetas que rodean la entrada y que mi abuela Antonella cuida con tanto cariño—. ¡Taissa, al fin estás aquí!

Sus ojos llenos de emoción me inundan de una sensación que es difícil de describir; tanto es así que un nudo se forma en mi garganta, dejándome sin habla.

Mi padre sale a recibirnos; luego lo hacen mis hermanos, seguidos por Martina. Todos abrazan a Taissa, integrándola al clan familiar. Ella lo acepta encantada, siempre dispuesta a los abrazos y demostraciones de cariño, incluso más que yo.

—Bueno, bueno... ¡Dejadla ya! —interviene Mauri mientras emerge del corro que han formado a su alrededor—. Vais a gastarla de tanto sobarla.

—¡No seas aguafiestas! ¿No ves que la echábamos de menos? ¡Tenemos mucho de qué hablar! —espeta mi madre en ese tono de voz autoritario que cualquiera se digna a contradecir.

Prácticamente, la envuelven como un regalo y se la llevan hacia el interior de la casa, bombardeándola a preguntas y alabando su aspecto jovial.

—Lo siento, *fratello*. Es lo que toca. Martina ya ha pasado por lo mismo esta mañana — comenta en confidencia, ayudándome con las maletas—. Tú y yo ya no pintamos nada aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—Y que lo digas —asumo entre risas subiendo las escalinatas junto a él.

Una vez dentro, hacen acto de presencia mi abuela Antonella y mi abuelo Salvatore, quienes me achuchan con su habitual sonrisa tatuada en la cara y sus regañinas por no haber venido antes a visitarles.

—Esa chica está muy delgada —sentencia mi abuela, murmurando a mi lado y estudiando con detenimiento a la huésped americana.

—Siempre ha sido menuda, *nonna*. No empieces, por favor.

—Tiene que comer más, me encargaré de ello.

¿Y quién le puede llevar la contraria? Yo no, desde luego, ni se me ocurriría oponerme. Mauri me aprieta el hombro en señal de apoyo.

—Se le pasará en cuanto Taissa deje de ser la novedad.

—¿De dónde la has sacado? —quiere saber mi abuelo, arrimándose como lo haría un gato sigiloso.

—Es mi amiga.

—*Amica, sì. Ai miei tempi la chiamavamo «fidanzata»*.²⁶

—*Nonno...*

Paolo se une a la conversación dándole un mordisco a la pera que acaba de robar del cuenco de la fruta.

—Está igual a como la recordaba.

—Tú eras muy pequeño cuando nos fuimos de Chicago —le aclaro y mi hermano menor deja escapar una mueca ladina.

—Sí, pero no me olvido de lo colado que estabas por ella.

—¡Oye! —Le arrebató la pera y me la quedo, solo para fastidiarlo—. Vete, anda, que a los niños les toca poner la mesa.

—Que te den —espeta enfurruñado y Mauri se parte de la risa.

—*Ragazzi, per favore...* ¡Tengamos la fiesta en paz! —ruega el abuelo zanjando la discusión.

En menos de una hora ya estamos todos degustando una deliciosa merienda que mis abuelos han preparado para darnos la bienvenida. *Biscotti con cioccolato e pistacchio*, *Amaretti*, *Crostata con confettura di frutti di bosco* y otras delicias veronesas, pasan de un lado a otro mientras conversamos de todo un poco.

—¿Qué día presentáis el proyecto, Taissa? —pregunta Paolo y todos callan.

—El día 7 de agosto. El viernes 9 volamos a Estados Unidos.

—Si la propuesta de Double Creative Network es la elegida, probablemente deba regresar a Italia en octubre.

Taissa se gira bruscamente, apenas necesita mover la cabeza al estar sentada a mi lado. Su expresión confundida me lleva a ajustar mi postura en la silla; toda mi familia nos mira con curiosidad.

—Julia no mencionó nada acerca de volver.

—Bueno... —carraspeo buscando las palabras correctas, antes de que estalle la tercera guerra mundial—. Se supone que, si desarrolláis el proyecto junto con la empresa, lo suyo sería que estéis aquí para ponerlo en marcha.

—Podríamos trabajar a distancia, estamos en el siglo XXI.

—¿Quieres más café? —propone mi madre cambiando abruptamente de tema, cosa que agradezco enormemente. Paolo, a su vez, me pide perdón con la mirada. Taissa acepta encantada y parece olvidarse por el momento de lo que acabo de insinuar.

«Gracias al cielo».

La atmósfera se tranquiliza cuando mis abuelos le preguntan por sus padres y hermanos, y ella comparte anécdotas de su vida en Estados Unidos. Martina y Mauri hacen de intérpretes, ya que no hablan ni entienden bien el inglés. Al finalizar, decidimos instalarnos en las habitaciones. Mis padres han acondicionado una para cada uno de sus hijos, por lo que Maurizio dormirá con Martina, y yo con Taissa. El beneficio de tener una casa grande es que los cuartos son amplios y todos cuentan con camas de dos plazas.

Cuando entramos en el nuestro, Tais se queda de piedra.

—¿Dormiremos aquí?

—Si no te importa compartir la cama conmigo...

—¿Estás de broma? —pregunta a la vez que se tumba boca arriba, con los brazos en cruz sobre el colchón, admirando la altura del techo y los tapices que decoran las paredes—. Me siento como si viviera dentro de una serie de época.

No tardo en recostarme a su lado, y ella se voltea, fijando sus ojos claros en los míos. A menudo me quedo observándolos, preguntándome a qué tonalidad pertenecen, ya que cambian de marrón a miel según cómo les dé la luz. Su pelo rubio desparramado sobre el edredón parece resplandecer gracias a los rayos del sol que se filtran por la ventana.

—¿En qué piensas? —pregunta casi en un susurro.

—En que me encanta verte feliz.

—La felicidad es efímera, Cesco. Hoy es nuestra, mañana quién sabe qué nos depara el destino.

—Si tuvieses que pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería?

Alza la vista al cielorraso y cierra los ojos suspirando, descansando ambas manos encima de su vientre.

—Volver a tener doce años. Regresar al momento exacto en el que fui a tu casa a despedirme y confesarte lo mucho que te quiero.

Sus ojos se humedecen y un par de lágrimas se derraman por sus mejillas. Llevo mi pulgar hasta ellas y las seco con ternura, sin dejar de mirarla fijamente ni por un instante.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Que me moría por tus huesos? —Asiento—. Tenía miedo.

—¿De qué? —cuestiono con el alma en un puño.

—De perderte. Aunque de nada sirvió, te fuiste de todos modos y me dejaste con el corazón roto. —Endereza el rostro, clavando la vista y los pensamientos en la nada—. Los días que le siguieron a tu partida los pasé escuchando canciones en italiano. Había una... la de esa cantante que tanto me gustaba...

—Laura Pausini —añado, con nostalgia.

—Sí, hablaba de un chico al que amaba y que se iba para nunca más volver. —Deja escapar una risa cargada de tristeza y continúa—: Me recordaba a nuestra historia y la ponía en bucle mientras pensaba en ti y en todo lo que no viviríamos juntos. En los sueños rotos. En lo que nunca podría ser.

—Tais...

—No cumpliste tu promesa —me recrimina y mi corazón se salta un latido, sus ojos otra vez fijos en los míos—. Me juraste que hallarías la forma de que estuviésemos juntos.

Sé que es el momento de hablar, de explicarle por qué corté de raíz lo que teníamos, pero como soy un cobarde que prefiere callar y tragarse su orgullo, opto por mantenerme en silencio. Así que estiro mi mano, la atraigo hacia mí y devoro sus labios con ganas de sepultar muy adentro toda la rabia y lo que nunca me atreví a confesarle.

Ella no se queda atrás, se abraza a mi torso y pasa una pierna por encima de mis caderas, aprisionándolas con ahínco y saboreando cada instante vivido con pasión. Su mano no tarda en internarse dentro de mi camiseta, tanteando el terreno, antes de lanzarse a la aventura. Explora mis músculos que se contraen ante el tacto suave de sus dedos curiosos y se deleita en los jadeos que me provoca con cada caricia. Rodeo su culo con mis manos y me froto contra su costado, hasta que se acomoda buscando la mejor postura para comernos a besos.

Porque eso es precisamente lo que hacemos. Nos dejamos llevar en la Villa Moretti, rodeados por una colección de pinturas y muebles antiguos, y el aroma que riegan los azahares silvestres que crecen en los alrededores y se extienden por el balcón de lo que ahora es nuestro dormitorio.

Un cimbronazo me sacude cuando siento la mano de Taissa aferrada a mi polla por encima de mis vaqueros y su respiración errática pegada al lóbulo de mi oreja.

—Quiero que me folles, Francesco.

Sus palabras desatan la locura y una respuesta inmediata: froto sus pezones erguidos a través de la tela de su camiseta de algodón, valiéndome de mis dedos, que se mueven guiados por una fuerza poderosa. Descubrir que no lleva sujetador es una de las sorpresas más placenteras de la tarde.

Mi boca busca desesperada el contacto con la piel de su cuello y mis caderas oscilan hacia adelante, suplicando un poco más de esta maldita tortura que se empeña en prodigarme. El dolor de huevos que tengo no es normal. Vale, lo confieso... Llevo desde temprano por la mañana, empalmado, con ella bailando en mi cabeza como si fuese un maldito espejismo.

—El pantalón... quítamelo —jadeo atormentado.

Taissa obedece. Y vaya si lo hace.

Sin dejar de provocarme con los roces casi etéreos de su mano, desabrocha los botones de mi cremallera y, enganchando hacia abajo mis bóxers, libera mi pene duro y caliente. Lo mira, lo estudia como si fuese alguna especie de trofeo que ha ganado, para después montarse encima de mis muslos, acomodándose a gusto.

—¿Tienes condones? —pregunta, directa.

—En la maleta.

—Perderemos el tiempo, pasemos a lo importante.

—¿Qué es lo import...?

«Oh... joder...»

Su boca lo hace desaparecer, y mis músculos se tensan de tal manera, que temo romperme los dientes.

Sus ojos...

Madre mía, sus ojos clavados en los míos mientras saborea toda mi envergadura con certeros lametazos que me hacen perder completamente la cordura. Sube, baja, chupa y mordisquea, besa la punta y vuelve a tragársela entera. Repite el rito una, dos, tres veces y mis pies se contorsionan, aguardando el inminente final mientras percibo sus caricias en los testículos.

—Tais... Para, para... por favor.

Mis puños se engarfan a las sábanas y los gemidos aumentan de nivel, convirtiéndose en

gruñidos que se asemejan al de un animal herido.

—No voy a detenerme hasta que te corras en mi boca —advierte con una sonrisa perversa, sin apartar mi polla de sus labios. Esa imagen hace que mi cerebro cortocircuite, chisporroteando como una chimenea encendida que emana fuego por los cuatro costados.

Una sensación placentera domina la zona baja de mi espalda y se concentra en un sitio muy específico, antes de liberar esa energía brutal que me deja totalmente extenuado.

Ha sido bestial. Único. Un orgasmo para el recuerdo.

Taissa me observa con atención, tragándose todo. Luego limpia las comisuras de sus labios y saborea los restos que quedan en sus dedos, antes de reptar hacia arriba y tropezar con mi cara de gilipollas.

Debo admitirlo. Me ha dejado hecho una piltrafa y a duras penas soy capaz de hablar.

—¿Qué tal? —ronronea, olisqueando mi cuello totalmente sudado.

—Joder... ¿Cómo es posible que hagas estas cosas y después me mires con esa cara de no haber roto un plato?

Se yergue apoyando las palmas sobre el colchón, con todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Es que no he roto un plato, te he regalado la mejor mamada de tu vida.

Estallo en carcajadas y un par de golpes en la puerta me sobresaltan. A mí, a ella le da igual que alguien pueda vernos.

—¡Si queréis salir a dar una vuelta, os esperamos! Si preferís seguir jugando al Teto, os dejamos en paz...

—¡Ahora vamos, Mauri! —vocifera como si mi hermano le estuviese preguntando la hora—. Voy a lavarme los dientes mientras tú te aseas y nos reunimos con ellos. ¿Te parece bien?

Asiento, patidifuso por la naturalidad con la que encara el sexo. Esta mujer es de otro planeta. Y me encanta. Me alucina que sea tan ella y que conserve ese descaro con el que siempre se ha llevado el mundo por delante. Me lo pone muy fácil, maldita sea. No tengo que andar con pie de plomo, porque es lista y decidida. Sabe lo que quiere y obra en consecuencia.

Unos minutos después, abandonamos nuestro cuarto para encontrarnos con mis hermanos en el porche. La mirada que nos dedican no es apta para menores. ¿Habrán escuchado mis gemidos? Probablemente, y estarán flipando, porque suelo ser demasiado discreto en estos asuntos. Pero con Taissa aquí, todo se descontrola, es complicado guardar la medida cuando te provoca con sus andares de niña revoltosa.

Ya que la tarde está llegando a su fin y nos apetece llevar a las chicas a conocer la ciudad, hemos decidido dar un paseo por la zona antigua. Allí tomamos un aperitivo en una bonita terraza y después caminamos por sus callejuelas empedradas, empapándonos de la belleza de sus miles de balcones repletos de flores, mezclados con la modernidad de la zona comercial.

Taissa no se pierde detalle, camina agarrada a mi mano sin dejar de contemplar cada rincón.

—Este sitio es asombroso.

—¿Te gustaría visitar la Casa de Giulietta? —le pregunto mientras caminamos por Via Capello. Ya es noche cerrada y Martina ha insistido en acercarnos un momento—. Estamos en la ciudad del amor, así que...

—¿Me lo dices en serio? ¿La Julieta de Shakespeare?

—La misma.

Ella ríe y asiente con energía, entusiasmada como si le hubiese propuesto matrimonio. Taissa a veces quiere aparentar que los sentimientos no son lo suyo, sin embargo, es una romántica incurable.

Atravesamos el callejón que nos lleva hasta el emblemático balcón, uno que está plagado de cartas que los turistas le dejan al famoso personaje y que son contestadas por un grupo de mujeres que se encargan de leerlas. Todas. Es una locura, pero el mito ha llegado a perpetuarse a través del tiempo y se ha vuelto, lo que denominaríamos en el siglo XXI, viral.

—¡Mira, Taissa! Ese es el balcón en el cual se asomó Julieta y donde Romeo le declaró su amor —comenta Martina, señalándolo.

Ella se aproxima, alza la vista y se queda embelesada con la postal expuesta ante sus ojos. A su izquierda se halla la estatua de la hija de los Capuleto y un muro repleto de candados, que contienen a su vez los nombres de aquellos que han querido dejar su huella.

Taissa se detiene a leerlos y a tocarlos. Uno a uno los va descubriendo, sintiéndose cautivada por los innumerables escritos en idiomas que quizá no comprende, pero que expresan un mismo mensaje. Hombres y mujeres que no han tenido la suerte de encontrar el verdadero amor, otros que agradecen tenerlo por fin, algunos que lo han perdido, o los que nunca perdonaron una traición...

—¿Qué dice? —inquiero acercándome a su espalda y susurrándole al oído. Al parecer se ha quedado prendada de uno en particular. Es una nota escrita a mano que descansa junto a un pequeño candado de color rojo.

—«¿Mi corazón amó hasta ahora? ¡Déjalo, vista! Porque nunca vi la verdadera belleza hasta esta noche».

—Es una cita de *Romeo y Julieta*.

Mis brazos envuelven su cintura y mi mentón se posa en su hombro, mientras acaricio el dorso de su mano, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿Tu corazón ha amado, Tais?

—A la única persona que un día supo hacerme feliz. Por eso entregué mi cuerpo vacío a quienes buscaban un envase carente de emociones.

—Es triste no dejarse querer.

—Más lo es dejarse doler.

Sus ojos apenas contienen las lágrimas que amenazan con derramarse sin control. Su mirada desolada rompe mi corazón en mil pedazos y la necesidad de mitigar su pena es tan grande que, de un solo movimiento, la giro para tenerla de frente. Mis manos cogen su rostro y la beso como nunca lo hice con nadie. Algo fuerte nace en mi interior, una llama, que al principio es pequeña, ínfima, pero que con el paso de los segundos gana intensidad, hasta explotar transformada en una bola de fuego imparable que se lleva todo por delante.

Tal vez nunca dejé de amarla, quizá ese sentimiento siempre estuvo ahí, agazapado hasta que ella tocara la tecla correcta, activándolo de nuevo. Puede que haya sido un necio, que mi curiosidad la haya traído hasta aquí para convencerme de una vez por todas que jamás habrá otra como la que un día fue mi mejor amiga. Hoy ha dejado de serlo. La vida, el destino, o como quieras llamarle, nos ha dado otra oportunidad. Los días junto a ella me han demostrado que puedes esconderte de tus fantasmas, pero a la larga, nunca consigues mantenerlos encerrados en la recámara del olvido.

Para cuando el beso termina, todo ha desaparecido a nuestro alrededor: los pocos turistas que han ido abandonando la zona, y mis hermanos que, junto a Martina, parecen haberse esfumado a posta. Miro a Taissa y le declaro mis intenciones en silencio, pidiéndole perdón por hacerla sufrir y arrepentido de no haber visto lo que de verdad importa.

Que siempre fuimos ella y yo.

Que ni siquiera miles de kilómetros pudieron con nosotros.

Capítulo 21

Taissa

Contemplo con atención todo lo que me rodea. En este momento solo estamos Francesco y yo. La Casa di Julietta se ha quedado vacía.

El reloj marca las diez de la noche y los visitantes han empezado a marcharse, tal vez para disfrutar de una cena romántica a la luz de las velas, porque ¿qué otra cosa se puede hacer en la ciudad del amor?

Verona es pura magia. Sus calles estrechas y empedradas relucen adornadas con balcones multicolores. Las plazas rebosan de gente y música con acento mediterráneo. Los amantes ilusionados buscan un refugio donde expresarse lo mucho que se quieren...

Cesco todavía acuna mis mejillas después de un beso que me ha dejado laxa y suspendida en una nube de algodón de azúcar, pegajoso y dulce. De esos que tanto me gustan y que te manchan los dedos de color rosa. Sus labios me saben a los veranos jugando en la acera o montando en bicicleta. Al camino andado y desandado. A la nostalgia de una despedida que trajo amargura y tristeza. Al reencuentro. Al sexo. A amor.

Reafirmo las palabras que mencioné el día que me besó por primera vez en aquel hangar después de nuestro increíble salto al vacío: «Ya no hay vuelta atrás», y cada día que paso junto a él, mi convicción se fortalece. Cuando esta tarde mencionó que, si ganábamos la competencia, tendría que regresar a Italia, me quedé sin palabras. Sospecho que pudo haber interpretado mal mi silencio. Quizás pensó que la idea me incomodaba, pero no podría estar más alejado de la verdad. Julia no aclaró los términos, lo cual me generó incertidumbre, sin embargo, ahora... Ahora todo es diferente. La perspectiva y las posibilidades cambian.

Hay esperanza de volver a verle.

Ya no sería solo sexo.

¿Francesco y yo tenemos futuro?

Su sonrisa me cautiva y desconcierta al mismo tiempo, como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Te apetece cenar algo por ahí con el grupo?

—Me encantaría —acepto elevando la comisura de mis labios.

—Genial, vamos a buscarlos. Seguramente hayan encontrado un sitio que esté bien.

Cesco le envía un mensaje a Maurizio y este le contesta que nos esperan un par de calles más abajo. La noche sigue siendo cálida y la brisa de verano propicia un ambiente más que agradable.

Una vez que los encontramos sentados en una bonita terraza, me ubico en la silla que ha reservado Martina para mí, mientras los chicos entran en la taberna para pedir la cena.

—¿Qué tal con Francesco?

—Supongo que bien —confieso cohibida, tratando de eludir lo que hasta a mí misma me tiene inquieta.

—Hace años que no os veías, ¿verdad? Mauri me puso al tanto de todo. Es una historia de amor muy bonita.

—¿Amor? —cuestiono haciéndome la sueca y ella sonríe.

—Lo que he visto hace unos minutos, allí frente al balcón de los Capuleto, no se podría llamar de otra manera. Cesco te quiere, Taissa. ¿Todavía lo dudas?

—Me quiere porque hemos sido amigos y compartimos un pasado. Hemos vivido muchas cosas juntos, Martina. Pero no creo que...

—No parece que fuese un cariño fraternal —interrumpe con decisión—. Bueno, puede que en parte sí, pero me da la sensación de que hay algo mucho más profundo.

—Todo esto es muy confuso —acepto por fin—. No sé qué somos, qué hago aquí ni por qué acepté venir con él a conocer al resto de su familia. Es como haber abierto una puerta que cerré hace tiempo y que no estaba dispuesta a volver a abrir.

—Quizá solo se trata de eso —determina sembrando la semilla de la duda—. De abrir puertas y ver qué te espera del otro lado, aunque no estés muy segura de quererlo.

En ese momento los hermanos Moretti regresan y la conversación queda interrumpida por la presencia de otra chica que se une a la mesa.

—Ella es Bianca —la presenta Paolo y todos la saludamos dándole la bienvenida—. Es vecina de la Villa.

—Hola, soy Taissa Rosenfield —le digo cuando me llega el turno de darle dos besos—. No hablo italiano, pero pueden traducirme si no hablas inglés.

—*Non preoccuparti*.²⁷ Hablo inglés.

—Genial —concluyo sonriendo y ella asiente con simpatía.

Minutos después, devoramos unas *pizzas* que me saben a gloria y de las que intento recordar la receta para hacerlas el día que regrese a Chicago. A June le fliparían.

Hablamos anoche, solo un rato porque ella estaba trabajando y la diferencia horaria no nos permite explayarnos demasiado. Si hubiera dependido de ella, la charla habría durado más de una hora. Yo reposaba en mi cama y Chad acababa de regresar de no sé dónde, algo que también captó mi atención.

Últimamente, se comporta de manera extraña. Lo percibo distante, y si sugiero la posibilidad de que esté involucrado con Gia, reacciona a la defensiva. Normalmente, somos muy abiertos el uno con el otro, compartimos casi todo y raramente hay secretos entre nosotros, y aunque sé que no soy quién para meterme en sus asuntos, me preocupa que pueda estar cometiendo un error.

Se lo conté a June para pedirle un consejo, porque ya había quemado mi último cartucho insistiéndole que me acompañara a Verona, pero se negó en rotundo.

«Yo no pinto nada allí, prefiero quedarme», fue lo que me respondió, y opté por no presionarlo más. Sin embargo, no puedo negar que la inquietud me embargó al darme cuenta de que no iba a ceder.

—Puede que haya conocido a alguien y no te lo quiera contar. Él también tiene derecho a disfrutar de la estadía —argumentó June.

—Me da igual que salga con una chica, con un chico o quien le dé la gana, June. No se trata

de eso.

—¿Entonces?

—Algo me dice que esa mujer lo ha enredado a posta.

—¿A qué te refieres?

—Boicotearnos. Y, sinceramente, espero que Chad sea lo bastante inteligente como para verlo.

—Lo subestimas, Tais. Él no se dejaría embaucar por una desconocida.

Suspiré, deseando firmemente que así sea y que mi amigo tenga la lucidez suficiente para mantener el proyecto a salvo. Pero es que ya sabemos de lo que es capaz un hombre encoñado, ¿verdad?

—¿Va todo bien? —pregunta Francesco, devolviéndome a la cena.

—Sí, sí. Todo perfecto.

—¿Te apetece otro Aperol Sprit?

—Vale... —ronroneo acercándome a su cuello e inspirando el perfume de su piel.

—Como sigas frotándote así, te advierto que no respondo de mí —susurra en mi oído y todos los vellos de mi cuerpo se erizan al notar que su entrepierna se tensa ante mis caricias.

—A ver, tortolitos —interrumpe Maurizio y Cesco carraspea entre risas—. En unos minutos comienza el espectáculo allí dentro —señala el interior del local con el pulgar—. Podemos tomarnos las últimas copas en la barra.

—¿Espectáculo?

—Toca una banda de *jazz*. Me ha dicho el dueño que son muy buenos.

—¡Vamos entonces! ¿A qué esperáis para mover el culo? —los animo y todos se levantan a la vez, siguiéndome entre risas.

Cuando diviso a la distancia el grupo que ya está empezando a tocar, mis huesos se activan gracias al ritmo que marcan las trompetas, el contrabajo y el saxofón. Comienza a sonar *Tu vuò fà l'americano* y Francesco me tiende su mano para que lo acompañe a bailar al centro de la pista improvisada. Mauri lo hace con Martina y Paolo con Bianca.

En menos de lo que imaginamos, estamos todos saltando y riendo, alumbrados por las luces de neón y el ambiente *yankee* que se respira en la sala. Mi faldita acampanada se adapta a la perfección al ritmo de los años cincuenta. Francesco y yo giramos con cada acorde y los aplausos de la gente que ya ha formado un corro alrededor. Maurizio y Paolo unen sus cabezas, compartiendo un micrófono imaginario, y Martina y Bianca alzan los brazos entre risas.

Hacía tiempo que no me divertía tanto.

Mi cabello suspendido en cada salto hace que mis ondas parezcan resortes efectuando un movimiento hipnótico que a Cesco parece tenerlo atontado. O tal vez es mi expresión de felicidad y lo mucho que disfruto de esta salida entre amigos.

Cuando la canción termina, todos pedimos más, aunque de inmediato nos dirigimos a la barra para hacernos con otra copa que nos refresque. Bebo lo suficiente como para desinhibirme, pero no tanto como para perder la conciencia. Presiento que esta noche será memorable, y no permitiré que una borrachera de órdago estropee el momento.

Bailamos y converso con las chicas; me cuentan de sus vidas, sus trabajos y de lo mucho que les gusta pasar el tiempo con los Moretti. Les hablo de June y de Chad, y les cuento algo acerca del proyecto que nos ha traído a este lado del mundo. Me siento parte de algo que es nuevo para mí, pero que me atrapa y a la vez me permite ser libre, siendo yo misma y gozando sin pensar en el futuro.

—¡Dios mío! Son las tres. Hay que volver si queremos ir a los viñedos mañana —anuncia

Martina con pesar. Francesco me mira con sus ojos brillantes, iluminados por el alcohol, y no puedo evitar soltar una risita cómplice.

—Alguien aquí necesita dormir la mona. —Maurizio asiente al comprobar que Cesco va un pelín perjudicado.

—Estoy perfectamente —aclarar el aludido, tropezando con la banqueta que se interpone en su camino.

—Vamos machote, que toca regresar a la Villa.

Mauri lo agarra de la cintura, convenciéndole de que apoye su peso en él para conducirlo hasta el exterior. Yo colaboro sosteniéndolo por el otro lado con su brazo rodeándome, aunque dudo que le ayude mucho. Su metro ochenta y mi metro sesenta son incompatibles.

Llegamos divididos en dos vehículos. Mauri conduce el Fiat 600 y Martina ocupa el asiento del copiloto. Cesco se apoya en mi hombro y bosteza, echándose una cabezadita, mientras que su hermano me lanza una mirada perspicaz a través del espejo retrovisor.

Una vez en el caserón, subimos en silencio a las habitaciones, teniendo cuidado de no despertar a los mayores.

—Hasta mañana, chicos —nos saluda el Moretti del medio—. Portaos bien y no hagáis mucho ruido.

—Cierra el pico, Maurizio —lo reta el mayor y Martina y yo reímos.

—Vaticino una resaca monumental de este lado del pasillo —comenta señalando nuestro cuarto con guasa—. Mañana le pedimos a la *mamma* una de sus pastillas milagrosas.

Conduzco a Cesco hasta la cama con bastante dificultad, pese a que no se da por vencido tan fácilmente. Con una habilidad que ya quisiera yo tener sobria, se levanta decidido y viene a mi encuentro aplastándose contra la pared. Aguanto una carcajada cuando lo veo sacarse la camiseta torpemente, quedándose desnudo de la cintura para arriba y enseñándome su perfecto torso trabajado y sin un solo pelo.

La boca se me hace agua.

—Qué bueno estás, por Dios. Esto debería estar penado por la ley.

Su sonrisa lobuna me da la respuesta que busco. Su boca de labios gruesos y esponjosos cae sobre mi cuello y asciende hasta mi oído provocándome un calambre que hace que mis piernas flaqueen.

—Mira cómo me tienes desde esta mañana, Taissa. No has dejado de contonearte con esa faldita infernal delante de mis narices. Eres mala.

—Me la he puesto esta tarde —jadeo al sentir su mano enterrándose entre mis muslos.

—¿Y crees que el pantalón corto era más discreto que esto? Me has tenido empalmado todo el puto día... Joder...

Se frota contra mi vientre, dejándome juzgar su enorme erección que se abre paso entre nosotros y profiriendo una serie de imprecaciones en su lengua natal. Es por ese mismo motivo, que no pierdo el tiempo en preliminares. Desabrocho su cremallera que está a punto de estallar, y jugueteo con el elástico de sus bóxers, que ya presentan signos de haber sufrido algún escape involuntario.

—No quiero correrme todavía —me confiesa más allá que acá.

—Vamos poco a poco, ¿te parece?

Asiente levemente sin despegar sus ojos de los míos. Se vuelven blancos al sentir mi mano envolviendo todo su grosor y liberándolo de la opresión de la tela.

—Cazzo...

Sus dedos aprietan con fuerza mis nalgas, masajeándolas con avaricia.

—¿Sigo? —murmuro pegada a sus labios y deleitándome con su aliento mentolado mezclado con el fuerte sabor a licor.

No responde y no veo venir su siguiente movimiento. Cae de rodillas frente a mí, levantando la falda y enganchando sus manos al borde de mis braguitas, deslizándolas hacia abajo con total parsimonia. Durante unos segundos permanece con la vista clavada en mi sexo que lo anhela con locura.

«¿Cómo se puede ser tan guapo?», me pregunto, ahogando un gemido cuando su lengua da el primer lametazo suave y sugerente.

Apoyo la cabeza contra la pared y cierro los ojos, apretando los párpados y aguantando un grito que me obliga a sujetar sus mechones como si en ello me fuese la vida. Separo más las piernas para él, dándole acceso a todo lo que quiera quedarse, porque no soy capaz de apartarlo. Es imposible no sentirlo en cada poro de mi piel, en cada respiración errática o en cada toque de sus dedos largos y sensuales.

—Francesco...

—Eres un sueño, Tais. Mi sueño hecho realidad —dice antes de volver a la carga, valiéndose de sus labios para provocarme y de sus manos para atraerme aún más hacia su boca irreverente.

Respiro con dificultad, mi corazón bombea sangre como una locomotora y mis manos lo guían empujando mis caderas hacia adelante y encontrándome con un hambre que soy incapaz de saciar, a pesar de su insistencia en hacerme perder la razón.

Se recrea en mi intimidad, succiona, lame y olisquea, borracho de placer, sin dejar de tocarme por todas partes. Una de sus manos ha subido por debajo de mi blusa y sus dedos se han apropiado de uno de mis pezones para retorcerlo sin piedad. En el instante en que sus yemas bailan sobre la dureza del botón rosado, creo morir de dolor, uno que me insta a taparme la boca para no chillar más fuerte.

Mi cabeza golpea contra el muro y mi cuerpo entero se contorsiona cuando el éxtasis lo invade todo: mis piernas, mi sexo y mis pechos, devorados por sus labios húmedos, en cuanto se incorpora para continuar con el martirio al que me tiene sometida.

—Joder... —sollozo encontrándome con su mirada satisfecha y sus cabellos revueltos de cualquier manera. Acto seguido, se apropia de mi boca con una necesidad que me abruma; me devora consciente del huracán de emociones que ha desatado en mi interior y del fuego que pretende apagar a base de orgasmos.

Sus brazos fuertes y musculosos me giran enfrentándome a la pared. Sus dedos serpentean por mis muslos, a la vez que mis manos se abren como estrellas de mar agarrándose a los ladrillos fríos como el hielo. Mi mejilla aplastada y mis labios hinchados por sus besos reclaman esa recompensa que sé que vendrá más pronto que tarde. Y lo constato cuando oigo el sonido de sus pantalones cayendo al suelo y percibo su polla enhiesta, frotándose contra la abertura de mis nalgas.

—Oh, Dios...

—He imaginado muchas veces que te follaba por detrás —murmura en mi oído, mordiendo con suavidad el lóbulo de mi oreja. Su aliento caliente y húmedo me hace dar un respingo.

La punta de su miembro tantea mi entrada y sus dedos comprueban lo que ambos sabemos con claridad. Que ya estoy lista para él. Oigo el sonido metálico del sobrecito rasgándose y segundos después, su virilidad invadiéndolo todo. Entra despacio, dándome tiempo a acostumbrarme a su tamaño, hasta dar la primera acometida, que me empuja con violencia contra la pared.

Una de sus manos envuelve mi cuello y la otra me mantiene anclada por la cintura. Sus envites aumentan de velocidad, su boca muerde mi hombro y sus jadeos retumban en ese espacio ínfimo que queda entre ambos y que se vuelve asfixiante.

Una de mis manos aprieta sus nalgas alentándolo a seguir y eso parece enajenarlo aún más. El ritmo se vuelve desquiciante, sus palabras soeces provocan que mi sexo se contraiga con las primeras pulsaciones del segundo orgasmo, que comienza a gestarse poco a poco.

—Vamos, *principessa*. Hagamos magia... —exige, empujando una vez más con ímpetu y arrojándome al precipicio con él.

Nuestras respiraciones buscan acompasarse tras un viaje de aquellos. Cesco se queda traspuesto, conectado a mi interior. Inmediatamente después, se separa con cuidado, liberándome de la presión de su cuerpo. Se quita el condón y le hace un nudo, arrojándolo a la papelera que hay a un lado de la pequeña biblioteca. Algo atontada, me vuelvo tropezándome con su torso sudado y sus ojos vidriosos. Sonríe lamiéndome los labios y dedicándole una mirada cargada de erotismo. Mis dedos viajan hasta los suyos para rozarlos apenas con las yemas.

—¿Qué tal si nos duchamos juntos? —propongo localizando las prendas que han quedado desperdigadas por el suelo.

—Es una excelente idea.

Me toma de la mano, arrastrándome hacia la ducha, donde nos perdemos una vez más en las caricias y besos del otro. Donde nos buscamos como animales que acaban de ser liberados del cautiverio, como dos corazones hambrientos por regalarse eso que durante tiempo les fue negado y que, por fin, han conseguido volver a conectar.

Una vez en la cama, con el pelo todavía húmedo y el cuerpo caliente, Cesco apoya su cabeza sobre mi vientre.

—¿Estás bien? —pregunto intuyendo que el efecto del alcohol ya ha mitigado un poco.

—Perfectamente.

—¿Necesitas algo?

—A ti.

Mis dedos se enredan en sus cabellos y mis caricias actúan como un potente somnífero, que lo calma como nada más lo hace en este mundo.

—Gracias por invitarme.

—¿A Verona? —pregunta a punto de quedarse dormido.

—Sí, me encanta este lugar y me siento muy a gusto aquí.

—Esa es la idea, que disfrutemos de este fin de semana sin pensar en otra cosa que no seamos nosotros dos.

Bosteza y me río. Francesco se abraza a mis piernas, acariciando mis muslos perezosamente, oliendo mi piel recién enjabonada y repasando mi ombligo con su boca.

—Adoro tu tripita, tan blanca y mullidita.

Le doy un coscorrón, que lo hace pellizcarme la pierna.

—¿Mullidita? No tengo ni un solo michelín ahí abajo.

—Da igual, a mí me vale de almohada.

—Cállate y duerme.

Noto sus risas gracias a la vibración de sus labios que se unen en un beso dulce y lento. Continúo desenredando su pelo, hasta que unos minutos después, lo oigo respirar con pesadez.

Sonríe para mí misma y cierro los ojos.

Ojalá hoy sueñe con él.

Ojalá esta noche no se acabe nunca.

Capítulo 22



Suenan las campanas de la iglesia y mi cabeza retumba como si una tribu africana tocara los timbales a mi lado. Son las ocho y media de la mañana.

—Oh... *Merda!*

Me tumbo boca abajo y me cubro con la almohada, soltando una serie de impropiedades que bien podrían espantar al cura que oficia la misa. Aparto un poco el cojín y veo a Taissa profundamente dormida, desnuda y apenas cubierta por la sábana blanca que la envuelve de cintura para abajo. Sus pequeños pechos al descubierto y su pelo desordenado encima de su cara me hacen sonreír.

Me enderezo y aprieto mis sienes, mitigando el dolor que me produce la resaca y buscando desesperadamente algo que lo alivie de inmediato.

—¿Cómo te encuentras? —Su dulce voz me insta a darme la vuelta, descubriendo a la chica más hermosa que he conocido jamás.

Lo que hemos vivido anoche ha sido apoteósico. Nunca imaginé que el sexo con ella sería tan excitante, que sus caricias me volverían tan loco y que su manera de provocarme me dejaría perdido en un mar de sensaciones increíblemente abrumadoras.

—Me duele la cabeza.

—He traído ibuprofeno en la maleta y creo haber visto una botella pequeña de agua en el baño.

Sin que pueda detenerla, se incorpora de un salto para traérmelo en menos de lo que canta un gallo. Espera sentada pacientemente como los indios, así tal cual, como su madre la trajo al mundo, mientras me tomo la medicación.

—Me he pasado con la bebida.

—No te fustigues. Después de todo, nos hemos divertido y la noche no podría haber acabado mejor.

Su sonrisa ladeada me contagia. Rio entre dientes y ella se acomoda, acurrucándose contra mi pecho y enterrando su cara en mi cuello.

—Porque estoy hecho una piltrafa... que, si no, te juro que te hacía el amor ahora mismo.

—Acaricio su brazo con languidez y un cálido silencio envuelve la habitación. Elevo su mentón con mis dedos, obligándola a mirarme—. ¿Qué?

—Has dicho que me harías el amor.

—Sí, eso he dicho.

—No que me follarías.

Mi expresión desencadena una oleada de escalofríos en su diminuta anatomía. Sin embargo, no la contradigo, me limito a dejar una suave caricia con la punta de mis dedos en su mejilla. A continuación, beso su frente y la acerco aún más a mi costado.

Ninguno de los dos se atreve a confesar que lo que hemos compartido estos días nos ha marcado para siempre, y que hay ciertas cosas que han empezado a cambiar sutilmente. Muy en el fondo de mi corazón existe una clara certeza de que Taissa siente lo mismo, pero que la prudencia le impide sincerarse por el bien de ambos. Somos iguales en ese sentido. Ninguno de los dos quiere salir lastimado. Hemos pasado antes por esto y sabemos que no nos recuperaremos tan fácilmente de una separación. Ella tiene su vida en Norteamérica y yo aquí, pese a que no queramos asumirlo y que las circunstancias no sean las mejores.

Quizá esa misma idea es la que nos lleva a alejarnos un poco durante toda la jornada. Porque, aunque la visita a los viñedos de mi familia se presenta como una oportunidad magnífica de disfrutar del tiempo que nos queda, el desconsuelo se abre paso entre nosotros.

Al bajar al comedor, mi madre nos saluda con una afable sonrisa.

—*Buongiorno, ragazzi!* ¿Qué tal habéis dormido?

—De maravilla, muchas gracias por recibirme en vuestra casa, Fiorella —dice ella tomando sus manos con cariño.

—Sabes que eres parte de la familia, Taissa. Nos alegra mucho que hayas venido.

—¿Os apetece café? —ofrece mi padre saliendo de la cocina. En ese instante, Mauri, Paolo y Martina descienden por las escaleras para unirse a nosotros—. ¡Buenos días a todos! ¿Preparados para conocer los viñedos?

—Me hace mucha ilusión —responde Martina.

—Y a mí —añade Taissa—. Tengo mucha curiosidad por aprender acerca del cultivo de uvas y la elaboración del vino.

—Pues ya verás qué proceso más interesante —explica mi madre—. Los abuelos ya están allí desde esta mañana. Es mejor vendimiar a primera hora, o incluso por la noche, que es cuando los racimos todavía permanecen fríos.

Ella asiente, sin disimular la ansiedad que le genera la excursión. Nuestros ojos se encuentran y sus labios se curvan ligeramente. Le respondo con una sonrisa similar, transmitiéndole que todo está bien y que me gustaría que disfrutara plenamente la experiencia. No me perdonaría haberla hecho venir hasta aquí para que se sienta bajo constante observación. Ya tenemos suficiente con lidiar con mi familia, quienes parecen haberse confabulado para intentar emparejarnos, algo que tanto a ella como a mí nos incomoda un poco.

Antes de salir por la puerta con la intención de coger los coches, mi padre me detiene por el brazo.

—¿Todo bien, hijo?

—Sí.

—¿Seguro? —insiste y me llevo la mano a la cabeza, peinándome con los dedos.

—Es complicado, papá.

—Entiendo... Que sepas que aquí estoy si necesitas hablar, Cesco. Eres el más reservado de mis tres hijos y siempre he respetado tu intimidad, pero sé que callas mucho más de lo que deberías.

Un nudo en la garganta me obliga a tragar saliva.

—Tu madre y yo estamos un poco preocupados —continúa en voz baja, aprovechando que el resto se ha adelantado lo suficiente—. Sabemos lo que sientes por ella y tememos por lo que

ocurra cuando llegue el momento de la despedida.

—Somos adultos...

—Uno nunca deja de ser un niño cuando se trata del primer amor —puntualiza palmeando mi hombro—. Ten cuidado, ¿sí?

—Te lo prometo.

Una mueca triste atraviesa su rostro y vuelve a darme un toque en la espalda para que me reúna con mis hermanos, repartiéndonos otra vez en los vehículos para estar más cómodos. Esta vez viajamos con Mauri y Martina en su Mini nuevo.

Unos cuarenta kilómetros nos separan de nuestro destino: Bardolino. Ubicado a la orilla del famoso Lago di Garda, se lo conoce como la zona donde se producen los mejores vinos tintos y rosados del oeste de la región de Véneto. Los paisajes que atravesamos hasta llegar a la tierra que mi familia paterna ha conservado desde hace más de quinientos años, es un auténtico festival para los sentidos. El verde de los campos, el morado de las vides y el azul cian del agua se mezclan, componiendo una estampa digna de una postal.

En cuanto aparcamos, los trabajadores de la finca se acercan a saludarnos. Ciertamente es que hace tiempo no veníamos la familia al completo, y les hace especial ilusión vernos a todos juntos.

Como además traemos dos invitadas de honor ávidas por aprender un poco más de esta particular actividad, les dejamos que nos hagan una visita guiada por la parcela. Andrea, el capataz, es quien toma el mando y nos lleva a través de los senderos que conducen a los viñedos.

—Encantado de conocerle, *signorina*... —Andrea estrecha su mano con galantería.

—Rosenfield. Taissa Rosenfield.

—De Chicago, ¿verdad?

—Así es —constata ella orgullosa—. ¿Cómo lo sabe?

—Antonella y Salvatore ya me han hablado de usted.

Su sorpresa me lleva a soltar una carcajada que la hace achinar los ojos.

—Espero que bien.

—Muy bien. De hecho, me han pedido que les enseñe las tierras y las bodegas, además de haceros una cata exclusiva al terminar el recorrido.

—Pues genial... ¡Y más aún que hable mi idioma! No deja de ser un alivio, la verdad.

—Será un placer.

Con un gesto de manos nos invita a seguirle y, a medida que nos internamos en la zona, nos relata un poco la historia de la familia y cómo fue que mi tatarabuelo comenzó con este negocio que le dio de comer a toda su descendencia. Mil hectáreas de campo compuesto por los viñedos propiamente dichos, la bodega y la finca, donde además de cultivar la uva, se cosechan también diferentes frutas con las que mi abuela Antonella elabora deliciosas mermeladas.

—El vino Bardolino es un producto típico de la tradición del Lago di Garda. La naturaleza tan particular del terreno de origen morrénico y el clima, resultan aptos para el cultivo de la vid. Gracias a las características favorables y a los métodos de cultivo y elaboración escogidos por los productores, se ha convertido en un vino digno de satisfacer a los paladares más exigentes.

—Mira estos racimos —le indico a Taissa antes de continuar—. Son enormes, ¿has visto lo que pesan?

—Es increíble...

Ella obedece y se queda prendada de la habilidad con la que uno de los trabajadores corta la vid para depositarla en las cestas que descansan a sus pies.

—El vino que se elabora con estas uvas es del color del rubí, y posteriormente, con el

añejamiento, tiende a ser granate. Ahora lo probarás.

—¿Por qué nunca me hablaste de todo esto cuando éramos niños?

—Nunca me ha gustado alardear demasiado del dinero que tiene mi familia. Para mí es algo sagrado, muy nuestro.

Taissa me observa con atención a través del ala de su sombrero de estilo campestre.

—Resulta conmovedor saber que eres parte de algo tan importante.

—Estas son mis raíces, Tais.

—Gracias por compartirlo conmigo.

Su mano se aferra a la mía en un gesto que me conmueve. Luego sigue caminando a mi lado, interesada en seguir aprendiendo más sobre los métodos de recolección.

—¿Por qué se recogen a primera hora de la mañana? —le pregunta a Andrea.

—Como puedes ver, los trabajadores ya están acabando sus labores aquí. Eso es porque empezamos muy pronto por la madrugada, o incluso lo hacemos por la noche. En esta época del año en que hace calor, aprovechamos las horas de menos temperatura para recoger la uva lo más fría posible. Eso nos permite ahorrar energía cuando la uva es macerada.

—Qué curioso...

—¿Queréis conocer las bodegas? —propone, y las chicas aceptan entusiasmadas.

Nos internamos entonces en uno de los sitios más especiales de la finca. Andrea abre las puertas y nuestras invitadas se quedan con la boca abierta al admirar las instalaciones completamente construidas en madera y piedra autóctona. El aroma que desprende es muy particular. La sala de vinificación es el primer espacio que visitamos, repleta de barricas gigantes de roble que contienen el vino y que le dan ese sabor tan particular.

Nos acercamos a uno de ellos, y Andrea abre el pequeño grifo para verter el líquido color granate en varias copas que va repartiendo a cada uno.

—Prueba —le digo a Taissa acercándole una y enseñándole cómo debe catar el vino—. Primero debes observarlo muy bien, apreciar el cuerpo. En el caso del vino tinto, el color baja de intensidad con respecto a su evolución.

—Vaya...

—Después, hay que agitarlo muy despacio para observar la lágrima. Algo que varía dependiendo de la calidez de la zona donde se cría la uva. Luego lo olemos así —me lo acerco a la nariz sin tocar el cristal— para valorar la intensidad. Volvemos a mover la copa para captar los diferentes aromas.

La invito a que lo haga después de mí y a que cierre los ojos.

—¿A qué huele?

—¿A fruta y especias? —adivina abriendo solo un ojo para ver si ha acertado.

—¡Eres buena, Tais! —Andrea asiente satisfecho y tanto mis hermanos como Martina aprovechan para repetir el ritual—. Ahora, pruébalo.

Ella lo degusta como solo se hace con un buen vino y vuelve a cerrar los ojos para concentrarse en su sabor. Tras meditarlo unos segundos, declara:

—Mmm... Es seco...

—¿Sí?

—Y sabe a... madera. Es picante.

Mi ancha sonrisa la recibe en cuanto despega los párpados con pereza.

—Te acabas de convertir en mi catadora favorita del mundo. —Ella suelta una risita granuja y choca su mano con la del capataz.

—Y ahora... ¡A comer con los abuelos! —propone Paolo y, tras agradecerle a Andrea la

visita guiada, nos encaminamos a la finca.

Una enorme mesa familiar compone una escena que a mí me resulta más que habitual, pero que a Taissa le produce un entusiasmo inusitado. La precede mi abuelo Salvatore, a su derecha mi *nonna* Antonella. Papá y mamá se ubican a continuación, y después mis hermanos, Martina y Bianca —que también ha sido invitada a comer— y, finalmente, Taissa y yo.

Hay momentos que desearías guardar en la memoria para el resto de tu vida. Este es uno de ellos. Aquí, rodeado de mi familia y de este paisaje que parece sacado de un cuadro, disfrutando de la suave brisa veraniega que nos acaricia, con una mesa repleta de quesos, dulces, frutas y botellas del mejor vino reserva de la bodega Moretti, se desarrolla una conversación que va desde lo trivial a lo más profundo.

—Quiero dar las gracias a mi hijo, mi nuera, y por supuesto a mis nietos y estas tres magníficas jovencitas, por haber venido a visitarnos. Antonella y yo estamos orgullosos de la familia que hemos formado y nos hace muy felices compartir nuestra cosecha con vosotros.

Mi *nonno* me mira y me guiña un ojo.

—Francesco, por favor, tradúcele esto a Taissa.

—Claro —contesto con curiosidad y espero pacientemente a que se pronuncie.

—Querida Taissa, sé que eres muy importante para mi nieto. Vuestra relación de amistad se ha gestado con el paso de los años y, aunque ha tenido sus altibajos, hoy estás aquí.

Repito sus palabras y los ojitos de Tais se enturbian sin quitarle la vista de encima a mi abuelo.

—Eso significa que, pese a las vicisitudes de la vida, eres parte de nuestra familia. Esta raíz —le entrega un pequeño tallo que ha sacado de los viñedos y que mi Abuela Antonella ha envuelto en una bolsita de organza con un lazo rojo—, es la de nuestra historia, pero también es la tuya a partir de ahora.

—Yo... no sé qué decir.

Martina toma su mano y le da un apretón en señal de apoyo.

—La has dejado sin palabras, *nonno* —le aclaro y ella, con ese carácter tan dulce y arriesgado a la vez, con su par de ovarios bien puestos y la emoción a flor de piel, se levanta de la silla para abrazar a mis abuelos como si fuesen los suyos.

—*Grazie mille* —expresa con la voz quebrada.

Mi corazón hace un impasse al contemplarla ahí, junto a las personas más importantes de mi vida. ¿Cómo explicar lo que siento en este momento? Sería muy complicado. Me he quedado en blanco y los recuerdos de un abrazo igual, pero que iba dirigido a mí en aquella ocasión, me estremecen.

Estaba en casa, después de aquella agresión que sufrí en los vestuarios en manos de Ronan. Taissa entró por la puerta de mi habitación y su gesto atribulado me rompió en mil pedazos. La piel me ardía por las quemaduras y mi madre me había permitido quedarme en mi cuarto, porque tenía los ojos hinchados de tanto llorar y no quería que nadie me viese en ese plan. Intentaba resguardar a mis hermanos del sufrimiento, aunque mi padre ya se había pasado antes para dejarme la comida en la mesilla de noche.

A duras penas pude tragar un bocado ese día. Estaba hecho polvo, pese a que blindarme de fingida fortaleza resultó ser mi arma de protección contra los malos. No obstante, con ella no podía disimular, y aunque no le conté la verdad de lo sucedido, dejé que me consolara.

—¿Por qué no has ido al cole? —preguntó afligida—. Te eché de menos en la clase de matemáticas. Mira, te he traído los deberes, para que no te atrases.

—Amanecí con fiebre —mentí, aguantando el llanto.

Ella tocó mi frente y frunció el ceño.

—No parece que estés calentito —insistió y se arrimó aún más a mi lado. Le hice un sitio en la cama y ella se acurrucó, como solía hacerlo siempre que buscaba cobijo.

Cuando sus brazos me envolvieron, me estremecí a causa del dolor que me produjo el roce, pero lo escondí como solía hacer con todo. Con la tristeza, la frustración, la vergüenza de ser diferente a los demás.

—¿Sabes? Ayer me hubiera gustado ir a verte jugar —dijo ajena a todo lo que bullía en mi interior—. Tuve que acompañar a mi madre al supermercado, no he podido librarme. Te prometo que la próxima vez iré y gritaré de alegría cuando hagas un gol, y... —Sus ojos se abrieron grandes al notar la humedad en su frente—. ¿Por qué lloras?

—Me duele la cabeza —mentí de nuevo.

Ella secó mis lágrimas y corrió a buscar una aspirina y un vaso de agua. Cuando regresó al cuarto y me la dio, tragué la pastilla, a pesar de que no la necesitaba tanto como le hice creer. Entonces, ella sonrió complacida.

—Ahora te pondrás mejor. —Besó mi mejilla y volvió a abrazarme.

—Contigo siempre estoy mejor, Tais. Siempre.

Hemos pasado un día increíble. La tarde en el lago y el paseo en barca han sido de lo más entretenidos, a la par de distendidos. Taissa, Martina y Bianca se han deleitado sacando fotos a cuanto paisaje encontraban fascinante, y mis hermanos han aprovechado cada uno de ellos para posar junto a nuestras invitadas.

Maurizio ha subido un par de instantáneas a sus redes sociales y nos ha insistido para que regresáramos a la finca cuando el reloj marcó las cinco. Allí nos encontramos con mis primos, que acudieron en cuanto se enteraron de que estábamos en Bardolino, ya que querían saludarnos antes de nuestro regreso a Milán. El vino ha rulado más de la cuenta y nos hemos puesto un poco alegres, aunque esta vez las que han bebido un poco más han sido nuestra huésped americana y la encargada de Hermès.

Siendo las nueve y media de la noche, consideramos que ya hemos tenido bastante. Taissa va como una cuba y Martina la abraza por el costado, mientras canta una canción de Angelina Mango que la rubia no conoce, pero que baila, dejándose el alma en ella.

—El Bardolino pega fuerte si no lo controlas —comenta Maurizio cruzado de brazos y aguantando la risa ante el deplorable espectáculo.

—Y que se lo digan a estas dos.

—Será mejor que las llevemos a dormir antes de que pierdan la conciencia —sugiere y asiento dándole la razón.

Nos acercamos a ellas y se nos arriman mimosas.

—Vamos, chicas, la fiesta se ha acabado —anuncia mi hermano.

—Noooooooo —protesta Taissa y me hace un puchero—. ¡Me lo eztoy passssando de lujo!

—Sois unos aguafiestas —añade Martina agarrándose de Mauri para no estamparse contra el suelo.

—Ya... por eso mismo os recomendamos ir a la cama antes de que acabéis con la cabeza

metida en el váter.

—No quiero ir a la cama —sentencia Taissa y me susurra al oído—: A no ser que quieras hacerme cosas muy sucias en ella.

—Creo que en el estado en el que estás será complicado hacerte nada. —Ella estalla en carcajadas—. Vamos. Andando, *principessa*.

—Eres guapíssssimo, Cesco. ¿A que sí, Mauri?

—Es adorable, como un osito de peluche.

—Tú no agites el avispero, ¿quieres? Que me espera una noche larga —le digo mientras arrastro a Taissa casi en volandas.

—¿Y qué me dices de la mía?

Martina ha comenzado a roncar.

—Madre mía, qué pedal llevan...

Conseguimos meterlas en la casa. Pensábamos dormir en Verona, pero va a ser que pasaremos aquí la noche. De todos modos, en la finca hay cuartos de sobra para todos. Entramos en la primera habitación que encuentro libre y mi hermano me desea suerte. La necesitare.

—Cesco, me duelen los pies...

—Vale, peque. Vamos a la cama.

—¿Por qué te mueves tanto? ¡Deja de dar vueltas! —Su dedo acusador intenta tocarme la punta de la nariz, pero se desvía hacia mi ojo. Por poco y me deja tuerto.

Maurizio se parte el culo y desaparece junto a Martina en la habitación de enfrente.

Cargo a Taissa en brazos hasta depositarla encima del colchón. Las ventanas están abiertas y la temperatura es agradable, aunque para evitar que nos enfriemos durante la noche, las cierro antes de que ella caiga en un sueño profundo.

—Cesco...

—¿Qué pasa, *cara mia*? ¿Te sientes mal?

—Sí.

—Ven... al baño. Ya.

La ayudo a incorporarse, y en cuanto nos metemos en el lavabo que se encuentra dentro de la propia recámara, Tais se abraza al váter y da una violenta arcada que la deja extenuada. Le sujeto el pelo para que no se lo ensucie y le froto la espalda procurando aliviarla.

—Joder... ¡Qué asco!

—Tranquila. No será ni la primera ni la última vez que te vea vomitar.

Apoya la cabeza en su brazo, frustrada y un poco cabreada también.

—El día que embuché una caja entera de bombones yo solita...

—Sí. —Reprimo la risa a duras penas—. Veo que te acuerdas.

—Qué vergüenza, por favor.

—Tu madre te prohibió comerte más de tres. Y tú, que mientras más te dijeran que no, más te empeñabas en ello, acabaste con todas las chocolatinas.

—No te rías...

Vuelve a dar otra arcada y repito las caricias. Después de un rato de escucharla protestar y al asegurarme de que ya no vomitará otra vez, la conduzco con dificultad a la cama y me ocupo de desnudarla, dejándola solo en ropa interior. A caballo entre el mundo real y el imaginario, Taissa empieza a balbucear palabras ininteligibles. Sin embargo, entre todas las sandeces que dice, suelta una frase que me deja frío como un témpano de hielo.

—El alcohol no es bueno. No, no —aclara levantando el índice—. Me hace cometer estupideces.

Me envaró de inmediato, sosteniendo una de sus zapatillas en la mano.

—¿Cómo cuáles?

—¿Recuerdas a Ronan? —Sus ojos comienzan a cerrarse y le sigo la corriente, evitando así que se duerma.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Ese imbécil me folló una noche mientras estaba bebida. ¡Menudo cerdo!

Aprieto los puños con una fuerza sobrehumana, y tenso la mandíbula hasta el punto de sentir que podría quebrarse.

—¿Por qué te acostaste con él? —le recrimino, sabiendo con total seguridad, que mañana no recordará esta conversación. Y aunque sé que me dolerá la respuesta, necesito escuchársela de una vez por todas. Además, este ha sido el objetivo desde un principio, ¿verdad? Para eso la he traído hasta aquí.

¿Hemos llegado al momento de las confesiones?

Bien.

Taissa no está en Italia por casualidad. Ya está. Ya lo he dicho.

¿Me consideráis la peor persona sobre la faz de la tierra? Que os quede claro que yo también me odio por esto, pero necesitaba tenerla otra vez conmigo y pedirle explicaciones. Quería cerrar un capítulo de mi vida, sin darme cuenta de que, sin querer, he abierto otro.

También debo reconocer que, aunque perdí el contacto con ella en cuanto vi aquel horrible vídeo anónimo, no lo hice con su hermana Candice. Cuando dejé de responder a sus mensajes y me alejé, fue la mayor de los Rosenfield la que me escribió un correo refiriendo que Taissa estaba terriblemente afligida y que no entendía el porqué de mi enfado. Hasta me trató de desalmado.

Era normal, se preocupaba por su hermana. ¿Qué pretendía? ¿Que me diera una palmadita en reconocimiento por mi cruel hazaña?

No obstante, decidí sincerarme con ella. Se lo conté todo. Algo de lo que también me arrepiento, ya que después de que Taissa me confesara que no se llevan bien, deduje que sería por mi falta de discreción. Candice la critica por ser como es, pese a que, para mí, Taissa es la persona más maravillosa que he conocido.

Cierro los ojos, apretándolos tanto, que temo hacerme daño. Cuando los abro, me escuecen, y me duele descubrir a la chica de la que he estado locamente enamorado toda mi vida, traspuesta encima de la cama, semidesnuda y desprotegida.

Me siento fatal. Por ella, por mí, por toda esta situación. Por haber usado a Candice de puente conector. Por haberme enterado por ella de que Taissa estudiaba Marketing y de que había conseguido un puesto como publicista en una prestigiosa agencia de Chicago. Por haberle propuesto a Lorenzo que contratáramos sus servicios, con la excusa de que una empresa americana daría con la clave de nuestra campaña.

Sentándome a su lado en la cama, le aparto el pelo con cariño y beso su frente. Ella apenas se inmuta. Se gira y emite un gemidito lastimero que consigue arrancarme un par de lágrimas.

La odio, y a su vez, la amo con la misma intensidad.

Me froto los ojos y la tapo con el edredón, para después tumbarme a su lado y apagar la luz, dejando que la tenebrosa oscuridad lo consuma todo a nuestro alrededor y que mitigue mi horrenda culpabilidad.

Capítulo 23

Taissa

Los rayos de sol me dan en la cara y consiguen despertarme, pese a la horrible resaca que acosa mis sienes sin tregua. No reconozco la habitación en la que me encuentro, pero comienzo a tener *flashes* de la noche anterior.

Enfoco la vista un poco más a mi alrededor y descubro que estoy sola. No hay rastro de Cesco por ninguna parte, ni de su ropa, por lo que deduzco que ha salido a desayunar con su familia.

¡Menudo espectáculo habré protagonizado! Recuerdo haber estado tan a gusto con Martina y con Bianca conversando durante la reunión de amigos y primos de los Moretti, que no calculamos la cantidad de copas de vino que fueron vaciándose. Llegó un momento en que los mayores se retiraron y nos dejaron a los jóvenes solos. ¡Y menos mal! Porque se me pondría roja la cara de vergüenza si los padres o los abuelos de Francesco hubieran sido testigos de mi descontrol.

La música empezó a sonar, Martina y yo nos pusimos a hacer el tonto. Bianca anunció que se iba con Paolo a una fiesta de no sé qué, y de ahí en adelante, ya no soy capaz de recordar nada.

Me incorporo en la cama con la mano puesta en la frente y diviso encima de la mesilla un ibuprofeno y un vaso de agua. Francesco. Lo quiero con todo mi corazón. Sonrío y me tomo la pastilla, bebiéndome toda el agua casi sin respirar.

Unos minutos después, aprovecho para darme una ducha que me despierte, lavarme los dientes y vestirme con la misma ropa que traje ayer. Prescindo de las bragas. Me niego a repetirlas, así que me las meto en el bolsillo del pantalón corto.

Una vez adecentada y sintiéndome un poco mejor, me dispongo a encontrarme con el resto. Salgo de la enorme casa que, por cierto, es una barbaridad de bonita. Construida íntegramente en madera y piedra, al igual que la bodega, tiene un aire antiguo mezclado con el moderno, que le da un estilo muy particular. La campiña que nos rodea reviste el ambiente que parece ser sacado de una película. El trinar de los pájaros, la brisa golpeando las ramas de los árboles, el lago azul de fondo...

Como imaginaba, el desayuno se desarrolla en el patio, a la sombra de la parra. Una gran mesa repleta de gente que habla en italiano, dulces, pan de campo, mermelada, mantequilla, fruta y aroma a café recién hecho, me llama como el canto de una sirena.

Cuando me aproximo, todos se alegran de verme. Todos menos uno. Francesco luce una

cara de funeral que disimula malamente para que nadie se percate de su enfado. Excepto yo, que le conozco mejor que nadie.

«Respira Taissa», me insto a mí misma forzando una sonrisa, mientras Giuseppe me invita a sentarme en el único sitio que queda libre, justo enfrente del susodicho.

—¿Qué tal has dormido, mi niña? —pregunta Fiorella con su característico tono de voz maternal.

—Muy bien, gracias. Deberías haberme despertado.

—¡Para nada! Hoy es domingo y, por lo tanto, no hay horarios.

Asiento, sin saber muy bien qué decir. Francesco me mira fijamente y Maurizio lo observa a él, frunciendo el ceño. Entiendo que esté cabreado, a saber en qué estado me ha llevado anoche a la cama. ¿Me habrá visto así su familia y por eso se ha enfadado? Pero Martina no estaba mucho mejor que yo... La busco con los ojos y me la encuentro sentada al lado de Mauri, sonriendo como si nada pasara y dejándome aún más desconcertada.

—¿Quieres *crostata*? —me ofrece, acercándose el plato—. La hizo Antonella y está buenísima.

—Claro... Gracias.

Fiorella me entrega la taza de *café latte*, la cual acepto con gusto. Mientras doy un sorbo, levanto la mirada y encuentro a Francesco observándome discretamente. Le ofrezco una sonrisa tímida, sin embargo, no muestra interés en iniciar una conversación conmigo, preguntar si estuvo acertado al dejarme el ibuprofeno junto a la cama, o asegurarme que, a pesar de mis numerosos defectos y mi evidente inmadurez, aún me sigue queriendo.

Trago el café con dificultad y dejo la taza encima de la mesa, respirando profundamente y centrándome en Martina, que me cuenta lo que haremos antes de coger los coches y regresar a la ciudad. Planes que incluyen visitar un poco más de Verona y recoger nuestras cosas en la casa de los abuelos.

Y así lo hacemos. El día transcurre recorriendo sus callejuelas mágicas y la magnífica Piazza delle Erbe, así como también el Duomo di Verona y sin dejar de lado el famoso Arena. Un anfiteatro romano con capacidad para 20.000 personas, que se conserva con el fin de albergar espectáculos durante la época estival. Me resulta increíble tocar aquella construcción que se mantiene en pie a pesar del paso de los siglos y que cuenta la historia de toda una civilización que dio origen a lo que es hoy este maravilloso país.

Después de una copiosa comida al mejor estilo italiano, llega la hora de hacer las maletas. Francesco sigue mostrándose parco y poco hablador, sin embargo, intento que no me afecte su actitud. No ahora que toca despedirnos de sus abuelos, quienes se han portado tan bien con nosotros.

—Ha sido un verdadero placer conoceros —les digo abrazando primero a Salvatore y luego a Antonella—. Gracias por vuestra hospitalidad.

Cesco les traduce mis palabras y ellos sonríen, desprendiendo ese cariño no fingido que me hace sentir en casa.

—Gracias por venir, Taissa. Y recuerda —puntualiza la abuela—: Esta tierra siempre tendrá un pedacito de ti.

Mis ojos se encharcan y, despidiéndome también del grupo con el llanto atenazando mis pupilas, opto por meterme en el coche y esperar allí a Francesco. Unos minutos después, la puerta se abre, se coloca en el asiento del conductor y sujeta el volante, mirando al frente.

—Lo siento —murmuro con la voz quebrada—. Lamento mucho haberme emborrachado y que...

—No digas nada, Tais —ruega con firmeza—. Por favor.

—De acuerdo.

Me trago mi decepción, inspiro para mantener a raya el bochorno y desvío mis ojos hacia la ventanilla para quedarme con la única imagen que ahora mismo quiero guardar.

Una familia increíble y un fin de semana que jamás olvidaré.

Las puertas del ascensor se abren y agarro con fuerza el asa de la pequeña maleta que descansa a mi lado. Han transcurrido casi tres horas desde que abandonamos Verona y el trayecto ha sido un verdadero suplicio. Gracias a la música que nos acompañó y que esta vez nos limitamos solo a escuchar, nos libramos de un silencio tenso e incómodo.

Hace escasos minutos Francesco apagó el motor tras aparcar frente a mi portal. Me digné únicamente a agradecerle la invitación y a recibir el equipaje en cuanto me lo tendió sin decir una sola palabra.

No quise reprocharle nada, ni pedirle explicaciones, ni confesarle lo triste que me sentía por haber arruinado nuestra última noche de una estadía que podría haber sido memorable. Pero claro, Taissa Rosenfield no pierde oportunidad para estropearlo todo. Siempre tiene que dar la nota, y Verona no iba a ser la excepción.

Coloco la llave y empujo muy despacio el picaporte hasta toparme con el recibidor de nuestro precioso apartamento. Las luces están apagadas y los rayos de sol se filtran a través de las cortinas entreabiertas. Apparentemente, todo está en calma, aunque me parece oír un murmullo proveniente de la habitación de Chad.

Me temo lo peor, sí. Pero no seré yo quien le arruine el polvo. Me niego a generar más discordia entre nosotros. A este paso me quedará sola en la vida. Sin amigos, sin hermana, sin esperanzas de poner en orden mi vida de una jodida vez.

Me encierro en mi cuarto y pongo música en el altavoz portátil. Quizá así se den por aludidos y Gia salga pitando al sentirse descubierta, o no. No aparenta ser el tipo de mujer que se corte un pelo a la hora de dar la cara. No como otras que nos limitamos a agachar la cabeza y escondernos como el avestruz.

Me tumbo boca abajo en el colchón, acallando los insultos que nacen de lo más profundo de mis entrañas. Y sin pretenderlo, sin quererlo en absoluto, me veo en la necesidad de deshacerme de todo aquello que he guardado durante horas. De pronto, me siento sola y perdida. Las lágrimas salen a raudales y me es imposible detenerlas. Expresan mis ganas de huir muy lejos, de olvidarme incluso de quién soy y de regresar a mi zona de confort. Mi piso en Chicago junto a June, mi trabajo supervisado por la tirana de Julia, mis días rutinarios y mis líos de cama esporádicos.

Desconozco cuánto tiempo llevo sollozando, hasta que siento una presencia a mi lado. El colchón se hunde y una mano amiga me acaricia la espalda con ternura. Alzo el rostro empapado, de ojos hinchados y mejillas coloradas, y me topo con la mirada afligida de Chad.

—Eh... ¿Qué ocurre?

Su tono de voz serena me invita a abrazarlo con todas mis fuerzas y a llorar aún más contra su hombro. Oler su aroma natural y sentir su calidez me tranquiliza lo suficiente, como para expresar una simple frase:

—Quiero irme a casa.

—¿Qué ha pasado, Tais?

Se aparta y su mirada ahora sí es de total preocupación, secando la humedad de mis mejillas mientras me observa atentamente.

—Pasa que soy una mierda, que no merezco nada bueno. Ni siquiera soy digna de tu cariño.

—Te prohíbo terminantemente que digas esas cosas.

—Soy un desastre con patas —asumo con pesar, apartando las lágrimas con el dorso de la mano.

—Eres una mujer como pocas he conocido, Taissa. Tu corazón le gana a tu desorden, y tus buenas intenciones priman por encima de cualquier error que puedas cometer. —Un puchero involuntario se dibuja en mi cara y él sonríe con tristeza—. ¿Me lo vas a contar?

—Solo si tú me dices por qué tenías a Gia metida en tu habitación.

Exhala con brusquedad, echa la cabeza hacia atrás y encoge los hombros, a la vez que cierra los ojos antes de hablar.

—Solo es sexo.

—Ya, y no te juzgo por eso, puedes hacer de tu culo una fiesta, pero me preocupa que esa mujer meta las narices donde no debe.

—No es tan mala como te empeñas en catalogarla.

—¿Tan mala? ¿Lo es un poco, tal vez? Chad...

Oculta a duras penas una sonrisa irónica y le pellizco el brazo.

—¡Auch! —exclama frotándoselo con insistencia.

—Cuidado con lo que le cuentas.

—No le he dicho absolutamente nada. Jamás hablamos de trabajo, solo nos limitamos a darnos placer y...

—Demasiada información —declaro levantándome de la cama como un resorte y apoyándome sobre la cómoda.

—Te prometo que esta semana no nos veremos, es la última y ambos tenemos mucho trabajo. No permitiré que nada me distraiga de nuestro objetivo.

—Que es...

—Ganar esta campaña y que obtengas por fin ese ascenso que tanto te mereces. —Sonríó ufana y él me imita—. Paso de seguir acatando las órdenes de Julia un día más, prefiero estar bajo tu mandato.

—¿Aunque te tire de las orejas si me sacas de mis casillas?

—Aunque tenga que aguantarte hasta el fin de mis días.

—Te quiero, Chad —revelo volviendo a su lado y abrazándolo con intensidad.

—Y yo a ti, *pitufina*.

Me separo un poco y lo estudio con el ceño fruncido.

—¿Pitufina?

—Eres igual, admítelo. Solo te falta el tono azulado de su piel, porque las largas pestañas y el pelo rubio, desde luego que lo tienes.

Pongo los ojos en blanco y él suelta una carcajada que me contagia. Ojalá nunca perdamos esta complicidad que nos une.

Ojalá perdure para siempre.

Me levanto por la mañana con una idea en mente: poner todo mi esfuerzo en el trabajo, pasando de dramas e historias que no me aportan absolutamente nada. Ayer me he pasado la

tarde lamiéndome las heridas como una idiota, por lo que deduje que tenía dos opciones: seguir llorando por los rincones o levantar cabeza y disfrutar de lo que me queda en esta preciosa ciudad.

Después de un desayuno no muy copioso, Chad y yo nos dirigimos a las oficinas de M&S. Tenemos una planificación a la que debemos darle forma y mi compañero ha propuesto poner en marcha el boceto de las piezas gráficas tales como carteles, *flyers* para los eventos y el *spot* publicitario.

Hablamos con Julia por videollamada y le informamos de los avances. Ella no deja de alabar nuestro trabajo, convencida de que nuestros clientes se quedarán más que satisfechos con un resultado que, augura, será excelente. Al parecer, la idea de unir pasado y futuro en un mismo mensaje es revolucionaria.

—Enseñar a los amantes de Harley-Davidson y motocicletas en general, que la empresa está adaptándose a las transformaciones de la industria, es una buena manera de expandir horizontes —comenta mi jefa mientras le da un sorbo a su café.

—No es para menos. Hemos diseñado una estrategia tan convincente, que Lorenzo y Francesco podrían abrir concesionarios en el Polo Norte y, aun así, vender cientos de motos —aseguro con una sonrisa impostada y ella me da la razón con un gesto afirmativo.

—Buen trabajo, equipo. Taissa —me señala con el dedo—. El lunes 12 de agosto te quiero aquí. Tendremos una reunión con Hillman.

—Estupendo —confirmo mostrando una entereza camuflada. Chad me mira de reojo y sé que está pensando lo mismo que yo. Volver no será tan fácil, después de todo lo vivido.

Una vez que cortamos la comunicación, Chad anuncia que irá a la cafetería un momento. Ya es media mañana y las energías comienzan a mermar.

—¿Te traigo un café?

—Bien cargado, por favor —le ruego y él sonríe antes de cerrar la puerta.

Me quedo sola frente al ordenador, buscando información que nos ayude a poner en orden algunos conceptos que aún nos faltan desarrollar. Mi mente busca dispersarse por momentos, pero intento traerla a este despacho otra vez. De vez en cuando, recuerdos del viaje a Verona me asaltan, intentando abrirse paso en mis pensamientos. Mis ojos permanecen clavados en la pantalla del iMac, sin embargo, no presto atención a las miles de pestañas abiertas en el navegador. El rostro de Francesco se dibuja en ella como un espejismo. Todavía puedo sentir sus caricias, sus besos y aquellas palabras tan bonitas que nos dijimos frente al balcón de Julieta. La escena del candado rojo y esa frase que tanto caló en lo más profundo de mi alma, causan estragos en mí.

«¿Mi corazón amó hasta ahora?».

—¿Taissa?

Doy un respingo al escuchar aquella voz que recreaba en mi mente con tanta intensidad. Tan perdida estaba en mis cavilaciones, que hasta dudo que sea real. Pero lo es. Francesco está de pie frente al escritorio, observándome como un niño al escaparate de una juguetería en Navidad.

—Hola.

—Perdona que te moleste, sé que estás ocupada.

«Pensando en ti».

—No pasa nada. Dime —lo corto porque mi propósito es que desaparezca de mi vista lo antes posible y que no deje marca. Demasiado he llorado por él.

—Yo... quería saber si te apetece comer conmigo. Pensaba ir a un restaurante que queda por aquí cerca y...

—Te lo agradezco, pero he quedado con Chad. —Su decepción es notable. Se mete las manos en los bolsillos y se muerde el carrillo aceptando como un caballero el golpe bajo en el estómago. Mi sonrisa forzada termina por rematar la faena—. ¿Necesitas algo más?

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

—¿El qué?

—Esto... Tú y yo.

—Te recuerdo que fuiste tú el que no quiso escucharme ayer.

—Por eso quiero que hablemos.

—Tuviste tu oportunidad, Cesco. Lo siento —determino levantándome de la silla para quedar a su altura—. Tengo trabajo que hacer. Puede que los socios de M&S necesiten una campaña en breve y no es plan fallarles.

Ríe sin ganas y suspira largamente antes de dar media vuelta. No obstante, cuando está a punto de llegar a la puerta, se vuelve con decisión. Me apunta con el dedo índice, cabreado a más no poder y hablando con voz firme:

—Lo estoy intentando, Taissa. ¡Joder! ¿Qué quieres que haga?

—¿Intentando? ¿Acaso te has ofrecido en sacrificio para aguantarme? Perdona que sea tan directa, pero fuiste tú el que insistió en que te acompañara a Verona, y también el que me dio la patada ayer.

—*Mi dispiace tantissimo...*²⁸ Sé que me porté como un cretino, y he venido a disculparme.

Rodea el escritorio a toda velocidad y en menos de cinco segundos lo tengo pegado a mi cuerpo, implorando perdón. Pero es que estoy... jodida. Y muy enfadada con él. Y tengo ganas de darle un bofetón y, a la vez, comerme a besos esa boca que me llama como la luz a una polilla.

—Tais... Por favor.

Su frente descansa en la mía y sus brazos me aferran por la cintura, casi con brusquedad. Me confunde, no entiendo qué es lo que pretende, pero desde luego no le dejaré jugar con mi salud mental.

Hay algo...

No sé explicarlo, pero presiento que me oculta el verdadero motivo por el cual él y yo no conseguimos llegar a un acuerdo. Tan pronto estamos bien, como estamos fatal. Discutimos y al día siguiente lo solucionamos con... ¿Sexo? No. No estoy dispuesta a dejarme manipular así. No he venido a Italia para esto.

—Déjame —lo aparto con suavidad, empujando su pecho con mis manos.

Me resulta extremadamente difícil hacerlo, porque en este momento lo que más deseo es que me abrace, me bese y me asegure que todo va a estar bien. Como cuando éramos niños y nos consolábamos mutuamente frente a la adversidad, siempre y cuando Cesco estuviera dispuesto. A veces, su reserva me alejaba; prefería mantenerse en silencio, intentando protegerme de su propia timidez e inseguridad. Nunca fue especialmente sociable, lo que le cerraba algunas puertas. A ojos de los demás, era el niño extranjero, y los más fuertes se aprovechaban de su vulnerabilidad, aunque nunca presencié directamente esos episodios. Llegaron a mí rumores, sí, pero él los desmentía con rotundidad. Sé que no quería mostrar debilidad, era una cuestión de orgullo, el mismo que ahora exhibe cada vez que se frustra al no poder controlar la situación.

Sus ojos tristes me observan con dolor, y hasta diría que con rabia.

—Acepto tus disculpas, pero no iré a comer contigo.

—Vale. —Su voz apenas se oye—. Que tengas buena tarde, Tais.

—Igualmente.

Con los brazos cruzados, observo cómo abandona la oficina, y mis ojos vuelven a nublarse.
¡Maldita sea mi estampa!

Me prometí que no lloraría por él otra vez, me lo juré a mí misma esta mañana al mirarme al espejo y verme obligada a utilizar un kilo de corrector para tapar las ojeras con las que amanecí.

Casi al instante, aparece Chad con los cafés en la mano y expresión de desconcierto.

—Me he cruzado con Francesco. ¿Ha pasado algo?

Tomo aire profundamente antes de responderle:

—Pasa que estoy harta de esta situación y no voy a permitir que juegue conmigo.

—Te dije que a veces eres un poco tirana cuando te lo propones —me recuerda tendiéndome el café.

—¿Crees que disfruto rechazándolo?

—No lo sé... —duda poniendo un sobrecito de azúcar en mi mano e invitándome a tomar asiento junto a él—. Tal vez te reconforta devolverle un poco de su propia medicina. La venganza se sirve fría, cariño.

—No se trata de eso.

—Ah... ¿No? ¿Y por qué no has querido huir de Milán al enterarte de que Francesco era uno de los socios? Te habría bastado una sola llamada a Julia para comprar un billete de vuelta a Chicago y renunciar a este proyecto.

Bebiendo un sorbo del líquido marrón, alzo la vista, y miro a Chad por encima del vaso de cartón. Su sonrisa astuta me hace reír por primera vez en el día. Luego, añade:

—Entiendo... Tú mejor te quedas aquí sentadita en tu silla, esperando a que el karma se encargue de joderlo todo.

Capítulo 24

Cesca

—Entonces lo has vuelto a hacer. Es que... ¡De verdad!

Maurizio me da una colleja en la nuca, que por poco me hace enterrar la cara en el plato de espaguetis.

—Mauri, ¡ya!

—¿Qué parte no has entendido de *acercar posiciones*, Francesco?

—¿Has escuchado algo de lo que te he contado? —pregunto dejando los cubiertos de lado y reclinándome hacia atrás en la silla.

Hemos pasado prácticamente toda la tarde juntos y le he referido absolutamente todo lo ocurrido con Taissa desde nuestra conversación del sábado por la noche. Y eso ha sido después de descargar una buena parte del cabreo, jugando al *calcio*.

Afortunadamente, mi hermano es mi gran compañero de aventuras deportivas, no así Paolo, que detesta subirse a la elíptica o calzarse los botines para darle duro a la pelota. Él es más de otro tipo de ejercicios... Lo dejaremos ahí.

Maurizio y yo hemos sido parte de un grupo durante años, donde regularmente nos encontramos al menos una tarde a la semana en el club. Sin embargo, en caso de lesiones o compromisos laborales que nos impidan jugar, nos reorganizamos como buenos compañeros. Lorenzo es uno de esos integrantes, pero como últimamente está tan raro conmigo, he pasado de invitarlo. Hoy hemos trabajado cada uno en su despacho, aislados del mundo y casi sin dirigirnos la palabra. Sé que ha tenido una discusión con Gia, porque los he oído alzar la voz, aunque no he querido intervenir para no sembrar más discordia entre nosotros.

Después de mi penoso intento de reconciliación con Taissa y que me diera calabazas, decidí llamar a mi hermano para quedar. Y él accedió de buena gana, siempre lo hace cuando se trata de despejar la mente del trabajo o los estudios. Nos encontramos en el club, tuvimos nuestra hora y media de entrenamiento, y ahora estamos aquí, cenando en una terraza cerca de mi apartamento y analizando el tema en cuestión.

Sabía que me regañaría, era obvio que mi comportamiento lo sacaría de sus casillas y que me echaría la bronca. Algo me dice que Taissa se ha convertido en la consentida de la familia Moretti y yo en su verdugo.

—Por supuesto que te he escuchado —sentencia trayéndome otra vez a la realidad—. Cada maldita palabra que has pronunciado y cada excusa también.

—No son excusas.

—Cesco, voy a cantarte las cuarenta, porque esta situación ya me tiene un poco harto. —Me recoloco sobre la silla, me quito la servilleta de tela que descansa sobre mis piernas, y apoyando los codos sobre la mesa, me dispongo a escucharlo—. Estás acojonado.

El sonido de los cubiertos y el murmullo de la gente que nos rodea es lo único que percibo a mis espaldas.

—¿Es todo lo que vas a decirme?

—¿Quieres que te diga lo que quieres escuchar o mi humilde opinión? Si me has llamado para compartir la tarde y después la cena, es porque necesitas desahogarte. Expiar tus culpas. Sentirte mejor contigo mismo. Pero lo siento, no seré yo quien te regale los oídos, *fratello*.

Suspiro y dejo caer la cara entre mis manos, mientras me froto con ellas insistentemente. Una vez conseguida la calma que buscaba, levanto la cabeza y miro a mi hermano.

—Ayer tuve un mal presentimiento.

—¿A qué te refieres? —pregunta, acercándose en tono confidente.

—Las cosas se van a torcer, lo sé. Esto no puede acabar bien.

—No te entiendo.

—Yo traje a Taissa a Milán.

Sus ojos se abren, evidenciando una expresión de terror que me obliga a bajar la vista. Su mano toca mi brazo para que regrese a él.

—¿De qué hablas, Francesco?

—Todo ha sido una... estrategia.

—¿Para joderlo todo? —cuestiona, incrédulo.

—Para conquistarla.

De repente, Maurizio rompe a reír como un lunático. Sí, como un desquiciado al que le han contado un chiste malo.

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

Mauri pasa de la risa más atronadora, a la seriedad más tajante. Y eso me asusta, joder. Nunca le había visto así de enfadado.

—¿Tú estás mal de la cabeza? *Ma che cazzo fai!*²⁹ —maldice y arroja la servilleta contra el mantel. Una pareja que cena a nuestra derecha se gira alarmada ante el exabrupto—. ¿Crees que Taissa es tan idiota como para no darse cuenta del juego que te traes entre manos? ¡Es una tía muy lista!

—¿Qué tiene de malo? Necesitábamos una buena experta en Marketing y ella ha dado la talla.

—Pero tú no la has traído por sus capacidades profesionales... ¡No, señor! La has traído para manipularla.

—¡Eso no es cierto!

El chico que se halla a nuestro lado se queda con el tenedor repleto de espaguetis a medio camino entre el plato y su boca abierta.

—Te juro por Dios que no te entiendo... La odiabas, o eso me hiciste creer hasta que apareció en tu oficina hace más de quince días. ¿Y ahora me quieres convencer de que solo la contrataste por motivos laborales?

—Pensé que si tenía otra oportunidad...

—No, Francesco —declara con firmeza—. Lo has hecho para darle su merecido, para tenerla en la palma de tu mano, y una vez confiada, hacer con ella lo que te dé la gana.

—Mauri... —lo llamo cuando veo claramente sus intenciones de abandonar la mesa. Sin embargo, lo hace. Se yergue en toda su altura, me lanza una mirada de hielo que podría matar a

un batallón, y concluye:

—Nunca pensé que fueras capaz de ser tan rastrero, Cesco. Puede que ella se haya acostado hace doce putos años con tu peor enemigo, pero tú estás siendo un verdadero cretino. —Y para finalizar, añade—: Arregla esto antes de que explote por los aires, o será la última vez que me tengas disponible para darte un consejo.

Y así, sin más, se marcha, dejándome con la comida atorada en la garganta y un malestar en el estómago que me llevará horas aplacar.

Llego a casa con la firme convicción de que soy un ser despreciable, pero, además, con la certeza de que debo hablar con Taissa y confesarle toda la verdad. Pero ¿cuándo?

El miércoles a primera hora tenemos previsto un viaje a Atenas y volveremos el viernes, por lo que mis posibilidades de un encuentro son escasas. Reflexiono en todo lo que he hablado con mi hermano y, muy a mi pesar, reconozco que tiene razón. Me la estoy jugando y es probable que la carta ganadora no esté bajo mi manga. Como bien dice el refrán: «La mentira tiene patas cortas», y temo por lo que pueda suceder si Taissa se entera de que todo ha sido un maldito plan urdido al milímetro para hacerla caer en mis redes.

Menudo gilipollas.

Valoro la posibilidad de llamar a Martina para que me eche un cable; gracias a que se han hecho muy amigas y se ven con asiduidad, quizá la convenza de aceptar una cita. Sí, eso haré. Iré a verla mañana a la tienda y se lo comentaré, apelando a la lástima para que actúe de intermediaria. Eso me daría un margen considerable, teniendo en cuenta que nos queda solo un fin de semana antes de que Taissa regrese a Chicago.

Me doy cuenta inmediatamente del rumbo que están tomando mis pensamientos...

«¿Por qué querría quedarse? ¿Con qué excusa?».

Suspiro, invadido por un sentimiento de frustración que me lleva directo al baño. Me deshago de la ropa y, aunque ya me he duchado al salir del club, vuelvo a hacerlo para relajarme. Quizá el agua me ayude a expiar mi culpa y me conceda una tregua.

Debo admitir que estos días en Verona —exceptuando el domingo— me han acercado a Taissa de un modo que creí imposible. Ella me desnudó su alma y yo me expuse como un cachorrillo rescatado de una cuneta, el cual necesita ser mimado y comprendido para encontrar su sitio en el mundo.

El nivel de conexión que hemos alcanzado me ha servido para darme cuenta de que ella es la mujer de mi vida. Que por muchas explicaciones que le exija por lo sucedido años atrás, nada conseguirá apartarla de mi corazón. Y tal como lo ha afirmado Maurizio, eso me da mucho miedo. Pavor. Porque no soportaría otra separación, porque mi amor por ella es real y no estoy dispuesto a perderla otra vez.

Mis propósitos eran unos antes de que llegara. Mi objetivo ahora es otro: necesito tenerla a mi lado. Aquí, en Italia, o en Chicago, me da igual. Si tengo que dejarlo todo para estar con Taissa, lo haré sin pensármelo dos veces. No seré el cobarde de siempre, no dejaré que el temor me domine.

No permitiré que Taissa y yo volvamos a distanciarnos nunca más.

—*Buongiorno per la matina!*³⁰

Martina me recibe con una sonrisa, como suele hacerlo siempre que entro por la puerta de este local. La veo radiante, feliz, y sé que mi hermano tiene mucho que ver con eso. Ojalá la relación prospere y sigan adelante, porque considero que están hechos el uno para el otro. He sido testigo directo de cómo se miraban mientras compartíamos la mesa en casa de mis abuelos, de sus gestos que intentaban pasar desapercibidos, pero que evidenciaban esa conexión inexplicable entre ambos.

—Hola, Tina.

—Es la primera vez que me llamas *Tina*.

—Me lo ha pegado Mauri —le confieso con una media sonrisa.

—¿Estás bien? Te noto un poco apagado.

—Hoy no he venido a comprarte ropa.

Exagera un gesto de desencanto que me hace reír, soltando aire por la nariz.

—Vaya por Dios, ¡adiós a mi venta del día!

—Prometo compensártelo.

—Estaba bromeando, tonto —aclara con alegría—. Dime qué te trae por aquí.

—Necesito pedirte un favor. Se trata de Taissa.

Martina pone los ojos en blanco y se cruza de brazos, a la defensiva.

—¿Qué has hecho, Cescó?

—Es largo de contar y, créeme, no estoy nada orgulloso de ello, pero necesito que me dé la oportunidad de hablar con ella. —Martina achina los ojos y me escucha con atención—. Se ha cerrado en banda y...

—Vale, vale —acepta anteponiendo las manos—. Déjame que lo intente, pero no te prometo nada. La conozco poco, pero sé que es bastante cabezota.

—Y que lo digas... —suspiro, derrotado—. Gracias, Tina. Te debo una.

—Cómprame un traje de tres mil euros, y estamos en paz.

—Mira qué lista eres... —digo en tono jocoso y ella ríe por lo bajo.

No le compro el traje, pero sí una camisa que veo exhibida en uno de los maniquís y que me enamora a primera vista. Y un vestido para Taissa. Si consigo que me perdone, se lo regalaré como muestra de mi arrepentimiento y la invitaré a cenar a un sitio especial para que pueda estrenarlo.

Salgo del local con las manos llenas y deseando verla en la oficina, aunque sea de lejos, aunque no la pueda tocar y solo me limite a seguirla con la mirada. Sé con total seguridad que está ahora mismo allí porque le he enviado un mensaje a Lorenzo preguntándole por el equipo de Double Creative Network. Él me confirmó que trabajaban desde bien temprano, pese a que yo decidí llegar más tarde con la excusa de que debía hacer unos recados.

Cuando entro a M&S, saludo a Nicoletta, quien me informa que mi socio me espera en su despacho. Me dirijo a paso rápido, evitando pasar por la sala donde Chad y Taissa trabajan habitualmente. Toco levemente con los nudillos y Loren me responde al otro lado.

—Adelante.

—Hola, ¿estás ocupado? Nicoletta me dijo que me buscabas.

—Pasa, estaba revisando unos presupuestos —responde con amabilidad y me hace un ademán para que me siente.

—He preparado la documentación para entregar a los griegos mañana. Parece que la habilitación del local está lista, solo faltan algunos detalles.

—¿En qué momento lo has hecho todo?

—Anoche trabajé desde casa.

—¿No has podido dormir? —pregunta con el ceño fruncido y suspiro frotándome la frente.

—Algo así.

Me observa por unos segundos, dubitativo, y cambia de tema drásticamente.

—Gia me ha confirmado que el miércoles estará aquí con el equipo de Marketing al completo. Haremos la presentación en la sala de juntas, imagino...

—Sí, a primera hora. Diré a Recepción que lo preparen todo.

—Genial.

—¿Qué tal van las cosas? Con Gia me refiero... Os he oído discutir.

—Nada de qué preocuparse —responde escuetamente.

—Sé que hemos tenido unos días raros, lamento que nos hayamos distanciado, Loren. Sabes que te aprecio y no quiero que esto se transforme en una guerra personal, porque no lo es.

—Claro está.

—Bien... —Me levanto acomodándome la chaqueta—. Estaré trabajando en mi despacho, por si me necesitas.

Con un leve movimiento de cabeza me despido de él, sin embargo, cuando llego a la puerta, lo oigo pronunciar mi nombre.

—Cesco...

—¿Sí?

Permanece callado y pensativo, hasta que, de pronto, parece reaccionar.

—Nada, olvídalo.

Cierro la puerta tras de mí y me pregunto qué será lo que se ha guardado para él y que no se atreve a decirme. ¿Tal vez algo relacionado con Gia? ¿Con la presentación del próximo miércoles? ¿O quería hablarme de Taissa?

Me voy con la incertidumbre instalada en la boca del estómago y unas ganas locas de meterme en esa oficina donde seguramente me la encontraría si tuviese los cojones de exigirle otra oportunidad. Me retiro con la frustración de no saber qué hacer en un ambiente que, por momentos, se vuelve raro y tenso. Yo, que tiendo a controlarlo todo, a no saltarme las normas, a ir a favor de la corriente, presiento que algo muy malo está por ocurrir y que desatará un tsunami capaz de hundirnos a todos.

Y no estoy preparado para lo que se viene.

Y no quiero que el desastre natural nos salpique, porque entonces, Taissa y yo estaremos definitivamente perdidos.

A una semana del cierre del proyecto, Lorenzo y yo viajamos a Atenas con el fin de cerrar el plano de apertura del concesionario que se ubicará en la ciudad de Atenas.

Contra todo pronóstico y habiendo estudiado minuciosamente nuestras oportunidades de mercado, hemos descubierto que los consumidores griegos aman las motos, que aguardan ansiosos poder probar nuestros productos y que obtendremos amplios beneficios gestionando un *stock* que promete crecer con el paso del tiempo.

Nos reunimos con nuestros socios comerciales apenas llegamos por la mañana, y durante la comida discutimos temas relacionados con la logística y el transporte de la mercancía.

Durante la tarde visitamos las instalaciones y hablamos con los arquitectos encargados de darle forma al local. Se dispondrán las motocicletas casi de la misma forma en la que las

exponemos en la sede de Milán, y el espacio reservado para el *shop* será incluso más grande de lo que suponíamos.

—Hemos invertido mucho tiempo en la planificación —me explica uno de los responsables. Su nombre es Ángelo y está a cargo de la apertura y el trato con los proveedores—. Si todo va bien, estará listo para octubre, tal como lo habíamos previsto.

—Excelente —añado estudiando el dossier que incluye el croquis con la decoración y el montaje de los muebles.

—La empresa que se encarga de la iluminación ya está contratada. Pondremos una hilera de focos justo aquí —me indica enseñándome el espacio que han reservado para las estanterías repletas de chaquetas, pantalones, cascos, guantes y todo tipo de complementos para motoristas—. Y otra de este otro lado, junto a las lámparas que colgarán del techo encima del mostrador.

—El suelo de parqué os ha quedado muy bien —apunto señalándolo en toda su extensión—. El tono claro le otorga más calidez.

—Gracias, aunque hemos tenido algunos problemas para conseguir el color Pantone exacto para las paredes —aduce otro de los diseñadores que se halla a su lado.

—Podemos recomendaros la empresa que trabajó para nosotros pintando las tiendas en Italia —sugiere Lorenzo—. Son muy eficaces y creo que no habría problema en que se desplacen hasta aquí.

—Estupendo. —Ángelo apunta algo en su móvil y nos invita a pasar a la zona del depósito.

Cuando consideramos que ya hemos visto todo y damos nuestro consentimiento, nos despedimos de la comitiva y regresamos al hotel con el fin de cenar pronto. Mañana nos espera una jornada agotadora. Conoceremos las oficinas en Atenas y aprovecharemos la tarde para visitar un poco la ciudad. Lorenzo y yo hemos estado un par de veces aquí, pero solo por trabajo y no hemos podido disfrutar de las maravillas de Grecia.

Por fortuna hemos recuperado el buen rollo que siempre hemos tenido, aunque todavía noto que a veces se aparta de mí para hablar con Gia y en un tono no tan relajado como quiere aparentar.

Intento no prestar atención a detalles que puede que no signifiquen nada, pese a que cierto escozor me carcome las entrañas. Gia no es santo de mi devoción. Siempre ha sido un pelín manipuladora y a Lorenzo lo ha atrapado entre sus redes con promesas vacías de un futuro juntos que, hasta el día de hoy, me llevan a desconfiar de ella.

Su padre es un gran empresario, pero ha montado su imperio basándose en algunos negocios sucios. Es bien sabido en el ámbito de las agencias de publicidad, que ha ganado clientes desplazando a sus competidores mediante tácticas bastante cuestionables. Como reza el refrán: «De tal palo, tal astilla». Su hija no se diferencia mucho de él, y temo que esto pueda acarrear nos problemas. Por lo tanto, me arrepiento de haberle permitido a Lorenzo que los incluyera en la campaña, pero ya es demasiado tarde para echarse atrás. Habrá que capear el temporal con entereza y esperar a que presenten su propuesta.

Una que estoy ansioso por descubrir, al igual que la de Taissa, que estoy convencido de que nos dejará boquiabiertos.

Capítulo 25

Taissa

Me encuentro exhausta.

Acabamos de entrar en el apartamento siendo las seis de la tarde. Es jueves y llevamos todo el día trabajando a destajo.

—No puedo con mi vida —le confieso a Chad cuando me dejo caer en el sofá, me quito las manoleínas y levanto las piernas con el fin de relajarme un poco.

—Y yo, tengo la espalda y la vista fatal. Tantas horas con la tableta me han dejado con los ojos hechos un cristo. Voy a darme colirio antes que comiencen a arder.

Mi compañero desaparece del salón y aprovecho para trastear con el móvil. Tengo algunos mensajes de June, otros de mi madre y de Eileen que debo responder a la brevedad para dar señales de vida. No obstante, hay uno que llama mi atención. Es de Martina.

Tina: ¡Hola, Tais! ¿Qué tal tu día? El mío agotador. ¿Te apetece un café esta tarde? Avísame cuando te desocupes y quedamos.

En rigor de la verdad, me tumbaría en este mismo sofá durante toda la tarde y me hincharía a comer palomitas mientras miro alguna peli que me interese, pero lo que menos me apetece es quedarme encerrada aquí hasta mañana.

Salir a dar una vuelta con Martina me parece un buen plan, así que acepto su propuesta de buen grado, indicándole que la espero en una de las pastelerías que ya se ha ganado mi corazón y que queda solo a unos quinientos metros de nuestro piso.

—Chad, vuelvo más tarde, he quedado con Martina —le aviso cuando lo veo salir del baño.

—Diviértete, Tais. Yo me buscaré entretenimiento. —Alzo una ceja y él sonríe—. Tranquila, seré un niño bueno y obediente.

—Lo dudo mucho...

Sus risas me acompañan hasta que cojo el bolso y salgo a la calle con la intención de pasar una tarde agradable con mi amiga. Sí, se podría decir que ya la considero como tal y que me cae fenomenal, pese a ser consciente de que en pocos días ese lazo que nos une se cortará por lo más fino.

Intento no angustiarme por cosas que todavía no han pasado, y disfrutar del presente, de este día maravilloso de sol y nada caluroso en exceso, y de esta ciudad increíble a la que echaré muchísimo de menos.

Quince minutos más tarde estoy entrando en la pastelería. Pido una mesa cerca de la cristalera y un café bien cargado mientras espero a Martina, que aparece minutos después

luciendo una hermosa sonrisa y su inconfundible estilo italiano: gafas de sol que cubren su rostro casi en su totalidad, su larga cabellera castaña al viento, pantalón de vestir pitillo, una blusa preciosa en tonos pastel y una chaqueta entallada haciendo juego. De su brazo cuelga un bolsito de D&G al que contemplo con adoración.

—*Ciao!* —me saluda con entusiasmo y me pongo de pie para darle dos besos—. Perdona la tardanza, pero estaba saliendo de la tienda justo cuando me escribiste.

—Tranquila, acabo de llegar. ¿Qué quieres tomar?

Le hago señas a la camarera que se acerca a por el pedido y, cuando nos deja solas, Martina comienza a preguntarme por el trabajo y desvía el tema hacia terrenos conocidos. No obstante, después de un rato de charla agradable y algunas risas al recordar nuestra borrachera del sábado por la noche, inevitablemente, Cesco sale a colación.

—Prefiero no hablar de él. —Me cierro en banda y ella me estudia con cautela.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Todo y nada.

—¿Quieres contármelo? Sé que no somos íntimas, pero tal vez si te sinceras te sientas mejor.

Suspiro dejando caer los hombros y hundiendo la cabeza entre ellos. Le dedico a Martina una de mis sonrisas pobres, esas que no me llegan a los ojos y que acompaño recostándome en el respaldo de la silla, pensando muy bien qué decirle.

—Francesco y yo tenemos una relación complicada.

—Lo sé, conozco vuestra historia.

—No ha sido fácil reencontrarnos y creo que arrastramos demasiado resentimiento. Ese es el problema.

—¿Y por qué no lo habláis?

—Porque él es muy hermético, Tina. Y no sé si está preparado para abrir esa puerta que lleva años cerrada.

—Quizá solo necesite que le des una oportunidad.

—La tuvo el fin de semana y, aun así, la dejó pasar.

—En la finca estaba toda su familia, también nosotros. Tal vez no era el momento oportuno.

—Puede...

—¿Cuándo regresa de Atenas?

—Mañana por la mañana, creo.

—Dile que estás dispuesta a salir con él y a oír lo que tenga que decirte. Lo conozco, y Cesco es un poco...

—¿Cobarde?

—Yo le llamaría más bien, prudente. Por lo que veo desde fuera, le da miedo herirte y creo que allí está el *quid* de la cuestión.

—Más daño me hace callando aquello que le molesta de mí. ¡Todo el viaje de regreso a Milán lo hicimos en completo silencio! —Levanto los brazos, frustrada—. Casi tres horas escuchando música y sin dirigirnos la palabra. ¡Nosotros! Que hemos sido siempre inseparables y que jamás nos ha faltado un tema de conversación.

Su mirada triste me oprime el corazón. Martina agarra mi mano por encima de la mesa y me sonríe, comprensiva.

—Ambos debéis dejar el orgullo de lado si queréis llegar a buen puerto. Puede que vuestra relación sea solo de amistad, si tenemos en cuenta que te queda poco más de una semana para regresar a Chicago, pero... —Duda por un instante—. Arréglalo, Tais. O dale a la opción a él de

que lo haga. No te vayas con esta espina clavada que acabará por envenenarte el alma.

Acepto su consejo como mi única tabla de salvación flotando en el mar embravecido. Tiene toda la maldita razón. Esta actitud no nos llevará a ninguna parte y acabaremos arrepintiéndonos de lo que no solucionamos a tiempo. ¿Qué mejor oportunidad para ambos que hacerlo estando yo aquí? Cuando regrese, no habrá más chance para nosotros.

—De acuerdo... Lo haré. Hablaré con él mañana y lo convenceré para que cenemos juntos.

—Creo que no te hará falta mucho empeño, el martes lo he visto en la tienda y parecía un alma en pena.

—¿De verdad?

—Tendrías que haberle visto la carita...

La reto alzando una ceja, escrutándola con perspicacia.

—¿No te habrá enviado de emisaria...?

—Yo solo cumplo con mi deber de amiga. —Mi sorpresa la lleva a rectificar de inmediato —. ¡Tuya! Por supuesto, estoy aquí para apoyarte.

—Ya...

«Será cabrita», pienso meneando la cabeza y dándole un mordisco a mi bollito de Nutella, que está de muerte.

Un rato más tarde, abandonamos juntas la pastelería y paseamos por la ciudad. Aunque es probable que ya hayamos explorado todos los rincones, siempre es agradable disfrutar de la compañía de alguien que te lleva a lugares que realmente vale la pena descubrir.

Para cuando llega la noche y estoy metida en mi cama, decido romper el silencio y enviarle un mensaje a Francesco. Uno escueto, pero conciso.

Taissa: *Me gustaría verte mañana. ¿Quedamos para cenar?*

Y en menos de dos minutos me llega la respuesta:

Cesco: *Eso está hecho. Me encargo de reservar restaurante. Ci vediamo, pequeña. Te echo de menos.*

Nunca pensé que unas pocas palabras podrían hacerme tan feliz.

Dos días sin verle y mi corazón ya no aguanta tenerlo lejos. Puede parecer exagerado o infantil, pero a pesar de habernos mantenido apartados tantos años, me he acostumbrado tanto a su presencia, que espero con ansiedad el momento de verle aparecer tras la puerta de las oficinas.

Y esto no sucede hasta casi mediodía, dado que su avión aterrizó temprano, pero han permanecido reunidos con Lorenzo durante horas en su despacho. ¿De qué hablarán? ¿Cómo les habrá ido con los griegos? ¿Cuál será su estado de ánimo?

Las manos me sudan y los nervios me juegan una mala pasada cuando decido hacer un *impasse* y dirigirme al *office* a por un café. Al llegar me encuentro con una nota al lado de la máquina y un pequeño paquete que pone mi nombre. Miro hacia un lado y el otro, buscando al posible responsable, pero me encuentro sola. Casi todos se han ido a comer ya, y podría decirse que Chad y yo somos los únicos que quedamos pululando por los pasillos.

Abro el sobre y me encuentro con su letra, perfecta y profesional.

*Para que endulces tu mañana, aunque conociéndote,
vendrás a por él a la hora de comer.
Da igual, disfrútalo. Te veo más tarde.*

Cesco.

Cuando me quiero dar cuenta, me hallo sosteniendo el papel con el membrete de la compañía con cara de idiota. Observo con detenimiento el regalo y me percató de que lo ha comprado en mi pastelería preferida, la misma en la que estuvimos ayer con Martina. Al abrirlo, sonrío aún más si es posible. Un mini tiramisú de forma cilíndrica, decorado con unos pocos granitos de café y una viruta de chocolate, ataca sin piedad todos mis sentidos.

Preparo un capuchino y me siento en una de las banquetas, dando un generoso bocado a la delicia que Francesco amablemente ha dejado para mí. Saboreo cada mordisco, cerrando los ojos y dejándome envolver por su dulzura. Es inevitable imaginar el momento en que lo compró exclusivamente para mí, escribiendo después la nota.

No voy a negar que la incertidumbre de lo que pueda ocurrir esta noche me tiene inquieta. Por primera vez hablaremos a solas, en un ambiente distendido y habiendo pasado muchos días juntos. Días en los que ha habido de todo. Sexo, discusiones, palabras profundas, abrazos, sonrisas cómplices, silencios eternos, besos desesperados y otros más tiernos...

Suspiro dándome ánimos, para enfrentar lo que sea que nos espere al final del arcoíris. Hemos transitado un camino juntos y distantes, una travesía demasiado extensa que pronto se definirá de una manera u otra.

Solo una semana...

Parece que fuera una eternidad, y a la vez, un período de tiempo tan corto, que apenas me da tiempo a asimilarlo. Echo de menos a mi familia, a June, mi trabajo en Chicago, pero también extrañaré todo lo que dejo aquí.

Si lo considero detenidamente, un mes en mi país pasaba sin más; días en el calendario que tachas sin darte cuenta y que transcurren en la más absoluta normalidad. Jornadas de trabajo agotadoras y otras donde celebramos logros importantes, cenas con la familia, tardes de películas y palomitas con mi compañera de piso... No obstante, aquí esos treinta días han transcurrido impulsados por un torbellino lleno de emociones intensas, decisiones cruciales, vivencias nuevas y momentos que guardaré para siempre conmigo.

Unas horas más tarde, llegamos a nuestro piso y me dispongo a esperar a Francesco. Me ha informado que vendría a recogerme en su moto y que primero pasaríamos por su apartamento. También me ha sugerido que prepare un bolso con una muda de ropa, ya que me ha invitado a pasar la noche con él. Mañana tiene planeado llevarme a recorrer Génova, especialmente sus hermosas playas. La verdad es que no es un plan que pueda rechazar fácilmente.

Cuando le veo aparecer a las seis de la tarde, montando su Harley con ese aire de niño rebelde que tanto me gusta, me tengo que obligar a controlar mis pulsaciones desbocadas y mi necesidad de saltarle encima.

—*Ciao cara mia* —saluda, quitándose el casco, y, para mi enorme sorpresa, dándome un beso en la boca que me deja atontada y con ganas de más.

—Hola.

—¿Lista para pasar unos días juntos?

—¿Solos?

—Esta vez no habrá familia, ni hermanos entrometidos, ni novias de esos hermanos con las cuales emborracharse.

Aguanto la risa y asiento de acuerdo con el plan.

—Me parece muy bien.

—Estupendo.

Saca el casco adicional del maletero y me lo coloca con su habitual destreza. Sus ojos intensos me escudriñan como si intentara anticipar en qué estoy pensando en este preciso momento... Pero no voy a darle el gusto. Yo también tantearé la situación con sumo cuidado antes de dar un paso adelante.

Llegamos al edificio en menos de quince minutos. Eso es lo bueno de esta ciudad, que las distancias no son muy largas y que puedes llegar a los sitios caminando.

Francesco accede al *parking* abriendo un portón con el mando. No lo he mencionado, pero la residencia es de lujo. Nuevo, con una decoración minimalista pero no en exceso y una iluminación tenue, que, al caer la tarde, le confiere una sobriedad casi abrumadora. No me extraña que haya elegido este sitio para vivir, porque refleja a la perfección lo que es Cesco en su máxima expresión.

Al entrar a su piso, me quedo boquiabierta. Es alucinante.

El salón es espacioso, decorado en tonos beige y grises, presentes tanto en las cortinas y tapizados como en el enorme sofá situado a la izquierda de una pared que separa la sala del comedor. En la pared destaca una reproducción del *Guernica*. Pequeños focos empotrados en el techo iluminan cada rincón, aunque una imponente lámpara cuelga en el centro, completando el conjunto.

—Guauuu... Si buscabas impresionarme, lo has conseguido —le digo, apenas ponemos un pie dentro y comenzamos a recorrerla—. ¡Menudo apartamento!

—A veces creo que es demasiado para mí solo, aunque, por otro lado, no podría vivir en otro sitio que no fuese este.

—Es precioso.

—Ven. —Me toma de la mano y me conduce hasta la cocina—. Te lo enseñaré todo, así puedes dejar tus cosas y ponerte cómoda.

El resto de la casa no es menos increíble. Comedor con mesa de roble macizo para seis comensales, cocina amplia con barra americana, dos baños, un estudio que Francesco usa de oficina de vez en cuando y dos habitaciones con cama de matrimonio, una de ellas con baño en *suite*. Desde luego, su cuarto es la estancia más especial de todas. Posee un ventanal que la atraviesa de izquierda a derecha, con unas vistas alucinantes a la ciudad. Incluso se aprecian a la lejanía las torres del Duomo. El detalle que más me gusta es una pequeña mesa de cristal con patas de hierro y dos silloncitos orejeros en tonos beige, además de la infinidad de cojines que descansan encima del edredón.

—No voy a preguntarte cuánto has pagado por este piso, porque no es asunto mío, pero... ¿El negocio de las Harley va tan bien?

Suelta una espontánea carcajada que me hace sonreír. Verle relajado y, en cierto modo, despreocupado, me ayuda a aflojar los hombros. La tensión que se respiraba hasta el momento era palpable, aunque parece que poco a poco logramos sortearla con éxito.

Se arrima lentamente, como si temiera romperme si me toca, y me atrae hacia él con ímpetu.

—Te aseguro que vale cada euro que he gastado en él —susurra con su boca a escasos centímetros de la mía. Su aliento mentolado y su cercanía hacen que mis pezones se pongan duros en el acto. El solo roce con mi blusa de algodón me pone, hablando mal y pronto, como una moto.

—Ya lo creo.

—Necesito que estos días que nos quedan seamos simplemente... nosotros. Sin ambages, sin mentiras ni resentimientos. Estoy dispuesto a ser sincero contigo, a que arreglemos nuestras diferencias y que nos demos esa oportunidad que tanto ansiamos. Estoy harto de luchar contra

esto...

—Eres consciente de que me voy en una semana, ¿verdad? —pregunto con la voz estrangulada, luchando contra la nostalgia y la excitación—. No quiero arruinar tus planes, pero tampoco quiero ilusionarme con algo a lo que no le veo futuro.

Suelta el aire de a poco por la nariz y, cerrando los ojos, apoya su frente sobre la mía.

—Lo sé. Me encuentro tan perdido como tú...

Acuno sus mejillas y lo obligo a mirarme, de pronto, noto como ese muro de contención que se ha esmerado en construir, comienza a resquebrajarse. Sus ojos se enturbian y su mirada se vuelve líquida.

—Puede que los dos estemos en el mismo punto, Cesco. Tenemos miedo y es normal, todo ha pasado demasiado rápido.

Por primera vez en mucho tiempo, hablo con el corazón y, dejando de lado la impulsividad, decido ser comprensiva con la única persona que realmente se lo merece.

—Necesito pedirte perdón, Taissa. Hay tantas cosas que quiero decirte...

—Te propongo algo. —Él me escucha con atención—. Salgamos a cenar a ese restaurante tan especial al que quieres llevarme, pasemos la noche juntos haciendo cosas indecentes, y después de visitar Génova, hablemos como dos personas adultas.

—Eres la mujer más increíble que he conocido jamás.

—Y tú, el hombre de mis sueños. Pero eso lo guardaré para mí, así mi corazón no sufre las consecuencias de tener que echarme de menos durante otros dieciséis años más.

El beso que me regala es estremecedor. Este no tiene nada de sexual, es más bien su manera de decirme que le teme al momento de despedirnos tanto como yo. Ninguno de los dos estamos preparados para esto. Es tan grande y nimio a la vez, que es difícil ponerle nombre. Porque al fin de cuentas, ¿qué somos? ¿Amigos? ¿Follamigos? ¿Novios? ¿Socios comerciales?

Me gustaría pensar que, por ahora, solo somos Francesco y Taissa.

—Tengo algo para ti —declara, sacándome de mis pensamientos.

—Espero que no sea comida, o dejará de valerme la ropa en breve.

Cesco ríe entre dientes y me conduce hasta un rincón de la habitación. Mientras rebusca dentro de un armario, echo un vistazo disimulado al baño.

Joder...

Con lo que me gustan las bañeras clásicas y el morbo que produce tener un amplio ventanal donde poder observar, muy bien acompañada, unas vistas privilegiadas de Milán. La grifería en dorado, el suelo de mármol, la calma que se respira y el suave olor a jazmín...

—Puedes entrar, nadie va a morderte. —Doy un respingo al escucharlo a mis espaldas—. Si quieres, esta noche nos damos un baño juntos —murmura en mi oído mientras me toma de la cintura, apoyándose su enorme erección.

—No juegues con fuego, Francesco...

—¿Vas a castigarme si lo hago?

—Puedo ser muy sádica si me lo propongo.

Me gira bruscamente y me empuja contra la pared contraria, atacando mi boca sin ningún tipo de sutileza. Sus manos suben lentamente por mis piernas, sorteando la falda y encontrándose con mis braguitas. El roce de sus dedos a través del encaje me hace soltar un jadeo.

—¿Quieres aplazar la cena? —pregunto en cuanto noto su pulgar enganchado al elástico.

Mis manos se aferran a sus brazos enfundados en una camisa que parece haber sido diseñada precisamente para él. La lleva remangada a la altura de los codos, y no podría gustarme más la sensación de tocar la tela suave y los pelillos de su antebrazo que asoman tímidos y sexys.

—Necesito bajar esta calentura como sea —gruñe mordiéndome el labio inferior—. ¿Tienes idea de la tortura que ha sido pensarte todos estos días y no poder tocarte, Tais?

Mi corazón no podría galopar a mayor velocidad, y estoy tan cachonda, que no pierdo ni un solo instante más. Envuelvo su nuca con mis pequeñas manos, lo arrimo a mi pecho y dejo que las suyas me exploren a voluntad.

¿Quién dijo que el sexo entre amigos no funciona?

En el lapso de dos segundos, me veo alzada por sus poderosas manos y llevada hacia el lecho que se encuentra justo detrás. Tal como lo imaginaba, el colchón es tan blando, que reboto en cuanto Cesco me deposita encima. Le doy un somero repaso de arriba abajo.

¡Qué pedazo de hombre! ¡Qué músculos! ¡Qué piernas! ¡Qué...!

Antes de que pueda seguir escrutando su perfecto cuerpo, se inclina hacia adelante y, con una parsimonia desquiciante, se deshace de mi ropa interior y de mi falda sin dificultad. Quedo expuesta ante sus ojos, solo con el sujetador y la blusa blanca. Una imagen ciertamente erótica, teniendo en cuenta que mi sexo depilado parece tenerlo abducido.

—¿Te gusta lo que ves, Francesco?

—No te haces una idea cuánto...

Se abalanza sobre mí, desabrochándose los pantalones y quitándose la camisa a toda velocidad. Su polla dura se marca en sus calzoncillos negros y su mirada oscura se cuela en mi mente como una maldita intrusa.

—¿A ti te gusta lo que ves? —parafrasea y me humedezco los labios.

—Demasiado. —Lo toco por encima, paseando mi dedo índice y jugueteando con su autocontrol. Él suelta un exabrupto en todos los idiomas conocidos. Lo tiento, sin dejar de mirarlo a esos iris marrones que desde hace años me provocan sueños indecorosos—. Voy a hacerte sufrir un poquito.

—¿Solo un poquito?

La tensión de su mandíbula y esa barba incipiente que raspa un poco cuando me froto contra su mentón, me hacen soñar despierta.

—Todo lo que me dejes.

—Taissa, haz lo que quieras, pero hazlo de una jodida vez o voy a explotar.

Su desesperación me envalentona y decido que es momento de liberar a su amiguito para tenerlo a mi completa disposición. Salta disparado hacia afuera en cuanto le bajo los bóxers. Su dueño respira agitado mientras se deshace de mi blusa y lo que queda de mi sujetador.

Esta imagen de los dos, yo completamente desnuda y él encima todavía con los pantalones puestos, consigue ponerme a mil. Su espalda ancha y su cintura estrecha, las venas hinchadas de sus bíceps, su pelo desordenado a causa de mis caricias y su pene rogando atención, es todo lo que necesito para incitarlo a perder por completo los papeles.

Cambiar las tornas no es mala idea, así que lo apreso con mis piernas y, haciéndole una perfecta llave, lo tumbo de espaldas al colchón. Ahora soy yo quien controla la situación y eso me encanta.

—¿Preparado para la acción?

Sus labios se elevan y sus manos se aferran a mis caderas, clavándose en mi sexo y arrancándome un gemido.

—Siempre listo.

—Ya veo, ya —deduzco cuando me centro en su miembro que se sacude involuntariamente, realizando movimientos rítmicos—. Si volverte loco es mi mayor deseo, espero que esta noche se cumplan todos los que he pedido.

Se tensa y despegla la espalda del edredón cuando mis manos se hacen con él y comienzo a masturbarlo con una lentitud perturbadora. Aprieta los ojos con fuerza, respira cada vez más rápido. Sus mejillas se han vuelto color carmín y sus fuertes manos me sujetan, ejerciendo más presión.

—Una vez me dijeron que retrasar el orgasmo puede resultar muy placentero —comento como quien no quiere la cosa.

—Vas a matarme, joder... —balbucea perdido en una nube de colores psicodélicos.

—No te mueras todavía, nos queda mucha noche por delante.

—Eres increíble, Taissa.

—Dime cuál ha sido una de tus mayores fantasías en la adolescencia —lo insto sin dejar de masajearlo de arriba abajo. De vez en cuando hago una incursión hasta sus zonas más bajas, lo que lo hace maldecir entre dientes.

—Todas eran contigo. Las chicas me buscaban, pero yo solo tenía los pensamientos puestos en ti.

—¿Y?

—Me imaginaba tocándote —confiesa con los ojos cerrados y sus manos ejerciendo los mismos movimientos—. Así... meterme debajo de tu faldita del uniforme y perderme entre tus bragas.

—Vaya...

—Y me tocaba recreando lo maravilloso que sería lamerte los pezones.

Conforme habla, su polla se pone cada vez más dura, si cabe esa posibilidad. Como si realmente lo experimentara, como si hubiese vuelto a esa época donde las hormonas bullían sin control.

—Puedes chuparlos ahora, si quieres.

Abre los ojos de golpe, me taladra con sus iris negros y se incorpora para llevarse uno de mis pechos a la boca y succionar mi protuberancia rosada sin control. Mordisquea, lame y sopla, todo a la vez, y yo me siento desfallecer. Su mano izquierda, aquella con la que no se sostiene, se interna entre los dos, buscando desesperadamente mi centro.

—Eres preciosa... —murmura reptando por mi clavícula y terminando su recorrido en mi cuello.

—Nunca me lo habían dicho.

Se separa confuso y permanece con la vista clavada en mis ojos.

—¿Qué?

—Es la primera vez que un chico me dice en la cama que soy bonita. Me han catalogado de lanzada, atrevida, guarra incluso... Los sentimientos pocas veces han tenido cabida en mis relaciones, Francesco.

—No eres una guarra —determina con rotundidad.

—Tú no sabes las cosas que he hecho.

—No me importan, Taissa —aduce y noto cierto... ¿Arrepentimiento en su voz?

Se acomoda mejor, quedando sentado, conmigo encima de la tela de sus carísimos pantalones de vestir. De pronto, un silencio íntimo y especial nos envuelve. Una sensación cálida que nada tiene que ver con lo físico, porque yo he dejado de tocarlo y él a mí. Solo nos tenemos el uno al otro, dialogando sin palabras y pidiéndonos perdón con la mirada.

Algo lo hace reaccionar, tal vez un pensamiento que cruza raudo por su mente y que lo lleva a pasarme el pelo por detrás de la oreja antes de besarme con hambre y voracidad.

—Quítate los pantalones, quítatelo todo —le ruego, notando cómo corcovea para darme el

gusto.

Una vez liberado de las prendas que faltaban, agarro otra vez su miembro y paseo la punta entre mis pliegues húmedos y deseosos de él. Sin prisa, suave, embriagador...

—Quiero hacerte el amor —digo casi sin pensar y sus pupilas cambian de color.

—Nunca te olvidaré, Tais. Estés donde estés, allí estaré contigo.

Oh, Dios mío.

Esa afirmación.

Esa frase rompe todo lo imaginable. Mis ojos escuecen y de ellos caen lágrimas que él seca con sus pulgares, mientras que su erección se hace sitio lentamente dentro de mí.

—Tomo la píldora —le aclaro antes de que se detenga.

—Y yo estoy limpio.

Asiento, dándole permiso para seguir. Y él no para, no podría por más que quisiera porque, llegados a este punto, es muy difícil romper esta maravillosa conexión que nos une para siempre.

—¿Me sientes, *principessa*?

—Más que nunca.

—Te quiero, Taissa.

—Y yo a ti, Francesco.

Apoya su frente en mi clavícula y da un certero empujón, abriéndose paso y llegando a lo más profundo de mi alma con una facilidad asombrosa. Como si ese hubiese sido siempre su sitio, como si no hubiese otra opción. El calor del piel con piel nos enloquece a ambos. Notar nuestros sexos unidos sin barreras es algo que escapa a nuestro entendimiento. Sus acometidas comienzan siendo leves, pero con el paso de los minutos se vuelven cada vez más intensas.

Los labios de Francesco vuelven a mis pezones, los saborea a conciencia, entierra su cara entre mis pechos y se revuelve inquieto cuando me sacudo ante el estremecimiento que recorre toda mi piel.

Peinando su pelo con mis dedos, le invito a besarme el cuello y a aumentar el ritmo.

—¿Quieres correrte conmigo? —pregunta, abducido en un viaje que parece no tener fin—. Ya no aguanto más, pequeña. Quiero irme contigo... Llévame contigo, Tais.

—Cesco... —gimo en su boca y él escurre su mano entre los dos, para frotar mi clítoris con caricias circulares que me hacen explotar en un estallido de energía incontenible.

A continuación, lo hace él, vaciándose en mi interior mientras jadea y repite mi nombre sin cesar. Exhaustos y sudados, nos damos unos minutos para recobrar el aliento y ser capaces de vernos otra vez a la cara. Cuando lo hacemos, su expresión es de absoluto éxtasis. Le sonrío, aprendiéndome de memoria sus cejas con la punta de mis dedos, soplando sus preciosas pestañas.

—Ha sido increíble —concluye y asiento de acuerdo con él, aunque creo que *increíble*, se queda corto para describir lo que acabamos de vivir.

Vuelvo a besarlo y él nos coloca dentro de la cama, así, sin separarnos todavía y sin romper esa unión que persiste más allá de los años y nuestras diferencias. Me ciño a su cuerpo entre las sábanas que él se ocupa de deslizar por encima de mis caderas. La temperatura ambiente es ideal aquí en su refugio particular, uno que ahora comparte conmigo y que ninguno de los dos quiere abandonar.

Sus manos acarician mi frente, luego mis mejillas y después mi cuello. Repasan cada una de las pequeñas pecas que decoran mi nariz y sus dedos terminan rozando mis labios, depositando un beso tierno y dulce en ellos.

—¿Descansamos un rato? —propone y acepto encantada—. Abrázame más fuerte, Taissa.

No me sueltes, no me dejes nunca.

Sus palabras se me enquistan en lo más hondo del corazón y no le contesto, no al menos por ahora, porque no puedo prometerle algo que no sé si cumpliré. Me limito a apoyar mi mejilla sobre su pecho y a cerrar los ojos, evitando que las lágrimas aparezcan otra vez.

No quiero pensar en nada. Solo sentirlo muy cerca y soñar con una realidad alternativa donde él y yo jamás volvemos a ser los de antes.

Capítulo 26

Taissa

Ni en mis sueños más locos hubiera fantaseado con vivir una noche tan mágica.

Todo comenzó cuando, después de una breve siesta abrazados en la cama y de compartir una ducha en su espectacular baño, Francesco me entregó la bolsa que había sacado previamente del armario. En su interior, encontré otro precioso vestido tipo cóctel: negro, con estampado en tonos azul imperial y naranja intenso. Casi me caigo de espaldas al verlo, y más aún cuando me lo probé y me contemplé frente al espejo. Sus ojos marrones me admiraron por detrás y el beso que me dejó en el cuello mientras me abrazaba, consiguieron emocionarme hasta la médula.

«Estás preciosa», repitió como un mantra y sus palabras decían mucho más de lo que significaban. Porque para Francesco, siempre lo fui. Según sus palabras susurradas al oído y tras uno de los mejores polvos de mi vida, *preciosa* era poca cosa para expresar lo que sentía al verme. Desnuda o vestida, yo era su mayor anhelo.

Después de arreglarnos para la ocasión, optamos por coger un taxi hasta el restaurante. No quedaba muy lejos de su apartamento, pero a él no le agradaba la idea de que los zapatos me apretaran durante la caminata, y aseguró que así estaríamos más cómodos.

Al llegar me sorprendió con un menú degustación que disfrutamos mientras conversábamos a la luz de las velas, rodeados de un ambiente íntimo que propició un acercamiento. Sí, ya habíamos compartido fluidos en su cama y nos habíamos dicho cosas bonitas al oído, pero nos quedaban confesiones pendientes.

Después de la cena, recorrimos la ciudad tomados de la mano. Nos detuvimos a escuchar a una banda que interpretaba baladas clásicas italianas, acompañados por un violín y un violonchelo, deleitando tanto a adultos como a niños. Quedamos absortos por la música serena y la suave brisa de verano que nos envolvía, hasta que decidimos concluir nuestra excursión en la *gelateria* que tanto le gusta a Francesco. Pasadas las doce de la noche, regresamos a su piso, llenamos la bañera con agua templada y sales con aroma a malva rosa, y nos sumergimos para disfrutar de un momento único, rodeados del suave olor a flores y de una noche estrellada como pocas he visto en mi vida.

Quizá por mantenerme al margen de todo lo que ocurría fuera de nuestra burbuja, o por las ganas de hacer del momento algo especial, reconocí frente a Cescó que no quería volver a Chicago y que la idea me revolvía las tripas.

—No hablemos de eso ahora, por favor —me pidió acariciando mis pechos por encima del agua calentita repleta de espuma, mordisqueando el lóbulo de mi oreja con un roce de dientes.

—Llegará el momento en que tengamos que decirnos adiós.

—Lo sé, pero imaginemos por un momento que no estamos separados por miles de kilómetros y que nos veremos a diario.

—¿Y qué harías conmigo cada uno de esos días? —pregunté siguiéndole el juego como una niña.

—Te llevaría a trabajar por las mañanas antes de ir a la oficina, y después te buscaría para comer juntos. Por las noches te haría el amor sin descanso, cada noche en una postura distinta. Y al amanecer desayunaríamos juntos.

Un sentimiento parecido a la nostalgia llenó mi pecho, y no pude evitar contener las lágrimas.

—Los fines de semana haría planes para que conozcas cada rincón de este hermoso país —concluyó.

—¿Y visitaríamos el mío?

—Siempre que tú quieras.

Cerré los ojos y me acomodé en su regazo, dejando que continuara explorando mi cuerpo sin dejar de contarme todas esas cosas tan bonitas, que no eran reales, pero que me ayudaban a dejar aparcado el dolor en un rinconcito perdido de mi mente.

Acabamos la noche enredados entre las sábanas, queriéndonos más que nunca, amándonos como siempre. Porque, aunque no lo quisiéramos admitir, entre él y yo siempre hubo mucho de ese sentimiento tan poderoso. Dicen que del odio al amor hay un solo paso, y nosotros ya lo habíamos dado. O al menos eso quisimos creer.

El amanecer nos sorprendió abrazados y revueltos. No hubo un solo beso que quedara en el tintero, tal vez porque no estaba en nuestros planes arrepentirnos de nada. Francesco preparó un desayuno completo para ambos, que disfrutamos relajados entre risas, sentados en la barra americana.

Una hora más tarde, íbamos rumbo a Génova. En mi bolso había traído un bikini, sin embargo, Cesco se ocupó de llenar de toallas y protector solar un capazo que cargamos en el maletero de su moto.

Y ahora aquí estamos, tomando el sol, tumbados en la arena de una de las playas más bonitas del mar de Liguria: la Spiaggia di Bogliasco. Un pueblecito genovés repleto de historia y casitas de colores, que me ha enamorado nada más llegar y que se ha convertido en mi sitio preferido del mundo. A veces no necesitamos grandes lujos, ni yates, tampoco hoteles caros. Solo un trocito de arena donde respirar el aire puro y admirar el color azul cristalino del mar.

Me giro para contemplar a Francesco, con sus gafas de sol de aviador y sus pelos indomables al viento. Mira fijamente el horizonte y hasta puedo oír sus pensamientos. Tiene los brazos extendidos encima de sus rodillas y los pies apoyados sobre las piedrecitas que conforman la zona costera.

Un pequeño velero pasea frente a nosotros, se oyen las gaviotas y el cielo es completamente azul.

—Podría quedarme a vivir aquí —comento y él sonríe de lado.

—Me encantaría que lo hicieras.

—Me refiero a... Ya sabes... esta playa. No a quedarme a vivir en Italia, eso... —Las palabras se me atorán una tras otra y él me escucha con atención.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, tengo mi puesto en Chicago y...

—¿Y si te ofreciera trabajar para nosotros?

Lo miro por encima de mis gafas de sol.

—¿Cómo?

—Podríamos abrir un departamento de Marketing en la empresa —comenta haciéndose el distraído mientras juega con las piedras—. No es mala idea y está visto que nos vendría muy bien. Dejaríamos de pagarle a empresas externas, algo que ya le planteé en su momento a Lorenzo y que valoró positivamente.

Lo estudio por un instante en completo silencio... No hablará en serio, ¿o sí? Vuelvo la vista al mar, ahora en calma, pese al vaivén constante de las olas. Algunos adultos llevan a sus niños hasta la orilla, otras parejas caminan de un lado a otro, cogidos de la mano.

No sé explicarlo con claridad, pero una sensación incómoda se instala en el centro de mi pecho. ¿Por qué? Estamos en un lugar precioso, rodeados de naturaleza, disfrutando de un momento y una charla agradable, no obstante, su oferta encubierta me ha hecho sospechar de algo que en algún momento supuse, pero que nunca me atreví a preguntar.

—Creo que deberíamos volver —puntualiza levantándose y cambiando abruptamente de tema—. No quiero que nos pille el anochecer en la carretera, en esta época hay mucho tráfico.

Se sacude los restos de arena del bañador y estira el brazo, en una clara invitación a que agarre su mano. Fuerzo una sonrisa acartonada cuando me ayuda a ponerme el vestido playero y, después de recoger nuestras cosas, buscamos la moto que ha quedado aparcada a escasos metros de la playa.

El trayecto de vuelta lo hacemos en silencio. Yo aferrada a su espalda como un monito y él acariciando mis manos que asoman tímidamente por su vientre. Regresamos a su apartamento, ya que allí tengo mi ropa y mi bolso, aprovechando para darme una ducha y así quitarme toda la arena que se me ha pegado al cuerpo.

Una vez lista y vestida con ropa cómoda, aunque un poco acalorada por el bronceado de mi piel, seco mi pelo húmedo con la toalla, dejándolo airearse para que las pequeñas ondas se formen solas.

Francesco no tarda en salir duchado un rato después.

—Bueno... es hora de irme a casa —comento señalando la salida.

—Te llevo.

—No es necesario, puedo coger un taxi. —Él asiente, apesadumbrado—. Ha sido espectacular, Francesco. Todo. Gracias por la cena de anoche y por el paseo en moto, por... dejarme quererte.

Traga saliva y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Gracias a ti, Tais.

Al ver que no va a agregar nada más, me giro buscando mi bolso, pero antes de que pueda enfilar hacia la puerta, lo oigo caminar en mi dirección.

—Espera... —me detiene por el brazo y me vuelvo abruptamente—. Dame un minuto, Taissa... Esto... Joder...

—¿Qué ocurre?

—Hay algo que debes saber.

Por primera vez atisbo una pena inmensa en su mirada, una carga tan grande, que no le deja respirar, un dolor custodiado a buen recaudo durante años.

Intuyo que lo que va a soltar por esa boca no va a gustarme un pelo. Sé que estoy a punto de descubrir su secreto y que por fin comprenderé sus actitudes egoístas, sus silencios y su manera de huir cuando me acercaba demasiado. Desde que llegué he sentido una barrera invisible entre nosotros, algo que me ha impedido conectar con él, aunque podría asegurar que estos dos días

que hemos pasado juntos se ha diluido hasta casi desaparecer.

Entonces, con la voz rota y un sentido de culpabilidad enorme, me confiesa:

—Hablé con Julia personalmente para traerte a Milán.

Decir que siento una piedra gigantesca rompiéndome el corazón a pedazos, sería quedarme corta. También mentiría si afirmase que no lo sospechaba, aunque esa parte inocente que aún conservo por ahí despistada me insistía que era imposible.

Francesco jamás me ocultaría algo así... ¿Traerme a Milán?

Finalmente, lo único que me queda, a lo que puedo aferrarme para conocer la naturaleza de su propósito, es hacerle la pregunta que lo explicaría todo:

—¿Por qué?

Durante unos segundos me evita la mirada, sin embargo, clava sus ojos marrones en los míos y su mandíbula se tensa como si aguantara un dolor lacerante.

—Porque necesitaba decírtelo a la cara. Quería que entendieras que, si me alejé, fue porque me hiciste mucho daño y esperaba una explicación por tu parte. —Suspira, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Es muy complicado, Taissa. No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si lo haces por la verdad?

—Se trata de lo que sucedió en aquella fiesta.

Mi mente hace un recuento rápido e intento captar el mensaje, pese a que rebusco en cada recoveco de mis recuerdos sin éxito. A no ser que...

—Te acostaste con Ronan —me reprocha, y mis ojos se abren como platos.

Y no es solo la vergüenza que siento ahora mismo, el malestar que me impide tragar o las ganas de salir corriendo de este lujoso apartamento. Es la furia desmedida que se apodera de todo mi ser.

—¿Intentas decirme que has tramado toda esta pantomima para echarme en cara que me haya acostado con alguien hace doce años...? ¿Y cómo te has enterado tú de eso?

—Alguien, no —interrumpe sin dilación y haciendo caso omiso a mi última pregunta—. Con él, joder... ¿Por qué tuviste que hacerlo?

—¡Estaba borracha! —grito, colérica y haciendo aspavientos con las manos— ¡Y no estabas allí para impedirlo! Maldita sea...

Esto último lo escupo con tanta rabia, que hasta se me saltan unas cuantas lágrimas.

—¿Qué querías que hiciera? ¡¡Tuve que regresar a Italia!! No fue mi elección, ¿lo entiendes? —Levanta tanto la voz, que temo porque los vecinos echen abajo la puerta—. Quise mantener el contacto contigo, que fuéramos inseparables. ¡No era mi intención romper mi promesa! Y entonces... —Camina de un lado a otro, peinandose con los dedos—. Entonces, me llegó ese maldito vídeo donde te vi enrollándote con la persona que más odiaba...

—¿Qué...?

—Por alguna razón me lo enviaron...

—¡¿Qué video?! —

—Ronan me acosó durante mucho tiempo, Taissa —prosigue, con la mirada ausente, sin atender a mis súplicas—. Se pasó tres pueblos el día que pensó que sería una magnífica idea forzarme a entrar en las duchas comunes y obligarme a permanecer debajo del agua hirviendo. Mi piel... Yo... Fue horrible —expresa al borde del llanto.

Otro golpe en el pecho, que me deja completamente tiesa. Esto sí que no me lo esperaba, nunca me lo hubiese imaginado y jamás fui consciente de la gravedad del asunto. Las tripas se me revuelven de solo pensar en lo que Francesco padeció a manos de uno de sus compañeros de equipo.

—Pero... ¿Por qué...? ¿Desde cuándo...?

—Quise protegerte de él, siempre estábamos juntos y temía por tu seguridad. Le pedí a mis padres que no se lo dijeran a nadie, aunque sí que lo expusieron en el colegio. —Inspira cerrando fuerte los ojos antes de continuar—: Era mi secreto, la cruz con la que cargué y que no quise compartir ni siquiera contigo.

—¡No lo sabía, Francesco! ¿Me crees capaz de liarme con un tío que te causó tanto sufrimiento? Por Dios, parece que no me conocieras...

Me tapo la boca para no gritar, porque creo que voy a perder la cordura. Las piezas comienzan a encajar, una a una, sin necesidad de más aclaraciones.

Ahora lo comprendo todo...

Que desapareciera así, sin aparente motivo, y que me diera largas cuando quería hablar con él. Su repentino mal humor cuando me vio después de tantos años en la sala de reuniones de M&S.

—Tú no sabes lo que sentí...

—¡Y tú no sabes lo que yo sentí cuando me dijiste que saldrías con una chica ese mismo fin de semana! —exploto, sobrepasada—. Si hasta me pediste consejo...

De pronto, me doy cuenta de que se ha puesto pálido y que es ahora su mente la que trata de hurgar en busca de aquel evento del pasado.

—¿Qué chica?

—Ni siquiera la recuerdas, ¿verdad? —A estas alturas, las lágrimas inundan mis ojos y corren a sus anchas por mis mejillas, aunque no me las seco. Ni siquiera me molesto—. Si ese día me puse de alcohol hasta arriba, fue porque necesitaba olvidar. ¡Me moría por dentro! Imaginar a otra entre tus brazos y saber que no era yo la que recibía tus besos... —Cojo aire con fuerza y concluyo—: ¿De verdad no sabías lo que sentía por ti?

—No teníamos ninguna posibilidad, estábamos muy lejos.

—Ese es el problema. ¡Que tú siempre fuiste muy realista y yo demasiado soñadora! —espeto con rabia—. Incluso sabiéndote en la otra punta del mundo, albergaba la remota esperanza de que volvieras.

Él da un paso al frente, pero yo doy dos atrás. Me tropiezo malamente con una silla del comedor y, aturrida y alarmada, busco mi bolso antes de salir corriendo despavorida.

—¡Taissa!

Francesco intenta detenerme, pero no lo consigue. Subo al ascensor y presiono el botón, con la imagen de sus ojos taladrando los míos antes de que las puertas metálicas finalmente se cierren.

Al llegar a la acera paro un taxi y me subo rápidamente, dándole la dirección del apartamento. Me encuentro tan mareada y confusa que no soy capaz de teclear nada en el móvil y avisarle a Chad que me espere en la puerta. No creo siquiera poder subir hasta arriba; necesito que me acompañe, que me abrace y me deje llorar en su hombro como tantas otras veces.

Opto por llamarle, es la vía más fácil, pero no me contesta.

«Mierda...»

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —pregunta el conductor, que por fortuna habla mi idioma.

—Sí, sí... Es aquí —le indico al divisar el portal, con el último aliento que me queda.

Pago la carrera y me apresuro a subir como puedo. Abro la puerta del apartamento y me encuentro con...

«No, joder...»

Gia sale de la habitación de Chad, envuelta en una bata de raso tan minúscula que ni le encuentro razón a que la lleve puesta. Detrás viene su perrito faldero, con una expresión de éxtasis que todavía no se le ha borrado de la cara.

Permanezco seria, de pie e inmóvil en medio del saloncito, aguardando una explicación.

—Hola, Taissa —saluda la aludida. No le respondo, me da igual. Estoy tan cabreada, que no me importa pasar por una borde maleducada.

—Gia ya se iba —aclara mi compañero y ella asiente, metida en su papel de niña buena.

Paso directamente a la cocina, para darles algo de intimidad y que se despidan lo más rápido posible. De reojo observo cómo la bruja coge su ropa y se mete en el baño, mientras que Chad se me acerca con prudencia.

—Espero que no te moleste... —Me giro y saltan todas las alarmas cuando repara en que he llorado y que tengo el maquillaje corrido, cual protagonista de película de terror—. ¿Qué sucede?

—Después hablamos —sentencio al ver a Gia salir del baño y recoger sus pertenencias.

—Nos vemos el miércoles, supongo.

—Supones bien —rebato con tirria.

—Adiós, Chad.

—Hasta otra, Gia.

Por fin nos deja solos y puedo resoplar con tranquilidad.

—¿Qué coño hace metida en nuestro apartamento? —Chad va a abrir la boca y lo callo con un gesto de manos—. Ya... no me respondas.

—¿Vas a decirme por qué pareces un mapache y por qué cargas ese humor de perros?

—¿Será porque vengo del zoo?

—Taissa...

—He discutido con Francesco.

—¿Qué ha pasado esta vez?

Le relato todo. Todo. De principio a fin y sin obviar detalle. Trato de ser lo más precisa posible, recordando nuestra conversación, algo que me genera una ansiedad horrible y una tensión que pocas veces he experimentado en mi vida.

—Entonces... ¿Estamos aquí porque sabía que trabajabas para Julia y quiso que fueses tú la que viniese expresamente a Milán?

—Eso parece.

—¿Y cómo lo supo?

—No tengo la menor idea, pero pienso enterarme como sea.

—¿Tus padres? ¿Algún amigo en común, tal vez?

—Sospecho de alguien, pero... —Sacudo la cabeza, negando con vehemencia—. No puede ser, no. Olvídalo, Chad. Lo importante es que utilizó la campaña como excusa para hacerme venir hasta aquí y pedir explicaciones.

—Es bastante retorcido...

—¡Y que lo digas!

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Ganar este maldito proyecto, aunque sea lo último que haga, y exigirle a Julia que le duplique la tarifa.

—¿Estás loca?

—No, esto se llama equilibrar el karma, querido Chad. Tú y yo venceremos y nos alzaremos con los laureles. Obtendré mi ansiado ascenso a su costa. —Presiono los dientes con ahínco—. ¿Quería jugar conmigo? ¡Pues tendrá su merecido!

—Está hecho, Tais —dice con una enorme sonrisa, que se le borra súbitamente en cuanto añadido:

—Y no quiero volver a ver a esa furcia en este piso, ¿me has oído?

—Sí, mi capitana.

Se cuadra cual soldado listo para la batalla y recorro el camino hasta mi habitación maldiciendo a todo Dios. Mi cuerpo ya no resistirá mucho más después de lo que acabo de descubrir. Un bombardeo de información y miles de elucubraciones me asaltan sin sentido alguno.

¿Cómo es posible que me haya ocultado el verdadero motivo por el que estoy aquí? ¿Y si no es solo eso? ¿Si hay algo más?

Un largo suspiro escapa de mi boca al sentarme en la cama. Permanezco unos instantes mirando la nada. El móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón vaquero y, cuando lo saco, descubro que tengo infinidad de llamadas suyas y unos cuantos mensajes que no pienso leer.

—¡Vete al diablo, Francesco! —grito, evitando estrellar el aparato contra la pared. En vez de eso, lo apago, lo lanzo hacia un lado del colchón y me dejo caer exhausta.

En el cielorraso se reflejan las luces danzantes de la ciudad. La imagen de mi amigo aguantando las burlas y vejaciones del imbécil de Ronan me deja sin capacidad de reacción.

¿Por qué no me lo contó? ¿Por qué no confió en mí? ¿Acaso pensaba que me acosté con él para joderle la vida? ¿Cómo es posible que me crea capaz de algo así?

Cierro los ojos, maldigo para mis adentros y ruego que los días que me quedan pasen lo más rápido posible. Pero, sobre todo, que cuando me toque enfrentarme a él otra vez, sea lo suficientemente fuerte para no romperme en mil millones de pedacitos.

Capítulo 27

Cesco

—Hiciste bien.

Alzo la vista y veo a mi hermano a través del vaso de *whisky* que ahora mismo sostengo en la mano y al que le queda muy poco líquido ambarino dentro.

Llevo tres y tal vez vaya a por el cuarto, aunque creo que Maurizio me lo impedirá. Al menos no piensa que sea un fracasado y se siente orgulloso de mí. Lástima que la inevitable consecuencia haya sido ganarme el odio de Taissa y también su indiferencia.

Llevo llamándola desde ayer sin descanso.

Mi madre me pidió que fuese a comer con ellos, pero estaba tan hecho polvo, que decidí que lo mejor sería quedarme solo. Tampoco estaba listo para hablarles de lo sucedido, porque, siendo sincero conmigo mismo, me avergüenza muchísimo mi actitud.

Taissa ni siquiera apareció por la oficina hoy, y conociéndola, puedo asegurar que estará tanto o más abatida que yo. No puedo quitarme de la cabeza su asombro y su cabreo al descubrir que manipulé a Julia con el fin de que la enviara directa a la boca del lobo.

¿En qué estaba pensando? Joder...

Me preocupa lo que pueda pasar el miércoles, ya que tenemos la reunión con ambas agencias, aunque confío en su profesionalidad. No me perdonaría que esto le afectase a nivel laboral y que su puesto de trabajo peligrara por mi culpa.

He estado tentado en llamar a Chad varias veces, pero intuyo que él ha sido el apoyo que Taissa ha buscado después de dejar mi apartamento el sábado por la noche. No creo que tenga intenciones de ayudarme, más bien, debe estar deseando castrarme y echar los restos de mi virilidad a los cerdos.

Yo lo haría.

He sido un cretino.

—Cesco, basta. —La voz de Mauri me llega amortiguada y la mirada que me dedica el camarero cuando le hago señas para que me rellene el vaso, me da una idea de lo mal que estoy —. Acabarás borracho perdido.

—Perdido ya estoy...

—Deja de castigarte por algo que no tiene remedio. Dale tiempo, quizá en unos días...

—No. —Muevo la cabeza de un lado a otro, cerrando los ojos con pesar—. Taissa no me lo perdonará jamás.

—Creo que estáis haciendo un drama de nada. ¿Qué más da el motivo por el cual está aquí

si habéis logrado llegar a un entendimiento?

—Es evidente que la he engañado.

—Vuestro encuentro podría haber sido una casualidad, y eso no habría cambiado nada.

—No lo entiendes, Mauri. Ella me reprocha habérselo ocultado. Han pasado... cosas...

—Os habéis acostado. —Y lo dice más como una afirmación que como una pregunta—. ¿La amas?

—Jamás he dejado de hacerlo.

—*Cazzo...*

—Este viernes sale su vuelo de regreso a Chicago. Siento que la pierdo otra vez y no puedo hacer nada...

—Lamento decirte que lo tienes muy jodido, aunque tal vez puedas jugar una última ficha. ¿Cuándo se presenta la campaña?

—Este miércoles.

—Espera a que lo haga, no interfieras con su trabajo. El jueves ve a buscarla al apartamento y pídele perdón. Déjate el corazón y, aunque ella regrese a América y te cierre la puerta, no permitas que se vaya sin saber lo mucho que la quieres y lo arrepentido que estás de no haberte sincerado antes.

—Eres el mejor hermano del mundo, ¿lo sabías? —digo arrastrando las palabras y pasando mi brazo por encima de su hombro. Él sonríe y me insta a levantarme del taburete. Paga la cuenta y nos alejamos de la barra a paso tranquilo.

—Y por ese mismo motivo te llevaré a casa, no puedes volver solo en este estado.

—El mayor debería encargarse del menor, no al revés.

—Da igual, mientras nos tengamos el uno al otro, ¿no crees?

Asiento con las últimas fuerzas que me quedan y me dejo guiar hasta la salida.

Maurizio me sube a su coche y me conduce hasta mi apartamento. No estoy tan mal como no para subir solo, aunque no negaré que voy un poco perjudicado. Cuando entro me dejo caer en el sofá, mi último pensamiento se lo dedico a la chica que me ha robado el corazón. Llevo tanto tiempo ocultando mis verdaderos sentimientos, que me rompo como un dique sin contención. Maldigo, me culpo por todos y cada uno de los errores que he cometido. Por haberle mentido. Por decepcionarla. Por no ser la clase de hombre que ella se merece.

Entendería que quiera olvidarme, que me odie y que decida regresar sin darme la oportunidad de hablar. Me lo merezco por imbécil.

Agotado de tanto llorar, me quedo profundamente dormido, vestido y sin haberme duchado. Me da igual.

Porque sin ella, ya nada tiene sentido para mí.

Seguiré con mi vida, día tras día, como lo hice hasta ahora, buscando en otras bocas lo que Taissa no puede darme y lamentándome por haber sido un cínico.

Jodiéndome por dentro, aunque por fuera aparente estar genial.

Aparezco por la oficina con el semblante serio y algo apesadumbrado. Tengo exactamente ocho horas de intenso trabajo por delante, pese a que mi cabeza está en cualquier parte. Lorenzo me ha informado sobre su retraso, y se espera que Taissa y Chad realicen los últimos ajustes a la campaña, así que me dirijo a mi despacho como si huyera de las llamas de un incendio.

Cuando entro me quito la chaqueta, me aflojo la corbata y saco una botella de agua de la

pequeña nevera que tengo a un lado del escritorio, bebiéndomela casi de un trago. Me disperso durante unos minutos al contemplar la ciudad desde el enorme ventanal. El día hoy amaneció nublado y mi dolor de cabeza no remite.

La maldita resaca de anoche me está pasando factura. En este momento desearía permanecer recluido en casa, sin ánimos de encontrarme con nadie, especialmente con Taissa. Lamentablemente, me veo obligado a salir nuevamente al pasillo, ya que necesito un ibuprofeno y el botiquín está en la sala contigua a la cafetería. No fui lo suficientemente previsor como para pasar antes por la farmacia. Por fortuna, nadie merodea la zona, así que me apresuro en ir a la salita para coger las pastillas y salir echando leches, con el fin de encerrarme en el despacho el resto de la jornada. Solo que, al llegar, advierto que la puerta está entornada. Me arrimo solo un poco y me quedo tieso al oír jadeos que provienen del interior.

Nuestros empleados saben que está terminantemente prohibido mantener relaciones sexuales en el lugar de trabajo —norma que yo mismo me salté cuando me follé a Taissa en mi oficina—, por lo que no iré en contra de nadie si los descubro... Aunque la curiosidad me puede, y me es imposible no entrar.

Lo que veo me deja de piedra.

Chad empuja violentamente a Gia contra la estantería, impulsado por un empeño que me lleva a aguantar la respiración. Ella, con la cabeza echada hacia atrás y las piernas abiertas, le exige que apure las embestidas que no cesan. Una, dos, tres veces... El botiquín y algunos objetos caen al suelo debido a las sacudidas, hasta que, alarmados por el estruendo, reparan en mi presencia.

—Joder... —maldice Chad, subiéndose rápidamente los pantalones y cubriendo a Gia para que haga lo mismo con sus bragas.

—¿Qué se supone que estáis haciendo?

—¿Follando? —rebate ella con todo su morro.

Vaya tía. Es una auténtica descarada.

—No me digas, pensé que estabais jugando a las cartas.

La prometida de Lorenzo rueda los ojos, mientras que Chad no sabe hacia dónde mirar.

—Lo siento, Francesco. No volverá a repetirse...

—Esto está prohibido —aclaro por si quedaba alguna duda.

—Como si tú no te hubieras tirado a Taissa en tu despacho.

Mi cara, un poema.

—¿Perdona?

—Si las normas están para cumplirse, debería ser equitativo para todos, ¿no crees? —«Será hija de...» —Ahora, si me disculpas, debo ir a trabajar —espeta, apartándome con toda la confianza del mundo y desapareciendo en menos de cinco segundos.

Chad permanece callado, avergonzado por haber sido descubierto infraganti.

—No se lo digas a Taissa o me matará —me pide casi en un susurro y me quedo perplejo.

—¿Ella sabe que os enrolláis?

—Nos ha pillado ayer en el apartamento y me ha echado una buena bronca, así que como no tenemos otro sitio a donde ir, pues...

—Ya, me lo puedo imaginar.

—Gia no ha querido llevarme a su casa.

—¿Por qué será? —Me pregunto irónicamente, aunque a Chad no le pasa desapercibido mi comentario.

—¿A qué te refieres?

Sé que me voy a arrepentir de lo que voy a decirle, prometí que guardaría el secreto, pero ¡qué demonios! Estoy hasta la gorra de ocultar cosas, y a Lorenzo ya no le debo lealtad. Que su mujer se esté liando con hombres a los que apenas conoce en nuestra oficina me parece una falta total de respeto. Va de ama y señora, cuando no es más que una aprovechada que busca sacar tajada de todo lo que mi socio cosecha en esta empresa. Es una manipuladora, así que, por ese mismo motivo, decido abrir la boca.

Una vez más.

Estoy que me salgo.

—Gia es la novia de Lorenzo.

El semblante de Chad se vuelve más blanco que las paredes que nos rodean.

—¿Cómo?

—Planean su boda dentro de pocos meses y, además, viven juntos.

—No es posible, no...

Por su reacción me doy cuenta de que no tenía ni idea en la que se estaba metiendo.

—Te ha estado utilizando, Chad. Ten cuidado con ella.

Sin esperar a que me conteste, recojo el botiquín del suelo, me hago con el ibuprofeno y me dispongo a volver a mi despacho.

Ha llegado la hora de comer y mi dolor de cabeza ha remitido bastante, por lo que decido salir y buscarme un sitio lo más alejado posible de la oficina. No tenía planeado hacerlo, esperaba que las horas se pasaran rápido y no darme cuenta de ello, pero mi estómago ha comenzado a rugir y no he podido ignorarlo.

Cuando atravieso el pasillo, me topo con la oficina donde Taissa suele trabajar, la puerta está cerrada, aunque mi intuición me dice que está dentro. Lo sé, está acostumbrada a no salir a comer y a trabajar sin parar, y teniendo en cuenta que la presentación es mañana, lo más seguro es que permanezca aquí hasta tarde.

Me detengo solo un instante, dudando si es buena idea coger el picaporte y abrir de una puñetera vez. La tengo al otro lado, tan cerca y...

Necesito verla.

Quiero aclarar las cosas y que hablemos con calma. Tal vez si la invito a comer...

No obstante, mientras debato qué hacer de mi vida, diviso a Lorenzo metiéndose en su despacho, lo que me distrae de mi principal objetivo. La situación de hoy ha sido la gota que colma el vaso; no voy a dejarlo pasar. Sigilosamente, lo sigo de cerca, y en el preciso momento en que entra, hago lo propio.

—Hola, Cesco. Estaba por salir a comer, he venido a recoger mis cosas. ¿Necesitas algo?

—He pillado a Gia enrollándose con Chad.

Tal vez estoy siendo demasiado directo, pero no me andaré con rodeos. Se acabó la farsa.

—¿Y cuál es el problema? —Mi expresión de asombro debe ser monumental—. Ya sabes que no tenemos exclusividad, nuestra relación es abierta. Ella puede tirarse a quien quiera, y yo también.

—Entonces... ¿Lo sabías?

—Cesco, si yo no tengo objeciones, tú tampoco deberías tenerlas. Además, no es la única que se lía con alguien involucrado en el proyecto —añade con un tonito irónico y una sonrisa ladeada que me repatea la moral.

—Confío en que cumplas tu promesa de separar tu vida personal de la profesional al decidir qué campaña resulta victoriosa.

—¿Qué insinúas? ¿Qué siento celos de ese niño? Para nada, socio. Es más, me beneficia que Gia tenga juguete nuevo mientras que yo me ocupo de otros menesteres.

—¿Cómo cuáles?

—Mantener en pie esta empresa. Te recuerdo que tenemos dos sucursales que abrir y un proyecto que poner en marcha. Hay mucho trabajo por hacer —zanja con aires distraídos y luego añade—: Cuando Gia demanda, hay que satisfacer sus necesidades y es demasiado... intensa.

No me trago el cuento, para nada. Puede que sea un iluso, pero aquí hay gato encerrado. Y como soy consciente de que no voy a obtener más información, decido que es mejor dejarlo estar. Hay mucho en juego, todos estamos ansiosos porque llegue el día de conocer ambas propuestas. Además, sigo sosteniendo que Taissa guarda un as bajo la manga y que su idea gustará, mucho.

El sábado, mientras retozábamos al sol en la playa procuré sonsacarle un adelanto, pero fue en vano. No quiso contarme nada. Me dijo que era «secreto de sumario» y que debía confiar en sus capacidades.

—Creo que yo también iré a comer algo —apunto dando por finalizada la conversación.

—Te veo más tarde.

Se marcha antes de que pueda replicar nada más, así que elijo seguir con mi plan inicial.

La pausa del almuerzo se me pasa volando y vuelvo a la oficina sobre las tres de la tarde. Esta vez, la puerta de la sala en la que trabaja Taissa está abierta.

Y ella está dentro.

En el mismo momento en que me quedo inmóvil junto al umbral, percibe mi presencia. En silencio, evalúo la situación, centrándome en su reacción, tratando de determinar si existe alguna posibilidad de acercarme a ella. Su semblante denota cansancio, desde luego. Lleva una jornada agotadora, aun así, aprovecho que Chad no está para colarme dentro.

—¿Preparada para mañana? —pregunto en un fingido tono profesional.

—Sí, tenemos casi todo listo —responde con el rostro contraído.

—Si necesitas cualquier cosa, házmelo saber. ¿De acuerdo?

—Claro.

Sus manos repasan unos documentos que tiene sobre el escritorio. Desliza los dedos sobre él como si meditara una decisión muy importante. Alza la vista y vuelve a conectar con mis ojos que le suplican piedad.

—Taissa...

—Si no te importa, debo revisar estos bocetos —me corta desviando otra vez la mirada—. Mañana nos vemos en la sala de reuniones.

—*Certo* —acepto con los hombros caídos y el rabo entre las piernas—. *Buona serata*.

Con mi saludo consigo que regrese a mí por unos segundos, aunque no tarda en carraspear y seguir a lo suyo. Así que, suspirando y sin una pizca de esperanza, me dirijo a mi despacho esperando que pase la tarde de una bendita vez.

Mañana será otro día.

Uno que aguardo ansioso, deseando con todo mi corazón que Taissa salga victoriosa, demostrándole a todo el mundo el pedazo de profesional que es, a pesar de que este estúpido italiano no haya hecho otra cosa que fastidiarla.

Capítulo 28

Taissa

Y al fin ha llegado el día.

Después de un largo camino, de idas y venidas, de jornadas felices y otras no tanto, nuestra aventura concluye.

Chad y yo hemos cogido un taxi hasta las oficinas de M&S, ya que llevamos el ordenador, carpetas y el enorme *rollup* que ilustra el esquema del proyecto.

Mi compañero lleva desde ayer bastante callado, aunque supongo que son los nervios, el saber que nos queda poco en Milán o incluso la conversación que tuvimos con Julia por videollamada. Durante la tarde decidimos contactarla, sabiendo que en Chicago era temprano y que la pillaríamos en su despacho. Su cara apareció de inmediato ocupando toda la pantalla y no pude evitar sentir una rabia desmedida al saber que todo este tiempo me había ocultado la verdad. Y no me lo guardé como lo hice tantas veces, se lo reproché sin cortarme un pelo. Su respuesta no fue del todo convincente, aunque tampoco podía culparla de nada, ¿o sí?

Todo había sido obra de Francesco.

—Sabía que teníamos a una experta en Marketing trabajando en la agencia. Tu nombre salió a la luz y pareció conformarse cuando le aseguré que te incluiría en el proyecto.

—No me lo dijiste, ¿por qué?

—Me pidió expresamente que no lo hiciera —determinó como si no tuviese mayor importancia. Fruncí el ceño y ella chasqueó la lengua con disgusto—. Vamos, Taissa. Sabes que si te asigné esta campaña es porque confío plenamente en tus aptitudes, no solo porque lo demandara uno de los socios de M&S. Es más... —añadió y la vi inclinarse para coger algo del suelo—. Esta victoria asegurará mi ascenso a la Dirección, y por eso mismo ayer he salido a gastarme unos cuantos dólares en tu honor... ¡Mira estos Manolo Blahnik! —exclamó enseñando unos preciosos tacones negros con suela roja—. ¿No son una maravilla?

—Desde luego —rumí mirando a Chad de reojo, quien me observaba disgustado.

Julia es una idiota.

Tras asegurar que nuestra propuesta era impresionante y que esperaba ansiosa el veredicto del cliente, cortamos la comunicación y terminamos de dar forma a los últimos detalles.

Chad ha hecho un trabajo increíble con los diseños, tanto del *spot* para TV y Redes Sociales, como de la campaña al completo. El mensaje se transmite a la perfección y funciona. Vende. Es una idea cojonuda.

Atravesamos las puertas de las oficinas a las ocho menos cuarto de la mañana. Nicoletta nos

saluda como siempre y nos invita a pasar a la sala de reuniones. Somos los primeros en llegar, por lo que acomodamos todas nuestras cosas en un rincón y tomamos asiento hasta que la recepcionista aparece con un café para cada uno.

—En un momento estarán aquí —anuncia con una sonrisa.

—Gracias, Nicoletta.

—De nada, Taissa. ¿Nerviosos?

—Un poco —confirmando, aunque, a decir verdad, camino por las paredes. Las manos me sudan y espero que el conjunto que me he puesto hoy aguante toda la mañana, porque estoy tan ansiosa, que no he dejado de alisarme la falda desde que hemos salido del apartamento.

—Ánimo. Seguro que os va genial —aduce guiñándonos un ojo a ambos y saliendo por la puerta segundos después.

—Es muy simpática —comento y Chad asiente sin más—. ¿Estás bien? Te noto muy callado.

—Espero que salga según lo planeado.

—Les encantará, ¡ya verás! —Sonríe levemente, desviando la mirada hacia los cristales que nos rodean—. Quería darte las gracias, Chad. Por todo.

Sus ojos se clavan en los míos y una de sus manos me sujeta con ahínco.

—Gracias a ti, Taissa. Por confiar en mi trabajo y darme libertad para crear y hacer lo que más me gusta.

—Somos un equipo, ¿recuerdas?

Él me estrecha entre sus brazos y me deja un beso en la mejilla, que se ve interrumpido por el sonido de la puerta al abrirse.

—Ya están aquí.

Entonces, vemos entrar a Gia, seguida por otra mujer que aparenta su misma edad y un chico que carga con un maletín. Ambos nos saludan con amabilidad, situándose en el lado opuesto de la extensa mesa.

Gia saluda a Chad con cortesía, pero estableciendo una distancia bastante incómoda. No puedo negar que su actitud desconcierta un poco a mi amigo, quien la observa con desconfianza. Antes de que podamos decir algo más, Francesco y Lorenzo hacen su aparición en la sala.

—*Buongiorno* —saluda Spaggiari y todos contestamos al unísono—. No tenéis idea de cuánto ansiaba que llegara este día —añade con entusiasmo.

Noto la mirada intensa de Francesco recorriendo cada parte de mi anatomía; una energía peculiar fluye entre nosotros, pese a sabernos observados. Cuando giro la cabeza y encuentro sus ojos, el mundo a mi alrededor se detiene. Ser consciente de que en dos días abandonaré este país y ya no lo veré más, me produce una enorme desazón.

Tal vez deberíamos hablar...

Quizá me he obcecado demasiado.

Ambos toman asiento en la cabecera, presidiendo la mesa.

—Ha llegado el momento —anuncia Lorenzo—. Desconozco si habéis acordado quién será el primero en exponer. También podemos echarlo a suertes.

Alzo la mano y él me da la palabra.

—Si a Chad le parece bien, cedemos el primer lugar a La Agenzia Digitale —digo y Gia enseña los dientes con satisfacción.

Ella no lo sabe, pero estoy deseando aplastarla como a una cucaracha. Me da igual que muestre su trabajo primero, el nuestro será infinitamente mejor. Miro a mi compañero y él acepta con un movimiento de cabeza.

—Muy bien... —continúa Lorenzo—. Podéis pasar al frente.

Se levantan de sus sillas y regulan la nitidez de la pantalla que hay colgada en la pared. Gia es la encargada de meter un *pendrive* en el ordenador conectado al retroproyector.

—Muchas gracias a todos por venir, nos complace presentaros nuestro proyecto y esperamos que sea de su agrado. Hoy me acompañan Tomasso Colombo, responsable del departamento de Marketing, y Chiara Parisi, directora de Arte —puntualiza sonriente—. En primer lugar, os enseñaremos el *planning* general y después iremos a la propuesta creativa propiamente dicha.

Empiezan explicando en qué consiste la campaña, su alcance, público objetivo, tiempos de implementación, etc. Hasta que llega lo bueno. El *cómo* lo harán.

Sus dos compañeros se colocan a un lado de la pantalla y despliegan un enorme plano conceptual ante nuestros ojos.

Lo que veo me deja perpleja.

Muda.

Atónita.

—No me jodas... —farfullo abriendo los ojos de par en par, ante la expresión de desconcierto de Francesco—. Pero... ¿Qué coño es esto?! —pregunto al borde del colapso.

—Nuestro boceto integral de la campaña —aclara Gia con su habitual tonito sobrado, que bien le borraría de un guantazo.

Me incorporo y agudizo la vista, dándome de bruces con la cruda realidad. El diseño de un DeLorean atravesando una carretera junto a una Harley de aspecto clásico y un chico vestido de chaleco rojo rompe con toda posible contención.

Aprieto fuerte los puños a un costado de mi cuerpo, la mandíbula la tengo tan tensionada que creo que se me va a romper. Gia me observa como si no comprendiera el porqué de mi enfado, y solo tengo ojos para buscar a mi compañero. Cuando me encuentro con él, no me gusta un pelo lo que veo. Se ha quedado tan desconcertado como yo, lo cual solo puede significar una cosa.

—¡Nos habéis robado la idea! —exploto, furibunda y Lorenzo se levanta como un resorte de su butaca.

—¿Cómo?!

—¡Esa es nuestra propuesta! —chillo, señalando el *storyboard* que es prácticamente igual al que Chad ha diseñado, salvando algunas diferencias como el estilo, los trazos y los planos elegidos.

Empiezo a caer en la cuenta de lo que ha pasado aquí: o mi amigo ha sido tan idiota como para dejarse embaucar por esta arpía, o les ha cedido el control, llevado por un encoñamiento sin precedentes.

—¡Eso es una acusación muy grave! —espeta Gia, y pierdo los papeles por completo. Me abalanzo sobre ella, olvidándome de quién soy y de las consecuencias que pueda acarrear mi reacción.

Francesco, que todavía no se puede creer lo que ve, se lanza a detenerme, al igual que Chad, quien intenta apartar mis manos de los mechones morenos de la traidora.

—¡¡Taissa, para!! ¡¡Basta ya!! —vocifera Cesc y Lorenzo llama a seguridad de inmediato.

Gia me agarra del cuello hecha una fiera, a la vez que consigue tirarme al suelo, rodando ambas sobre la moqueta en una verdadera pelea de gatas. Francesco lucha por mantener el control, Chad me pide que me detenga, y en menos de un minuto, tenemos a un guardia interviniendo para separarnos.

—*Ma cosa è successo?*³¹ —pregunta apartándonos.

Consigo ponerme de pie, sostenida por Cesco que me sujeta por la cintura con una fuerza inhumana. Chad le grita a Gia, Lorenzo la consuela, y la muy descarada utiliza su papel de víctima para dejarme en evidencia.

Bufo, frustrada, con los pelos hechos una maraña y el cuerpo tan tieso, que me tiembla sin control. Es la primera vez que me veo envuelta en semejante altercado y con alguien a quien apenas conozco.

—¿Qué demonios haces?! —me increpa Francesco al liberarme de su amarre—. ¿Acaso te has vuelto loca, Taissa?!

Transcurre solo un instante, una ráfaga de segundos en los que lo veo todo. Lorenzo coge a Gia por las mejillas intentando tranquilizarla y la besa en los labios. Con los ojos inyectados en sangre, miro a Chad, que me rehúye como un auténtico cobarde. Al mismo tiempo, todos abandonan la sala para asistir a la pobre damisela en peligro, dejándonos a Francesco y a mí a solas.

—¡Espera un momento...! —digo achinando los ojos con inquina—. ¡¡Esto es una puñetera revancha!!

—¿De qué coño hablas?

—Te confabulaste con tu socio y con esa zorra para robarnos la idea. ¡Me trajiste aquí para eso! Tu propósito no era pedirme explicaciones... ¡Qué ciega he estado todo este tiempo, por Dios!

—¿Qué estás insinuando?

—¿Acaso no es obvio? ¡Querías hundirme! Echar abajo mi carrera, vengarte por lo de Ronan y que la campaña te saliera gratis... ¡¿No es cierto?!

—Estás alucinando, Taissa. ¿Me crees capaz de algo así?

—¿Después de mentirme y convencerme de que sentías algo sincero por mí? ¡Perdona que dude de ti, Francesco! Mientras me follabas, te regodeabas en la dulce victoria.

—No estás entendiendo...

Alarga el brazo y da dos pasos hacia adelante.

—¡¡No te me acerques, joder!! ¡¡No vuelvas a tocarme en tu puta vida!!

En ese mismo instante, y alarmado por el nivel de la discusión, Chad hace su aparición en la sala otra vez. A saber dónde ha estado metido este rato.

—Taissa...

—¡¡Tú!! —Lo apunto con el dedo índice—. ¿Te das cuenta lo que has provocado? ¡Nos han arruinado, y has sido el chivo expiatorio en toda esta trama que parece sacada de una película!

—¡Gia lo planeó todo! Te juro que nunca me di cuenta de que hurgó en el ordenador. ¡Copió mis bocetos! —se explica, desesperado—. Lorenzo dice que no hay pruebas de que se hayan apropiado de nada...

—¿Cómo? —interviene Francesco, exaltado—. ¡Eso está por verse!

—¿Y qué crees que hacía mientras te la beneficiabas en nuestro apartamento? ¡¿Contemplar la decoración?!

—Lo siento mucho —murmura compungido.

—Julia no se creará nada de esto, dirá que lo hemos plagiado nosotros. Estoy hundida... —Sosteniéndome la frente, me aparto para tomar aire, hasta clavar mis pupilas furibundas en el que un día lo fue todo para mí—. ¿Querías acabar conmigo? Pues felicidades, has ganado Francesco. Tu estrategia ha dado sus frutos.

—Taissa, espera... ¡Por favor!

Me deshago de su agarre de una fuerte sacudida, lanzándole una mirada de odio, que ni en sus mejores pesadillas se habría imaginado. Chad se aproxima por el otro costado.

—Y a ti... —le aclaro con una rabia incontrolable—. No pienso volver a dirigirte la palabra nunca más.

Doy un portazo que hace temblar las paredes en todo el maldito edificio y corro hacia la salida, con el corazón palpitando a miles de revoluciones y las piernas más flojas que un flan. Camino sin rumbo, mi mente está en blanco y a la vez me siento miserable, estafada, usada...

¿Qué más calificativos se le pueden poner a esta situación de mierda?

¿Cómo no lo vi venir?

¡Delante de mis propias narices me la han jugado!

Y debo admitir, que el puesto de trabajo me importa un comino a estas alturas, porque lo que de verdad me ha destrozado, es que sea él quien haya urdido todo este plan macabro.

Él.

Mi amigo, mi confidente, mi amante...

Mi todo.

Llevo horas dando vueltas sin ton ni son, ni siquiera sé dónde estoy. He recorrido la ciudad bordeándola de arriba abajo, atravesando callejuelas y evitando las miradas que me dedica la gente cuando paso a su lado. Normal. Las pintas que llevo, despeinada y con cara de desquiciada, no son las mejores, y mi móvil no ha parado de sonar, tanto, que he tenido que apagarlo para que no siga incordiándome con su soniquete insufrible.

Cansada de tanto caminar desorientada, me he metido en la estación de tren y he cogido el primero que ha pasado por el andén. El cartel ponía Pavía, así que, al ver un nombre conocido — lugar de residencia de los padres de Francesco— no lo he dudado ni por un segundo.

Fiorella siempre fue como una segunda madre para mí, quizá cobijarme bajo su ala protectora sea una buena idea después de todo. Aunque no he caído en un detalle. No tengo su dirección. Podría llamarla por teléfono, ya que lo tengo apuntado, pero... ¿Qué voy a decirle? ¿Que acabo de mandar a tomar por culo a su hijo y necesito alguien que me consuele porque estoy destrozada?

No, sería demasiado.

Cuando el tren arriva a la estación salgo buscando un punto de referencia conocido, aunque por el momento no veo nada. Solo calles y más calles, parques, arboledas, gente que va y viene, y mi cabeza que da vueltas como una maldita peonza, procurando calmar esta amarga sensación que se va apoderando de mi raciocinio por momentos.

Camino tanto que creo desfallecer, cayendo en la cuenta de que son casi las dos de la tarde y ni siquiera he comido. Y considerando que debido a los nervios de la presentación tampoco he desayunado más que un café expreso, mi estómago comienza a rugir descontrolado.

Me adentro en lo que parece ser el centro de la ciudad, una que, por cierto, es preciosa. Sus calles adoquinadas, su universidad repleta de actividad estudiantil y su característica zona comercial le otorgan un encanto especial. Aunque hay una hermosa catedral que invita a ser visitada, en este momento ni siquiera puedo lidiar conmigo misma. Mi mente está hecha un lío y mi corazón hecho trizas.

Me detengo frente a una de las muchas panaderías que cruzo en el camino y pido una *piadina* para mitigar el hambre. Me la como despacio, saboreando el tomate, la *mozzarella* y el

prosciutto. Doy un sorbo al té helado y continúo andando rumbo a cualquier parte, hasta dar con un sitio conocido: El Ponte Coperto, aquel que visitamos un día con Francesco y que nos regaló un hermoso atardecer.

El Imbarcadero atracado en la orilla del río me trae buenos y, a la vez, dolorosos recuerdos. ¿Es posible que parezca que han pasado siglos de aquello?

Entro en el puente y me coloco en uno de los tantos miradores que permite contemplar el río y el paisaje a lo lejos, y me quedo allí, sumergida en los momentos de una estadía que se me ha hecho corta y también eterna. Mis ojos se enturbian, por lo que el reflejo del agua pasa a ser una mancha perdida en el horizonte. Mientras, trago el último bocado de almuerzo, inspiro por la nariz y me seco las lágrimas meditando en lo ocurrido. Mi mundo está patas arriba y se lo debo a la única persona que ha sido capaz de amarme y destruirme a la vez.

—Francesco —murmuro con la voz congestionada, apoyando mis codos sobre la pequeña baranda—. ¿Por qué?

Paradójicamente, él ha sido siempre el motivo de todo. Mi peor pesadilla y mi mejor sueño, el negro y el blanco, el *yin* y el *yang*, el dolor y la felicidad, el llanto y las risas... La dualidad hecha persona. Y, aun así, con todo lo que podría reprocharle, sigue siendo lo mejor que me ha pasado en la vida.

Increíble, ¿verdad?

Supongo que de eso va el amor, por muy extraño que parezca. De sufrir y entender que no siempre es bueno para nosotros, más allá del bienestar que nos produce cuando por fin lo encontramos. Tal vez se trata de soltar, de no aferrarse a lo imposible, de cerrar un capítulo y seguir adelante, de no mirar atrás.

Pero qué difícil es...

Suspiro, atribulada, intentando tranquilizarme y dándome una palmadita por haber sido capaz de enfrentarme a todos con tal de defender lo que considero justo. Sé que me he pasado tres pueblos atacando a la bruja, pero es lo que se merecía.

¡Qué bien lo ha hecho, la muy desgraciada!

Se cameló a Chad desde un principio, enredándolo en su tela de araña hasta hacerlo caer como una mosca.

Y ahora... Ahora está todo perdido. Probablemente, me espere mi telegrama de despido al llegar a Chicago y tendré que empezar de cero, buscándome un trabajo que me permita pagar la habitación que comparto con June. Reflexionar sobre ello me genera un malestar que apenas puedo contener, obligándome a cerrar los ojos e inspirar con fuerza para no desmoronarme nuevamente.

Después de pasar unas cuantas horas en el puente, mirando la nada y abstraída en mis pensamientos, decido regresar. Me siento exhausta, sucia y lo único que quiero ahora mismo es llegar al apartamento, darme una ducha y meterme en la cama hasta que sea la hora de coger el vuelo que me lleve de regreso a mi país.

Me dirijo nuevamente a la estación a paso lento, un poco más calmada después de haber pensado mucho. Busco el cartel que pone Milán y, con la ayuda de algún que otro turista que habla inglés, soy capaz de comprar el billete de vuelta.

Me sorprende darme cuenta de que ya son casi las seis de la tarde.

Llego al Duomo y emprendo la caminata a nuestro piso, y tan perdida estoy en mis cavilaciones, que casi no me entero de que hay alguien esperándome en el portal. Francesco se me acerca a paso veloz antes de que alcance la acera, pero yo soy más rápida. Me escabullo sin darle opción a detenerme.

—Taissa, por favor. Te lo suplico, tienes que escucharme. —Rebusco en mi bolso a toda prisa las llaves, ignorándolo por completo—. Tais...

—No voy a perder un minuto más de mi tiempo contigo.

—¡Joder! Mírame, tenemos que hablar.

Con los ojos anegados en lágrimas y una opresión tremenda en el pecho, me giro y lo encaro, señalándolo con el dedo. Mi cara debe ser un cuadro, porque Francesco empalidece de repente.

—Que te quede claro que tú y yo ya no somos nada. Olvídate de que existo y de que hemos sido amigos. ¡Nunca nos hemos conocido! —chillo y la gente que pasa por nuestro lado se detiene alarmada. No obstante, me da igual, todo me da lo mismo ya—. ¡Eres un puto cobarde! Me has usado, me has... manipulado. Jamás te lo perdonaré.

—Taissa... —balbucea con un hilo de voz.

—¡Ni Taissa, ni leches! No quiero saber más nada de ti, esto se acaba aquí y ahora. —Respiro con fuerza, aguantando el llanto—. Te quiero, Cesco. ¡Dios solo sabe cuánto te he amado desde que tengo memoria!, pero nunca me habían hecho tanto daño. Has estado jugando con mis sentimientos y...

Se acerca, tratando de agarrarme de los brazos.

—¡No me toques!

Un chico que pasaba por la calle corre a nuestro encuentro, apartando a Francesco de un empujón y lo increpa pensando que forzaba algo indebido. Él alza las manos en señal de rendición, me mira de una manera que nunca imaginé, con un arrepentimiento que me parte por la mitad, y se aleja retrocediendo hasta que finalmente corre cruzando la calzada.

—*Tutto bene?* —pregunta el chico.

—*Tutto bene, grazie mille.*

Me vuelvo para finalmente meter la llave en la cerradura y me interno dentro del edificio. Entonces, abro la puerta del apartamento y me encuentro a Chad sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en la cabeza. Su expresión denota horas de preocupación y un atisbo de culpa también. En cuanto se percata de mi presencia, se incorpora rápidamente.

—Taissa... Me tenías muy afligido. ¡Te he enviado cientos de mensajes!

Me abraza, y aunque en este momento lo aporrearía por haber sido tan estúpido, dejo que lo haga porque necesito sentirme contenida. Tengo a June muy lejos, a mis padres, a Eileen...

Estallo en un llanto desconsolado y él me aprieta más fuerte contra su cuerpo.

—No sabes cuánto lo siento, *pitufina* —expresa compungido—. No me alcanzará la vida para pedirte perdón.

No rebato sus palabras, porque ahora mismo estoy muy cabreada con él, no obstante, le permito que me proteja como bien sabe hacerlo. Tras desahogarme como si no hubiese un mañana, hago un esfuerzo por recomponerme, carraspeo y me envuelvo con mis propios brazos, separándome de él.

—Necesito estar sola —confieso con voz ronca.

Asiente con tristeza y se hace a un lado para cederme el paso, así que enfilo rauda hacia mi habitación, donde me encierro antes de lanzarme sobre el colchón y enterrar la cara en la almohada.

Capítulo 29



El rostro de mi madre expresa preocupación, pero también enfado.

Nos hallamos ambos sentados en la mesa del comedor de su casa, bebiéndonos un café después de comer. Bueno, si tragar con dificultad una porción de pasta se le puede llamar comer, porque no he sido capaz de acabarme ni tres bocados. Tengo un nudo atorado en el esófago y una piedra oprime mi pecho sin dejarme respirar.

Llevo desde ayer intentando comprender qué ha sucedido, me siento devastado y casi no he podido pegar ojo durante la noche. He intentado contactar con Taissa, pero ha sido en vano. No ha respondido mis llamadas ni mis mensajes, lo que me deja muy claro qué esperar de toda esta situación. Su expresión desolada y el estado en la que me la encontré ayer me han dejado hecho una mierda, y mi sentimiento de culpabilidad no ha remitido un ápice.

Soy un completo gilipollas y de la peor calaña.

Hoy he ido a trabajar por la mañana y, aunque estuve solo en el despacho y apenas salí, no he dejado de darle vueltas al asunto. Después he venido a ver a mi madre buscando un poco de apoyo y al final, he terminado contándole todo lo que ha ocurrido entre Taissa y yo. Me ha escuchado con atención sin interrumpirme ni una sola vez.

Al acabar mi confesión, inspecciona mi semblante contraído y mis oscuras ojeras, y decide plantear aquello que yo mismo me he estado preguntando desde que Taissa llegó a Milán.

—¿Qué pretendías con todo esto, hijo?

—Traerla de vuelta conmigo.

—Y has conseguido todo lo contrario —apunta, revolviendo su pequeña taza y dándole un sorbo después.

—La he cagado en grande, *mamma*.

—Cesco... Si las parejas no discutieran, no existiría la raza humana. Te aseguro que yo he cometido miles de errores y tu padre otros tantos. El secreto está en la comunicación.

—Algo que Taissa y yo no conocemos.

—*Certo* —concluye y levanta mi mentón para que la mire a los ojos—. Os habéis empeñado en ocultaros muchas cosas y eso ha terminado por llevaros a la ruina.

Me agarro la cabeza, abatido, con un desasosiego que crece en lo más profundo de mi alma. Taissa me lo ha dejado muy claro ayer: no me perdonará.

—Mañana regresa a Estados Unidos y no tengo oportunidad con ella. Ya no quiere saber nada de mí...

—Es comprensible y, aunque no eres culpable de lo que ha sucedido con Lorenzo, es normal que deduzca que has tenido algo que ver.

—Lo sé —admito con pesar.

—Quizá lo mejor sea que le des su espacio. Necesitará tiempo para volver a confiar en ti.

—Dudo que lo haga.

—No seas negativo, todo tiene solución. Puedes ir a visitarla, intentar arreglar las cosas...

—Ahora mismo me es imposible pensar con claridad. ¿Qué se supone que hace uno cuando quiere recuperar a alguien después de haberle roto el corazón?

—Demostrarle que es posible recomponerlo. —Bajo la vista hacia mis manos que descansan sobre la mesa, y mi madre me acaricia el brazo—. Nunca me contaste lo de ese vídeo —comenta, no como un reproche, sino más bien como un cuestionamiento.

—No quería que lo vieras. Era... muy fuerte.

—Debió ser difícil para ti, pero ella no sabía lo que pasaba entre ese chico y tú. No puedes culparla por ello.

—Yo no la culpaba, mamá. Es solo que... es tan alocada, impulsiva, irresponsable y...

—Y la amas por ser auténtica y porque siempre ha estado para ti.

Su rostro refleja comprensión y una pizca de diversión. Mi madre ha sabido desde el comienzo de los tiempos que Taissa es y ha sido mi eterna debilidad.

—Fue la única que se preocupó por integrarme en cuanto puse un pie en el colegio, siempre esforzándose para explicarme cuando no entendía lo que decía la profesora. Estaba muy perdido, y ella fue quien guio mis pasos sin importarle quién era, de dónde venía, si usaba gafas o si era un *friki*.

Mi madre ríe expulsando el aire por la nariz.

—A tu padre y a mí nos encantaba veros juntos. A pesar de sus diferencias, encajaban perfectamente. Desde el día en que la conocí, lo que más me gustó de ella fue su sinceridad y su enorme corazón.

—He sido un idiota, mamá —sentencio entre lágrimas. Ella se arrima un poco más, me toma por las mejillas y las seca con sus pulgares, regalándome una sonrisa.

—Te perdonará.

—Eres muy optimista.

—Aquel fin de semana en Verona me di cuenta de lo mucho que te quiere y de lo que siente por ti. Incluso la *nonna* me lo dijo... «Esos dos están destinados a estar juntos».

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Dale tiempo, Cesco, no la presiones. Deja que se dé cuenta de que su sitio está a tu lado.

—¿Y si no quiere mudarse a Italia? Tiene a su familia en Chicago, quizá no sea plan forzarla...

—Siempre puedes ir tú allí.

—¿Vivir en Estados Unidos?

—¿Por qué no? Eres ciudadano americano y además hablas muy bien el inglés.

—Pero... ¿Y vosotros?

—Nosotros seremos felices sabiendo que tú lo serás también.

Ahora la que derrama lágrimas es ella, por lo que me levanto rápidamente de la silla para darle un enorme abrazo y agradecerle, no solo sus consejos, sino que piense en mí por encima de sus propios deseos. Siendo sincero, no me imagino una vida sin mi familia, pero tampoco la imagino sin la chica que se ha robado una parte de mí, la que me importa por encima de todo y a quien amo más que a mí mismo.

—Gracias, *mamma*. Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor.

—¿Te parece bien que me quede un rato más? No quiero regresar a la oficina y enfrentarme con Lorenzo.

—Para nada, tesoro. Esta es tu casa, siempre —asegura acariciando mi mejilla y preguntando verdaderamente interesada—: ¿Has pensado en qué le dirás?

—Muchas cosas. ¡Lo que han hecho no tiene nombre! Te juro que estoy tan cabreado que..., que...

—¿Te le echarías encima como lo hizo Taissa con Gia? —inquire aguantando la risa.

—Joder, tendrías que haberlo visto. El revolcón fue épico, y la novia de Lorenzo chillaba como si la estuviese matando.

—Hubiese pagado por estar ahí.

Nos miramos en silencio y, de pronto, ambos estallamos en carcajadas. Yo recreando la dantesca escena, y mi madre imaginándola con lujo de detalles.

—Ay, Taissa... Taissa... —repite secándose las lágrimas, de risa esta vez—. ¡Qué sería de nosotros sin ella!

Y su afirmación me deja pensando en la conversación que hemos tenido y en lo mucho que la echaré de menos. Por eso mismo, y después de mucho meditarlo, decido que lo mejor será arreglar mis asuntos con Lorenzo, para después planear muy bien cuál será el siguiente paso.

Esta vez haré las cosas bien.

Voy a recuperar a Taissa como sea.

De eso no tengo duda alguna.

El camino hacia el despacho de mi socio me lo conozco de memoria. Después del suceso desafortunado y la presentación tan esperada que acabó en una verdadera tragedia griega, no hemos vuelto a tener contacto. Él sabe que se ha portado de la manera más ruin y yo le he dado tiempo para que medite qué respuesta va a dar a todas mis preguntas.

Abro la puerta y allí me lo encuentro. Acaba de regresar de comer y está sentado en su escritorio, actuando como si nada hubiese pasado.

—Hola —saluda impertérrito.

—¿Es todo lo que vas a decir después de lo que ha ocurrido ayer?

—Cesco, siéntate.

Obedezco porque esto irá para largo y porque no voy a dejarle pasar ni una. Exigiré una respuesta y después le haré saber mi decisión.

—Creo que no eres consciente de lo que has ocasionado, Lorenzo. No solo has perjudicado a Taissa y a Chad, has roto la relación de confianza que había con Double Creative Network, sin contar con el enorme daño que me has hecho. Y esto último ya es personal.

—Francesco, parece que no hubieras aprendido nada en los años que llevas trabajando en esta empresa. Los negocios son así, es la ley de la jungla. Aquí gana el más listo, el más fuerte...

Me levanto impulsado por una rabia desmedida.

—¿Perdona?! ¿Me estás diciendo que todo esto no es más que una sucia estrategia de negocios para dejar bien parada a tu mujer y beneficiaros de una idea que ha sido vilmente robada?

—Se llama jugar bien las fichas —espeta con total tranquilidad, echándose hacia atrás en su

butaca.

—¡Se llama ser un rastrero! Les has engañado, has utilizado a Gia para cumplir un propósito y...

—¿Y no es lo mismo que has hecho tú con Taissa? —interrumpe, dejándome más frío que un témpano de hielo.

—Es muy distinto.

—No lo es, Francesco. Utilizaste la campaña como excusa para traerla aquí y tenerla a tu disposición, sin saber que nos estabas haciendo un favor a ambos.

—Yo no...

—Piénsalo. Nos has servido en bandeja un trato más que jugoso. La propuesta de los americanos ni siquiera llegó a presentarse, la Agenzia Digitale Milano tiene su contrato sobre la mesa y todos salimos ganando.

—No, Lorenzo —rebato echando fuego por las orejas y envarándome aún más—. Tú has salido ganando, yo, no. Por tu culpa he perdido lo que más quería en esta vida. Y déjame decirte algo —lo freno antes de oír sus pobres excusas—: Puede que traer a Taissa haya sido un error garrafal y que escondiera mi verdadero propósito, pero jamás quise traicionarla. Nunca dudé de sus capacidades y aposté por una contienda lícita desde el principio.

»Lo que Gia y tú habéis hecho, tu manipulación y vuestro juego sucio, no va conmigo, querido socio. Por eso mismo, he decidido presentar mi renuncia.

Su gesto se descompone, obligándolo a levantarse y a apoyar las manos sobre el escritorio.

—¿Qué dices?

—Que te cedo mi parte de las acciones, ya no me interesa formar parte de esta empresa. Es toda tuya.

—Estás loco, Francesco. ¡Te arrepentirás! —asevera señalándome y amenazándome a su vez con el dedo.

—Puede que sí, pero de lo que estoy seguro es de que no voy a aprobar esta mierda, ni a consentir que se engañe de esta forma a nadie, y menos a la persona que ha depositado toda su confianza en mí.

Y dándome media vuelta, dejándolo ahí, estático y anonadado, me giro una vez más antes de agarrar el picaporte.

—Tendrás mi telegrama mañana a primera hora, y más vale que aceptes el trato que te propongo, o interpondré una demanda contra la Agenzia Digitale. Tengo pruebas de que la idea fue plagiada y no duraré en usarlas en tu contra.

Esto último lo digo sin disponer de ellas todavía, aunque me he asegurado de hablar con Chad esta mañana y él mismo me ha confirmado que podría entregarme todos los archivos con sus fechas de creación y sus respectivos certificados de autenticidad.

—Métete tu puta campaña por donde te quepa —murmuro cerrando la puerta tras de mí y dando largas zancadas hasta mi propio despacho.

Allí me ocupo de recoger mis cosas en una caja sin detenerme a pensar mucho más en todo lo que acarrea esta decisión. Debo admitir que ha sido muy meditada, y que no dormir anoche me ha ayudado a llegar a un acuerdo conmigo mismo.

Después de reunir mis pertenencias personales, respiro profundamente y dirijo una última mirada a la ciudad desde los enormes cristales que he contemplado en numerosas ocasiones y que tantas satisfacciones me ha brindado.

Dicen que cuando una puerta se cierra se abre una enorme ventana, ¿verdad?

Pues confío en que así sea y que la vida me tenga preparada una bien grande, y un poco de

suerte también.

Porque voy a necesitarla.

Capítulo 30

Taissa

—¿Tienes todo listo?

La voz de Chad, asomado desde la puerta me hace reaccionar.

Me encuentro frente a la ventana de mi habitación, de brazos cruzados, con el semblante circunspecto y los ojos todavía hinchados de tanto llorar. En menos de tres horas sale nuestro vuelo de regreso a Chicago. Las maletas descansan a un lado de la cama y apenas he sido capaz de revisar si no me dejo nada.

Me da un poco igual, la verdad. He decidido devolverle a Francesco los vestidos que me regaló. Ayer por la tarde preparé un paquete en la misma caja en la que venía envuelto aquel tan bonito que lucí la noche en que fuimos al teatro.

Al parecer, las noticias vuelan rápido por aquí. Maurizio se ha enterado por Fiorella de lo ocurrido, y por ende su chica, quien ayer por la tarde se presentó en el apartamento, no solo para escucharme y mostrar su solidaridad conmigo, sino también para despedirse.

—Llévatelos, Taissa. No es por nada, pero estos vestidos cuestan un pastizal —puntualizó cuando le señalé la caja embalada y lista, pidiéndole que se los regresara a Francesco cuanto antes.

—Me da lo mismo, no quiero llevarme nada que me recuerde a él. Si no se los devuelves, quédatelos tú. Al fin y al cabo, son de tu tienda.

—Me encantaría usarlos, pero no me caben. ¡Eres muy menuda! Yo gasto una cuarenta.

—Pues dónalos a la caridad.

Martina hizo una mueca de disgusto, pese a que enseguida mostró su comprensión. Suspiró largamente, agarró mi mano entre las suyas y me miró con pena.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

—Lo hemos pasado bien, ¿verdad?

—De maravilla —constaté con una sonrisa que imitó—. Me llevo conmigo momentos inolvidables.

—¿Cómo nuestra épica borrachera? —preguntó con sorna.

—O nuestro monumental lanzamiento en paracaídas.

Ambas reímos, aunque después de las carcajadas, la nostalgia volvió a invadirme. Martina intentó animarme diciéndome que vendría a visitarme en cuanto tuviera vacaciones, ya que Maurizio y ella lo habían planeado; al hermano de Francesco le hacía especial ilusión

reencontrarse algún día con sus amigos de la infancia.

Tomamos un café, conversamos tranquilamente, y cuando Chad regresó de su largo paseo, se marchó. El abrazo que nos dimos fue más que conmovedor; lloré en su hombro pidiéndole que se cuidara mucho y que me tuviera siempre presente, porque yo lo haría con ella. No éramos íntimas, pero habíamos forjado una bonita amistad.

Un rato más tarde, Maurizio me llamó alegando que estaba en la academia y le sería imposible acudir, pero que me deseaba un buen viaje de regreso.

—Hablares tranquilamente cuando estés en casa, Tais —aseguró con la voz tomada y casi ni pude contestarle. Yo estaba tan afectada como él.

Mi compañero y yo no nos hablamos desde el miércoles. Después de que me encontrara por la noche hecha un manojo de nervios y me consolara, no le he permitido entrar en mi habitación, ni tampoco le he dirigido la palabra. Puede que esté siendo demasiado dura con él y que Chad haya sido embaucado por esa bruja al igual que yo, pero todavía me siento demasiado mal como para perdonarle. Sé que el tiempo ayudará a sanar la herida y que algún día retomaremos nuestra relación, pero no ahora.

—Ya tengo todo —le confirmo respondiendo a su pregunta y él asiente, cerrando la puerta antes de desaparecer de mi vista.

Miro la hora, son exactamente las tres de la tarde, así que cojo mis maletas, mi bolso, y me dirijo al salón donde me lo encuentro esperándome ansioso.

—El taxi viene de camino.

—Bajamos si quieres.

—Déjame que te ayude —se ofrece sin apenas mirarme—. Esta pesa mucho.

—No es necesario, puedo sola. Gracias, Chad.

El aire que se respira entre nosotros es tóxico e incómodo. Sin embargo, mi compañero se las apaña para hacer del paseo hasta el aeropuerto un momento no tan desagradable.

Una vez en la ventanilla de facturación, entregamos el equipaje, nos hacemos con las tarjetas de embarque y caminamos rumbo al control de acceso. Todavía albergo la mínima esperanza de que Francesco aparezca, aunque es una auténtica estupidez. He echado por tierra toda posibilidad de que contacte conmigo, sin contar con la cantidad de mensajes que aún conservo en mi móvil, a los que no he contestado y que tampoco planeo leer.

No de momento.

Pasamos el filtro y, con el corazón en un puño, nos dirigimos a la puerta de embarque. Esperamos en completo silencio y aprovecho para avisarle a mi madre que el vuelo sale a horario. Sabe que ha pasado algo, aunque no le he contado toda la verdad. Estaba demasiado afligida como para hablarlo con ella por teléfono, por lo que decidí callar.

Media hora más tarde, ya estamos en el avión. Chad me ha cedido la ventanilla, así que dejo caer mi frente contra el cristal. No puedo evitar derramar unas cuantas lágrimas al pensar que Cesco y yo volveremos a separarnos una vez más. Y no se trata solo de los miles de kilómetros y del océano que nos divide, sino del enorme abismo que se ha hecho sitio entre los dos.

—Tais... ¿Te encuentras bien? —pregunta Chad y muevo la cabeza en señal afirmativa, mientras oculto el rostro tras mi cabello suelto.

—Sí, no te preocupes.

No dice nada más, pero su mano derecha se aferra a la mía, fuerte, firme y sin soltarme hasta que el avión despegue y me quedo profundamente dormida.

Nuestro vuelo aterriza en el aeropuerto de Chicago cerca de la una de la tarde, hora local. Pisar otra vez el suelo de la ciudad que me vio nacer me da tranquilidad, aunque han pasado tantas cosas desde que me fui hace un mes, que me cuesta verla de la misma manera.

Siento que ya no soy la misma, que me ha pasado una apisonadora por encima y que la carga emocional es demasiada, incluso para mí. Siempre me he jactado de superar los baches de la vida con positivismo y fuerza de voluntad, pero este en particular me va a costar un riñón. El dolor de la traición no se pasa con una simple aspirina.

Camino junto a Chad en completo silencio, casi no hemos hablado durante el viaje, y eso que hasta hemos hecho una escala en Roma. Pero mi amigo sabe que todavía es pronto para tocar el tema; me conoce, y si su intención es mantener intacta nuestra relación, deberá darme espacio para que pueda hacerme a la idea de que todo lo que ha ocurrido ha sido verdad y que nuestra aventura ha terminado de la peor manera posible.

Recogemos las maletas y nos dirigimos a la salida, no sin antes enviarle un mensaje a mi madre para avisarle que estoy de vuelta. Ha insistido en venir a buscarme, pero le pedí por favor que no lo hiciera. No pretendo hacer del reencuentro un drama; prefiero comer con ellos mañana y así ponerlos al tanto de todo.

La que sí no ha podido aguantarse es June, que me espera con cara de circunstancias. En cuanto la veo, suelto el equipaje y me dejo caer entre sus brazos que me envuelven al notar las sacudidas de mi cuerpo.

—Gracias por venir —sollozo en su hombro.

—Sabes que siempre estaré para ti.

Me separo apenas y aprecio el brillo de sus ojos húmedos. Ella seca mis lágrimas y me insta a que nos apartemos del tumulto de gente. Chad viene detrás, cabizbajo y con el rabo entre las piernas. June se limita a lanzarle una mirada asesina.

—La has cagado, Chad Allen —le reprocha y la cojo del brazo para que no siga. Ella aprieta los dientes con fuerza y le enseña su mejor gesto de desagrado.

—Ya... Basta, June.

—¿Vas a defenderlo?

—No, pero es suficiente —respondo notando el malestar con el que carga mi amigo desde el día de la presentación de la dichosa campaña.

June se hace con las maletas y se gira para darnos espacio.

—Te veo el lunes en la oficina —comenta mi compañero en voz baja.

—Hablaré con Julia para tomarme el día. No regresaré hasta el martes, Chad. Supongo que ya me puedo ir preparando para mi carta de despido.

Sus ojos expresan una pena tan grande, que se me parte el alma en dos.

—Descansa, Taissa.

—Tú también.

Tras dar media vuelta, lo veo desaparecer entre la muchedumbre. El aeropuerto es un hervidero de gente que va y viene, abarrotando cada rincón.

—Te he echado mucho de menos —confiesa June cuando buscamos un taxi—. ¿Cómo estás?

—Hecha una mierda, supongo. Otro golpe más que tendré que superar... Y van...

—Tais...

—Hablamos en casa, ¿vale? Entre el *jet lag* y las horas de vuelo, te juro que no tengo energías ni para pensar.

—Hice la compra esta mañana —me cuenta, cambiando de tema y dándose cuenta de que es

mejor dejarlo estar, por ahora—. Tenemos de todo en la nevera.

Paso mi brazo por su hombro y le doy un sonoro beso en la mejilla a modo de agradecimiento.

—No sé qué haría sin ti.

Un taxi nos recoge para llevarnos a nuestro apartamento. Durante el trayecto me limito a observar la ciudad y a dejarme llevar por su magia. Es tan diferente a Milán... Parece que hubiesen pasado años desde que la dejé y, sin embargo, aquí estoy otra vez.

De vuelta a la rutina, siendo un poco más imbécil y menos experta en estrategias de mercado. Es difícil aceptar una derrota, porque cuando ganas todo es maravilloso y la vida se ve color de rosa. Pero cuando pierdes, no solo un puesto de trabajo, sino también al amor de tu vida, tu existencia se hunde en agujero negro que todo lo engulle y al que no le ves la salida por mucho que te empeñes en lo contrario.

Atravesamos la puerta de nuestro pequeño piso. Está tal cual lo he dejado. June lo ha mantenido ordenado —por fortuna o por milagro de Dios— e incluso huele a ambientador, de esos que venden en el supermercado y que echan perfume solo si el sensor detecta el movimiento.

Sonrí para mis adentros al darme cuenta de que ha pensado en mí, en mi estado de ánimo y en que sería importante encontrarme con un sitio agradable al cual volver.

—Gracias, June.

—¿Quieres un té o prefieres que comamos ahora?

—Me muero de hambre.

—Estupendo —apunta entusiasmada, y se dirige a la nevera sacando un bol de ensalada ligera y un salmón que enseguida mete al horno.

—Vaya, creo que me iré más seguido —bromeo y ella chasquea la lengua, dándome un codazo que me hace reír.

—Ven, siéntate. Tenemos mucho de que hablar.

—Todo ha sido una locura —resumo apoyando los codos sobre la mesa y tapándome la cara con las manos—. Una maldita pesadilla de la que no creo haber despertado todavía.

—Francesco se ha portado fatal contigo. Cuando me llamaste para contarme lo sucedido, no me lo podía creer.

—Ni yo, todavía no caigo.

—¿Estás segura de que él tuvo algo que ver con que os robaran la idea?

—Sería una estúpida si pensara lo contrario. ¡Me usó como a un objeto de los que tiras a la basura cuando ya no te sirven! Es un plan redondo, June —bufo, enfurecida—. Me lleva a Milán engañada, se vale de mi empresa para elaborar una campaña que beneficie a la suya y nos estafa con la ayuda de Lorenzo. Me apuesto la cabeza a que tienen un trato con la zorra de Gia.

—Esa maldita arpía... —farfulla apretando la mandíbula.

—Y Francesco se sale con la suya —continúo con mi diatriba, más que encendida—. No solo queda de maravilla con su socio, consigue vengarse de mí por lo sucedido con Ronan.

—Suenas bastante maquiavélico.

—A veces creemos que conocemos bien a las personas, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Qué harás ahora?

—Le diré a Julia que me tomo el día libre, ya pensaré la excusa. El martes me enfrentaré a lo que sea que me espera en el trabajo.

—No bajas los brazos, Tais. Lo mismo ella apuesta por tu versión de los hechos y hasta defiende tu postura.

—Lo dudo, no conoces a Julia. Es una déspota. De seguro tiene el motivo perfecto para ponerme de patitas en la calle. Le he jodido su ascenso, nada más y nada menos.

—Y tú has perdido el tuyo.

—Puto Francesco.

Y aunque el insulto me sale del alma, experimento una congoja enorme al tratarlo de la peor forma posible. ¡Si hasta hace unos días valoraba la posibilidad de quedarme en Italia y trabajar para él! ¡Qué estúpida he sido! ¿Cómo pude estar tan ciega?

June saca el pescado del horno y sirve ambas porciones, animándome a comer; de repente, rememorar lo sucedido me ha cortado el hambre de cuajo.

Hablamos de todo un poco y me pone al día de su trabajo, contándome también que la próxima semana aprovechará sus vacaciones para visitar a sus padres en Florida. Me invita a ir con ella, y aunque no le digo que sí, al menos le aseguro que me lo pensaré. Todo dependerá de cómo se defina mi futuro, que, por el momento, es totalmente incierto.

Anoche he dormido como un bebé y podría decirse que he recuperado las horas de sueño que me faltaban. Aguanté despierta hasta las ocho de la noche, después me di una ducha reparadora, me quedé más de lo normal bajo el agua, dejando que el chorro templado me relajara y ayudara a reordenar las ideas.

Un rato más tarde ya estaba metida en la cama, mirando de reojo el móvil y dudando si leer aquellos mensajes que tenía de Cesc y que todavía no me había atrevido siquiera a abrir.

Decidí que lo mejor era dejarlo para después, o incluso borrarlos sin más, pese a que la sola idea escocía como si me hubiesen quemado la piel con una brasa ardiendo.

Me era imposible quitármelo de la cabeza, porque lo que vivimos fue tan intenso, que dudaba que fuera posible olvidarle algún día.

«No seas ilusa, Taissa. Francesco no es de las personas que puedes dejar atrás, así como así», me dije a mí misma antes de apagar la luz de la mesilla y obligarme a caer en un sueño profundo.

Hoy me he levantado pronto. Descansar me ha venido muy bien, no solo para recuperar fuerzas, sino también para prepararme para enfrentar a mi familia. Sé que lo que voy a contarles no les gustará, y temo el instante en que me encuentre con Candice.

He tenido demasiado tiempo para reflexionar estos días, y si la intuición no me falla, ella ha sido quien ha mantenido informado a Francesco todos estos años. Es ella o mi madre, de Eileen me cuesta creerlo. Lo peor es que, de ser ciertas mis suposiciones, la relación con mi hermana mayor se resentirá aún más y eso me produce aflicción.

Cuando pongo un pie en casa de mis padres, es mi madre la que sale a recibirme con una enorme sonrisa. Me aferro a su torso buscando contención, algo que consigue preocuparla. Siempre afirmo que una madre lo es durante toda su vida y tiene la capacidad de presentir tu estado de ánimo, incluso si estás atravesando un mal momento, ya sea que tengas siete, doce o veintiocho años.

—¡Hola, cariño! Te hemos echado mucho de menos.

—Hola, mamá.

Frunce el ceño y me estudia con detenimiento, su mano se ocupa de conducirme al interior, donde me esperan papá y mis dos hermanas. Mi padre me estrecha entre sus brazos con fuerza y Eileen se acerca también para darme un abrazo en cuanto me suelta. La única que permanece a

un lado es Candice.

—Hola, Taissa.

—Hola —la saludo con cara de pocos amigos y un beso tibio, aunque guardo la compostura por el bien de todos. No quiero arruinar este momento, y menos amargarles la comida en familia.

Nos dirigimos a la cocina y colaboro en poner la mesa. Mi padre ha preparado una exquisita barbacoa y ha dispuesto todo en el jardín, debajo del cenador que nos da sombra cuando el sol aprieta.

—Mmm... Huele de maravilla —le digo, acercándome a su lado mientras observo cómo les da la vuelta a las hamburguesas.

—Bueno, pensé que después de tanto tiempo comiendo *pizza* y pasta, te apetecería un poco de comida típica americana.

—Eres el mejor —aseguro besando su mejilla y él me arrima por la cintura, obligándome a descansar la cara en su pecho. La espátula sigue removiendo la carne y mi padre se acerca a mi oído.

—¿Vas a contarme qué ha pasado en Milán? Tu carita me dice que algo no ha salido como esperabas.

Suspiro profundamente y mis ojos encuentran los suyos. La mirada que me dedica habla sin necesidad de palabras.

—Es largo, papá. Os lo contaré todo, te lo prometo, pero ahora quiero pasar un rato agradable con vosotros, sin más.

Aunque acepta mi explicación, no queda completamente satisfecho. Lo noto pensativo y, al mismo tiempo, apesadumbrado. Supongo que no hay peor cosa para un padre que darse cuenta de que uno de sus hijos está sufriendo y no poder hacer nada para remediarlo.

Llega el momento de sentarnos a la mesa. Eileen trae las patatas fritas y yo me ocupo de los condimentos. Candice aparece con una cesta repleta de pan con sésamo y mi madre sirve la bebida para todos. Conversamos de lo ocurrido durante mi ausencia, de los planes de vacaciones de mis hermanas, hasta que mi madre pregunta por mi trabajo.

—Todo ha ido de puto culo.

Un silencio devastador inunda la mesa, que de pronto parece ser ocupada por cinco desconocidos y no por los miembros de una familia que —dentro de lo que cabe— ostenta una excelente relación.

Y hablando de malas relaciones, fijo la mirada en Candice. Se queda con los cubiertos suspendidos sobre el mantel y una expresión que me revuelve las entrañas.

—¿Tienes algo que contarme? —la increpo.

¡A la mierda la medida y la contención!

Si vamos a poner las cartas sobre la mesa, más vale hacerlo rápido, como cuando te arrancas la tirita de cuajo para que duela menos.

—No sé de qué me hablas.

—De Francesco, de eso hablo.

Mi madre se revuelve en su silla, mientras que mi padre y Eileen nos observan sin enterarse de nada.

—Fue tu amigo de la infancia, y según me ha contado mamá, has dado con él de casualidad en Milán.

Río sin ganas, expulsando el aire por la nariz y con unas tremendas ganas de ahorcarla. Por la forma en la que se ha expresado, estaría en condiciones de asegurar que está metida en el ajo. Así que, sin más preámbulos, ataco sin piedad.

—No fue casualidad, Candice. Él sabía que trabajaba para Double Creative Network y alguien tuvo que decírselo.

—¿Qué estás insinuando?

—¡No lo sé, dímelo tú! Alguien fue su cómplice en todo este entramado que ha conseguido hundir mi carrera.

Mi hermana aparta la silla de un empujón, a la vez que se alza como un toro embravecido.

—¿Me estás acusando de chivata?

—¿De qué entramado hablas Taissa? —pregunta mi padre preocupado.

—Francesco me llevó engañada a Milán, me utilizó para quedarse con la idea de nuestra campaña y vendérsela a su socio a cambio de venganza. ¿No es alucinante? —inquiero con la mirada desencajada, todavía puesta en Candice. Mi madre calla como la mejor.

—¿Cómo dices? —cuestiona mi padre incrédulo. Eileen no sale de su asombro.

—¿Tú lo sabías, mamá? —Mis dientes están a punto de quebrarse de la tensión que soportan. Mi decepción no podría ser más grande.

—Yo...

—Buscas camuflar tu comportamiento de buscona, echándole la culpa a los demás. Muy típico de ti, Taissa.

La acusación de mi hermana mayor hace que ahora sea yo la que se levanta encrespada, casi lanzando la silla al suelo del impulso.

—Vuelve a llamarme *puta* y te juro que no respondo de mí —la amenazo, colocando ambas manos encima de la mesa e inclinándome hacia adelante con ganas de pelea.

—¿Cómo pudiste acostarte con el peor enemigo de Francesco?

—¡Chicas, por favor! —interviene mi padre al ser testigo del duro intercambio de palabras. A mi madre se le llenan los ojos de lágrimas—. ¿A qué te refieres, Candice?

—Tu hija se tiró al impresentable de Ronan en una fiesta hace años, a Francesco le llegó un vídeo y desde ese entonces ha odiado a Taissa por su comportamiento. —Y añade con inquina—: No es para menos, a mí me daría vergüenza haberle hecho algo así a mi mejor amigo.

—¡¡Yo no hice nada malo!! —exploto iracunda—. ¡¡Nunca supe que Ronan acosaba a Cescos!! ¿Por qué siempre piensas lo peor de mí, Candice? —le reclamo con una amargura que traspasa los límites de lo racional.

—Porque te dedicas a joderla cada vez que tienes la oportunidad. ¡No piensas jamás en las consecuencias! ¿Es que acaso todo te da lo mismo?

—¡Eres...! ¡Eres...!

—Taissa, hija... —La mano de mi madre se hace con mi brazo, intentando detener lo inevitable: que rodee la mesa para darle un guantazo en toda la cara a mi hermana. Sin embargo, me giro, y con los ojos anegados en rabia, la enfrento como nunca en mi vida.

—¿Tú lo sabías?

—Fiorella me contó lo que le pasaba a su hijo con ese chico... Me imploró que no te contásemos nada.

Mi padre la mira anonadado.

—¿Ni siquiera a mí? —pregunta, sintiéndose evidentemente traicionado.

—La situación era muy delicada, Graham. Estuvieron a punto de llegar a un litigio con la familia del agresor. Ya sabes que el tema del *bullying* no es fácil de manejar. —Mi madre se expresa con calma, aunque a mí me bulle la sangre, pero no por el motivo que creéis, sino porque ponerme en el sitio de Francesco, me hace sentir la peor mierda de este mundo.

«¿Qué habrá sentido mi amigo al presenciar aquella escena con Ronan? ¿Cuál habría sido

mi reacción si la situación hubiera sido a la inversa?».

—De todos modos, lo del vídeo es despreciable —añade mi madre—. ¿Sabes quién lo hizo, Candice? Sé que después de tanto tiempo no es posible tomar represalias, pero es lo que correspondería. Se trata de una total invasión a la intimidad.

Mi hermana niega con la cabeza.

—Ni Francesco ni yo lo sabemos, igual fue alguno de los secuaces de ese malnacido.

—Taissa, ¿estás bien? —Eileen se aproxima y me pasa la mano por la espalda. Ni siquiera me había dado cuenta de que el cuerpo me temblaba y que las lágrimas mojan mi cuello.

—Hija... —Mi padre se arrima también y me invita a tomar asiento otra vez. Entonces, hablo con la mirada perdida en algún punto fijo.

—Yo no lo sabía y... estaba borracha. Él se aprovechó de la situación. —Mi padre aprieta los puños y tensa la mandíbula—. Tranquilo, papá. Ya ha pasado mucho desde aquello. —Nadie se pronuncia, ni siquiera Candice que parece haberse quedado pensativa. Suspiro, y casi sin voz, suplico—: Quiero irme a mi apartamento.

—De eso nada —corrige mi madre—. Te quedarás aquí y pasarás el resto del día con nosotros. ¿Debes ir a trabajar mañana?

—No, le he enviado esta mañana un correo a Julia, informándole que me tomaré el día libre.

—Muy bien, pues te quedas a dormir —sentencia sin darme derecho a réplica.

Candice me dedica un mohín cargado de pena, y se despide sin más. Mi padre la acompaña hasta la puerta.

—Ven, Taissa. Vamos a la habitación un momento —sugiere mi madre y Eileen se ofrece a ocuparse de los restos de comida y la vajilla que queda sobre la mesa.

Una vez en el cuarto que un día fue mío y que mis padres ahora usan de estudio, me tumbo en el diván y me permito llorar a mares.

Sollozo tan fuerte, que temo por quedarme ronca.

Mi madre se limita a acariciarme, a susurrarme palabras de consuelo mientras barre mis lágrimas con sus pulgares, hasta que, llevada por la tristeza y la desesperación, le confieso:

—De haber conocido la verdad, jamás me habría acercado a ese idiota.

—Lo sé, a mí no me debes explicaciones. —Asiento, compungida y ella cuestiona—: ¿Cómo han quedado las cosas entre vosotros?

—Fatal, ni siquiera nos despedimos. Le dije que no quería volver a verle en mi vida.

Mi madre inspira y me aparta el pelo, poniéndomelo detrás de la oreja.

—Eres mi hija y te adoro. Y no me parece justo, ni lo que ha ocurrido años atrás, ni lo que ha sucedido ahora. Creo que ambos guardabais demasiados secretos. Para que una relación sea sana hay que construir unos cimientos fuertes y firmes, sostenidos por valores como la sinceridad, la empatía, la comprensión y el cariño... —Tiene toda la razón del mundo. Nuestra historia siempre estuvo plagada de mentiras. Entonces, coge mi mano y me pregunta con tiento—: ¿Tú le amas?

—Más que a nadie en este mundo, mamá.

Me arrima por el costado y me besa en la frente, estrechándome fuerte.

—Entonces busca la manera de hacerle entender que no hay errores lo suficientemente grandes como para destruir un sentimiento tan poderoso.

Y sin decir nada más, me dedica una de sus tiernas sonrisas, dejándome a solas y meditando en cada una de sus sabias palabras.

Capítulo 31

Taissa

Haber pasado la noche en casa de mis padres y el resto del lunes acompañada de mi familia terminó siendo una magnífica idea. Debo reconocerle a mi madre, que el hecho de no estar sola y haber hablado con ella y con Eileen largo y tendido, me ayudó a recomponerme y a ver las cosas con otra perspectiva.

En realidad, estando lejos se aprecian de otra manera.

Siento que ayer lloré lo necesario como para limpiarme por dentro, aunque hay heridas que no sanan tan fácilmente. Hay que dejarlas al aire para que cicatricen y así poder seguir adelante.

Durante la tarde nos dimos un chapuzón en la piscina y les conté la propuesta de June para irme con ella a Florida.

—¡Aprovéchalo, Taissa! —me animó mi hermana—. Te vendrán bien unos días de desconexión y seguro que lo pasáis genial.

—Le he dicho que me lo pensaría.

—¿Has hablado con Chad? —preguntó mi madre con la boca pequeña, mientras le daba un trago al zumo de zanahoria y naranja que nos habíamos preparado un rato antes.

—No, aunque supongo que le veré mañana en la oficina.

Mi madre se levantó de la tumbona y supe con certeza que estaba a punto de pronunciar uno de sus habituales sermones.

—Tienes que arreglar las cosas con él.

—No fue su culpa, Taissa —lo apañó Eileen.

—¡Claro que sí! —exclamé descolocada. No era posible que no vieran hasta dónde había metido la pata, liándose con esa impresentable.

—A ti también te engañaron y no supiste verlo a tiempo —insistió mi madre—. Imagino lo mal que se sintió al darse cuenta de que esa mujer lo había utilizado.

Puse los ojos en blanco y resoplé por lo bajo, era en vano. Mi madre lo defendería a capa y espada, aunque hubiese cometido un asesinato. Chad es su ojito derecho, y nada ni nadie cambiará eso jamás.

—Hablaré con él, te lo prometo —dije finalmente, para evitar que siguiera dándome la lata con el tema—. Solo dame tiempo a que me ubique un poco, mamá. Todo ha sido muy reciente y todavía estoy enfadada con él.

—Vale, vale... Pero por favor, no permitas que vuestra amistad se vaya al traste por algo que no lo merece.

—De acuerdo.

Más tarde nos dedicamos a hacernos la manicura las tres, a mimarnos un poco aprovechando el tiempo libre, incluso mi madre se ofreció a hacerme la mascarilla en el pelo para que recuperase un poco del brillo que había perdido durante todos estos días en que la depresión le había ganado el pulso a mis ganas de verme guapa.

Después de cenar con mi familia, decidí regresar a mi apartamento. June había salido, por lo que tuve tiempo de deshacer la maleta —que todavía seguía intacta desde mi regreso— y a poner en orden mi armario.

Y aquí estoy ahora, frente a las puertas de Double Creative Network, mirando hacia arriba como si quisiera mantener grabada en la retina la imagen de la que fue una de las experiencias laborales más gratificantes de mi vida.

Puede que haya tenido que soportar a Julia, que más de una vez haya despotricado contra la Dirección de la empresa, que haya lidiado con clientes tocapelotas y que mi paciencia se haya visto amenazada más de un par de veces. Pero no voy a negar que este trabajo me ha enseñado muchas cosas, que la experiencia ha sentado las bases de mi futuro profesional y que ha formado parte de una etapa maravillosa que siempre recordaré.

Un nudo en la garganta me obliga a tragar con fuerza. Cierro los ojos, infundiéndome ánimos, y abro la puerta por fin. No sé con qué me encontraré ni qué panorama me espera al llegar, solo sé que cuando entro en las oficinas, todo el mundo me observa como si fuese un alienígena recién bajado de una nave interestelar. Les enseño a todos una sonrisa acartonada que deja mucho que desear, pensando en que lo único que deben sentir por mí en este momento es lástima.

Cuando llego a mi escritorio, dejo el bolso encima, suspiro profundamente y me dispongo a visitar a Julia, aunque la presencia de Chad me detiene antes de emprender la marcha.

—Hola.

—Ey... Hola —Lo saludo con un beso en la mejilla y le sonrío dándole a entender que he pensado mucho en lo ocurrido, llegando a la conclusión de que él ha sido una víctima más en todo este entuerto y que no se merece mi desprecio.

—¿Cómo estás?

—Mejor, creo que me han venido bien unos días alejada de todo.

Él va a abrir la boca, pero el teléfono de mi escritorio suena. Chad me mira con atención y yo contesto sin apartar mis ojos de los suyos, temiéndome lo peor.

—¿Diga?

—Taissa, soy Daisy. —La voz de la secretaria personal del director general, me pone en alerta de inmediato—. El Señor Hillman te espera en su despacho.

—Cla... Claro, ahora mismo voy. —Trago salvia y cuelgo, a la vez que Chad aguarda una explicación—. Hillman quiere verme.

Mi amigo se limita a asentir levemente con la cabeza y a darme paso. Cojo el móvil con toda la dignidad que aún me queda, y como un presidiario que camina por la milla verde, me dirijo a su encuentro.

La oficina de Hillman es una de las más grandes, decorada con un estilo sobrio y con muebles de madera de calidad, se podría decir que refleja a la perfección su carácter. Es un hombre accesible, pero no por ello simpático ni tampoco agradable en exceso. La rectitud y la disciplina son la baza con la que siempre ha medido a su personal y es esa actitud la que me hace considerar la posibilidad de ser despedida. No solo se habrá enterado de que hemos fallado en la campaña, sino que también tendrá muy presente la infinidad de veces que he llegado tarde a

trabajar, los enfrentamientos que he tenido con Julia y mis salidas de tiesto más que habituales.

Tengo algunos vagos recuerdos de él visitándonos en casa cuando yo tan solo era una niña. Él y mi padre han compartido una bonita amistad, pero no por eso tengo derecho a pedirle que pase por alto mis errores. Además, siempre dije que haría valer este puesto por encima de ese lazo de unión, ¿verdad? Pues ha llegado el momento de demostrarlo.

—Buenos días, señor Hillman. —Trato de controlar el temblor de mis piernas y el sudor de mis manos—. Me ha dicho Daisy que quería verme.

—Adelante, Taissa. Siéntate, por favor.

Acato las órdenes, cual niña obediente, y tomo asiento en la única butaca libre frente a su enorme escritorio. Me aliso la falda y seco mis manos disimuladamente para que no perciba mi nerviosismo, aunque me da a mí que Hillman es como esos perros de caza que huelen el miedo y o que, como el mismísimo Creador, todo lo ven.

—Te he mandado a llamar porque quería tener una conversación contigo. Ya he sido informado del resultado de la campaña y...

—Señor Hillman, puedo explicarlo todo. Yo...

—Taissa. —Pronuncia mi nombre con tanta rotundidad que me hago más pequeña, hundiéndome un poco más en la silla—. Déjame acabar.

—Claro, lo... Lo siento. Continúe.

—Sé que la presentación ha resultado un fiasco, que os habéis dejado manipular por un par de empresarios sin escrúpulos y que todo el trabajo de un mes ha sido echado por la borda, culpa de dos personas que no han sabido gestionar correctamente sus responsabilidades laborales. Por no hablar que os habéis involucrado sentimentalmente con trabajadores de M&S, mezclando el trabajo con lo personal y relegando vuestro principal objetivo a un segundo plano.

Mi mentón comienza a temblar y mis ojos se llenan de lágrimas, no solo al pensar que este hombre está en lo cierto, sino que recordar a Francesco y su traición, me produce un desconsuelo capaz de desbordar por completo mi autocontrol.

—Habéis sido irresponsables, incautos, manipulables, poco profesionales y, sin embargo, habéis creado una estrategia de marketing digna de un premio Cannes.

Mis ojos casi se salen de sus cuencas al escuchar semejante afirmación. Que compare nuestro trabajo con un primer puesto en uno de los festivales publicitarios más famosos del mundo, me deja de piedra.

—Me da igual que la campaña sea utilizada por otra agencia, que os la hayan robado y que los laureles se los lleven otros. Tu compañero, Chad Allen, ha hablado conmigo en este mismo despacho ayer por la mañana y me lo ha contado todo. Me ha enseñado el material que justifica que habéis sido los creadores de una idea maravillosa.

—Señor Hillman... —expreso con la voz rota—. No sé qué decir...

—Lo único que deseo oír es tu aceptación a mi propuesta.

—¿Qué?

—Me he enterado también por Allen, que en esta empresa se ha hecho uso indebido de la sala de descanso. Ha llegado a mis oídos información que revela la implicación de tu superiora directa junto a Devon McLaren, y no estoy dispuesto a pasarlo por alto. Además de que lo he constatado, valiéndome de otras fuentes fiables.

»La señorita Julia Horgan ya no forma parte de esta plantilla, por lo que su puesto queda libre. Solo se me ocurre una persona que goce de las capacidades necesarias para tomar el mando, y esa eres tú.

Pestaño incapaz de hablar. Esto no puede estar pasando... Se supone que Hillman iba a

darme la reprimenda del siglo y, posteriormente, mandarme directa a la fila de la Oficina de Empleo.

—¿Cómo dice?

—¿Aceptas el puesto?

—Joder...

Suelto el taco inconscientemente y creo percibir un atisbo de sonrisa en la cara del director general.

—De acuerdo, tomaré eso como un sí. —De un solo movimiento se incorpora, tendiéndome la mano—. Enhorabuena, Taissa. Eres la nueva directora de Medios de Double Creative Network.

—Señor Hillman... Yo... le estoy inmensamente agradecida. Le prometo que no le defraudaré.

—No me cabe duda alguna.

—Gracias... ¡Oh, Dios mío! ¡Gracias!

Y como soy fiel a mis impulsos y me es imposible guardar la compostura, me abalanzo sobre él para darle un abrazo de película. Hillman al principio permanece inmóvil ante mi arrebato, aunque inmediatamente después me corresponde. Las sacudidas que da su cuerpo entrado en años me demuestran que se está descojonando ante lo absurdo de la situación. Me da igual. No todos los días le salvan a una el culo y le dan un ascenso tan merecido.

Una vez que nos separamos y recobro el tipo, él se recoloca la chaqueta de su elegante traje y me hace una seña en dirección a la puerta.

—Ya puedes retirarte, confío en que harás un buen trabajo. —Cuando estoy por abandonar el despacho, vuelve a llamar mi atención—. Por cierto... una última apreciación.

—Le escucho.

—Me ha llamado personalmente uno de los socios de M&S. —Me envaró automáticamente al pensar que pueda ser... —. Su nombre es Francesco Moretti, y me ha dicho algo que me ha parecido una total falta de respeto, pero que a la vez terminó de reafirmar mi decisión.

—¿Qué le dijo?

—Que, si no te daba el ascenso, era un completo idiota. ¿Y sabes qué? Tiene toda la razón del mundo. —Me muerdo el carrillo y él me regala una escueta sonrisa—. Ahora, a trabajar. No hagas que me arrepienta de esto.

—Gracias, señor.

Le saludo con un asentimiento de cabeza y salgo disparada al encuentro de Chad. En cuanto me ve llegar, abandona su escritorio y se aproxima a toda máquina.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hillman me ha dado el ascenso y todo ha sido gracias a ti... —expreso con la emoción a flor de piel y mis manos envolviendo su rostro satisfecho.

—Te lo mereces, Taissa. Ya era hora que alguien le plantara cara a Julia y que por fin se dieran cuenta quién trabaja a destajo en esta empresa. No me parecía justo que todo acabara así...

—Eres increíble, Chad —apunto, secándome las lágrimas y estrechándolo fuerte contra mi pecho—. Perdóname por haber sido tan dura contigo.

—Tenías razón, Gia era una estrategia de alto cuidado y no lo supe ver. Me dejé embaucar y cuando quise darme cuenta, se había hecho con todos los archivos que guardábamos en el ordenador, incluyendo mis bocetos y nuestro trabajo de semanas.

—Eso me recuerda que debemos ser más cautos la próxima vez y ponerle un código de

bloqueo a todo.

Chad sonríe y saca un pañuelo de papel de encima de su escritorio para tendérmelo con ternura.

—Venga, a trabajar. Hay nuevos proyectos que debemos sacar adelante.

—¿Te das cuenta de que ahora ocuparás mi puesto? —planteo y sus comisuras se elevan aún más.

—Somos un gran equipo, jefa.

—El mejor del mundo, Allen.

Mi mente no deja de darle vueltas a lo sucedido.

¿Francesco llamando al director general de mi empresa para convencerlo de que debía ascenderme? Todavía no me lo creo. Incluso hay algo que no deja de inquietarme. Si él se ha preocupado por contactar con Hillman y ha apoyado su decisión, es posible que, tal como mi amiga lo ha insinuado, no haya estado involucrado en la estafa que Gia y Lorenzo urdieron minuciosamente.

¿Y si él no tuvo nada que ver? ¿Y si lo engañaron tanto como a nosotros?

Tengo la cabeza hecha un lío, y después de lo ocurrido esta mañana en el despacho del director, mis pensamientos se han desviado poco a poco hacia especulaciones que me han ido llevando a una conclusión: debería haberlo escuchado. Tal vez quería explicarse y ofrecer respuestas convincentes a todas las preguntas que continúan asaltándome sin cesar.

Llego a mi apartamento tras un día intenso de trabajo. Por fortuna he resuelto muchos temas pendientes, entre ellos mis vacaciones de verano, que habían quedado suspendidas a causa del viaje a Milán. Julia me las había negado rotundamente cuando le propuse cogerlas en agosto, pero la muy bruja ya no forma parte de la empresa. Así que, haciendo uso de mi nueva jerarquía y abusando también de la buena fe de Hillman, le rogué que me concediera la segunda quincena, alegando que necesitaba un receso. Él no puso pegas, y a Chad le vino de maravilla también para organizar una escapada a la playa.

Al entrar en la cocina, me topo con June, quien va prácticamente en pelotas, si no fuese por la camiseta enorme que la cubre.

—¿Interrumpo algo?

—Estoy sola, ya sabes que no me gusta traer maromos a casa —confirma dándose la vuelta y examinando mi semblante en busca de algún indicio. A continuación, junta las manos como si estuviese rezando—. Dime por favor que no te han despedido.

—No solo no me han despedido, sino que me han dado el ascenso. ¡Soy la nueva directora de Medios de Double Creative Network!

—¡¡No me jodas!! ¡Enhorabuena, Taissa!

Mi amiga y compañera de piso comienza a dar saltos que parecen elevarla un metro más por encima de su escasa altura, y me abraza con ímpetu besándome toda la cara. A intensa, no le gana nadie.

La pongo al tanto de todo, de lo hablado con Hillman, de que me he reconciliado con Chad, de lo que he estado pensando sobre Francesco...

—Puede que tu razonamiento sea cierto —concluye al finalizar el relato—. Quizá Francesco no tenía idea de lo que tramaban esos dos.

—De todos modos, lo nuestro está muerto. Me fui sin decirle adiós y no le di posibilidades

de explicarse. Debe odiarme.

—¿Has leído sus mensajes?

—No me atrevo...

—¿A qué le temes?

—A que se haya cansado de mí y haya decidido mandarme a la porra.

—Taissa...

—No lo sé, June. Hemos pasado por demasiados baches y...

—... Y, aun así, os queréis. ¿O vas a decirme que ya lo has olvidado? —Desvió la vista hacia el móvil que descansa encima de la mesa y niego con un movimiento de cabeza—. ¿Lo ves? Es imposible, porque es tan fuerte lo que os une, que no eres capaz de renunciar a él.

—¿Qué sugieres? ¡Ilumíname, por favor! Estoy muy perdida.

—Si estuviese en tu lugar, primero leería la ristra de mensajes que has ignorado, y después, dependiendo de lo que descubriese en ellos, le llamaría.

—Lo nuestro es imposible. Él vive en la otra punta del mundo... ¿Qué futuro puede tener una relación como esta?

—No te adelantes a los hechos, nunca sabes lo que el destino te puede tener preparado. —Acepto sus palabras con cierta esperanza, pero también siendo realista. No quiero volver a ilusionarme con algo que no está en mis manos y que puede que acabe haciéndome daño otra vez—. Me acabas de decir que te han concedido las vacaciones para esta próxima quincena. ¿Por qué no te vienes conmigo a Florida? Nos tomamos unos días de descanso, disfrutamos de la playa y meditas muy bien el próximo paso a seguir. No te cierres en banda, Tais...

—Tienes razón, además no tengo planes. Mi economía no está muy rebosante que digamos.

—¡Pues con mayor razón! No tienes que pensar en los gastos, porque nos instalaremos en casa de mis padres. Solo el billete de avión, ¿qué dices?

—De acuerdo... Vale... Tú ganas.

—Yeaaaaa!! —exclama abrazándome, por lo que la camiseta que apenas le tapaba los muslos se le sube casi hasta la cintura.

—¿Estás usando mis bragas otra vez?

Su cara de perro apaleado me hace reír. ¡Si es que es de lo que no hay! ¿Qué voy a hacer con ella?

Nada.

Reconozco que no podría vivir sin mi amiga del alma.

Capítulo 32



Salgo de la oficina del notario con el alma partida en dos y una sensación extraña. Por un lado, me angustia haber puesto fin a mi relación laboral y de amistad con Lorenzo; por el otro, siento que hice lo correcto.

Hemos llegado a un acuerdo que nos ha beneficiado a los dos, aunque por su expresión adusta, creo que no le ha sentado demasiado bien que presentara mi renuncia. No obstante, accedió a que le vendiera mi parte de la empresa, con el fin de evitarse un problema con Gia. Estaba dispuesto a demandar a la Agenzia Digitale sin importarme en absoluto que su suegro fuese el dueño.

Tampoco era mi intención participar de un proyecto donde todo se consigue embaucando y aprovechándose de los demás, algo que le hice saber. Quise que le quedara bien claro que no pensaba irme sin expresar mi desacuerdo con su manera de actuar y sus decisiones. Si Lorenzo quería dirigir la empresa que un día heredó de su padre haciendo uso de estrategias indebidas, allá él. Yo no iba a ser su cómplice, ni su marioneta, ni permitiría que sus intereses primaran sobre los míos y repetir errores del pasado.

En ocasiones, estas circunstancias nos ayudan a poner fin a ciertos patrones que repetimos constantemente. Lo que Lorenzo hizo conmigo revivió el acoso que experimenté en mi infancia. Aunque se trata de comportamientos diferentes —mientras Ronan me agredía física y verbalmente, Lorenzo lo hizo mediante la manipulación—, el sentirme utilizado por otros no es algo que me guste en absoluto.

Es hora de encontrar mi sitio en el mundo y de hacer algo por mí mismo.

Llamo a mi hermano para que comamos juntos. Ha concluido su año en la academia de paracaidismo, que cierra en verano. Además, ha superado los últimos exámenes universitarios con calificaciones sobresalientes, así que ahora está tan libre como un pájaro.

Una hora más tarde, nos encontramos en el restaurante al que solemos acudir y que tanto nos gusta.

—¿Qué hay? —me saluda con un abrazo y una palmada cariñosa en la espalda.

—Bene, ¿y tú?

—Más tranquilo de haber terminado ya, ¡por fin vacaciones!

—Te las mereces.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta pasándome su enorme brazo por los hombros y clavando su mirada cristalina en mis ojos.

—También aliviado. El tema de la renuncia me tenía estresado, por fin ha acabado todo.

—¿Y de lo otro?

Nos sentamos en la mesa que escogemos siempre y el camarero nos toma el pedido. Una vez solos, me digno a contestar su pregunta más directa.

—No hace ni una semana que se fue y no soy capaz de levantar cabeza.

—Tienes que lograr que te escuche. Tú no tuviste nada que ver con lo que tramaron Gia y Lorenzo, y no es justo que pagues por ello.

—No me perdonará jamás que la haya engañado.

—Hiciste mal en ocultarle que la trajiste, eso te lo dejé bien claro en su día y por ello apoyé la idea que fueras sincero. Pero no has formado parte de la estrategia que estos dos entretejieron, incluso a tus espaldas.

—Ya...

—Cesco, escucha. Tienes que ir a Chicago y convencerla de que regrese contigo.

—Lo he valorado... ¡Maldita sea! No he dejado de pensar en ello desde que se regresó a Estados Unidos, pero no es tan fácil. Ni siquiera contestó mis mensajes...

—Está dolida y es normal. Martina la vio antes de que se fuera.

—Lo sé. Taissa me hizo llegar con ella los vestidos que le regalé.

—Me confesó que estaba hecha polvo —continúa Mauri—. Si no le importaras, no se sentiría tan abatida. Créeme, no le eres para nada indiferente.

Clavo la vista en el mantel y jugueteo con el tenedor, pensativo. En ese momento, nos traen los platos y mi hermano me anima a meterme algún bocado antes de que desaparezca. Según sus palabras, no puedo seguir así o perderé diez kilos. Debo darle la razón. Llevo días inapetente y sin dar un palo al agua, son demasiadas cosas rondándome en la cabeza, pese a que hay una idea que no deja de perseguirme. Una tan descabellada como posible.

—¿En qué piensas? —inquieta tras beber un poco de vino.

—Hay algo que...

—¿Ese algo implica dejarlo todo e ir tras ella?

Aparto los cubiertos a un lado y miro seriamente a mi hermano.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco desde que nací, Cesco. Y sé que, si has vendido tu parte de la empresa, te estás planteando empezar de cero en otro sitio.

—Es una decisión muy importante, no lo puedo tomar a la ligera.

—Quizá es tu oportunidad de hacer algo por ti mismo.

—Sí que me conoces, joder...

Maurizio ríe jocosamente y pincha una porción de *pansotti* antes de llevárselo a la boca.

—¿Qué te lo impide?

—Dejar mi país, a vosotros... Todo.

—Y ganarías mucho más, darías un paso al frente junto a la mujer que amas. Siempre puedes volver de visita y nosotros tendremos una excusa para pasar las vacaciones de verano y las Navidades en América.

—Estos días he pensado mucho... —confieso y él me presta toda su atención—. Quiero salirme del negocio de las motos para explorar otros terrenos.

—Me parece estupendo. Te irá bien en lo que emprendas, *fratello*.

—Gracias por tu voto de confianza —le digo con sinceridad y él me guiña un ojo.

—No te lo digo porque seas mi hermano, y es obvio que te quiero y deseo lo mejor para ti, pero también soy consciente de las capacidades extraordinarias que tienes y de lo inteligente que

has sido siempre.

»Ve a por ello. No te quedes con la duda, si no te sale bien, siempre puedes volver. Aquí estaremos para recibirte con los brazos abiertos.

Las palabras de mi hermano me llenan de una energía desconocida. Empiezo a valorar la posibilidad de llevarlo a cabo, aunque para ello debo arreglar muchas cosas primero. Tocar algunos contactos en Estados Unidos y, por supuesto, apostar a que mi relación con Taissa llegue a buen puerto. No voy a negar que estoy muerto de miedo. Arriesgarme a todo con ella será igual de kamikaze que embarcarme en un nuevo emprendimiento. Taissa es la tormenta y yo el mar en calma, aunque en ese caso se cumpliría el famoso dicho de que los polos opuestos se atraen.

¡Y ciertamente, somos el vivo ejemplo de ello!

—Cuenta con mi ayuda para lo que necesites —aclara, trayéndome de nuevo a la conversación.

—Así lo haré, Mauri.

Terminada la comida nos damos una vuelta y después recogemos a Martina en la tienda donde trabaja. Ella se alegra tanto de vernos juntos, que propone pasar la tarde paseando por la ciudad para festejar mi «reciente soltería laboral». Todavía no se cree que haya decidido dejar la empresa, aunque coincide con mi hermano en que, para dar el paso hacia un gran cambio, hay que renunciar a aquello que no nos permite avanzar.

Cuando al llegar la noche entro en mi apartamento, enciendo solo algunas luces tenues, que le confieren un ambiente de relax y distensión. Me quito los zapatos y los calcetines, la chaqueta también, y desabrocho mi camisa por los primeros botones antes de servirme un par de dedos de *whisky* con hielo, poner algo de música lenta y dejarme caer en el sofá.

Meneo el vaso abstraído en mis pensamientos, recordando lo vivido con Taissa. El concierto en La Scala, esa tarde loca en la que ambos nos lanzamos al vacío desde aquella avioneta, los días en Verona, el viaje a Génova...

La voz hipnótica del gran Andrea Bocelli interpretando *Can't Help Falling in Love* se desparrama por mis venas, tan rápido como el alcohol que atraviesa mi garganta lentamente. No me doy cuenta de que lloro hasta que no cae una lágrima que se mezcla con el fuerte sabor de la bebida. Tantos años ocultando mis verdaderos sentimientos por ella colapsan de una sola vez, sacudiéndome con fuerza.

Daría todo lo que tengo por estar frente a Taissa una vez más y confesarle que todos estos años separados han sido un eterno suplicio. Que sus caricias han dejado una impronta tan profunda en mi piel que no se borrarían ni con todas las noches solitarias del mundo y que, aunque otros labios me besen, ni siquiera podrían compararse con los suyos. Si pretendiera olvidarla sería un necio.

Porque somos uno solo.

Opuestos pero indivisibles.

Perfectos el uno para el otro.

El verano termina y el otoño trae consigo no solo las hojas secas que caen de los árboles, sino también nuevas oportunidades. Han pasado dos meses y medio desde que Taissa regresó a Chicago, tiempo que me permitió meditar, sanar, poner en orden mi vida y tomar una decisión.

No ha sido fácil; dejar atrás a tus afectos conlleva un proceso de adaptación para el que no todo el mundo está preparado. Sin embargo, cuando tu determinación te empuja a actuar y a no

escuchar los posibles contras que machacarían un proyecto tan ansiado, lo único que te queda es remar en dirección hacia tu meta.

Suele suceder, que en el momento en que pones en marcha la maquinaria para llevar a cabo el plan, el universo se mueve haciendo aparecer personas que se convierten en piezas fundamentales en dicha evolución.

Después de que Taissa se fuera, mi ánimo decayó notablemente. No intenté contactar nuevamente con ella, ni tampoco tuve noticias suyas. He de confesar que estuve a punto de escribirle a Candice para que me pusiera al tanto de su vida, para que me diera algún indicio o incluso encendiera esa chispa de esperanza que permanecía apagada, pero que no se había extinguido. No obstante, supuse que hurgar en su intimidad, como ya lo había hecho anteriormente, significaría repetir errores del pasado.

Por ese mismo motivo, decidí centrarme en mi objetivo, dejar que los acontecimientos fluyeran y rogar a quien sea que esté allí arriba, que me iluminara para actuar de la manera correcta.

Al acabar agosto, el calor remitió bastante. Mis hermanos habían planificado sus vacaciones cada uno por su cuenta, y yo me había quedado un poco perdido en la vorágine del nuevo comienzo. Mientras tanto, mis padres estuvieron muy pendientes de mí. Sabedores de todo lo que había ocurrido con Taissa, de mi renuncia a la empresa y conocedores de la nostalgia que me invadía por aquellos días, me propusieron visitar a mis abuelos, con el fin de cambiar un poco de aires y compartir tiempo con la familia.

Fue así como a primeros de septiembre opté por hacer las maletas y emprender viaje a la hacienda, ya que mis abuelos estaban ocupando la casa familiar en Verona y mis padres se quedarían con ellos. Mi abuela Antonella mandó a que me prepararan una de las habitaciones expresamente para mí y que no me faltara comida ni nada de lo que pudiese necesitar para disfrutar de la estadía. Me ofreció permanecer el tiempo que quisiera y me aclaró que Andrea estaría a mi entera disposición.

Debo admitir que el aire de campo, los viñedos, el paisaje y tener el tiempo libre suficiente como para reflexionar en soledad, me ayudó a verlo todo con suficiente claridad.

¿Nunca te ha pasado que siempre has tenido al alcance de tu mano un recurso muy importante y que cuando finalmente lo descubres te das de hostias por no haberlo visto antes?

Eso fue exactamente lo que sucedió.

Sabía que quería emprender algo nuevo, que, tal como se lo había comentado a mi hermano, el negocio de las Harley ya no era una opción, pero me abrumaba desconocer qué rumbo tomaría mi proyecto. Contaba con dinero suficiente, pero es sabido que, por mucha voluntad que tengas en invertir en un nuevo negocio, si no estudias muy bien tus posibilidades, todo ese capital puede caer en saco roto y llevarte directo a la ruina.

Dediqué mis días a recorrer la hacienda de arriba abajo, a visitar el lago más de una vez. El paisaje solía inspirarme y me otorgaba la serenidad suficiente para dejar volar la imaginación. Por una bendita vez quería salirme del molde, ser yo con todas mis letras y atreverme a soñar.

¿Qué sería del mundo sin soñadores? ¿Quiénes cumplirían sus propósitos si no dejáramos escapar ese loco que todos llevamos dentro y que se arriesga encontrando su verdadero camino?

Un día en el que caminaba entre las vides y observaba a los trabajadores de la finca mimar las uvas y recolectarlas, me crucé con Andrea. Debe de haberme notado muy pensativo porque me dejó a mi aire durante un buen rato, aunque en cuanto tuvo la oportunidad, se me acercó con su habitual camaradería.

—¿Insomnio? —preguntó, acariciando uno de los racimos que no había dejado de observar

desde que me detuve frente a él.

—Llevo días durmiendo poco.

Él giró la muñeca, constató la hora y sonrió.

—O te has acostado muy pronto o has pasado la noche en vela, porque levantarte a las cinco de la madrugada para venir a contemplar la vid, no es muy normal que digamos.

Reí sin ganas y él cogió el objeto de mi admiración. Lo giró, incluso frotó las uvas, hasta darle un tono más natural. Debido a la temperatura y a las fechas en las que estábamos, habían adquirido un color blanquecino.

—Si la gente supiera todo el trabajo que hay detrás de una copa de Bordolino, la beberían con más pasión de la habitual.

—Siempre he pensado que la enología es un arte que no todo el mundo sabe apreciar —sentenció y él me dio la razón con un mohín.

—Por eso es crucial aprender la técnica desde cero, explorando a fondo sus secretos y compartiéndola con el mundo.

Su conclusión me dio que pensar. De pronto, una idea, un concepto que nunca me había planteado, comenzó a tomar forma en mi cabeza.

—¿Por qué los abuelos nunca consideraron la opción de exportar la producción?

—Quizás porque resulta bastante costoso. El proceso logístico es complejo y además se requiere tener a alguien con habilidades específicas.

—No comprendo...

—Básicamente, un representante de la marca que sepa dónde posicionarla y que lleve a cabo las negociaciones pertinentes.

—¿Y nunca encontraron a la persona idónea? —pregunté extrañado.

—Puede que tampoco la buscaran. Cuando se trata de vender un producto de tu propia cosecha, necesitas confiar plenamente en alguien que lo valore tanto como tú, que entienda que una botella vale su precio debido al meticuloso proceso que conlleva.

—¿Alguna vez te lo propusieron?

—Muchas, pero yo no estoy hecho para salir de la finca, Cesco. Esto es mi vida. Elaborar el vino, estacionarlo, envasarlo... No me considero un buen comercial. Tampoco sé hablar otro idioma que no sea el italiano.

Uno de los trabajadores se aproximó e interrumpió por un momento la conversación, lo cual me permitió meditar en lo que Andrea acababa de decirme.

En cuanto quedó libre otra vez, le pregunté:

—¿Te importaría reunirme conmigo hoy al acabar la jornada?

—Para nada, ¿quedamos a las cuatro?

—Perfecto, te espero en la hacienda.

Como no quería incordiar y tenía todo el tiempo del mundo para bombardearlo a preguntas, decidí que lo mejor era esperar.

Aproveché para visitar a mis abuelos en su casa de Verona durante la mañana, comí con ellos, y a la hora acordada, me encontré con Andrea en la finca. Tras una extensa charla y aclarar algunos puntos cruciales sobre la exportación del vino, nos dirigimos a la bodega. Al entrar, fui recibido por el característico aroma a madera, y esa sensación tan familiar que siempre me embargaba al adentrarme en sus inmediaciones, me provocó una auténtica revolución interior.

Dado que a finales de septiembre se celebraba la Fiesta de la Uva y el Vino, la producción estaba en su máximo apogeo. El ritmo era frenético, pero no hay nada mejor que empaparse de la cultura vitivinícola mientras te bebes una buena copa.

Andrea me explicó que, gracias al buen clima de la región, la cosecha había sido un éxito. Una vez limpia la uva y despojada de las ramas de la vid, quedaba la etapa de fermentación, donde los expertos enólogos vigilaban muy bien la temperatura con el fin de obtener los mejores resultados. No pude evitar pasearme por la sala de maduración donde las barricas de roble oxigenaban el vino antes de filtrarlo para su embotellamiento.

Al día siguiente, quise contarle a mi abuelo Salvatore cuál era mi plan, por lo que le pedí que acudieran con mi abuela a la hacienda y así poder hablar tranquilamente. Ambos escucharon mi propuesta, los ojos de mi *nonna* se humedecieron al escuchar que el esfuerzo de tantos años de trabajo se vería recompensado con una excelente distribución internacional y que todo el proceso sería supervisado, nada más y nada menos, que por uno de sus nietos.

—Siempre me pregunté por qué ninguno de vosotros quiso seguir con el legado familiar, pero jamás quise presionar a nadie —explicó mi abuelo—. A cambio, les dejaría la mejor herencia: el poder de decidir lo que cada uno quisiera hacer con su vida.

—Sabias palabras —apunté con una sonrisa—. Pues ahora tendréis quien lo haga.

—Ay... ¡Mi Francesco! —dijo mi abuela, incorporándose para abrazarme y llenarme de besos.

—¿Por dónde quieres empezar? —inquirió el cabeza de familia.

—He pensado que Norteamérica sería un buen comienzo.

—¿Estados Unidos? —cuestionó la *nonna*.

—Hablo muy bien el idioma, estuve estudiando el mercado y he descubierto varios posibles clientes en Nueva York.

—Lo dejaremos en tus manos, Cesco —resumió mi abuelo—. Nadie mejor que tú para llevar nuestro producto al mundo.

—He pensado que podríamos empezar con los vinos, y después adicionar los dulces y mermeladas.

—*Bravísimo!* —aplaudió mi abuela.

—¿Y de qué manera nos darás a conocer?

—Bueno, digamos que tengo a quién recurrir. Sé de alguien que maneja a la perfección el arte de la persuasión, y que, muy probablemente, esté dispuesta a trabajar para nosotros.

—No será cierta *ragazza* rubia e inquieta que hemos tenido el placer de conocer este verano, ¿verdad?

Sonreí como un idiota al dibujar el rostro de Taissa en mi mente. Fue inevitable recordar aquellos días que pasamos juntos en Verona y en los que tan felices fuimos. Claro, hasta que yo la cagué, como suelo hacer siempre, y todo acabó yéndose por el retrete. Pero estaba dispuesto a cambiar aquello, ya no había vuelta atrás.

Mi estrategia para conquistarla —sin mentiras de por medio— estaba en marcha, y esta vez, sería la definitiva.

Los meses que pasé en Bardolino gestaron lo que pronto se convertirá en una realidad. Y dado que nos acercamos al final del año, tengo la intención de esperar un par más, aprovechando ese tiempo para perfeccionar los detalles más importantes del negocio que emprenderé próximamente.

Se podría afirmar que, al igual que el buen vino, he madurado; he dejado atrás el temor al rechazo, y mis ansias de estar junto a la chica que amo son tan grandes, que incluso he comprado los billetes para viajar a Chicago antes de la Navidad.

Solo me queda confiar en que todo salga bien y que esta vez mi plan dé resultado.

Solo espero que seamos capaces de darnos una última oportunidad.

Capítulo 33

Taissa

Cesco: *Necesito hablar contigo, por favor. Atiende mis llamadas.*

Cesco: *Tais... Te lo suplico. No quiero que lo nuestro termine así.*

Cesco: *No sabes cuánto lamento lo ocurrido. Actué fatal, lo reconozco, pero te juro que en ningún momento pretendía herirte. Mi intención era recuperarte.*

Cesco: *¿No vas a contestar?*

Cesco: *Vale, ¿quieres una confesión? Allí va... Te he amado desde el instante en el que me miraste aquel primer día de clases y me ofreciste sentarme a tu lado. Cuando Liam se burló de mí y tú me defendiste. Cuando, sin conocer a nadie, me refugié en la calidez de tu sonrisa y en la comodidad de tu carácter abierto.*

Eres y serás siempre mi heroína, el planeta que define mi órbita, la luz que guía mi camino y mi meta final. He sido un cabrón, Taissa. Te traje a Milán para pedirte explicaciones por lo sucedido hace años, sin darme cuenta de que, en realidad, lo hice porque no puedo vivir sin ti.

Cesco: *No he tenido nada que ver con lo que tramó Lorenzo. Jamás imaginé que fuese capaz de perjudicarte, y te aseguro que esto no caerá en saco roto. No me interesa la empresa, ni la campaña, ni nada más que no seas tú, Tais. No me importa el pasado, lo que hicimos o lo que nos distanció. Quiero un futuro contigo y lucharé por conseguirlo.*

Dame otra oportunidad y te prometo que, aunque la cague mil veces más, haré lo posible por ser el hombre que te mereces.

Acabo de colocar la estrella en lo alto de nuestro modesto, pero especial árbol de Navidad. El apartamento que comparto con June tiene una pequeña chimenea que hoy hemos encendido, ya que el invierno está haciendo de las suyas en Chicago. Ayer ha nevado con intensidad y las calles se han teñido de blanco, obligándonos a sacar gorro, guantes y bufandas del armario antes de salir a comprar la decoración para estas fiestas.

—Ha quedado genial —observa ella, colgando el último bastón de caramelo en la chimenea.

Observo las fotografías que decoran la estantería. La mayoría son nuestras, desde el momento en que nos conocimos hasta algunas de nuestras vacaciones de verano en Florida. La mejor es aquella en la que posamos juntas en la playa, justo antes de que una enorme ola nos arrastrara unos cuantos metros.

Río al recordar el instante exacto en que el socorrista acudió a nuestro rescate y descubrió a June en pelota picada, tratando de recuperar la parte de arriba de su diminuto bikini, que había sido arrastrada por la feroz embestida.

—¿Estáis bien? —preguntó preocupadísimo.

Mi amiga tosió escupiendo agua y se recompuso con dignidad, olvidándose del revolcón y de mi existencia por completo. De pronto, no tenía más ojos que para el bañero buenorro.

—Sí, sí... Gracias —se apresuró a contestar, tapando sus pechos con ambas manos.

—Hoy hay bandera amarilla, deberíais tener más cuidado —sugirió con profesionalidad, dándole la prenda que ella se colocó con rapidez. Todavía lucía un par de algas enredadas en el cabello, pero nada le impidió coquetearle con descaro.

Mark apretó los labios para no soltar una carcajada y se arrimó a mi amiga, que lo miraba como si el mismísimo Zeus hubiese bajado del Monte Olimpo. Acto seguido, le quitó con paciencia la planta verde y babosa del pelo.

Las mejillas de June se volvieron rojas.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber y ella tardó en descubrirle su nombre, ya que sus iris estaban muy ocupados barriendo toda su anatomía.

He de confesar que Mark se asemeja a un superhéroe de Marvel. Espalda ancha, enormes pectorales, piel bronceada, ojos cafés y pelo castaño oscuro. Normal que June cayera rendida ante sus innegables encantos, los cuales no tardaron en surtir el efecto deseado.

El resto es historia.

Durante los días siguientes se vieron a menudo, quedaban para salir por las noches o incluso le visitábamos en su caseta durante el día. Nos presentó a sus amigos, quienes ocupaban un apartamento cercano al nuestro y que pronto nos incluyeron en sus planes, llevándonos a conocer la zona y las discotecas más concurridas.

Fueron días maravillosos de desconexión. A pesar de que hubo algunos chicos que intentaron relacionarse conmigo, los rechacé con diplomacia, argumentando que estaba bien sola y atravesaba una etapa en la que ni siquiera los rollos de una noche me brindaban satisfacción.

June insistió varias veces en que me relajara, que soltara la melena y que me olvidara de todo, pero yo estaba en otra sintonía totalmente distinta. Necesitaba sanar, cicatrizar esas heridas que aún me dolían y que no me permitían avanzar en ninguna dirección.

No sabía si sería capaz de salir adelante.

Cada vez que recordaba a Francesco mi corazón gritaba en silencio que debía olvidarlo por mi bien y por el suyo, que todo había sido un enorme error y que tenía que empezar de nuevo. No obstante, era incapaz.

Una noche en la que me quedé sola en el apartamento que los padres de June habían tenido la bondad de cedernos, decidí salir a la terraza. Aquella noche el mar estaba en calma y la playa desértica. Solo se oía el ruido incesante de las olas rompiendo en la orilla, y la suave brisa de agosto golpeaba mi cara mientras me aferraba a la baranda para admirar la quietud del paisaje.

Me perdí en el hipnótico vaivén del agua, dejando a mis pensamientos vagar en busca de agradables recuerdos. Estaba sumida en una especie de sopor, cuando el característico pitido del móvil me avisó de un mensaje entrante. Era June. Mi amiga me advertía que saldría con Mark y que no la esperara despierta. Aunque me propuso unirme a ellos, le agradecí la invitación, argumentando que estaba cansada y que prefería retirarme temprano a descansar.

No insistió.

Sabía que llevaba días melancólica y cuando necesitaba mi espacio, tenía el buen tino de respetarlo.

Al concluir la conversación con mi amiga, me encontré inevitablemente con los mensajes de Francesco. Su foto de perfil, que había cambiado desde nuestro encuentro en Milán y ya no mostraba una Harley, sino su rostro meditativo contemplando el horizonte, capturó mi atención irremediablemente. Deslicé mi dedo sobre ella, la repasé sin llegar a tocar la pantalla, dudé y me mordí la uña del pulgar. Finalmente, sin poder resistir más, decidí acceder a la conversación.

Sabía que si lo hacía él vería el doble *check*, percatándose de que los había leído, pero ya me daba igual. Me hallaba tan triste y perdida que necesitaba un aliciente para seguir adelante.

¿Y si leer sus palabras me ayudaba a paliar la angustia?

Al abrir los mensajes, mi corazón comenzó a latir con fuerza. Eran seis en total, pero los dos últimos detallaban una confesión que me dejó sin fuerzas. Mis manos temblaron sosteniendo a duras penas el aparato que acabó encima de la pequeña mesa de la terraza, mientras me deshacía en un llanto desolador difícil de soportar.

Limpié mi cuerpo y mi alma de todo lo que me atormentaba, del resentimiento y la rabia, de las ganas de correr y correr durante días sin que nadie me detuviera. Sentía que el karma había hecho su parte y había puesto a cada uno en su sitio, sin embargo, nunca había experimentado tanta tristeza.

Lo echaba de menos. Lo echaba mucho de menos, incluso más que cuando se marchó de Chicago a los doce años. Esta vez era diferente, porque lo que vivimos durante esos treinta días en Italia me había transformado. Ya no era la misma Taissa, a pesar de mis esfuerzos por aparentar lo contrario. Eileen me había dicho que me notaba distinta, más adulta y centrada, pero, al mismo tiempo, bastante apagada.

Permití que las lágrimas barrieran la tristeza y disiparan la culpa de dejar todo atrás. Lamentaba no haberle brindado la oportunidad de explicarse, de decirme frente a frente todo lo que acababa de leer en esa profunda confesión.

Por más extraño que pueda sonar, al día siguiente me desperté renovada. Sentía que me había liberado de un enorme peso. Si lo que decía era cierto, aún existía esperanza para nosotros, aunque no veía cómo podríamos hacerlo realidad. Él vivía en Europa, yo en América, y las opciones de encontrar un punto en común eran escasas.

El verano pasó y regresé a la rutina. Mi trabajo se transformó en mi prioridad y en la excusa perfecta para pasar horas metida en mi despacho, desarrollando proyectos que me ayudaban a no pensar en otra cosa que no fuese prosperar y aprender de los nuevos desafíos.

Chad se mantuvo a mi lado como un fiel centinela. Si antes teníamos una excelente relación laboral, esta se vio fortalecida gracias a que recuperamos la confianza y a nuestra mayor compenetración en la búsqueda de la perfección profesional.

El día que lo sorprendí enviándole un mensaje a Selenia, invitándola a salir, esboqué una enorme sonrisa que no le pasó desapercibida.

—¿Qué? —preguntó como quien no quiere admitir que ha caído en las redes de su peor enemiga.

—Pensaba en eso de que del odio al amor hay un solo paso.

—Supongo que tanto ir el cántaro a la fuente... —ladeó la comisura de sus labios y me contagió su alegría.

—¿Ha pasado algo ya?

—Es un hueso duro de roer —confesó encogiéndose de hombros.

—Será solo cuestión de tiempo.

—¿De verdad lo crees? —inquirió ilusionado y sus ojos brillaron más de lo normal.

—Estoy segura.

—¿Y qué hay de ti? —Apoyó el vaso de cartón a un lado. Estábamos de *break* en el *office* y, al parecer, había llegado el momento de las confesiones.

—Lo que ves es lo que hay.

—Extraño a la Taissa que me hacía reír. —Le sonreí sin ganas y él buscó mi mano por encima de la mesa—. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor. Me siento fatal, por mi culpa se jodió todo entre vosotros...

—No, Chad. Lo nuestro estaba destinado al fracaso.

—Pero ese mensaje que te envió...

—Sus palabras me conmovieron hasta las lágrimas, pero son solo eso. Palabras. Y yo necesito que me demuestren los sentimientos. Valoro mucho que me haya abierto su corazón, pero nada cambiará el hecho de que estemos lejos el uno del otro y que nuestros caminos no se crucen en ningún punto.

Mi amigo me contempló en silencio durante unos segundos. En su expresión se reflejaba la desesperación y la impotencia, consciente de que no tenía el poder de resolver mis problemas.

Después de ese día, no volvimos a hablar de Francesco. Le pedí que por favor no volviera a mencionarlo y también se lo exigí a mi familia. Mis padres se habían puesto muy pesados con el tema, querían que retomara el contacto con él y hacían lo posible por convencerme, pero ni la misma Candice que cambió radicalmente su actitud conmigo, lo consiguió.

Mi hermana me sorprendió un fin de semana a finales de octubre. Había decidido pasar el domingo sola en mi apartamento, incluso cuando mis padres me habían invitado a comer con ellos.

—No me siento bien, Candice. Últimamente no soy buena compañía para nadie, prefiero estar sola —le supliqué casi cerrándole la puerta en las narices.

—¿Me dejas pasar? Necesito hablar contigo, Taissa.

Muy a mi pesar, accedí. Pensé que tal vez nos merecíamos una tregua. Ya estaba bien de tanta riña.

Suspiré y con un ademán la invité a sentarse en el sofá. Con una taza de chocolate caliente entre las manos, por primera vez, hablamos como dos personas adultas.

—Papá y mamá están muy afligidos, te ven alicaída y se preocupan por ti.

—Lo sé, pero necesito rehacer mi vida y no es fácil. Lo que pasó no se olvida de un día para el otro.

Candice fijó la vista en el líquido oscuro, dio un sorbo y se limpió los labios con la lengua, quitando los restos de espuma.

—¿Recuerdas cuando éramos pequeñas y siempre nos peleábamos por ocupar el asiento delantero en el coche? —Sonreí soltando el aire por la nariz y ella me imitó—. A veces sentía celos de que papá te lo cediera a ti.

—¿Por qué?

—Siempre fuiste su debilidad, Taissa. Y está bien, he aprendido a aceptar que los padres tienen derecho a tener un preferido, que no por eso me ha querido menos a mí o a Eileen...

—No es cierto, Candice. Nuestros padres darían la vida por cualquiera de nosotras de igual manera. Él siempre ha estado para ti cuando lo has necesitado, incluso elogiaba tus logros y tu promedio en el colegio cuando los míos dejaban mucho que desear.

Los ojos de mi hermana se llenaron de lágrimas. Dejó la taza sobre la mesita del salón y agarró mis manos con cariño. Cuando alzó la vista, un par de lágrimas caían por sus mejillas.

—Te quiero, Taissa. Sé que nunca te lo he demostrado y he dudado de ti dejándome llevar por mis especulaciones. Siento mucho lo que ocurrió con Francesco, yo...

—Olvídalo, Candice.

—¿No hay posibilidades de arreglarlo? —Esta vez fui yo la que sollozó sin poder evitarlo. Tragué saliva y negué con la cabeza, con un convencimiento, que hasta a mí misma me destrozó —. Que sepas que estoy aquí para ayudarte a recuperarlo, si es lo que quieres.

—Me temo que eso no será posible, pero gracias de todos modos.

Nos terminamos el chocolate en silencio y Candice se despidió de mí, dejándome otra vez sola, tal como se lo había pedido.

—¿Me alcanzas aquel calcetín rojo?

June me trae de vuelta con un tono de voz alegre y contenido. Observo a mi alrededor, localizando lo que me pide entre las cestas que contienen adornos, luces y algunas bolas doradas que quedaron después de decorar el árbol. Una vez que le entrego lo que necesita, lo cuelga en la chimenea para completar su obra maestra.

—Ya está, creo que he terminado con esto.

—Ahora sí que se respira el ambiente navideño —apunto señalando el salón.

—He pensado que la cena de Nochebuena podríamos hacerla aquí. ¿Qué te parece? Tú y yo, Mark, Chad y Selena. Además, puedes traer a alguien que...

Arrugo la nariz y ella frunce el ceño ante mi gesto.

—No traeré a nadie. Me quedaré de carabina, aunque os fastidie la cena a todos —espeto con un humor ácido que a mi amiga no le agrada en absoluto.

—Tú no arruinarías una cena entre amigos, aunque te lo propusieras. ¿No te das cuenta de que todos te queremos y que nos preocupamos por ti?

—Pues deberíais dejar de hacerlo, June. Ya soy mayorcita como para que me tratéis como una cría. Lo superaré, te lo prometo. Solo necesito tiempo.

—¿Cuánto más, Taissa? Han pasado casi cinco meses ya...

—Iré a dar un paseo.

No la dejo acabar la frase. Sé perfectamente cuántos días han transcurrido desde que regresé de Italia, aunque desconozco cuántos más deberán pasar hasta que consiga quitármelo de la cabeza.

Me enfundo en mi abrigo, me coloco el gorro y la bufanda, y me encamino al único lugar que me brinda paz cuando necesito despejarme. Cruzo el Milenium Park, donde los árboles brillan decorados con luces de diversos colores, y un coro interpreta un precioso villancico que deleita tanto a mayores como a los niños que corretean de un lado a otro. La pista de patinaje sobre hielo, una de las más grandes de Chicago, está llena de jóvenes y niños que disfrutan de una noche gélida pero estrellada. Levanto la mirada hacia el cielo; la luna reluce en todo su esplendor y el vapor que emana de mi boca dibuja formas en el aire helado de diciembre. Meto las manos en los bolsillos en busca de calor y hundo mi cuello en la bufanda, refugiándome del frío.

Finalmente, acabo mi recorrido en Navy Pier. La inmensa noria desde la que se puede apreciar la ciudad al completo; tan moderna y futurista, me deslumbra como siempre que la visito. De noche es todavía más espectacular, ya que ese halo azul que desprende de su gigantesca estructura la hace verdaderamente majestuosa.

Pago el billete y subo a una de las cabinas, esperando a que se eleve hasta lo más alto para contemplar a placer cada uno de los edificios que forman el impresionante *skyline* de una ciudad

tan cosmopolita como mágica. En la mano llevo un *pretzel* que compré antes de subir y que devoro mientras observo un espectáculo digno de ser recordado.

—¿Está bueno?

El chico sentado frente a mí se frota las manos, tratando de darse calor con el aliento que escapa de su boca. Tan absorta estaba en mis pensamientos que ni siquiera me había percatado de su presencia. Deduzco que tiene mi edad, o tal vez unos pocos años más. Viste unos vaqueros y un jersey gris de cuello alto, cubierto por un abrigo de paño negro que llega hasta debajo de las caderas.

Es guapo. Rubio, de ojos azules muy claros y mirada profunda.

—Sí, ¿quieres? —le ofrezco, estirando el brazo.

—Vaya, qué gentil. Gracias, pero solo un trocito que, si no, me lo acabo. —Sonrío y le doy la mitad—. No, de verdad...

—Quédatelo, así no me siento culpable de comérmelo sola.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, aceptando su parte.

—Taissa, ¿y tú?

—Mi nombre es Patrick Harvey —extiende su mano y la estrecho con decisión—. ¿Eres de por aquí, o solo estás de visita?

—Vivo muy cerca, he venido andando.

—¿Y qué hace una chica como tú dando un paseo sola en una ciudad tan grande?

Desvío la mirada hacia el cristal que refleja la noche oscura y las miles de luces que la encienden.

—Cuando me siento perdida me gusta encontrarme aquí. La paz que me brinda este sitio solo es comparable a otros placeres de la vida.

—¿Como el sexo? —pregunta con una mueca lobuna.

—Quizá.

—Algo me dice que la chica que estoy conociendo esta noche es una versión muy diferente de la que solías ser, ¿me equivoco?

—Me temo que estás en lo cierto, Patrick.

Le doy otro bocado a lo que queda de mi *pretzel* y él me observa con disimulo.

—¿Y qué se necesita para traer de regreso a la chica de antes?

—Tendrías que hacer un máster y puede que no estés interesado.

Patrick ríe con complicidad y menea la cabeza, luego se termina su porción, se sacude las migas del tapado y señala el hueco que queda libre a mi lado.

—¿Puedo?

—Claro. —Le hago sitio arrimándome un poco más a la ventanilla y él se acomoda cuán largo es—. ¿Cuánto mides?

—Un metro noventa.

—Joder...

—¿Sorprendida?

—Podrías ser jugador de baloncesto.

—Me lo han dicho muchas veces, de hecho, mi padre lo intentó desde que era pequeño, pero no hubo forma. Los deportes no son mi fuerte.

—¿Y cuál es tu especialidad, Patrick Harvey?

—Digamos que reparo corazones heridos.

—Buen intento, grandullón —respondo cruzándome de brazos y apoyando mi frente sobre el frío cristal.

—No es una metáfora, realmente me dedico a recomponer el órgano que protagoniza las más variadas historias de amor. ¿No me crees?

Su afirmación llama por completo mi atención. Me enderezo mientras saca una tarjeta de visita de su cartera.

—¿Trabajas en el Northwestern Memorial Hospital?

—En Cirugía Cardiovascular, para ser exactos.

—Vaya... ¿Y qué hace un prestigioso médico como tú girando solo en la noria de Navy Pier?

—También vengo aquí cuando necesito pensar.

—¿Un mal día?

—Ha sido demasiado duro.

Su semblante se ensombrece y sus ojos claros se vuelven más oscuros.

—Lo siento mucho.

—Es la vida, Taissa. Hacemos lo que podemos, y como profesionales de la salud intentamos salvar la vida de las personas, pero no siempre lo logramos. No somos dioses, ¿sabes? Y eso jode, mucho. Crees que tienes el poder en tus manos; todo parece ir bien y, de pronto, algo se tuerce y nada sale como esperabas.

—¿Qué ocurrió?

—Un hombre que llegó a Urgencias tras sufrir un infarto de miocardio. La única solución era colocar un *by-pass*, pero no superó la intervención.

—Jamás podría ejercer la medicina, siempre he dicho que me costaría una barbaridad sobreponerme a la pérdida de un paciente. No sirvo para eso.

—Hay que tener una templanza fuera de serie. Las horas en el quirófano son extensas y estresantes, se trata de una labor minuciosa y que requiere muchísima concentración.

—Sin embargo, hablas de tu profesión con una pasión envidiable.

—Amo mi trabajo, porque, aunque hay días malos como el de hoy, también los hay muy buenos. —Patrick vuelve a sonreír y las comisuras de mis labios se elevan en proporción a las suyas—. ¿Y ahora me vas a contar la verdad de por qué necesitabas venir a tu rincón especial de Chicago?

—Intento olvidar.

—¿Un gran amor?

—El gran amor de mi vida.

Un silencio inunda la cabina y él pierde su mirada clara en la inmensidad de la ciudad. El brazo de Patrick pasa por delante de mis ojos, señalando una de las construcciones más altas.

—¿Ves aquel edificio?

—¿La Sears Tower?

—Sí, esa misma. Ha soportado vientos y tempestades, y allí está... De pie a pesar de todo y brillando con luz propia. —Me giro para conectar con él y sus iris azules impactan en los míos que se llenan de lágrimas—. Ánimo, Taissa. La vida es demasiado valiosa como para no disfrutar de cada momento. Te lo dice alguien que la sostiene en sus manos a diario y que lucha por retenerla cuando se le escurre entre los dedos.

Sus palabras llegan como un rayo directo al centro de mi pecho. Patrick sonrío de nuevo y con las yemas de sus dedos seca las lágrimas traicioneras que escapan de mis ojos.

—Gracias, *Doctor Corazón*. —Él ríe a carcajadas y se pasa la mano por el pelo, mientras que yo me pienso muy bien lo que estoy por proponerle—: ¿Tienes algo que hacer en Nochebuena?

—Nada especial, cenar solo en casa, si es que mi busca no suena en mitad de la velada.

—Pues ya tienes un plan, Doc.

Su expresión de sorpresa es reemplazada por una de enorme satisfacción. Unos minutos más tarde, la noria se detiene, la puerta se abre y Patrick sale de la cabina con una gigantesca sonrisa impostada en la cara y mi número de teléfono apuntado en su móvil.

Capítulo 34



Chicago en Navidad es realmente impresionante.

No difiere mucho de Milán en términos de decoración y lujo, pero se destaca por su estilo, que aquí siempre ha sido más moderno. No voy a negar que poner un pie en el aeropuerto de O'Hare después de tantos años me provocó una sensación extraña. Fue una mezcla de nostalgia y expectación, porque saber que en pocas horas vería a Taissa me producía pánico y excitación a la vez. Una muy intensa, por cierto.

Llevo días imaginando nuestro reencuentro, especulando en cómo será el momento exacto en que nos veamos las caras después de tantos meses. ¿Cómo reaccionará? ¿Con sorpresa? ¿Cabreo? ¿Anhelo? Las posibilidades son miles y yo solo deseo que una de ellas se haga realidad, una donde acepta mis disculpas y me abre por fin su corazón sin reservas.

¿Imposible? Puede ser, pero no hay nada que quiera más ahora mismo, y dicen que cuando uno desea algo con tanta pasión, suele cumplirse.

Camino por una de las avenidas más concurridas, la Michigan Avenue, donde las luces navideñas no dejan de parpadear y el ir y venir de la gente, los coches y los villancicos interpretados por alguna que otra orquesta callejera lo invaden todo. El sol ya se ha ocultado y la noche despierta a través de los edificios que se alzan inmensos e imponentes.

Me detengo a escuchar a un grupo que corea el mítico *O Holy Night*, quedándome prendado con la solista que atrae a los transeúntes con su maravillosa voz. Mi mente vaga por innumerables recuerdos de estas calles que tantas veces he transitado de pequeño, cuando con mis padres veníamos en busca del regalo perfecto para cada integrante de la familia. Me abrazo y me aferro a ellos con la esperanza recorriendo mi piel. Parece que hubiesen pasado siglos de aquello, y solo han sido unos años.

Le envío un mensaje a Maurizio con una foto de la estampa que ahora mismo contemplo y él no tarda en contestarla con un «Suerte, hermano mío. A por todas».

Cuando les comuniqué a mis padres que había decidido pasar las fiestas aquí y que no regresaría a Italia en un tiempo, los ojos de ambos se humedecieron, pero sus palabras de aliento no tardaron en llegar, tampoco los abrazos que nos dimos y las lágrimas que derramamos. Mi hermano Paolo lo supo días después y su reacción no fue muy diferente. Se aferró a la idea de que, si lo intentaba, mi vida daría un giro tan grande, que probablemente ni yo mismo me lo creería.

Y así fue, porque cuando finalmente hice las maletas y decidí traerme no solo lo básico,

supe que esto podría salir muy bien, pero que también había una mínima posibilidad de que saliera muy mal. No había tenido contacto con Taissa, no sabía qué me encontraría al llegar, pero de lo que sí estaba seguro era de que debía intentarlo o me arrepentiría el resto de mi vida.

Demasiados errores he cometido, tantos que ya casi ni los cuento, pero sostengo que los seres humanos estamos hechos de malas decisiones, que con el paso del tiempo nos demuestran que debimos escogerlas alguna vez para equivocarnos y así aprender de ellas.

Si alguien te dice: «Esto no lo hagas, no es bueno para ti», puede que su consejo te valga, pero nada como experimentarlo por ti mismo para convencerte de lo que realmente te conviene. Lo comprobé el día que me lancé en paracaídas, una hazaña que nunca me hubiera imaginado, y, sin embargo, resultó ser uno de los momentos más increíbles de mi existencia. Todo se reduce al miedo a correr riesgos, a perder, a fracasar, a no ser capaces de sobreponernos si lo que hemos elegido no resulta ser lo mejor para nosotros.

Por ese mismo motivo, después de haber comenzado con el proyecto de importación de vinos de la bodega de mis abuelos y tenerlo todo muy claro, decidí dar un paso al frente. Contacté con Candice y le adelanté algo de lo que tenía en mente. Solo necesitaba la dirección de Taissa para planificar mi viaje y presentarme como un hombre nuevo, como alguien dispuesto a aventurarse y lanzarse al precipicio por ella. Se lo merecía y se lo debía después de lo ocurrido.

Podría haber recurrido a Chad, pero desconocía si seguían manteniendo la estrecha relación de amistad que los unía tras lo sucedido en Milán, así que preferí pisar terreno seguro y acudir a mi principal fuente de información.

Su hermana me informó de dónde vivía y me alegré al saber que habían conseguido conectar nuevamente después de algunas charlas que las habían acercado un poco más. Eso me dio la idea de que Taissa, al igual que yo, había cambiado en ciertos aspectos, quizá también había dedicado tiempo a la meditación y, por ende, había implementado nuevos hábitos de comportamiento que podrían beneficiarme. Básicamente, si estaba más abierta al diálogo, no me cerraría la puerta en las narices. Pero claro, yo no soy Candice. Soy el chico que le rompió el corazón, obligándola a volver a Chicago y a dejar atrás una historia de amor que nos había marcado a los dos.

Compruebo la hora en mi reloj de muñeca y me doy cuenta de que me he entretenido más de lo que creía, retrasando lo inevitable. Las manos me sudan, pese al frío que se respira en las calles de esta gran ciudad, y mi cabeza da vueltas mientras le hago señas a un taxista que para casi de inmediato.

Subo y le doy la dirección del apartamento de Taissa. No tardamos más de quince minutos en llegar, el tráfico es denso y la gente sigue saliendo de cada rincón, repleta de bolsas, paseando, haciendo fila en la entrada de los restaurantes y colmando las esquinas antes de cruzar los pasos de peatón.

Me distraigo con las vistas, cerrando los ojos por momentos e intentando tranquilizarme, deseando con toda mi alma que todo esto haya valido la pena y que por fin podamos gozar de esa felicidad que ambos buscamos como el Santo Grial.

Cuando el coche se detiene, pago la carrera y bajo despojado de todo aquello que me ata a un pasado triste. Mis maletas han quedado en el hotel y me he vestido con unos pantalones de pinzas, un jersey azul marino y un abrigo informal, pero elegante a la vez. Vengo en son de paz y quiero dar una imagen relajada. Nada de trajes caros ni atuendos que puedan intimidarla.

Soy yo, Francesco, su amigo de la infancia y el hombre que la ama y la necesita más que a nada en este mundo.

Por fortuna, el portal se abre antes de que toque el intercomunicador. Un hombre sale y me

sostiene la puerta para que pase, así que aprovecho para colarme dentro y buscar el ascensor. Los minutos se me hacen eternos, la garganta se me seca debido a la ansiedad y los ojos me escuecen, pero no voy a flaquear. Ya he llegado hasta aquí y no pienso arrepentirme de nada.

En cuanto pongo un pie en el pasillo, oigo murmullos dentro de su apartamento, algo normal teniendo en cuenta que son las ocho de la noche del día veinticuatro y lo más probable es que esté reunida con sus amigos celebrando, tal como Candice me lo había anticipado.

Me armo de valor, respiro profundamente, abro y cierro los puños a un lado de mi cuerpo y, finalmente, toco el timbre.

Un breve instante transcurre hasta que la puerta se abre y aparece una chica que me observa con verdadera curiosidad. Lleva puesto un vestido de punto que se adhiere a su cuerpo menudo y una diadema de la que sobresalen dos estrellas que se bambolean ante el mínimo movimiento de su cabeza. Por un momento permanece esperando a que me presente, aunque no tarda en elevar una ceja, entornar los ojos y luego abrirlos como dos soles.

—Hola —saludo y ella deja caer la mandíbula—. Soy Francesco.

—Joder, ya sé quién eres.

—¿Se encuentra Taissa? —pregunto con tiento, sacándola de su momentáneo estupor.

—Claro... ¿Quieres pasar?

Lo dudo por un instante. No sé si es buena idea hacer mi aparición en medio de una reunión de amigos. Mi idea era hablar con ella en privado, pero al ver la expresión de su rostro, algo me dice que debo aceptar su invitación.

Afirmo con un leve movimiento de cabeza y me anima con un «acompañame» que me guía hasta el interior. Atravesamos un pequeño recibidor y entonces la veo. Allí está el motivo por el cual respiro y enfrento cada nuevo día, sentada en una mesa que preside Chad, y rodeada de otras personas que no conozco, pero que me observan no tan alucinadas como ella.

Taissa luce un bonito vestido en color rojo de corte princesa, el cabello lo lleva como siempre a la altura de los hombros y recogido en una media coleta, y el maquillaje es discreto. Sostiene una copa de vino en la mano, que parece quedar suspendida en el aire en cuanto se percata de mi presencia. La deja caer sobre la mesa, manchando el mantel y sobresaltando al hombre que se encuentra a su lado.

—Cesco...

—¿Estás bien? —pregunta el chico de pelo rubio y ojos azules. La actitud que muestra hacia ella hace que trague saliva de inmediato y me ponga en alerta.

—Sí, sí... Perdona, ¿te he ensuciado?

—No te preocupes —le dice restándole importancia a que se haya salpicado con algunas gotas, ayudándola a incorporarse.

Miro a Chad que me observa con una expresión indescifrable.

Algo me dice que la he cagado, que venir hasta aquí ha sido un grandísimo error y que mi intento de recuperar lo que un día tuve con la chica que me roba el aliento, quedará en la nada. No obstante, como es algo que he valorado y meditado durante muchos días en soledad, me armo de coraje y doy un paso al frente.

—Perdona que me haya presentado así, no era mi intención incomodarte. Necesitaba hablar contigo y...

—Vamos a mi habitación —expresa con la voz estrangulada, dirigiéndole un gesto a su acompañante—. Enseguida vuelvo, Patrick.

—Ve tranquila.

Me disculpo con el resto con un movimiento de cabeza y sigo a Taissa. Atravesamos juntos

un pequeño pasillo y ella se para frente a uno de los cuartos que, supongo, es el suyo. Su brazo se extiende y me abre paso, entrando después y cerrando la puerta. Se apoya en ella, su cuerpo tiembla y sus manos no dejan de moverse, hasta que las esconde detrás de su espalda, evitando así que note su ansiedad.

—Creo que esto ha sido una pésima idea —susurro más para mí mismo que para ella.

Taissa me observa enmudecida, así que me froto los ojos con impaciencia antes de continuar mi discurso. Aunque lo tenía preparado y sabía exactamente lo que iba a decirle, verla allí sentada, tan preciosa, radiante y acompañada, ha sido suficiente para que me olvide de todo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo.

—Has atravesado un océano para... ¿Hablar?

—Por loco que pueda parecer, así es.

—Han pasado muchos meses —reacciona a la defensiva.

—Y han sido los más duros de mi vida.

Sus ojos se humedecen y mi pecho se encoge al notar su angustia. Sin más opciones que ir hacia ella, me aproximo despacio hasta quedar a un palmo de distancia.

—No llores, por favor. Mi intención era pasar la Navidad contigo y queuviésemos esa conversación que nos debemos.

Aguanta el llanto, no sé si por orgullo o por complacerme, pero en el instante en que mi mano se posa en su mejilla, aprieta los párpados y la acaricia con la suya. Sentir su calidez después de tanto tiempo y esa energía que recorre mi cuerpo cada vez que la tengo cerca, me desarma por completo. Suspiro y me arrimo un poco más. No pretendo invadir su espacio personal, pero necesito tenerla, sentirla, aunque sea sin besarla. Solo quiero respirar el mismo aire que ella y oler su perfume floral.

—Te he echado tanto de menos... —confieso, y en su inhalación, capturo el aliento que escapa de su boca.

Taissa no se opone a mi cercanía, así que voy a por todas, tal como me lo ha sugerido mi hermano. En cuanto mis labios entran en contacto con los suyos, se desata un tsunami de proporciones épicas. Nuestras lenguas colisionan con una ansiedad que provoca un terremoto en mi interior, miles de sensaciones que despiertan mi cuerpo adormecido; emociones, que hasta este momento permanecían aletargadas, y que acaban de activarse como si alguien me hubiese dado una fuerte sacudida.

Me aferro a su cintura, pegándola a mi cuerpo y presionando contra la fría madera que sostiene su menuda espalda. Un gemido escapa de su boca cuando nota mi evidente excitación rozando su vientre, por lo que sus dedos exploran mi nuca con necesidad.

El beso se vuelve salvaje y desesperado.

La levanto por las caderas y ella enrosca sus piernas alrededor de las mías, ayudando en la tarea de trasladarnos a ambos hasta la cama. Cuando mis rodillas dan con el borde del colchón, la dejo caer conmigo encima, sin dejar de asaltar su cuello en el que late frenética esa vena que mordería gustoso si fuese el famoso Edward Cullen.

Taissa guía mi mano hacia el borde de sus braguitas de encaje y sonrío en su boca al notarla húmeda y dispuesta para mí. Es una maravilla, una puta locura sentirla excitada y saber que yo soy el responsable de que pierda el norte, tanto como ella me lo hace perder a mí.

—Tais...

—Hazme el amor, Francesco —me pide con los ojos vidriosos y un anhelo que soy incapaz de negarle.

—Para... —le imploro cuando su mano frota mi erección por encima de los pantalones. Tengo que hacer acopio de una fuerza de voluntad inhumana para no desnudarla y follarla, como tanto he imaginado desde la última vez que la tuve en mis brazos, pero debo poner un poco de cordura si pretendo obtener aquello que he venido a buscar—. Espera, *principessa*.

—¿Qué ocurre? —pregunta turbada.

—No quiero que sea solo sexo, esta vez, no. Necesito hacerlo bien y para ello es necesario que hablemos primero.

Descanso mi frente sobre la suya. Exhalo con fuerza para bajar el calentón que no me deja irrigar la sangre que se ha concentrado en un punto muy concreto de mi anatomía, y acaricio su mejilla, pidiéndole perdón con la mirada.

—De acuerdo —acepta, subiendo su mano otra vez y aferrándose a mi brazo. Me coloco con los codos apoyados a cada lado de su cabeza, besando la punta de su naricita respingona.

—Créeme, no hay nada que me apetezca más que estar dentro de ti en este instante, pero antes quiero que sepas por qué he venido.

—Te escucho. —Su respiración comienza a acompasarse al igual que la mía y sus ojos no dejan de observarme con esa ternura que me llena de orgullo.

Joder, es tan bonita...

—Sé que has leído mis mensajes y entiendo por qué no los has contestado. Ambos necesitábamos tiempo para sanar y aclararnos, lo cual es bueno teniendo en cuenta que la hemos fastidiado una y otra vez sin descanso. —Las comisuras de sus labios se elevan y las mías también—. Bueno, yo más que tú...

—No, Francesco. Si aquí hay un culpable, hemos sido los dos. Yo tampoco te lo puse fácil y lo reconozco. El orgullo no me permitió pensar con claridad y me negué a escucharte. Sé que no tuviste nada que ver con lo sucedido en M&S y me enteré de que hablaste con el señor Hillman.

—No podía dejarlo pasar, te merecías ese ascenso, y si alguien debía intervenir para salvar tu puesto, ese era yo. Era lo mínimo que podía hacer después de lo ocurrido.

—No fue tu culpa.

—Lo sé, pero me sentía responsable.

Ella acaricia el mechón rebelde que cae por mi frente, colocándolo en su sitio.

—¿Y ahora qué, Cesco?

—Te propongo que escribamos nuestra historia, una nueva que empiece a partir de este instante y que esté libre de reproches y remordimientos. Ojalá pudiese subirme al DeLorean como Marty McFly y cambiar el pasado. Ojalá hiciera desaparecer todo aquello que hirió tus sentimientos, pero no es posible. Aunque sí está en nuestra mano cambiar el futuro.

—Pero tú vives en Europa y...

La callo posando apenas el índice sobre sus preciosos labios hinchados por mis besos. Me muero de ganas de hacerle saber lo mucho que la he extrañado, y si bien he logrado tranquilizarme un poco, la postura en la que estamos no ayuda demasiado. Sin embargo, no quiero romper este instante de confesiones porque es imperativo que nos sinceremos de una bendita vez. Por fin hablamos sin tapujos ni secretos que nos destrocen la vida.

—Todo este tiempo en el que hemos estado separados he pensado mucho en nosotros, pero también en mí. En lo que espero y en lo que me gusta de verdad. —Cojo aire y lo suelto—: Le he vendido mi parte de la empresa a Lorenzo.

—¿Qué has hecho qué? —pregunta, alucinada.

—Ya no formo parte activa de M&S y he decidido emprender algo por mi cuenta. —Taissa fija sus ojos en los míos y separa levemente los labios, sintiendo que tengo toda su atención—.

Ese algo incluye que me establezca un tiempo en Estados Unidos.

En cuanto oye mis palabras, se lleva una mano a la boca, dejando escapar una exclamación que me llena de amor por ella.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo tengo definido, pero será el suficiente para que, si tú estás dispuesta también, intentemos lo que acabo de proponerte. ¿Qué dices?

—Que no imagino una vida sin ti, Francesco.

—Contigo iría hasta el fin del mundo si fuese necesario, y ¿sabes por qué? —Ella niega con la cabeza—. Porque la razón de todo eres tú. Siempre has sido tú.

Su abrazo sirve para sanar todo rastro de temor. Entierro mi nariz en su pelo y me embriago con el aroma que me trae de vuelta a casa con solo un roce de su piel. Quiero que Taissa sea lo primero que vea al despertarme y lo último al acostarme. Necesito que me acompañe en este viaje, porque siento que, sin ella, nada tendría sentido y solo a su lado seré capaz de cumplir mis sueños y más ansiados proyectos.

Porque ella es mi plan de vida, mi mejor amiga y mi amante incondicional.

Me dedico a venerar su cuerpo, a darle lo que me pide sin reservas. ¿Cuántos besos y caricias hacen falta para demostrar lo mucho que has echado en falta a la persona que lo es todo para ti? Mis manos tantean sus caderas, mis dedos se hunden en su carne y mis jadeos le hacen saber que podría pasarme la vida así, perdido en la inmensidad de este amor que se convertirá en la gran historia de mi vida.

Tironeo de su labio inferior con mis dientes y ella emite un gemido que dispara mis ganas hacia niveles inimaginables. Beso cada porción de su rostro con suaves roces que la vuelven loca y la obligan a corcovear buscando el alivio que ambos necesitamos con ansias.

—Cesco, por favor...

—¿Qué, cariño? Pídemelo, dime qué quieres.

—Te quiero a ti.

Sonrío y deslizo mis dedos, colándolos en su sexo y provocándole un escalofrío. Sus ojos se vuelven oro líquido y mis manos el recurso del que me valgo para llevarla a la cúspide del placer.

—Eso es, pequeña. Siénteme...

—Oh, Dios... Sí... ¡Sí!

—Córrete en mi mano. Vamos, Taissa...

Asiente enérgicamente, mientras mi pulgar juguetea con el nudo que se inflama entre sus pliegues húmedos. Meto un dedo, tensándola como la cuerda de un violín e introduciendo otro más hasta oírla chillar extasiada. Acallo sus gritos con mi boca que atrapa la suya en una lucha de poder interminable. Sus manos arañan mi espalda por debajo del jersey. Sé que podría correrme solo con el roce de sus uñas enterrándose en mi piel y sintiendo mis dedos resbalar en su estrechez. Mi mayor recompensa es conseguir que alcance un orgasmo fuera de serie que la deja laxa y satisfecha. Dos lágrimas caen de sus preciosos ojos, las cuales capturo con mis besos antes de que caigan sobre el edredón.

—Te quiero, Tais.

—Y yo a ti, Francesco.

Desabrocho mis pantalones, bajándolos lo suficiente junto a los bóxers y liberando mi erección que salta desesperada al tomar contacto con su piel ardiente. Me balanceo para frotarme con su humedad y la sola fricción me hace perder por completo el control.

—¿Puedo...?

—Sí.

Su permiso me da vía libre para adentrarme por fin en la cueva que despierta todas mis ilusiones, que descubre la mejor versión de mí mismo. Este es el sitio en el que quiero vivir el resto de mi vida. Su calidez me da la bienvenida, y lo único en lo que puedo pensar, es en empujar sin descanso y saciar el hambre voraz que solo Taissa despierta en mí.

Necesito poseerla entera, en cuerpo y alma, hoy y para siempre.

Sus jadeos retumban en mi pecho que galopa, desbocado. Sus súplicas me animan a continuar y sus manos amasan mi trasero que se mueve al compás de una canción que inventamos para nosotros. Una que habla de perdón, de historias de amor que se cuentan de abuelos a nietos y que sobreviven a través del tiempo. Tanto ella como yo sabemos que nadie puede predecir el futuro, pero que, si lo construimos juntos, si afrontamos los problemas con valentía, puede que entonces hayamos descubierto el secreto de la felicidad.

Entro y salgo de su interior, recordándole lo mucho que la amo y lo importante que es para mí, dándole tregua solo para coger aire y pasar una de sus piernas por encima de mi hombro. La postura me ayuda a ganar profundidad, a penetrarla sin dejarme un rincón de su perfecto cuerpo sin saborear. Aparto la tela del vestido y entierro mi cara entre sus pechos que se bambolean sin cesar con cada embestida, atrapando uno de sus pezones cuando la siento a punto de alcanzar el clímax por segunda vez.

—Cesco...

—Hagámoslo juntos, Tais.

—Ahora... —murmura poniendo los ojos en blanco y me dejo ir, con tanta intensidad, que tengo que ocultar mi rostro en su cuello para no gruñir como un poseso.

—Joder, Taissa... —exhalo, y cuando sus dedos se deslizan por mi columna, me estremezco sin poder evitarlo.

Dejo caer mi peso sobre ella con cuidado de no aplastarla. Alzo la cabeza, y notando sus mejillas enrojecidas y sus iris perdidos en el placer más dulce, me pronuncio con una sonrisa estúpida dibujada en el rostro.

—¿Qué diremos al salir de aquí?

—Te presentaré como mi mejor amigo de la infancia, uno al que le gusta meterse en mis bragas en cuanto tiene la oportunidad.

Suelto una carcajada y ella se muerde el labio con coquetería.

—Eres de lo que no hay, Taissa Rosenfield. —La beso una vez más y pregunto—: ¿Qué hay del chico que se sentaba a tu lado?

—Lo conocí una noche en la noria del Navy Pier. —Mi gesto se contrae y ella acaricia mi ceño fruncido—. No tienes de qué preocuparte, lo invité porque estaba solo y me daba pena que no tuviese con quién compartir la cena de Nochebuena. Me escuchó aquel día en que ni yo misma me aguantaba; era lo menos que podía hacer por él.

—¿Por qué no te aguantabas ni tú? —inquiero sospechando la respuesta.

—Echaba demasiado de menos al italiano que suele darme muchos dolores de cabeza.

—Ya estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte sin ti —confieso con la emoción campando a sus anchas en cada célula de mi cuerpo.

Taissa acaricia mis labios con los suyos, y dándome una palmadita en el culo, añade:

—Yo tampoco, Francesco Moretti. Que lo sepas, ya no te libras de mí.

Río, la beso de nuevo, y con esa promesa implícita en el aire, nos levantamos para asearnos y luego unirnos a la celebración que tiene lugar en el acogedor comedor de su apartamento.

Capítulo 35

Taissa

Hacemos nuestra aparición estelar en el salón y la sonrisa cómplice que me dedica Patrick me tranquiliza. Sé que apenas nos conocemos, que no hay absolutamente nada entre nosotros, más que una conversación en la noria que me llevó a invitarlo a cenar, aun así, me siento algo culpable de haberlo dejado en la mesa mientras yo me fui a fumar la pipa de la paz con Francesco. Lo de fumar podría entenderse de muchas formas...

En fin, que ya me entendéis.

June me hace señas, colocando su dedo en la boca y la imito, dándome cuenta de que debo tener el pintalabios hecho un cuadro. Es lo único que no me detuve a arreglar, ya que por lo menos tuve la decencia de lavarme y arreglarme el pelo para que no parezca que me ha pasado un tifón por encima.

El huracán llamado Francesco Moretti ha llegado a mi vida para ponerla patas arriba una vez más.

Sí, señores.

¿Qué es eso de que va a emprender algo nuevo? Cuando me dijo que había vendido su parte de la empresa y que empezaría de cero, casi me da un infarto. Entendedme que dude, Cesco es un hombre muy metódico y se piensa mucho las cosas, jamás lo hace por impulso, por lo que deduzco que es una decisión muy meditada.

Chad nos indica que ya han colocado una silla extra en la mesa, además de un plato, cubiertos y una copa, así que no nos queda más remedio que aceptar la invitación. Nuestras manos entrelazadas descubren la evidencia y mi amigo está feliz de que todo se haya arreglado entre nosotros.

—Bienvenido a Chicago —le dice a Cesco y este le tiende la mano con alegría.

—Gracias, Chad. Me alegra verte de nuevo.

—A June ya la conoces —aclaro señalándola y él le dedica un saludo con la cabeza—. Ella es Selena, compañera de trabajo y pareja de Chad.

—Encantado, Selena. —Ella corresponde a su saludo con una sonrisa tontorróna.

Sí... ¡Que sí! Escuchar hablar a Francesco con ese acento tan bonito y esa cara de rompebragas, deja a cualquiera atontada.

—Yo soy Mark, el novio de June. —El moreno da un paso al frente y Cesco le da un apretón cariñoso.

—Y yo Patrick, es un placer conocerte —acota con camaradería—. Soy prácticamente un desconocido, pero este magnífico grupo ha tenido la amabilidad de invitarme a cenar.

—Encantado también, Patrick.

June me observa de reojo y me guiña un ojo, por lo que no tardo en guiar a Francesco hacia su sitio y sentarme justo en medio de los dos adonis que me secundan. Antes de hacerlo y de pasar por su lado, June me coge del brazo y susurra en mi oído:

—Te veo muy bien acompañada esta noche, pero arréglate esos labios, que tus pintas de recién follada te delatan.

Río para mis adentros y me suelto de su agarre, abriendo muy grandes los ojos para que se calle de una puta vez. Cuando se lo propone, suele ser un grano en el culo.

Una vez ubicados, le ofrezco al italiano algo de comer y, siguiendo sus indicaciones, le sirvo el plato con una selección variada de entrantes que hemos preparado June, Chad y yo.

—Gracias por invitarme —se pronuncia Cescó una vez que reanudamos la conversación.

—Gracias a ti por venir —responde June coqueta y ruedo los ojos, lanzándole una bolita hecha con migas de pan a la cara. Ella la ataja en el aire y se la come.

—¿Estás recién llegado? —pregunta Chad, con curiosidad.

—Esta mañana. He dejado mis cosas en el hotel que reservé por aquí cerca y después di un largo paseo por la ciudad.

—¿Vienes solo de paso o piensas quedarte?

Le lanzo a mi amigo una mirada sagaz. Este interrogatorio se asemeja más al que le haría un padre a su futuro yerno y no a una conversación cordial. Este capta la indirecta y me da tranquilidad con su mueca socarrona. Es evidente que no pretende incomodar a Francesco, solo asegurarse de que no seguiré sufriendo por él. Chad ha sido testigo de mis horas más bajas durante todos estos meses y es normal que se preocupe por mí, y por eso mismo me siento afortunada. No cualquiera se jacta de tener amigos como ellos. June y Chad son más que eso para mí. Son mis hermanos del alma.

—Me quedo —admite Francesco con rotundidad y mi sonrisa no podría ser más grande. Busca mi mano por encima de la mesa y la envuelve con la suya en un gesto que dice más que mil palabras.

—¿A qué te dedicas? —le pregunta Patrick con auténtico interés, después de darle un bocado a la ensalada de patatas.

—Solía trabajar en el negocio de las Harley-Davidson, pero hace poco descubrí algo que me hace mucho más feliz. Aparte de estar con Taissa, claro.

La cara de June es para enmarcar. Se coloca una mano en el pecho y lo observa con adoración, soltando un suspiro enamorado.

—¿Y cuál es tu pasión entonces? —insiste Patrick.

—Los vinos —confiesa y en mi estómago se desata una ola de satisfacción tan grande, que me obliga a girarme para mirarlo directamente a los ojos—. Mis abuelos tienen viñedos en la zona de Garda y les propuse exportar sus productos al mundo. Empezaré por América.

Francesco me contempla con un orgullo que me hace sentir parte muy importante de su elección. No podría haber escogido un mejor camino. Y sé perfectamente que no lo hace solo por sus abuelos —a los que adora con toda su alma y por quienes seguramente daría la vida—, sino que también lo hace por él mismo, por su necesidad de demostrarse que es capaz de todo lo que se proponga y más.

—Un amigo mío es dueño de una cadena de restaurantes muy prestigiosa en Nueva York. De hecho, participé en un evento que organizó el año pasado, donde se llevó a cabo una cata de vinos. Creo que podría interesarte ponerte en contacto con él.

—¿No te importaría darme su número?

—¡En absoluto! Te lo puedo presentar y así de paso me hago una escapada a la Gran Manzana. Hace mucho que no le veo.

—¡Eso sería fantástico!

Su entusiasmo me llena de amor y respeto por él. Que no se haya sentido intimidado por Patrick y que muestren tan buena sintonía me hace quererlo aún más si se puede. Atrás han quedado las dudas, y me atrevería a decir que el Francesco que tengo al lado es mucho más maduro y abierto que el que conocí hace años. Parece relajado y contento, como si hubiese dejado aparcado a aquel chico gruñón y reservado, permitiéndose ser feliz tomando las riendas de su vida. Supongo que forma parte del proceso de crecer y encontrar tu propio camino, de confiar en tus capacidades y de levantar la cabeza anunciándole a todos: «¡Este soy yo y vengo a comerme el mundo sin importarme las consecuencias!».

June, Chad y yo los dejamos charlando sobre sus planes junto a Selena, quien se une a la conversación muy interesada en el tema del cultivo de la vid. Nos dirigimos a la cocina en busca del menú principal.

—¡Qué guapo es, por Dios! Taissa, debo admitir que las fotos no le hacen justicia —suelta June apenas abro la nevera para sacar los refrescos.

—Está loquito por ti, ¿te has dado cuenta cómo te mira? —añade Chad—. Normal, teniendo en cuenta el meneo que te habrá pegado en la habitación.

—Los gemidos no dejaban lugar a dudas —remata mi compañera de piso y le lanzo una mirada letal.

—¡Callaos ya! Nos hemos cuidado de no hacer ruido —intervengo con dignidad—. Es imposible que hayáis oído nada.

—Como si no supieras que estas paredes están hechas de cartón —acota June—. Aunque no te culpo, con semejante tiarrón, yo también querría entonar unos cuantos villancicos.

Chad estalla en carcajadas y le doy una colleja.

—Joder... —Se frota la cabeza—. ¿Qué hice ahora?

—Mantén el pico cerrado, o me vengaré Chad Allen. No creo que Selena se alegre al conocer la historia tórrida que te has montado con cierta italiana que nos arruinó el pastel hace unos meses.

Mi amigo hace la característica seña de cerrarse la boca con una cremallera y pone cara de inocente palomita.

—Te estaré vigilando —concluyo, alejándome hacia la mesa y amenazándolo con dos dedos mientras los muevo de mis ojos a los suyos.

Un instante más tarde, estamos todos brindando y celebrando la Navidad. Se trata de un momento increíble y único, en el que nuestras copas llenas de champán chocan unas con otras y nos abrazamos y nos besamos con la emoción tatuada en la piel.

Pasadas las doce, Patrick anuncia que debe irse porque le ha surgido una urgencia en el hospital, aunque nos promete que volveremos a vernos, sobre todo, porque tiene pendiente una reunión con Francesco, que ya han acordado para dentro de unos días.

Chad y Selena se quedan un rato más, aunque más tarde anuncian que se retiran, agradeciendo la cena y dejando en el árbol un par de regalos. Para entonces, nos quedamos June, Mark, Francesco y yo. Los chicos colaboran con la mesa, ayudan a lavar la vajilla y a poner en orden el comedor.

—Creo que es hora de irme, ya es tarde y estaréis cansados —anuncia mi chico.

—Puedes quedarte, si quieres —le ofrece June batiendo las pestañas—. Seguro que a Taissa le encantará dormir acompañada esta noche.

Francesco me observa y le sonrío encogiéndome de hombros.

—¿Por qué no te vienes conmigo al hotel? No queda muy lejos de aquí y estaremos cómodos —propone con ilusión y un brillo en los ojos que hace que mis neuronas colapsen como si fuesen coches de choque en un parque de atracciones.

Miro a June y esta se muerde el labio, vaticinando la nohcecita que me espera. Mark, que adivina sus pensamientos y que le sigue la corriente, le da un pellizquito nada disimulado en el culo, que le hace dar un respingo.

Cada día me cae mejor el doble de Regé-Jean Page. ¡Madre mía, cómo está el socorrista! Mi amiga se ha sacado la lotería con él. Es bueno, trabajador y comprensivo, además de que sabe conducirla cuando June desvaría y le da por comportarse como la loca atrevida que es.

Acepto la propuesta de Francesco, por lo que corro a mi habitación para llenar un pequeño bolso con una muda de ropa y un camisón muy *sexy* para pasar la noche junto al amor de mi vida.

Recuperaremos el tiempo perdido y le pediré que me cuente cuáles son sus planes de ahora en adelante. Quiero saberlo todo. Me importa demasiado como para no formar parte de ellos y estoy dispuesta a acompañarlo en lo que sea necesario.

¿Será que por fin lograremos congeniar? Tengo puestas mis esperanzas en que así sea y por eso voy a dejarme llevar por lo que dicte mi corazón. Lo escucharé atentamente y me arriesgaré a lo que venga, sea bueno, malo o regular. Desconozco si estamos hechos el uno para el otro. Probablemente, y tal como él lo ha dicho, la fastidiaremos, discutiremos y nos enfadaremos, porque Cesc y yo somos como el agua y el aceite. Sin embargo, nos buscamos cuando no estamos juntos. Nos necesitamos, aunque sepamos que estamos tan lejos que no podemos vernos sin coger un avión y volar una pila de horas. Y nos extrañamos, aunque los años pasen y nuestras vidas transcurran en paralelo. Hay algo poderoso que nos une, quizá es una fuerza que nos atrae inevitablemente y a la que usualmente llamamos amor.

Tal vez no lo supe en su momento, pero aquel primer día de clases en que lo conocí, marcaba el comienzo de una historia llena de encuentros y desencuentros, amor y desengaño, alegrías y tristezas. Ninguno de nosotros imaginaba en aquel entonces que esta Nochebuena acabaríamos en un precioso hotel de Chicago, haciendo que el tiempo carezca de valor y las horas no cuenten en el reloj.

Cuando Francesco abre la puerta de su *suite*, alucino con la maravillosa estancia que nos rodea. Techos altos, decoración exquisita, temperatura ambiente cálida y agradable, y unas vistas comparables a las que suelo contemplar desde la noria de Navy Pier.

Dejo mi bolso a un lado de la cama, me quito los zapatos y permito que mis pies tomen contacto con la moqueta que se me antoja suave y extremadamente limpia. Sus brazos me envuelven por detrás y me apoyo contra su pecho dejando que su barba de pocos días acaricie mi hombro. Sus labios rozan mi cuello y mis ojos se cierran, anhelando sus mimos.

—Estás preciosa esta noche, Tais.

—Me encanta que me llames *Tais*.

Su risa retumba en mi oído y sus manos bajan la cremallera de mi vestido hasta dejarlo hecho un acordeón en el suelo.

—Y a mí me encanta tu cuerpo, pequeña. Eres tan especial...

—¿Qué pretendes hacerme, Cesc? —pregunto juguetona y, aunque no pueda verle, sé que sonrío.

—Todo lo que me pidas.

—Pues tome nota, señor Moretti, porque esta noche tiene usted mucho trabajo.

A lo que él responde, deslizando sus dedos por el contorno de mis muslos:
—Pues estaré encantado de hacer horas extra, señorita Rosenfield.

Despertar el día de Navidad abrazada a Francesco en una gigantesca cama calentita mientras nos recreamos en los copos de nieve que caen sin cesar, es el mejor regalo que he tenido en años. Su mano acaricia con pereza mi brazo y sus labios besan mi coronilla, dejándonos llevar por sonido hipnótico del viento que azota las ventanas. Estamos en el décimo piso y la visión que tenemos de la ciudad cubierta de un manto blanco es increíble.

—¿Cómo estabas tan seguro de encontrarme? —pregunto incorporándome un poco y encontrándome con su mirada somnolienta.

¡No hay derecho! Recién despierto, con los ojos hinchados y los pelos revueltos, no se puede estar tan guapo.

—Candice me aseguró que no pasabas la Nochebuena en casa de tus padres.

Asiento y repaso su mejilla con la yema de mis dedos, sin dejar de mirar esos ojos marrones que siempre han sabido conquistarme y por los que he sentido una debilidad fuera de lo común.

—Mis amigos organizaron la cena y no me pareció bien rechazar la invitación.

—Hiciste bien.

—¿Qué más te contó Candice? —inquiero, entornando los ojos.

—Me dijo que estabais más unidas y que le preocupabas bastante.

—¿Por qué?

—Aseguró que te notaba muy triste desde que regresaste de Europa, más allá de tu ascenso y de lo bien que te iba en el trabajo.

—Hablando de ese tema...

—Lo sé, lo siento. Sé que no debí meterme en medio, pero no me parecía justo...

—No iba a decirte eso —lo interrumpo.

—Ah... ¿No?

—No, iba a darte las gracias por hablar con Hillman. Si no hubiese sido por Chad y tu posterior llamada, me hubiesen despedido.

—Pues hubiese sido una putada, Taissa. No sabes cuánto me arrepiento de no haberme dado cuenta de lo que Lorenzo y Gia tramaban a mis espaldas. Vi algunos comportamientos que me hicieron sospechar de ellos, pero jamás imaginé que serían capaces de semejante traición.

—Dejemos atrás el pasado, Cesco. Olvidémonos de todo y empecemos de nuevo —le imploro, dándole un beso en la boca y sentándome a horcajadas encima de su entrepierna desnuda. Ambos lo estamos. Completamente. Su mirada se enciende y sus manos se aferran a mis caderas mientras me regala una enorme sonrisa.

—Es una idea magnífica.

Y qué manera más perfecta de comenzar una historia de amistad y romance, si no es demostrándonos lo mucho que nos queremos y lo bien que lo pasamos juntos. Haciendo planes a corto y largo plazo, disfrutando del tiempo que tenemos y que nos pertenece solo a nosotros.

El resto del día lo dedicamos a visitar a mi familia. Les había prometido comer con ellos y no puedo faltar a mi juramento. Mi padre me mataría, especialmente sabiendo que Francesco está en la ciudad y que nos hemos reconciliado. Como era de esperar, lo reciben con los brazos abiertos. Mi madre no deja de decirle lo guapo que está y lo mucho que se alegra de verle otra vez. Mi padre lo quiere como a un hijo. Hablamos de su familia en Italia, él les pone al tanto de

cómo son sus vidas allí y de los proyectos que tiene en mente para los próximos años.

Candice y Eileen ríen cuando les relata nuestra aventura en paracaídas y el miedo que experimentó al lanzarse al vacío. Mi madre le confiesa que ella hubiese actuado de la misma manera. Es muy miedosa y le da pánico volar. Todos lo sabemos, y ese ha sido el motivo por el que nunca se atrevió a coger un avión y visitar a Fiorella.

Observo la mesa decorada con flores de pascua, muérdago y una enorme vela en el centro, y sonrío al sentir la mano de Cesco por debajo de la mesa tras darme un dulce beso en la mejilla.

Cuánto hemos pasado y cuánto viviremos a partir de ahora.

Si algo tenemos claro es que sea lo que sea que el destino tenga preparado para nosotros, lo afrontaremos juntos, porque la vida es una colección de sucesos que suelen sorprendernos para bien o para mal, pero que se llevan mejor cuando los compartes con las personas que más quieres en este mundo. La mejor estrategia es aquella que diseñas para ti mismo, donde te priorizas y le das valor a tus sueños sin dejar que nada ni nadie te impida alcanzarlos, rodeándote de quienes desean siempre lo mejor para ti y te animan a lanzarte a la aventura.

Bebo un sorbo de vino y me acomodo en el hombro de aquel chico desgarrado que me habló en italiano un día y con quien supe que estaría conectada el resto de mi vida.

Mi madre nos observa desde el rincón que ha elegido, al lado de mi padre y justo a la izquierda de mi hermana Eileen. Me dedica un mohín que sé interpretar a la perfección. Así que, disculpándome con Francesco, la sigo escaleras arriba sin hacer preguntas. Juntas entramos a su habitación y ella abre el primer cajón de su cómoda, extendiéndome un sobre blanco.

—¿Y esto?

—Ábrelo —me dice, conmovida. Obedezco sin dudar.

Una carta manuscrita firmada por Fiorella y que data del día en que abandonaron Estados Unidos hace dieciséis años, me conmueve profundamente.

Querida Marla:

Ha llegado el momento de decir adiós, aunque para mí no lo es. Esto es solo un «hasta luego». Reconocer que os echaré de menos es poco, ya que hemos compartido momentos maravillosos, unos que me llevo conmigo y que sé que atesoraré el resto de mi vida.

Más allá del dolor que significa dejar todo atrás, lo que verdaderamente me aflige es saber que Taissa y Francesco no podrán estar juntos.

Espero con todo mi corazón que el destino vuelva a unirlos algún día, porque no pueden vivir uno sin el otro. Ese par tiene algo especial, ¿no crees? Solo basta con mirarlos para darse cuenta de la conexión indiscutible que hay entre ellos. Ojalá algún día celebremos su unión y... ¿Quién sabe? Tal vez tú y yo acabemos siendo parientes, tal como un día lo vaticinamos mientras bebíamos aquel ponche navideño.

Dejemos que la vida obre su magia y decida por nosotras. Si existe alguna posibilidad de que eso ocurra, no está en nuestra mano sino en la suya y, si algún día esta carta cae en las de tu hija, entonces mi intuición me habrá dado la razón.

Cuidaros mucho, amiga mía. Os querré por siempre y que sepáis que la distancia nunca romperá esto tan bonito que tenemos.

Fiorella.

Alzo la vista y me topo con los ojos de mi madre anegados en lágrimas. Por eso mismo, nos abrazamos y ella barre las mías con sus dedos antes de pronunciarse:

—Lo que hay entre vosotros es algo muy especial. Cuídalo, mantenlo a salvo y disfruta de los años que estéis juntos porque, las relaciones están plagadas de dificultades, discusiones y baches que sortear, pero si estás segura de haber elegido a la persona correcta, habrá valido la pena.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Taissa.

Volvemos a estrecharnos con fuerza y ella me anima a regresar al comedor. Cuando Francesco nota que he llorado, se alarma enseguida, levantándose de su silla y acudiendo con rapidez a mi encuentro.

—¿Qué ocurre?

—He hablado con mi madre y me he puesto un poco melancólica, no debes preocuparte por nada.

—¿Segura?

—Sí, ven conmigo.

Lo conduzco hacia el porche y, pese a que hace frío y el día está gris, la blancura de la nieve ilumina todo a nuestro alrededor. Me coloco frente a él, lo miro con ternura y sosteniendo sus mejillas entre mis manos heladas, le pregunto:

—¿Estás convencido de que esto es lo que quieres, Cesco?

Su sonrisa genuina y su gesto dulce anticipan su respuesta:

—Absolutamente, Tais. —Roza mi mejilla con su pulgar y sus ojos se recrean en cada uno de mis rasgos—. No importa dónde esté mientras sea a tu lado. Tú eres mi hogar, *cara mia*; el sitio al que siempre quiero regresar cuando esté tan perdido que necesite de tu mano para guiarme de vuelta.

—Entonces, ¿piensas que este es un buen punto de partida? —pregunto con entusiasmo.

—El mejor de todos, ¿quieres saber por qué? —Asiento con la cabeza y él confiesa con ternura—: Porque no puedo imaginar a nadie más ideal que tú para compartirlo.

Epílogo

Cinco años después.

Recuerdo cuando me decidí a estudiar Marketing en la universidad. Siempre supe que la Publicidad formaría parte de mi vida, porque desde pequeña era creativa e innovadora, y mis ideas encantaban a quienes las exponía. Tenía un enorme poder de persuasión sobre las personas, y eso, según mi padre, venía dado por mi carácter desinhibido y audaz.

También pensé que el día que comenzara a trabajar, lo haría en una gran empresa, que lideraría equipos de trabajo y que mis campañas llegarían lejos. Y lo hicieron, pero no del modo en que lo había planeado. Es curioso como las vueltas de la vida nos llevan por caminos insospechados, para acabar cumpliendo sueños muy distintos a los que un día imaginamos.

Después de que Francesco se presentara aquella Navidad en Chicago contándome sus planes, el universo obró en nuestro favor para que todo se diera según lo habíamos planeado.

Patrick jugó un papel muy importante en las relaciones que hizo con el transcurso de los meses, gracias a las cuales conoció no solo a uno, sino a varios de los dueños de restaurantes en Nueva York que le abrieron las puertas a la importación de sus productos vitivinícolas. Fueron épocas fructíferas en las que el dinero que invirtió se fue multiplicando y le dio la posibilidad de ampliar el mercado, incluso a Latinoamérica. Llegó a asociarse con importadores argentinos y chilenos, aquellos que cultivaban cepas de los mejores vinos franceses y que, junto con los italianos, coparon el mercado europeo y americano.

Mientras tanto, yo seguía trabajando en Double Creative Network y mi puesto como directora de Medios me dio la posibilidad de perfeccionarme, formarme y además crecer profesionalmente. Sin embargo, llegó un punto en el que me di cuenta de que ya no podía aspirar a más. Estaba orgullosa de mí misma, sí, pero también necesitaba un cambio.

Habíamos comprado un pequeño piso en Chicago en el que vivíamos con todas las comodidades, y que, además, consideramos una inversión. Éramos felices, no obstante, el ritmo de vida que llevábamos no era el ideal. Francesco comenzó a viajar con más asiduidad a Italia por negocios, y ya se sabe que cuando eres el dueño de tu propia empresa debes dedicarle más tiempo y energías de la habitual. Por ese mismo motivo, empezamos a tener problemas y nuestra relación tuvo su punto crítico después de tres años juntos. Si a eso le sumamos que habíamos decidido buscar un retoño y mi cuerpo estaba decidido a llevarnos la contraria, la situación se volvió insostenible.

—No puedes irte ahora, Cesco. ¡Estoy ovulando! —protesté enfadada—. ¡Quieres tener hijos, pero no estás nunca en casa!

La discusión empezó cuando me dijo que debía partir en dos días, ya que tenía una reunión urgente en la hacienda.

—Taissa... Entiéndelo, por favor. ¡No puedo postergarlo! Es importante que me encuentre con los inversores franceses. ¡Te prometo que estaré aquí en cuanto me sea posible!

—¿Sabes qué? ¡Olvidalo! —grité dando un portazo que resonó en toda la casa.

Aquella noche me deshice en lágrimas, no solo por la frustración al ver que nuestros planes

de paternidad se veían truncados, sino también por la impotencia de no poder hacer absolutamente nada al respecto. Aunque el médico nos había aconsejado seguir intentándolo por vías naturales antes de considerar la reproducción asistida, la tensión que experimentábamos debido a la presión que ambos nos imponíamos nos jugaba en contra.

De pronto, fui testigo de cómo nuestro castillo de naipes se venía abajo, incapaces de sostenerlo. Las discusiones se intensificaron y pasamos casi una semana durmiendo separados bajo el mismo techo, porque yo no quería que Francesco se me acercara y él trataba de aligerar ese enorme peso que me hundía cada vez más en un pozo sin fondo. Aquellos días fueron decisivos en nuestra relación. Quizá si nos hubiésemos dejado llevar por la desesperación, todo habría llegado a su fin.

Por fortuna, no fue así.

Después de meses de incertidumbre, decidimos dejar aparcado el proyecto de tener hijos para ocuparnos de recomponer nuestra relación. Debo reconocer que mi madre y la suya tuvieron un papel fundamental en nuestra reconciliación, ya que nos organizaron unas vacaciones lejos del trabajo, la familia, los amigos y las presiones del día a día. Sin decirnos absolutamente nada, nos compraron dos billetes a Sidney, un sitio al que ninguno de los dos habíamos viajado y que nos hacía mucha ilusión conocer. Conseguimos desconectar, a tal punto, que tuvimos el tiempo suficiente para hablar de nuestras cosas y de lo que realmente esperábamos de la vida.

—Estoy cansada, Francesco —le confesé una noche entre lágrimas, mientras admirábamos las estrellas desde el precioso balcón del hotel. Estábamos acurrucados bajo una manta que apenas cubría nuestra desnudez y yacíamos uno delante del otro, sentados en el suelo—. Necesito parar, estoy agotada. En la empresa tenemos mucho trabajo y la demanda es cada vez mayor... Y tú no estás nunca... No le veo salida.

—Tais, mírame. —Sus ojos se encontraron con los míos llorosos y besó mis labios, regalándome la calidez que en ese instante necesitaba para sobrellevar todo aquello que me venía demasiado grande—. Mi mayor prioridad eres tú y quiero, por encima de todo, que estemos bien. Con o sin hijos, en Estados Unidos o donde sea, me da igual. ¿Lo entiendes? Dime qué necesitas para ser feliz, y haré lo imposible para dártelo.

Me abracé a él con tanta intensidad, que temí romperle las costillas. Ese día me di cuenta de lo mucho que lo amaba, de lo importante que era para mí y de que jamás querría a otro hombre como le quería a él.

—Necesito estar contigo, nada más.

—¿Has pensado alguna vez en mudarnos?

—¿A otro apartamento? —pregunté incorporándome de inmediato.

—A otro país. Creo que llevamos una vida muy acelerada, Taissa. Y eso no es bueno, ni para ti, ni para mí.

—¿En qué estás pensando?

—Tengo una idea que viene rondándome hace tiempo. No te lo he comentado antes porque con todo el tema del bebé estábamos muy estresados, pero... En el último viaje a Garda tuve una charla con mi abuelo. Me comentó que hay un terreno en venta cerca de la finca y es una excelente oportunidad para invertir. Quizá si vendemos el piso de Chicago y también el de Milán...

—¿Hablas de construir una casa en Italia?

—Quizá ganaríamos en calidad de vida, y al tener la hacienda al lado, no tendría que ausentarme tanto. He pensado que podríamos ampliar el negocio y crear una empresa que cuente con su propio departamento de Marketing. La producción ha crecido en los últimos años desde

que exportamos, y ya estamos en condiciones de posicionar la marca a nivel mundial. ¿Qué te parece?

No me lo podía creer. Por fin trabajar para mí misma y en algo que me hacía mucha ilusión. Un proyecto propio y ambicioso en el cual no tendría límites para crear y formar mi propio equipo de trabajo. Hasta se me ocurrió proponerle a Chad que se uniera a nosotros, haciéndole una oferta que no pudiese rechazar.

Francesco permaneció callado a la espera de una respuesta y mi sonrisa ilusionada fue todo lo que necesitó para saber que aceptaba el reto y de que lo seguiría hasta el fin del mundo, si fuese necesario, para ser inmensamente felices.

Dos años después, aquí estoy.

Admito que mudarnos a Garda fue la mejor decisión. Con el dinero que obtuvimos con la venta de ambos apartamentos, compramos este magnífico terreno, que con el tiempo se transformó en una preciosa casa. La diseñamos a nuestro gusto y la decoramos con la ayuda de mi cuñada Martina, quien finalmente se dedicó a la industria del interiorismo y cuenta con valiosos contactos en las marcas más prestigiosas.

Las vistas al lago son envidiables.

Disponemos de un enorme jardín trasero en el que organizamos comidas con la familia y amigos los fines de semana. Adoro tumbarme en la hamaca que colgamos estratégicamente en la galería y admirar las montañas que asoman imponentes detrás del agua, tanto como oír el canto de los pájaros y disfrutar de la calma que ofrece la naturaleza cuando necesito respirar aire puro.

Es mi momento preferido del día.

—Hola, preciosa.

—Hola, cariño. —Francesco se asoma por detrás y me entrega una limonada recién hecha con los frutos del árbol que crece en nuestro huerto. En cuanto se sienta a mi lado, besa mis labios, y pasando su brazo por detrás de mis hombros, me acerca un poco más a él—. ¿Todo bien en la hacienda?

—Todo genial. He hablado hoy con Andrea y podremos comenzar la producción de la nueva variedad de Bardolino en un par de meses.

—Es una buena noticia.

—¿Va todo bien? Te noto muy pensativa.

—Ya sabes que cuando me tomo mi descanso me gusta meditar.

Su mano busca mi mentón, girándolo para que contacte con sus dulces ojos marrones.

—Te quiero, *principessa*.

—Y yo a ti.

Me arrimo a su pecho, dejándome envolver por sus fuertes brazos. Sigue siendo el amigo que me cuidaba en mis horas bajas, pero también se ha transformado en el amante que ha entregado su vida entera por mí y que ha sabido sobrellevar lo que tanto me cuesta.

Aceptarme como soy.

No podemos tener hijos. Lo hemos intentado por activa y por pasiva, con innumerables tratamientos que nos han quitado fuerzas y ganas de seguir adelante, por eso hemos tomado la decisión de no continuar con la búsqueda. Quizá algún día adoptemos, pero no es algo que esté en nuestros planes ahora mismo. Nunca he sido de preocuparme por ello, prefiero vivir el presente, valorando al hombre maravilloso que tengo al lado y que me ha regalado los momentos más felices.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos tú y yo en uno de esos sitios que tanto te gustan con vistas a la montaña?

Alzo la cabeza para encontrarme con su mirada tierna y comprensiva.

—Me encanta la idea.

Vuelve a abrazarme, y apoyando su barbilla en mi frente, pregunta con añoranza:

—¿Alguna vez pensaste que tu vida acabaría siendo así?

—Ni en un millón de años me lo hubiese imaginado.

—¿Cambiarías algo?

—Si volviera a escribir el libro de mi vida, no le agregaría ni una coma. Además de que guardaría en mi memoria el capítulo inicial, aquel donde te conocí siendo tan solo unos niños, sabiendo que nada ni nadie lograría separarnos.

—Ese día me pareciste la chica más bonita y curiosa de toda la clase.

—Y tú el más raro y empollón —confieso y él se ríe a carcajadas mientras coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Mira los rayos de sol —indica levantando nuestras manos unidas—. Gracias a su energía, la vida crece cada día y nos regala el fruto de nuestro trabajo. Un pequeño halo de luz es el causante de que tú y yo hoy estemos aquí, y de que echemos raíces en este sitio tan especial.

—Es increíble, ¿verdad?

—Más que eso, Tais. Es misterioso, tanto como que tú hayas posado tus ojitos en los míos y que le hayas plantado cara al impresentable de Liam.

Rio recordando aquel momento memorable. ¡Cómo olvidarlo!

—Siempre fuiste mi debilidad, Francesco Moretti.

—Y tú, Taissa Rosenfield, eres y serás siempre mi única y eterna historia de amor.

Tras mucho reflexionar, he llegado a la conclusión de que quizá este no era el final que había imaginado en mi loca cabecita soñadora. Siempre me vi casada, rodeada de niños que tal vez nunca lleguemos a tener, sin embargo, he logrado entender que la vida va de otra cosa.

Va de dar las gracias por permanecer de pie, aunque los reveses te golpeen fuerte, o por tener al lado a la persona que consigue arrancarte una sonrisa, pese a que tu estado de ánimo no sea el mejor. Valorar lo que has conseguido con mucho esfuerzo y saber disfrutar de una cena o una salida al teatro, sabiendo que no habrá otro momento igual, porque todos son únicos e irrepetibles.

También implica aceptar las imperfecciones del otro, amar más allá de los errores y tener la capacidad de perdonar. Se trata de entender que el destino es caprichoso, que todo va y viene, pero que en ti está el poder de elegir si prefieres conformarte con lo que te toca, o te levantas y buscas la dicha en los pequeños regalos que vienen de donde menos los esperas.

Esos que son mágicos.

Esos que te animan a conquistar el mundo a través de la estrategia más eficaz...

Aferrarse muy fuerte al amor, como la única vía para alcanzar la felicidad absoluta.

Notas al Final

1. Me llamo Francesco.
2. Buenos días.
3. Bienvenidos a Italia.
4. ¡Claro!
5. Hola, preciosa.
6. ¡Hijo!
7. Felicidades, hermano.
8. Joder.
9. Buena jornada.
10. Niña guapa.
11. Beso.
12. Dos Aperol con dos focaccias de queso y patatas fritas, por favor.
13. La expresión significa literalmente “De nada” aunque en esta ocasión se traduce como “Enseguida”.
14. Expresión muy utilizada en Italia que significa “Poco a poco” o “Con calma”.
15. Buenas noches.
16. ¿Puede decirme dónde se encuentra la cafetería?
17. ¡Claro! La tiene al final del pasillo a la derecha.
18. Perdona.
19. La expresión puede traducirse como “Maldita sea”.
20. Escúchame, hermano.
21. Vamos al restaurante Seta, por favor Luigi.
22. Nos vemos luego, Chad.
23. ¿Entiendes?
24. Buenos días a todos.
25. ¡Los chicos han llegado!
26. Amiga, sí. En mi época le llamábamos «novia»
27. No te preocupes.
28. Lo siento tanto.
29. ¡Pero qué mierda haces!
30. ¡Buenos días por la mañana!
31. Pero, ¿qué sucede?

Agradecimientos

Soy muy afortunada.

Que hoy esté frente a mi ordenador escribiendo estos agradecimientos, es únicamente por vosotros.

Cuando era pequeña, como Taissa, soñaba que algún día llegaría al corazón de muchas personas a través de las letras, el cine, el teatro o alguna actividad artística, porque eso es lo que siempre se me ha dado bien. No sabía de qué manera lo lograría, era todo un misterio para mí. Sin embargo, aquí estoy, publicando libros y siendo feliz, haciendo lo que me gusta.

Gracias a toda la comunidad de *bookstagrammers*, que día a día ayudan a autores como yo a llegar a muchas bibliotecas. Vuestra labor es tan importante como la nuestra. No se trata solo de escribir un libro, hay que darlo a conocer, y aunque no lo parezca, es una de las tareas más difíciles.

Gracias a mis amigos, familiares y a esas personas que han llegado a mi vida casi por casualidad y que me acompañan en este camino lleno de rosas y espinas, pero que transito manteniéndome siempre de pie y con la cabeza llena de ideas para seguir creando maravillosas historias de amor.

Gracias Eli Prieto. Nunca he conocido a alguien que tenga el corazón más grande que tú. Te quiero y te echo de menos, y agradezco a la vida por haberte puesto en mi camino. Gracias por el tiempo que le dedicas a mis libros, por tus correcciones y consejos que me hacen crecer como escritora, pero sobre todo, gracias por tu incondicional amistad, que perdura más allá del tiempo y la distancia.

Gracias a vosotros, soñadores que disfrutaban leyendo historias de ficción, pero que os enamoran tanto como a mí. Sin vuestros mensajes, votos, reseñas y ánimos, esta servidora no seguiría dándole a las teclas.

¡Hasta la próxima lectura!

Y como siempre digo, que el universo os regale el doble que lo me dais a mí.

PLAYLIST

Wherever You Will Go, Copyright ©2002 *BMG Records*. Interpretado por The Calling.
The Reason, Copyright ©2003 *Island Records*. Interpretado por Hoobastank.
La Soledad, Copyright ©1993 *Carrere Music*. Interpretado por Laura Pausini.
Like the Rain, Copyright ©2020 *Sony Music Publishing Canada*. Interpretado por Alex Sampson.
Suddleny I See , Copyright ©2004 *Virgin Records*. Interpretado por KT Tunstall.
Bad Day, Copyright ©2005 *Warner Bros. Records*. Interpretado por Daniel Powter.
Ci Pensiamo Domani, Copyright ©2023 *BMG Rights Management (Italy) S.R.L.* Interpretado por Angelina Mango.
Ítalo Disco , Copyright ©2023 *Warner Music Italy*. Interpretado por The Kolors.
Che T'ò Dico A Fa', Copyright ©2023 *BMG Rights Management (Italy) S.R.L.* Interpretado por Angelina Mango.
Amores Extraños, Copyright ©1994 *Warner Music Europe*. Interpretado por Laura Pausini.
Johnny B. Goode, Copyright ©1958 *Chess Records*. Interpretado por Chuck Berry.
Ahora Tú, Copyright ©2023 *Sony Music Entertainment España, S.L.* Interpretado por Malú y Luis Fonsi.
Tu Vuò Fa' L'Americano, Copyright ©1956 *Magnesound*. Interpretado por Renato Carosone & Nicola Salerno.
Blanco y Negro, Copyright ©2012 *Sony Music Entertainment España, S.L.* Interpretado por Malú.
Te Voy a Olvidar, Copyright ©2013 *Sony Music Entertainment España, S.L.* Interpretado por Malú.
Can't Help Falling In Love, Copyright ©2006 *SUGAR S.R.L.* Interpretado por Andrea Bocelli.
Put Your Records On, Copyright ©2006 *Capitol Records*. Interpretado por Corinne Bailey Rae.
O Holy Night, Copyright ©1998 *Columbia Records*. Interpretado por Celine Dion.
The Scientist, Copyright ©2002 *EMI Records Ltd.* Interpretado por Coldplay.
Colour Me In, Copyright ©2014 *Atlantic Records UK*. Interpretado por Damien Rice.
Better Together, Copyright ©2005 *Brushfire Records*. Interpretado por Jack Johnson.

Sobre la autora



Carola Peralta nació en Córdoba, Argentina, y reside actualmente en Pavía, Italia junto a su marido y sus dos hijos. Ávida lectora de literatura romántica y ferviente admiradora de las escritoras del género, publicó su primera trilogía en el año 2021 y, desde entonces, no ha parado de escribir.

La Rosa de Mis Vientos de la mano de Kivir Ediciones, fue su obra prima. Una saga compuesta por tres libros que llegaron a los primeros puestos de venta de Literatura Erótica en Amazon.

Tras el éxito de *Redención* se decantó por la novela del género *New Adult*, publicando la *Serie*

Crisálidas, elogiada por el público juvenil, amante de las novelas originales, divertidas y a la vez emotivas. A esta le siguió *Supernova* y su creación más reciente, *Una Estrategia para Conquistarte*, comedia romántica que se ha ganado el corazón de los lectores en Wattpad.

¡Sígueme en mis RRSS!

FACEBOOK

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100065163334044>

INSTAGRAM

<https://www.instagram.com/carolabperal/>

TWITTER

<https://twitter.com/CarolaPeralta10>

Otros Títulos



Crisálidas